

Selección RNR



*La pequeña
Malone*

MARIAM ORAZAL



Romance Histórico

La pequeña Malone

Mariam Orazal



1.ª edición: agosto, 2017

© 2017 by Mariam Orazal

© 2017, Sipan Barcelona Network S.L.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Sipan Barcelona Network S.L. es una empresa

del grupo Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

ISBN DIGITAL: 978-84-9069-821-1

Gracias por comprar este ebook.

Visita www.edicionesb.com para estar informado de novedades, noticias destacadas y próximos lanzamientos.

Síguenos en nuestras redes sociales



Maquetación ebook: emicaurina@gmail.com

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

*A mi madre, María, y a mi abuela, Felisa,
porque la casa siempre estuvo llena de libros.*

Contenido

Portadilla

Créditos

Dedicatoria

Capítulo uno

Capítulo dos

Capítulo tres

Capítulo cuatro

Capítulo cinco

Capítulo seis

Capítulo siete

Capítulo ocho

Capítulo nueve

Capítulo diez

Capítulo once

Capítulo doce

Capítulo trece

Capítulo catorce

Capítulo quince

Capítulo dieciséis

Capítulo diecisiete

Capítulo dieciocho

Capítulo diecinueve
Capítulo veinte
Capítulo veintiuno
Capítulo veintidós
Capítulo veintitrés
Capítulo veinticuatro
Capítulo veinticinco
Capítulo veintiséis
Capítulo veintisiete
Capítulo veintiocho
Capítulo veintinueve
Capítulo treinta
Capítulo treinta y uno
Capítulo treinta y dos
Capítulo treinta y tres
Capítulo treinta y cuatro
Capítulo treinta y cinco
Epílogo
Agradecimientos
Promoción

Capítulo uno

Londres, mayo de 1813.

Lauren Malone recordaba el momento exacto en el que, con toda certeza, supo que su padre no la quería.

Fue aquella fatídica noche, dos años atrás, en la que el doctor Lambert les comunicó que no había ninguna posibilidad de que *lady* Holbrook, su madre, sobreviviese a la tisis. Si cerraba los ojos, aún podía sentir con claridad el impacto de esas palabras, el dolor tan desolador que le hicieron sentir en el pecho.

No es que hubiera tenido muchas esperanzas, pues era bien sabido que muy pocas personas superaban la tuberculosis, pero una cosa era tener el vago conocimiento de que algo no tiene solución, y otra muy distinta enfrentarse al borde del abismo, donde podía sentir la pérdida como si fuera una gran losa que la empujaba hacia el vacío.

Lauren soportaba en esos días un cansancio extremo debido a las largas horas que llevaba velando el febril sueño de Aileen Malone mientras aquella odiosa epidemia consumía su último aliento de vida, pero se obligó a levantarse del lecho de la enferma y bajó a buscar a su progenitor para informarle del anuncio del buen doctor.

Durante las tres semanas transcurridas desde que su madre había enfermado, lord Holbrook había permanecido en un discreto segundo plano. Al principio sí que se ofrecía a pasar algunas noches junto a la cama de la enferma, pero a medida que disminuía la lucidez de su esposa debido a la fiebre, la pasividad del vizconde fue aumentando, hasta llegar el punto en el que prefería pasar las noches bebiendo en su biblioteca que junto a la mujer a la que se suponía que había amado.

Y la había amado, de eso a Lauren no le cabía la menor duda, porque los pocos momentos de humanidad que había presenciado en aquel ser distante y

arrogante que era su progenitor habían sido en compañía de su perfecta y adorada esposa. De hecho, podría decirse que habían sido una familia feliz hasta aquel día, pues, aunque Lauren no contaba con el afecto de su padre, el matrimonio Malone había sido uno muy bien avenido, y ella había recibido todo el amor que una madre puede dar a su hija.

Con paso dubitativo y con el dolor apelmazando su alma, Lauren entró esa noche en la atmósfera lóbrega y cargada en que se había convertido la biblioteca desde que su padre comía, bebía y pernoctaba allí.

Lo encontró desparramado sobre el sillón, frente a una chimenea que nadie se había ocupado de mantener encendida y con el sempiterno vaso de licor colgando de forma despreocupada de su mano.

—El galeno dice que deberíamos despedirnos de madre... —le anunció Lauren con una voz rasposa, fruto de su intenso cansancio—. Duda que sobreviva a esta noche.

Lord Holbrook no mostró ningún signo de haber escuchado a su hija. Permaneció con gesto ausente, mirando el hueco vacío de la chimenea sin mover un solo músculo.

—Padre... —insistió Lauren.

—Ya te he oído —replicó él.

Gideon Malone balanceó su rechoncho cuerpo hasta ponerse de pie y, sujetándose con una mano al marco de la chimenea, terminó de beber con tranquilidad el contenido de su vaso.

Era un hombre no muy alto y con signos visibles del absoluto descuido que ponía en su persona. Tenía el pelo de un castaño medio con algunos bucles en la parte posterior y un ligero asomo de calvicie en la frente, que se había ido extendiendo con la madurez. Los ojos eran verdes, aunque con una especie de humor acuoso que nunca los había hecho particularmente bonitos. La nariz era chata y los labios finos. No podría decirse que tuviese un rostro apuesto, aunque a Lauren le constaba que en su juventud había tenido el atractivo suficiente para enamorar a su madre.

De él había heredado la forma ovalada del rostro y la complexión más bien

robusta para una jovencita, que convertían a Lauren Malone en lo que, con eufemismo incluido, venía a llamarse una mujer voluptuosa; lo cual quería decir que era pechugona y culona: dos rasgos infinitamente odiados por ella.

Cuando lord Holbrook dio por terminada la ingesta de alcohol, dejó el vaso sobre la repisa de la chimenea y se dio la vuelta para salir de la estancia. Pasó junto a su hija, se detuvo y la observó por unos instantes. Sin énfasis, sin pasión, sin ningún tipo de emoción, le dijo:

—Si al menos hubieras sido un niño, me quedaría algún motivo por el que vivir. Pero no, hasta en eso tuviste que decepcionarme. Vete a dormir o a donde quieras. Yo me quedaré con ella.

No era que antes de aquel momento Lauren no hubiese advertido la falta de afecto que le profesaba aquel hombre distante que vivía con ella, pero siempre se había consolado con la certeza de que lord Holbrook era una persona carente de emociones alegres, poseedor de un carácter tosco, grosero e introvertido.

Se había convencido de que aquel comportamiento no tenía nada que ver con ningún tipo de aversión hacia ella, sino que se trataba de algo que su padre no podía controlar, que era connatural a su forma de ser. Una cáscara dura y amarga que solo su madre, una frágil pero valerosa hija de un conde irlandés, había conseguido penetrar.

Tantos años de autoengaño la habían dejado indefensa para asumir la cruda realidad que, expresada de una forma tan descarnada y cruel, hizo que el corazón de Lauren Malone se hiciera trizas por segunda vez aquella noche.

Para colmo de sus males, las indicaciones ladradas por el susodicho antes de salir le habían impedido volver a la habitación de *lady* Holbrook, por lo que no pudo volver a verla sino hasta la mañana siguiente, cuando ya había fenecido y escuchó decir al mayordomo que había venido un pintor para realizar un retrato de su madre muerta.

Al dolor, se unió el espanto. El acto de inmortalizar en una imagen a un ser querido que ha partido hacia la otra vida le parecía algo macabro e innecesario, pero nada coherente se podía esperar de un hombre que debía

tener más alcohol que sangre en sus humores.

De modo que Lauren había esperado hasta que aquel siniestro pintor que portaba un lienzo y un maletín saliera de la habitación con el dichoso retrato, para poder al fin despedirse de la mujer que había sido el referente y la guía durante toda su vida.

La distancia que se había establecido entre padre e hija a partir de aquel funesto día era algo que pesaba en su corazón, aún dos años después.

De manera gradual, su relación se había ido volviendo más fría e impersonal: ya casi ni se hablaban.

Era más, tras la muerte de la señora de la casa, lord Holbrook ni siquiera se molestaba en camuflar el desprecio que sentía por su hija en cada mirada.

Al principio, el dolor por la pérdida de su madre era tan profundo y pesado que ni siquiera notó este distanciamiento, y, cuando la herida hubo curado, Lauren no tuvo paciencia para seguir sufriendo por ese desapego de su progenitor. Asumió los hechos y continuó adelante, evitando en la medida de lo posible cruzarse en su camino o incomodarlo en lo más mínimo.

Lauren guardó el tiempo oficial de luto —un año y un día— y después retomó, tal y como había sido el deseo de su madre, su lugar en la vida social londinense.

Durante aquel periodo de duelo y reflexión se había esforzado al máximo por mejorar sus habilidades sociales. Dejó a un lado su afición por los libros clásicos, que llenaban las estanterías de la mansión, y leyó todas y cada una de las guías de comportamiento para damas inglesas que cayeron en sus manos. Lauren pulió su postura, su forma de caminar y de expresarse, e hizo, en definitiva, todo lo que estuvo en su mano por perfeccionar sus dotes casaderas, pues visto el abandono paternal que sufría, supo que nadie la respaldaría cuando tuviese que volver al mercado matrimonial.

Sin embargo, y aunque pasó más de una temporada entera apartada de aquel mundo, gracias a su relación con la familia del conde de Haverston, no se vio tan sola como había esperado, y cuando volvió a las fiestas y veladas pudo hacerlo con la dignidad suficiente, aunque su guardarropa hubiese sido

abandonado de manera irresponsable.

En esa turbulenta ignorancia hubieran seguido padre e hija por toda la eternidad si ese hombre descerebrado no hubiera tomado el camino de decadente destrucción que los había situado en el punto de mira de dos jugadores de póker profesionales con muy malas pulgas y un negocio de extorsión en pleno auge.

Cuando Lauren tuvo conocimiento de que su padre se estaba jugando toda la fortuna familiar en las mesas de juego, ya era tarde para poner a salvo el poco dinero que hubiera podido garantizar el nivel de vida que llevaban: estaban arruinados.

La servidumbre tuvo que ser despedida —excepto Hannah, quien había sido doncella de su madre y de la propia Lauren, y que se había negado categóricamente a dejarla sola—, y el mantenimiento de la casa tuvo que financiarse con la pequeña asignación que sus abuelos maternos le mandaban cada mes desde Irlanda.

Durante los últimos seis meses habían sobrevivido así, pero desde hacía dos semanas... todo se había ido al garete.

Lord Holbrook estaba descontrolado, enajenado; había empezado a apostar dinero que no tenía.

Cuando dos matones profesionales se presentaron una noche en su casa, la empujaron y toquetearon, y además amenazaron con mancillarla si su padre no liquidaba las dos mil libras que debía, no le quedó más remedio que tomar cartas en el asunto.

Así fue como, a la postre, la honorable señorita Lauren Malone —quien había sido rechazada, despreciada y odiada sin motivo aparente por quien le dio la vida— se convirtió en guardiana y defensora de la integridad física de su padre; así fue como terminó vestida de ladrona y asaltando carruajes por los polvorientos caminos de Londres.

¡Una asaltadora de caminos! ¡Ella! La sencilla y correcta «honorable señorita Lauren Malone», quien siempre se había conducido por la senda del decoro y las buenas formas, quien había hecho de la decencia y la honradez

un manto con el que cubrirse a fuerza de mucha voluntad.

Aún le costaba creer que hubiera terminado envuelta en aquella aventura de atracar a señoras de la alta sociedad para arrebatárles sus joyas y obtener el dinero que libraría a su padre de una paliza y a ella de un destino aún mucho peor.

Había que decir, en descargo de Lauren, que la idea no había sido suya. Oh, no. Ella, modosita como era, no hubiera imaginado ni en mil vidas una solución así. La prodigiosa estrategia había nacido en la maquiavélica mente de su mejor amiga: *lady* Megan Chadwick.

Megan era su alma gemela, si es que tal cosa podía existir entre dos mujeres tan contrapuestas.

La hija del conde de Haverston era una joven valerosa, dotada de unos principios inquebrantables entre los que destacaban la lealtad, la bondad y la compasión. Era una mujer incomparable, con una belleza clásica que desbordaba y que conquistaba a todos los que la conocían.

Lauren la admiraba de una forma honesta y sin resentimientos. Si sentía algo de envidia, era de forma afectuosa y sincera. Megan no merecía otra cosa que su devoción y eterno agradecimiento, pues no solo había sido la mejor amiga que se podía imaginar, sino también su protectora y benefactora.

Nunca, jamás, ni aunque viviese cien años, tendría el tiempo o la capacidad para devolverle todo el cariño y la ayuda que le había prestado tan desinteresadamente a lo largo de su vida.

Megan —junto con su doncella, Hannah— era todo lo que tenía en la vida tras la muerte de su madre. Y, además, por fortuna, era un afecto correspondido.

La prueba más evidente de ello eran los extremos a los que estaba dispuesta a llegar su mejor amiga para salvarla de la ruina social a la que se enfrentaba si el resto de la ciudad, y de Inglaterra (porque un aristócrata arruinado era un escándalo de proporciones nacionales), se enteraba de la calamitosa situación que vivían los Malone.

Aquella noche en que fue maltratada por dos crueles e impíos estafadores,

lady Chadwick tomó de una manera formidable las riendas de la situación:

—Consentir que te maltraten... —había farfullado Megan con desprecio mientras se paseaba por la biblioteca—. No merece que hagamos el más mínimo esfuerzo por salvarlo.

—¿Salvarlo? ¿Nosotras? —Lauren se había mostrado incrédula al principio, a pesar de conocer de sobra los alcances de su mejor amiga.

—Sé lo que hay que hacer. Esos hombres no van a descansar hasta que consigan su dinero, Lauren. ¿Y cuánto tiempo crees que tardará en difundirse el rumor de que a tu padre lo persiguen sus acreedores? Ese hombre os encamina directos a la ruina. No podemos consentirlo.

—¿Y qué podemos hacer nosotras?

—Pues conseguir ese dinero, Lauren, conseguir cada maldita libra...

Megan no solo elucubró un plan para conseguir el dinero que necesitaban para pagar las deudas de juego de lord Holbrook, sino que, para redondear el sacrificio, la acompañó en todos y cada uno de los atracos que había perpetrado. Aunque, a decir verdad, había llevado la voz cantante.

Por tanto, había que convenir que no solo se había echado a perder a sí misma, sino que había arrastrado consigo a una de las jóvenes más cotizadas de Londres, y todo para salvar de la más absoluta ruina—y de una paliza monumental— a un hombre que ni siquiera lo merecía.

Y lo habían hecho. Habían conseguido las dos mil libras gracias a las joyas que habían robado a tres señoras de la alta sociedad londinense y a un conocido aristócrata. Las habían intercambiado por dinero en una casa de empeño y se lo habían dado a lord Holbrook para que liquidase su deuda.

¿Se lo había agradecido él? Desde luego que no. ¿Se había controlado desde entonces? ¿Se había mantenido lejos de las mesas de juego? No, no y no. Había vuelto a apostar; llegando incluso a sobrepasar sus posibilidades de pago.

Esa vez, lord Holbrook había firmado pagarés por miles de libras a esos mafiosos, exponiéndose a una segura estadía en la cárcel de deudores.

El momento en que tuvo conocimiento de esta nueva desgracia probablemente quedaría grabado en su memoria para siempre: se había engalanado para la velada musical, que tendría lugar en Haverston Manor, la residencia de los Chadwick, con un precioso vestido de color azul éter que le había regalado Megan —en los últimos tiempos, todos sus vestidos bonitos procedían de la exclusiva donación de la familia Chadwick, algo que la avergonzaba, aunque no lo suficiente como para rechazarlo. Ella era, ante todo, una mujer pragmática—, cuando escuchó el sonido de cristales rotos.

Entró de manera precipitada en la biblioteca donde pudo comprobar que su padre había estrellado contra la chimenea una botella de licor vacía. Entre hipos y balbuceos le anunció que pronto vendrían a llevárselo a la cárcel de deudores e incluso se atrevió a acusarla de que semejante noticia la haría feliz.

Cuando Lauren perdió su inmovible compostura y comenzó a reprenderlo por su estupidez, él simplemente la obsequió con toda clase de insultos y la golpeó.

Después de eso, lord Holbrook había salido de la biblioteca y de la casa, y ella se había quedado sentada en el sillón donde su madre leía, con las manos tan frías que suponían un alivio para el calor lacerante que desprendía el costado derecho de su cara, donde su padre había dejado constancia física del desprecio que sentía por su única hija.

Tan solo unas horas después de aquel fatídico episodio, Lauren podía ver pasar por su mente todos los detalles como si fueran una de esas novelas góticas que leía su madre, no por la trama amorosa, sino por el despropósito en que se había convertido su vida.

Primero, la ilusión por la fiesta y por la oportunidad que supondría para verlo a ÉL. Después, el descubrimiento de la catástrofe, seguido de la impronta del odio de su padre, traducido en un bofetón que le había hecho sangrar la ceja y amoratar la mejilla, y, para culminar la noche, otro disparatado plan de rescate de Megan Chadwick.

Porque, cuando Lauren no apareció en la fiesta, Megan apareció en su

casa.

La brillante y bondadosa heredera del conde de Haverston la consoló y lloró junto a ella, para acto seguido sufrir un arranque de indignación y negarse en redondo a condescender con el hecho de que los Malone se iban de cabeza a Marshalsea, la cárcel de Southwark donde iban a parar la mayoría de los morosos.

En seguida tuvo un plan en mente: robar (¿cómo no?) los pagarés de la casa del mismísimo Albert Growden, el cabecilla de aquella pareja de jugadores profesionales que tenían a su padre cogido por... el pescuezo.

Pero el plan se había hundido, como todo lo demás. Ella misma se había asegurado de garantizar su fracaso. ¡Robarles a unos mafiosos! Lauren no podía consentirlo. No podía permitir que la heredera de los Chadwick se expusiera a semejante peligro e ignominia.

De modo que había hecho lo único que creía que podría detenerla: le había avisado a ÉL. Y, como no podía ser de otra manera, ÉL las había rescatado.

Y entonces sí que todo se había ido al infierno para siempre. Llegados a aquel punto solo le quedaba una salida. Pero eso tendría que esperar. Todavía le quedaba una prueba que superar antes de dejar atrás su vida y convertirse en otra persona.

Todavía tenía que enfrentarlo a ÉL.

Capítulo dos

Debería ser más valiente. Debería tener el coraje de levantar la cabeza y enfrentar su mirada. Lo menos que le debía era una explicación, pero las palabras no eran capaces de traspasar sus labios. El recuerdo de aquellos ojos castaños mirándola con desaprobación y desprecio le provocaba un tremendo vacío en el estómago.

ÉL. Marcus Chadwick. Vizconde de Collington.

No necesitaba mirarlo para percibirlo. No necesitaba otear su rostro para dibujar en su mente la dulzura de su expresión. Los pómulos suaves, los labios generosos y los pequeños hoyuelos en los costados de su boca, la nariz recta y alargada, los ojos dulzones, de todos los posibles matices de dorados y marrones, las pestañas largas y espesas, y aquellas cejas rectas que parecían un recordatorio de que no era el ángel por el que todo el mundo lo tenía. Incluso enfadado, era el rostro más bello de toda la cristiandad; tan perfecto que le había granjeado el sobrenombre el Ángel de Londres.

Y ahora estaba enfadado. Con ella. Incluso era probable que estuviera fraguando en aquel momento el modo de decirle que se apartara de su hermana para siempre. Puede que después de haberlas descubierto en aquel intento de robo, hubiera llegado a la conclusión de que Lauren Malone era una peste en sus vidas. Y no le faltaba razón, mas su advertencia no sería necesaria porque Lauren Malone, con recomendación o sin ella, iba a desaparecer de sus vidas.

Pero eso él no lo sabía, y ella no tenía el valor suficiente para poner voz a sus pensamientos. Solo cabía pensar que en cualquier momento el vizconde daría por concluido su intenso escrutinio y dictaría sentencia. Notaba sus ojos clavados en ella, los percibía. Y era más que evidente que solo estaba buscando las palabras adecuadas para ponerla en su lugar, para reprenderla, para desahuciarla.

ÉL, que lo era todo para ella.

Iban de regreso a casa en un carruaje que, por obra de la divina providencia, no llevaba el escudo de armas de Haverston y era del todo irreconocible. Marcus y su amigo, Lucas Gordon, marqués de Riversey, las habían rescatado justo antes de que su intrépida mejor amiga se aventurase al interior de la casa del señor Growden. A todo eso había que añadir que Riversey era ni más ni menos que el aristócrata a quien ellas habían atracado una semana atrás. Un error de cálculo que había tenido consecuencias muy dispares. La primera había sido que Lucas Gordon había terminado descubriendo el pastel, y la segunda que Megan había terminado enamorándose del marqués. Puede que, en ese justo momento, ellos estuvieran haciendo las paces, ya que Riversey se había hecho cargo de devolver a su amiga a Haverston Manor unos minutos antes.

Lauren esperaba de todo corazón que solucionasen sus diferencias porque nadie merecía la felicidad tanto como Megan Chadwick, y era evidente que aquel hombre se había convertido en el componente esencial para que su amiga la obtuviese. Ojalá pudiese quedarse para saberlo, pero esa ya no era una opción.

Transcurrieron varios minutos más de silencio en el ínterin hasta que lord Collington, al parecer, conjugó en su mente la reprimenda adecuada. Lo normal hubiera sido que esto la ayudara a tranquilizarse, pero, por el contrario, aquel ensordecedor mutismo no hacía más que aumentar su ansiedad. Era cuestión de pocos segundos más que toda la pacífica y platónica amistad que ella había cultivado tan denostadamente durante años se derrumbase ante sus ojos.

—¿Tiene razón Megan? —preguntó Marcus por fin—. ¿Eres una completa inocente en toda esta trama? ¿Debería simplemente dejarte en la puerta de casa y olvidar el lio en el que os habéis metido, según mi querida hermana por su única e imprudente decisión?

Megan había intentado por todos los medios desviar la ira de Marcus hacia ella. Le había dicho, y no era mentira, que la idea de recuperar los pagarés

allanando la propiedad de Growden había sido suya, y que había empujado a Lauren, lo cual no era menos cierto, a que la acompañase. No cabía duda de que *lady* Megan Chadwick era intrépida, manipuladora e irreflexiva, pero no era la culpable de la presente situación.

—Nadie más que yo es responsable de las decisiones que hemos tomado, pues todo lo hecho ha sido en beneficio de mis propios intereses. Jamás debí informar a Megan de mis circunstancias, pues, siendo como es una amiga leal y valiente, no le dejé otro camino que el de involucrarse.

—Me temo que podríais pasaros la vida exonerándoos la una a la otra. — Marcus suspiró con fatiga y se inclinó hacia delante. Le tomó la barbilla con una mano y la obligó a levantar la cabeza. —Dime qué ha pasado. Desde el principio.

Sí, conocía a la perfección el rostro de lord Collington, pero cada vez que sus ojos se posaban en él, todo su cuerpo se estremecía como si fuera la vez primera que lo veía. Se le llenaron los ojos de lágrimas y dio gracias a la noche por ser tan oscura y ahorrarle la vergüenza de su propia conmiseración.

Cuando observó su semblante, aún tan serio y preocupado, pensó que no era demasiado justa la vida si lo único que le ofrecía, al llegar el final, era esta bochornosa despedida. Si esta era la última vez que veía a Marcus Chadwick, al menos debería haber sucedido en un baile, donde él la sujetaría con firmeza y elegancia por la cintura, la haría girar y soñar, y le dedicaría varias de sus fascinantes sonrisas. Debería haber sido en un lugar y en un tiempo en el que Marcus no supiera el tipo de persona en el que se había convertido. Un final en el que no la despreciase. No, la vida no era justa, y además tampoco lo ponía fácil, porque no bastaba con que lo supiera todo, sino que quería oírlo también de su boca.

—Después de que mi madre faltase, mi padre comenzó a beber y a jugar. —Intentó que su voz sonase firme, sin ningún filo de afección. Se limitaría a contar los hechos. Escuetos y asépticos. No tenía sentido prologar el mal trago—. Hace dos semanas descubrí que debía mucho dinero a Albert Growden y a su socio. Megan se ofreció a ayudarme y conseguimos el

dinero... —En ese punto sintió el deseo de apartar la mirada, pero no lo hizo —. Robándolo. Pero después de eso, mi padre siguió apostando sumas muy altas y esta noche me ha confesado que el duque de Bedford le ha dado un ultimátum.

—Por causa de los pagarés que ibais a robar —añadió Marcus. Lauren asintió.

—Hubo una partida en la que mi padre firmó esos documentos. Alguien bien relacionado debe haber estado presente, porque informó a Bedford. Son miles de libras. La corona no está dispuesta a consentir que un vizconde arruinado vaya por ahí desprestigiando a la aristocracia inglesa.

—Lo abandonarán a su suerte —coincidió él.

—Le revocarán el título y facilitarán su ingreso en prisión —aclaró ella.

—La cárcel de deudores. —Marcus demostraba comprender con bastante claridad las dimensiones de la catástrofe y, sin embargo, no parecía ni la mitad de escandalizado de lo que Lauren hubiera podido esperar.

—Growden solicita su ingreso en Marshalsea, y Bedford está más que dispuesto a permitirlo.

—¿Puede costearse tu padre la estancia en la zona de los nobles? —preguntó con desconfianza.

En las cárceles de Inglaterra, en algunas como Marshalsea, había zonas donde se podía vivir bastante bien. Eran zonas nobles, con habitaciones que se alquilaban a los presos y en las que podían vivir con sus familias o compartiéndolas con otras personas. La otra opción era la zona modesta, donde la gente se hacinaba en habitaciones en las que no había el espacio suficiente para todos, y pululaban las enfermedades provocadas por el hambre y la falta de higiene. Lauren no podía permitir que su padre acabase en una de aquellas salas comunitarias o mendigando chelines a través de la verja para poder pagar su manutención.

—Mis abuelos me pasan una asignación mensual. Será suficiente para mantenernos a los dos. —Le informó.

—¡Tú no vas a ir a Marshalsea! —exclamó Marcus con expresión

iracunda.

—¡No! —aclaró ella de inmediato—. Eso no será necesario. Yo me encargaré de que su manutención sea atendida. No puedo liquidar la deuda que él ha contraído, pero sí puedo garantizar que viva allí de una manera lo más digna posible —añadió—. No hay ningún motivo por el que tenga interés en compartir su destino y su espacio, te lo aseguro.

—Bien —añadió Lord Collington más calmado—. Gordon asegura que el asunto de los robos está zanjado. Que las joyas fueron devueltas y la deuda liquidada. ¿Queda algún cabo suelto? —inquirió entonces.

Era de esperar que antes de acudir en su rescate, Riversey hubiera puesto al tanto a su amigo de las condiciones en las que se había desarrollado toda aquella catástrofe. El marqués había sido de vital importancia para solucionarlo, ya que se había ofrecido a volver a comprar las joyas y devolverlas a sus legítimos dueños para que estos no tuviesen excesivo interés en exigir una investigación que podría haber dado con los huesos de Megan y los suyos propios en una de esas cárceles donde no solo terminan los morosos, sino también las ladronas como ellas.

—Lord Riversey fue muy amable al ocuparse de eso, sobre todo teniendo en cuenta que su carruaje fue uno de los que asaltamos. Si no hubiera...

—¿Quééééé? ¿De qué estás hablando? —gritó él.

«Oh, oh...».

Parece que el marqués no había sido muy explícito, después de todo. Lauren se estremeció de arriba abajo por el tono, esa vez sí, escandalizado y notó que le faltaba el aire. En ese momento, era imposible saber qué parte de la historia le había contado Riversey y qué otra parte se había reservado. Quizá solo le había mencionado que habían robado unas joyas, pero no había entrado en detalles sobre el procedimiento. Eso parecía lo más lógico teniendo en cuenta que, cuando antes había confesado que tuvieron que robar para conseguir el dinero, Marcus no se había ofuscado tanto. Entonces, ¿qué debía contarle? No quería poner en evidencia a lord Riversey después de la ayuda que les había prestado, pero no veía la forma de salir del embrollo.

—¿Yo?... Pues... —balbuceó—. Lord Riversey n-nos... ayudó a... devolver las joyas. Sí. Eso quería decir.

Marcus se incorporó de nuevo en el asiento y la tomó por los brazos con fuerza. Le dio una pequeña sacudida y la miró con una expresión que no admitía medias tintas.

—¿Te parezco imbécil, Lauren? ¿Vas a fingir que no has hablado de asaltar carruajes? No me pongas a prueba, pequeña —sentenció al tiempo que Lauren observaba cómo todos los músculos de su cara estaban tensos por la ira.

Sin lugar a dudas, el vizconde de Collington era una de esas personas a las que no se podía engañar con facilidad. No era como esos bobos petimetres, tan ensimismados en su propio ego que cualquier explicación femenina les entraba por un oído y les salía por otro, siempre que no tuviese que ver con ellos. Este era un hombre que se preocupaba por asuntos de gran trascendencia en el parlamento, y ni siquiera ocupaba un escaño en la cámara de los lores. A alguien así no se le podía despistar con una excusa improvisada e insustancial.

Y, de todos modos, no había nada que ocultar, porque no había nada que salvar. Si Marcus tenía que conocer la verdad y desatar su ira contra alguien, pues que fuera contra ella. Así que se lo contó.

Le aclaró que habían intentado reunir el dinero de forma honrada a través de sus propios fondos, los suyos y los de Megan, pero que se habían demostrado insuficientes. También le explicó que en el último mes se habían producido muchos asaltos en las inmediaciones de Londres y cómo ese hecho, tan difundido por los periódicos, las llevó a idear un plan para asaltar ellas mismas algunos carruajes, siempre que fueran ocupados por mujeres mayores, que eran las que de manera habitual usaban un cierto tipo de vehículos que ellas habían esperado a conciencia. Le relató, *grosso modo*, la gran sorpresa que supuso cuando, de uno de esos carruajes, se bajó el mismísimo marqués de Riversey, a quien le birlaron un reloj y una bolsita con dinero que él recuperó sin que se diesen cuenta. En ese punto, la laguna

de conocimiento de lord Collington debía estar bastante salvada porque explotó:

—¡Estáis completamente locas! Sabía que Megan no andaba muy lejos de Bedlam, pero imaginaba que tú ejercías un efecto calmante en su fogoso espíritu. Y en lugar de ello, mi hermana ha conseguido arrastrarte a ti con ella. ¡Qué decepción, Lauren! Te creía más sesuda. —El tono desengañado de Marcus tuvo un eco doloroso en su corazón.

—Lo único que ella ha hecho ha sido protegerme —incidió con un coraje nacido del amor incondicional que le profesaba a su amiga—. Siempre lo ha hecho. Tu familia siempre ha estado ahí para ofrecirme su apoyo cuando mi padre se apartó de la sociedad decente y las matronas empezaron a verme como un estorbo en sus reuniones. Por eso me avergüenza muchísimo ser motivo de decepción para vosotros. Era justo lo que quería evitar. No deseo que Megan cargue con la responsabilidad de esto. Si se vio obligada a pergeñar un plan y a ejecutarlo, fue solo porque a mí me falta su inteligencia y su valentía. Pero la única responsable de lo ocurrido soy yo, y nadie más debe sufrir las consecuencias.

—¿Y qué debo hacer contigo, según tú? Porque tengo una idea muy aproximada de lo que me gustaría hacer, y tiene una relación muy directa con mis manos estrechando tu preciosa garganta.

Era una estupidez monumental sentir ternura por semejante calificativo en una amenaza de estrangulamiento, pero eso no importó en absoluto a Lauren Malone, quien sintió un estremecimiento de felicidad ante la mención de su «preciosa garganta». Le entraron ganas de decirle que lo hiciera, que pusiera sus manos alrededor de su cuello, pues las ansias porque la tocara eran tan grandes que incluso así se conformaría. Pero eso eran bobadas. Estaba dándole importancia a lo que no la tenía.

—Entiendo que... tras lo sucedido, lo más adecuado será que me mantenga lo más alejada posible, y es eso lo que tengo en mente, lo juro. Incluso aunque hubiéramos podido recuperar los pagarés, es evidente que la imagen pública y la posición de mi padre están lo suficientemente denostadas para

que mi sola presencia sea considerada un desprestigio para quienes rondan mi compañía. No habrás de preocuparte por eso, porque no pienso seguir perjudicando a Megan...

—¡Basta! —La interrumpió con una expresión mitad incrédula, mitad indignada—. Ahora me estas ofendiendo al sugerir que quiero que te apartes como una apestada. ¿Qué clase de persona te crees que soy? Los Chadwick no abandonamos a los amigos, y nadie te está pidiendo que te tires al arroyo y dejes de ensuciar las baldosas de entrada a nuestra casa. ¡Por Dios que eres de lo más impertinente!

Lauren se quedó de piedra mientras escuchaba aquella acalorada perorata de Marcus. La lealtad de los Chadwick era una cualidad incontestable, como bien había comprobado ella a lo largo de los años, pero ¿cómo podía sugerir siquiera que siguiera perteneciendo a su círculo de amistades? Ahora que la posibilidad de recuperar los pagarés era cosa del pasado, el escándalo iba a cebarse con ellos en cuestión de una semana. Su padre iba a entrar en la cárcel, por el amor de Dios. No es que fuera una apestada, sino que era una auténtica epidemia para la reputación de esa familia. ¿Acaso él no lo veía?

—Unas cabezas de chorlito, eso es lo que sois —continuó al cabo de dos segundos en los que se suponía que había cogido, sin éxito, aire para calmarse—. ¿Es que no podíais confiar en mí o en Gordon? ¿Es que acaso creíais que no os habríamos ayudado sin tener que llegar al extremo que habéis llegado?

—No quería que supieras en lo que se había convertido mi vida —contestó simple y llanamente.

Porque era la verdad. No había querido sufrir el dolor de su decepción, no había pensado que la lealtad de Marcus hacia ella estuviese por encima de la debida distancia que mantenía la gente respetable con la chusma en la que ella y su padre se habían convertido. Era evidente que se había equivocado.

Marcus se había vuelto a recostar sobre el respaldo del vehículo y miraba absorto por la ventana, con el codo apoyado contra el marco de la portezuela y la mano enredada con frustración entre sus sedosos cabellos rubios dorados.

Ella entrelazó las manos en el regazo y bajó la vista hasta ellas, que reposaban sobre los pantalones de piel de su disfraz de ladrona. Eran suyos. De Marcus.

La única con posibilidad de obtener ropa varonil de su talla era Megan, pues al parecer en Haverston Manor aún se conservaban algunas prendas de cuando ellos dos habían sido pequeños. En este momento, ella vestía una camisa de algodón y lino de color azul oscuro y unos pantalones de ante marrones que algún día habían envuelto las piernas de Marcus, cuando él era apenas un jovencito de trece o catorce años. ¿Lo amaba ya por entonces? Sentía que lo había amado toda su vida, pero, lo cierto era que no recordaba el momento exacto en que comenzó a sentir esa emoción en concreto.

Reunió valor y volvió a mirarlo. Era tan hermoso... Había soñado miles de veces, despierta y dormida, que acariciaba con los dedos los contornos suaves de su rostro, la barbilla redondeada, el mentón suave, la frente oculta tras las ondas doradas. Había imaginado aquel rostro pegado al suyo, la mejilla acariciando la suya, la boca besando sus labios... Había compuesto miles de noches en su compañía, había creado infinitos romances con él. Pero los sueños rara vez sucedían en la realidad.

Esa sería la última vez que lo viera. Después de esta noche se iría, y quería grabarse en la mente y en el corazón todas las imágenes posibles de él. Incluso la de ese momento, con el ceño exasperado que a ella le gustaría besar. Decía que no tenía por qué apartarse y le creía, pero, de igual modo, la decisión ya estaba tomada.

Capítulo tres

El carruaje se detuvo frente a Holbrook House, y Lauren sintió su corazón oprimirse ante la inminente despedida. Se arrellanó de manera inconsciente en los cómodos asientos de cuero color caramelo y fijó la mirada en el interior forrado de satén azul cobalto floreado con tiras de pasamanería dorada. Era un coche muy lujoso en su interior, aunque por fuera lucía un desapasionado negro brillante.

Lord Collington se bajó del carruaje y lo rodeó. Abrió la portezuela e introdujo su fuerte brazo dentro del elegante espacio para ayudarla a bajar. Ninguno de los dos llevaba los guantes puestos, por lo que, por primera vez en su vida, iba a tocar la piel desnuda del vizconde de Collington, lo cual era de lo más incorrecto, y también excitante. Las numerosas veces en que la había invitado a bailar, porque él siempre hacía sus mejores esfuerzos para que no se sintiese un florero en las fiestas, ambos habían llevado las manos cubiertas. Incluso aquella vez, cuando cayeron juntos mientras montaban los adornos de Navidad en Haverston Manor, las gruesas ropas de invierno habían impedido un contacto tan íntimo.

Con un nudo de nervios palmeando en su estómago, Lauren cerró los ojos y posó su pequeña mano blanca en aquella que se le ofrecía, mucho más oscura y fuerte que la suya. El estremecimiento que comenzó en la punta de sus dedos y terminó en la raíz de su cabello fue poderoso y fugaz. Imprimió algo de fuerza en su apoyo y bajó del carruaje ayudándose del pequeño escalón colgante del lateral.

—Será mejor que no te ofrezca mi brazo. Cualquier fórmula de cordialidad no haría más que llamar la atención sobre el hecho de que eres una dama, a pesar de tu apariencia —argumentó Marcus.

—Es muy acertado, milord —coincidió ella repasando una vez más su atuendo de ladrona, tan poco apropiado.

Caminaron uno al lado del otro por la ancha acera hasta la puerta de Holbrook House. Al llegar a la zona iluminada de la entrada se volvió y le dirigió una tímida sonrisa a su acompañante. Jamás se había sentido tan nerviosa, pues nunca había estado a solas con un hombre, y menos con ese hombre. A pesar de la familiaridad con la que la trataban en casa de Megan, *lady* Haverston era una mujer que cuidaba el cumplimiento de las normas del decoro, por lo que jamás habían compartido ningún momento sin la compañía de terceras personas.

Y en aquel momento tenía que despedirse de él, sin llegar a explicarle que no volverían a verse. Sintió que su corazón se resquebrajaba, pero se negó a dejarle hueco a la desesperación. Era la oportunidad de agradecerle todo lo que había hecho por ella a lo largo de todos aquellos años, no de dejarse llevar por la melancolía. Irguió la cabeza a la luz de los faroles de la entrada y se prometió que no lo haría sentir incómodo con una lacrimógena escena.

—No sabes cuánto te agradezco... —La mano de Marcus se levantó de forma imprevista y su expresión se convirtió en puro hielo. Lauren no se asustó cuando esa mano, sin guantes, le tocó la mejilla y casi sintió derretirse su cuerpo, hasta que fue consciente de lo que Marcus acababa de ver en su rostro.

Se tensó con horror y, sin plena consciencia, desvió la mirada hacia la derecha. Los ojos de Marcus siguieron la dirección de los suyos hacia la ventana iluminada de la biblioteca y su expresión se volvió más furiosa, si eso era posible.

Sin mediar palabra, el dulce contacto en su mejilla desapareció y aquella misma mano la sujetó con delicadeza por el antebrazo. Con la otra, el vizconde golpeó con énfasis la puerta de su casa.

—Marcus, por favor... —Nunca lo llamaba por su nombre, pero, llegado aquel punto, Lauren estaba aterrorizada y olvidó las reglas de tratamiento que se había esforzado en mantener durante años. Nada de milord o lord Collington en situaciones catastróficas.

¿Qué iba a hacer? Se había puesto lívido al ver su cara amoratada y la

herida en su ceja, porque no le cabía la menor duda de que el cambio de actitud se debía a eso.

—No hay favor que valga —replicó iracundo.

Un segundo después, Hannah abrió la puerta con cara somnolienta. Aún vestía ropa de calle, por lo que era muy probable que la pobre mujer estuviese esperando su vuelta sentada en una silla. La doncella tomó aire con alivio y enseguida disimuló su reacción cuando fue consciente de la presencia de lord Collington.

—Buenas noches, su señoría —dijo Hannah bajando la mirada al suelo con sumisión. —Gracias por traer sana y salva a la señorita.

Lauren se quedó pasmada por el atrevimiento de su doncella, que sabía de sobra, porque Lauren y su madre le habían insistido innumerables veces, que no debía dirigirse directamente a las visitas a no ser que se le pidiese de forma expresa. No era correcto. Pero no tuvo tiempo para recrearse en su asombro porque Marcus entró en tromba al recibidor y, acto seguido, comenzó a tirar de su mano en dirección a la luz que habían visto iluminando la biblioteca. Era bastante evidente que lord Collington también tenía sus arranques de incorrección.

Encontraron a lord Holbrook en una postura que empezaba a ser un clásico: cuerpo desparramado en el sillón frente a la chimenea apagada, vaso de whisky en la mano derecha, mano izquierda sujetándose la cabeza, ojos y nariz roja y camisa con los faldones por fuera. Ni siquiera el impacto de la puerta contra la pared al abrirse consiguió sacarlo de aquel estado de desidia y abandono al que se sometía constantemente.

—Collington. —Su padre levantó la mirada y pronunció aquel nombre como si hubiera estado esperando la visita, mientras el hombre a su lado irradiaba tensión por encima de sus costosas y elegantes ropas. A Lauren no dejaba de fascinarle con qué parsimonia enfrentaba su padre el hecho de que otro hombre se presentara en su casa con su hija vestida como un muchacho y sacando, casi, la puerta de sus goznes.

—Hay que ser malnacido para quedarse tirado bebiendo en un sillón de

forma disipada mientras que una jovencita de veinte años le soluciona a uno la vida —expuso Collington con voz firme y belicosa.

Su padre levantó el vaso en un gesto de despreocupación mientras Lauren sentía que se ahogaba de angustia. El belicoso saludo había dejado muy claro lo que quería Marcus al entrar con ella en casa.

—Nadie la mandó. Esa... «jovencita» hace lo que le da la gana —dijo el vizconde con un desprecio tan patente que Lauren sintió más vergüenza de la que había sentido en su vida. No era que le doliese esa nueva muestra de inquina, pero la humillaba que el respetadísimo vizconde de Collington fuera testigo de ella.

—Señorita Malone —dijo él con voz marcada por la ira, mientras la presión sobre su mano se incrementaba—, ¿podría salir un momento? Tengo que hablar con... este señor.

Lauren buscó la mirada de Marcus y se estremeció ante la furia que bullía allí. Le lanzó una mirada suplicante y después dejó caer sus ojos hasta las manos unidas. Él la soltó del férreo apretón y tomándola por los hombros la giró hacia la puerta.

—Lauren, sal, por favor —farfulló en su oído—. ¿Por qué no subes a descansar?

—Pero... —protestó débilmente.

No quería dejarlos solos. Por algún motivo, presentía que la catástrofe estaba a punto de desatarse en aquel salón. Otra más.

Era posible que Marcus no la hubiese oído, o que estuviese tan furioso que no le importaba si tenía algo que objetar; el caso fue que la empujó hasta dejarla fuera de la biblioteca y cerró la puerta a su espalda. Lauren se quedó con la vista fija en el suelo de madera desnudo, donde otrora habían lucido alfombras de Aubusson, y se preguntó qué clase de conversación querría mantener lord Collington con su padre. ¿Iba a reprenderlo por haberla golpeado? ¿Había sabido que era él su agresor solo porque había desviado la vista hacia la biblioteca? ¿Iba a reprocharle su debilidad por el juego? ¿Por qué tendría él que preocuparse por semejantes cosas? Las mismas preguntas

se agolpaban una y otra vez en su cabeza con creciente preocupación.

Se asustó al escuchar un ruido procedente del fondo de la escalera de servicio, pero se tranquilizó al encontrar a Hannah en la penumbra, con las manos prendidas a su falda. Cuando la doncella la vio allí, se dirigió presurosa hacia ella.

—*Milady*, ¿os encontráis bien? Tenéis un semblante muy pálido.

Hannah siempre utilizaba con ella ese tratamiento, aunque solo las hijas de los duques, marqueses y condes recibían el título de ladies. Hannah siempre había sido una mujer con aspiraciones, una francesa con gran reputación que podría haber trabajado al servicio de un duque gracias a sus magníficas cartas de recomendación. Se había quedado en Holbrook House por lealtad a su madre, quien en una ocasión la había salvado de ser maltratada por su anterior patrón. Cuando la llamó por primera vez *milady*, y Lauren la había corregido, ella le explicó que era mucho más digna de respeto y admiración que las hijas de aquel cruel marqués para el que había trabajado. Concluyó que, si ellas eran llamadas *milady*, entonces Lauren era sin duda una *lady* de la cabeza a los pies. Aquella lealtad fue creciendo a lo largo de los años y, cuando *lady* Holbrook falleció, Hannah se convirtió en el único apoyo y fuente de cariño para Lauren en aquella solitaria mansión. Su afecto y su guía habían sido una piedra angular en su vida durante los últimos dos años.

—Él... se ha encerrado en la biblioteca con mi padre —susurró, aún confusa—. Estaba demasiado enfadado, Hannah. Nunca lo había visto así.

—¿Lord Holbrook? —preguntó la doncella.

—No. Lord Collington —respondió.

La expresión preocupada de Hannah desapareció y fue sustituida por una media sonrisa complacida.

—Comprendo. Deberíais sentaros, *milady*. Y yo debería traeros un vaso de leche caliente. Os ayudará a relajaros. El té no es adecuado para estas horas de la noche. Os altera demasiado, según he observado. —A medida que hablaba, Hannah la iba conduciendo por los hombros con tranquilidad pero con decisión a la pequeña sala de visitas que se hallaba junto a la escalera

principal. Lauren se detuvo justo en la puerta y clavó los pies en el suelo.

—Esperaré ahí —dijo señalando la silla que había junto a la puerta y dónde en otro tiempo había esperado el mayordomo a que sus señores volvieran de las veladas nocturnas: no quería perderse la salida de Marcus de la biblioteca.

Hannah le dedicó una mirada resignada y asintió. La ayudó a sentarse, pues todavía estaba un poco aturdida e inestable, y después desapareció por el pasillo del ala izquierda en dirección a la cocina.

Era increíble todo lo que había ocurrido en un solo día. Y lo más absurdo de todo era que Marcus Chadwick la hubiese llevado a casa y ahora estuviese encerrado con su padre diciéndose solo Dios sabía qué cosas. Pasados unos minutos, el silencio procedente de la biblioteca empezó a ponerle los pelos de punta. No se oía una voz más alta que otra, ni ruido de muebles, ni de copas; cosa que debería tranquilizarla, pues solo podía significar que la conversación se desarrollaba en buenos términos. Sin embargo, su intuición tenía prendido un grito de alarma, y un nudo en sus entrañas le decía que algo terrible estaba ocurriendo allí adentro.

La curiosidad fue tomando poco a poco el control sobre el resto de la personalidad de Lauren Malone y, sin ser muy consciente de ello, se levantó y se acercó con pasos lentos y vacilantes a la puerta cerrada a cal y canto. De repente, el vestíbulo parecía haber crecido en tamaño pues el tiempo se hizo eterno y el silencio, ensordecedor mientras cruzaba el espacio abierto ante las escaleras. Faltaban cuatro pasos escasos para llegar a la entrada cuando la puerta se abrió con el característico estruendo de las puertas de madera que no cierran bien. La sorpresa en el rostro de Marcus combatió en intensidad con la suya propia, pero fue Lord Collington quien primero se repuso.

—Señorita Malone —saludó con una imperceptible reverencia—, íbamos a enviar en su búsqueda.

¿A quién?, se preguntó Lauren. No era como si Holbrook House tuviese un regimiento de criados a quienes destinar esa encomienda. Si querían que alguien la localizase en aquella decadente mansión, tendrían que llamar a

Hannah a gritos, pero eso él no lo sabía. Se removió inquieta ante la mirada grave en el apuesto rostro de Marcus, pero fue incapaz de moverse.

—Pase, por favor —insistió él, dejándole espacio para que entrara—. Tenemos que hablar.

Y el corazón de Lauren dejó de latir.

Capítulo cuatro

Minutos después de entrar en aquella biblioteca, Lauren Malone era incapaz de dar crédito a lo que acababa de escuchar. Miró anonadada cómo su padre salía de allí con expresión satisfecha, dando un portazo, como si por fin hubiera conseguido ponerla en su lugar, como si hubiera bajado Dios del cielo y le hubiera otorgado el favor por el que había rezado: librarse de ella. No se lo podía creer. No podía dejar de pensar que todo era una broma de mal gusto.

Se volvió hacia Marcus y se encontró con una expresión inescrutable que no le facilitó la tarea de asimilar lo que estaba ocurriendo. Él ni siquiera había hablado desde que la invitó a entrar para que fuera su padre, con su habitual falta de tacto, quien le comunicara aquella disparatada decisión.

Como si la cosa no fuese con él, se había quedado frente a la ventana, con los brazos cruzados y las piernas abiertas, haciendo ostentación de su varonil figura. Era muy difícil concentrarse en otra cosa que no fuera aquella poderosa presencia, pero dadas las circunstancias, Lauren consiguió poner toda la resolución en su anuncio.

—No entiendo nada de lo que acaba de ocurrir en este salón —advirtió en cuanto estuvieron solos—, pero te aseguro, Collington, que no voy a casarme contigo.

Observó cómo Marcus agrandaba los ojos con sorpresa y, después, con pasos lánguidos se acercaba a la mesa de despacho de su padre, una de las pocas pertenencias de las que aún no se había deshecho, y se dedicaba a pasar el dedo por la superficie, para después quedarse tras ella otra vez con los brazos cruzados.

—Me temo que eso no está en tus manos, querida. Acabas de escucharlo de boca de tu padre, y una perfecta dama inglesa debe acatar las decisiones de su progenitor, incluso si este está dispuesto a venderla a cambio de evitar un

escándalo; justo lo que acaba de hacer el tuyo.

Sí, eso había hecho su padre: la había vendido. Con aire complacido le había comunicado que había resuelto conceder su mano a Lord Collington, pues era el único hombre de Londres dispuesto a desposarla sin la existencia de una dote. Le aconsejó que no montase un «numerito» y se marchó con una expresión semejante a la de quien aplasta a un molesto insecto. Debería haber sentido un dolor lacerante en el corazón, pensó entonces, pero su mente era incapaz de aceptar siquiera que aquello estaba pasando. En medio de una neblina aturdidora fue consciente de que él seguía hablando.

—Ahora, sube a tu habitación y haz la maleta; te vendrás conmigo y permanecerás bajo mi tutela mientras dure el compromiso. No voy a permitir que pases ni una noche más bajo el mismo techo que ese...

Había ido subiendo el volumen, lo que le hizo pensar que no estaba ni tan tranquilo ni tan complacido como aparentaba. Su poderoso y ancho cuerpo se tensó, los enormes ojos color miel la miraban con una determinación contra la que costaba rebelarse. Lauren se perdió de nuevo en la magia de aquellos ojos, en la codiciada suavidad de sus cabellos rubios como el tabaco, en la postura elegante de sus brazos cruzados. Se obligó a concentrarse en el problema más perentorio: Marcus parecía convencido de aquel disparate; tenía que disuadirlo.

—Collington, por favor —lo interrumpió—. Mi padre ha cometido errores, lo sé...

—¡Te ha golpeado, maldición! —Dio un paso adelante y se apoyó con los puños muy apretados sobre el escritorio; su expresión muy lejos de estar serena—. Ha dejado que toda la fortuna de tu madre, ¡tu dote!, se despilfarre en las mesas de juego, te ha empujado a una vida de delincuencia, y ya has visto lo que ha tardado en venderte. ¡No te atrevas a defenderlo!

Lauren no pudo sostenerle la mirada. No era más que la verdad; su padre jamás había cuidado de ella y, en los últimos meses, casi la había echado a los leones, pero eso no era asunto de Marcus ni de su familia. Él estaba destinado a triunfar en la vida, y eso no sería posible con una dama arruinada

como esposa.

Se acercó en silencio hasta la ventana y se frotó los brazos, pensativa; hacía muchas semanas que no se encendía la chimenea, tantas como llevaba sin probar los deliciosos platos de la cocinera. Aunque estaban en primavera, el mes de mayo en Londres solo podía tacharse de cálido cuando uno se encontraba en el exterior disfrutando de la acción directa del sol. Dentro de aquellas viviendas construidas dos siglos atrás había siempre un remanente gélido.

—Tienes razón. En todo. Pero eso no cambia el hecho de que tú no quieres casarte conmigo. Solo tienes treinta años, eres joven aún para comprometerte y, además, no quieres hacerlo. —Armándose de todo el valor que le quedaba, se giró y lo enfrentó—. Mira, te agradezco de todo corazón lo que intentas hacer por mí, pero piénsalo: ¿qué dirá el *beau monde* cuando se entere de que el ilustre y apuesto heredero del condado de Haverston va a casarse con la insignificante hija de un vizconde borracho y arruinado? ¿Es que quieres semejante deshonor para tu familia?

Marcus ni se inmutó. Haciendo gala de su habitual tranquilidad, tomó una pluma del lapicero situado junto a un montón de papeles desperdigados y la estudió con detenimiento, tomándose varios segundos antes de contestar.

—En primer lugar, muchos nobles se casan a mi edad, incluso antes...

—Tú no eres de esos. Siempre has dicho que... —replicó.

—Por tu parte... —continuó, como si ella ni siquiera hubiese hablado—, a los veintiún años estás corriendo un serio peligro de quedar soltera. —Lauren tuvo que contener un bufido por el golpe bajo—. En cuanto a esa nadería del buen nombre de los Chadwick: mis padres te adoran, y mi hermana te idolatra, ¿acaso crees que ellos no aprobarían que te desposase?

—Yo también os adoro, a todos vosotros —rebatíó, afanada—. Siempre me habéis protegido y os lo agradezco. Si no hubiera sido por los Chadwick, nadie hubiera invitado a las fiestas a la pobre y vulgar Lauren Malone. Habrían chismoseado sobre la escasa elegancia de mis vestidos, sobre la falta de una dama de compañía o la evidente decadencia de esta desastrosa

propiedad. Y, a pesar de vuestro respaldo, todo Londres sabe que soy una paria social. No voy a arruinar un futuro prometedor como el tuyo. No voy a seguir viviendo de la caridad de tu familia.

Marcus dejó caer la pluma sobre la mesa y la miró con furia, como si acabara de lanzarle algún insulto, aunque bien sabía Dios que no había dicho más que la verdad. Rodeó la mesa y fue avanzando de forma amenazadora hasta que solo dos pasos los separaron. Por algún motivo, la expresión en su bello rostro la puso en alerta; no lo había visto nunca tan enfadado como esa noche.

—¿Caridad? —preguntó, con aire ofendido—. ¿Te parece que una propuesta de matrimonio es una limosna, Lauren? ¿Crees que me sentiría obligado a casarme contigo por compasión? ¡Por favor!, no he llegado a ser un hombre con influencias en el parlamento salvando a damiselas de la ruina. ¡Hago lo que quiero y cuando quiero! —Aunque el brillo de sus ojos era furioso, su tono de voz era frío y controlado—. Y ahora quiero casarme contigo. Puede que las circunstancias no te gusten, pero no intentes convencerme de que te desagrada tanto la idea de ser mi esposa. Cualquier mujer en tu lugar daría saltos de alegría.

Sintió ganas de llorar —y de darle una bofetada por su arrogancia—. ¿Había tenido alguna vez un anhelo mayor, un sueño más intenso, que casarse con Marcus Chadwick? Desde luego, él no ignoraba que conseguir un buen partido como el vizconde de Collington era una hazaña digna de ser suplicada por una mujer en su tesitura y no dudaba en echárselo a la cara. Así era Marcus, siempre dispuesto a conseguir sus propósitos.

Pero, en esa ocasión, se equivocaba al pensar que ella iba a rendirse. Lo único que Lauren quería, lo único que todavía podía lograr en la vida, era salvarlo de la vergüenza que ella podría traerle.

Miró alrededor, haciendo un repaso de la que un día había sido una biblioteca lujosa y bien surtida. En aquel momento, la mitad de los estantes estaban vacíos, porque su padre no había dudado en quemar libros —los libros de su madre— para calentarse cuando no pudo comprar leña; la tela de

brocado que cubría el sofá estaba rasgada en el centro y se podía ver la esponja del relleno; la madera de la librería hecha a medida y de la mesa de despacho estaba deslustrada y opaca, porque hacía meses que no había nadie que las pulimentase. Uno de los hombres más poderosos del reino no podía casarse con una muchacha que vivía allí; por mucho genio que tuviese Marcus, no tenía ni idea de la vena testaruda que Lauren podía llegar a mostrar.

—El hecho de que me grites y descargues tu soberbia contra mí no va a conseguir amedrentarme. Sé que estás acostumbrado a obtener lo que quieres, pero te garantizo que nada puedes quitarle a quien nada tiene. —Ahora ella elevaba la voz. No podía evitarlo. Luchar contra Marcus era como chocar contra el hormigón—. Puedes arrastrarme hasta el altar si con eso crees que estás salvándome de la indignancia, pero te aseguro que diré que no —gritó mientras todo su cuerpo adoptaba una postura defensiva y altanera—. Cuando el sacerdote me pregunte, ¡diré que no! Estaría condenada si permitiese que nadie se casase conmigo por lástima. Tengo algo de orgullo, aunque no lo creas.

—Escúchame bien, mocosa. —Marcus acortó la poca distancia que los separaba y se quedó a escasos centímetros de su cara. Sus narices casi podían rozarse—. No es lástima lo que me empuja, sino otra cosa que eres demasiado inocente para entender. —Él pasó sus manos alrededor de la cintura de Lauren y la pegó a su cuerpo. Su pulso se aceleró, la respiración se le quedó atorada en la garganta y miles de estremecimientos pasaron por su cuerpo en todas las direcciones—. Vas a ser mi esposa y, si no subes ahora mismo y coges tus cosas, estoy más que dispuesto a ofrecerte una demostración de lo que me motiva...

¿Iba a besarla? El corazón se le detuvo en un lamento antes de volver a latir con fuerzas renovadas. Ella no podría seguir manteniéndose impertérrita si eso ocurría. Toda su fachada de orgullo y determinación se desintegrarían.

—¡No! P-por favor. S-suéltame.

Gracias a Dios, él lo hizo. La soltó, se dio la vuelta y se dirigió hacia el

viejo y desgastado sofá de brocado. Como si no acabaran de enfrentarse en algo parecido a una batalla campal, tomó asiento con tranquilidad y cruzó el tobillo sobre la rodilla de la otra pierna; le dirigió una mirada fulminante con la que esperaba que ella se pusiera en marcha.

Aunque le costaba retomar el control sobre su cuerpo y su mente, Lauren no lo dudó y se apresuró a salir de la biblioteca. Antes de que llegara a la puerta, escuchó la última amenaza:

—Lauren... Si no has vuelto en diez minutos, yo mismo subiré a buscarte.

Con paso decidido, abandonó la estancia y subió corriendo las escaleras hasta su habitación. Diez minutos era un tiempo muy escaso para tomar sus pertenencias y escapar por la ventana...

Capítulo cinco

Lauren giró sobre sí misma con nerviosismo y se dijo que, si algo se olvidaba, tendría que darlo para siempre por perdido.

Un nudo de angustia incontrolable le oprimió el corazón, y un sollozo se le escapó de la garganta al comprender que esa sería la última vez que pisara el suelo enmoquetado de su habitación.

Ya había pasado con creces los diez minutos que Marcus le había concedido, a pesar de que no se había entretenido y ni siquiera había cedido a la tentación de pedir ayuda a su doncella. Con la amenaza del tiempo sobre su cabeza, se había concentrado al máximo para recoger todas las pertenencias útiles que tenía preparadas de antemano y meterlas en una alforja doble de tamaño medio que sujetaría en la montura de su yegua.

Gracias a un desarrollado sentido del pragmatismo, Lauren Malone había pergeñado en las últimas semanas un plan de huida. Había surgido en su mente el mismo día en que Growden había agarrado sus muñecas a su espalda, y su socio —del que desconocía el nombre— había pasado las horribles manos por su cuello y su torso, dejándoles a ella y a su padre muy claras las intenciones de cobrarse en su cuerpo las deudas de juego de lord Holbrook. En aquel momento revelador, supo que podía llegar el momento en que tendría que huir para salvar su honra; y el conocimiento echó fuertes raíces en ella cuando a la amenaza contra su virtud se sumó la posibilidad de ser apresada por el delito de robo y asalto con arma.

Con una cuidadosa planificación, había ido apartando todo aquello que le parecía necesario para empezar una nueva vida lejos de Londres. En un cajón del armario, había guardado unos cuantos vestidos para viajar. Había elegido aquellos de confección sencilla pero de tejidos duraderos, pues el lugar a donde iba no requería de vestimentas elegantes ni vistosas, y su situación económica no le permitiría renovarlos en mucho tiempo. También se hallaban

en el mismo cajón sus botines de piel de cabritilla, un cepillo de pelo, horquillas y un par de lociones. Todo lo que tenía importancia en sus rutinas diarias había sido minuciosamente organizado para poder acceder a ello en un momento de urgencia.

En el último minuto, la melancolía y la desesperación le habían llevado a añadir unos cuantos artículos banales como un vestido de baile de color crema con encajes azules que era su favorito, unos escaarpines de color dorado y un retículo de seda y cuentas de bronce. También había recogido las pocas alhajas que había podido rescatar del espolio al que su padre había sometido a las pertenencias de su madre, y el abanico de seda y varillas caladas que ella le regaló el día de su debut.

Siendo consciente de que su tiempo se agotaba, Lauren contuvo sus deseos de desahogarse y se dirigió hacia el siguiente punto de su ruta de escape: la ventana. Se asomó por el alfeizar y se dijo que debería haber añadido a sus clases de etiqueta una lección sobre cómo trepar árboles, o más bien descender por ellos, pues le parecía una misión del todo imposible en aquel momento. Enganchó las pesadas alforjas como pudo en una rama de tamaño medio y con ambas manos sujetó otra extensión mucho más fuerte. Apoyó una de sus rodillas en el borde del marco y... sintió un fuerte tirón en sus caderas que la mandó con fuerza contra el suelo de su habitación.

Lauren dejó escapar un leve grito de sorpresa cuando sus posaderas golpearon contra el enmoquetado, que no amortiguaba el impacto tanto como cabría esperar. A pesar del fastidio y la frustración que deberían haberla atrapado al instante, solo pudo notar la rabia que le produjo aquella poco elegante caída. Fulminó con su mirada a lord Collington y tuvo la satisfacción de comprobar que lo había sorprendido, aunque no al punto de dejarlo estupefacto, como de hecho ella se sentía.

El vizconde enseguida se recuperó y con un ademán arrogante se cruzó los brazos sobre el pecho —odiaba aquella postura— y la observó desde su intimidante altura.

—¿Iba a algún sitio, señorita? — preguntó con tono burlón y despreocupado, como quien pilla a un infante en plena travesura. Lauren se levantó con toda la dignidad que le permitían las circunstancias y dio un par de pasos para alejarse de él.

—Lo cierto es que sí —dijo con determinación, aunque una vez superado el momento de sorpresa, su valentía comenzaba a decaer.

—Pero recuerdo haberte dicho que te cambiases de ropa, cosa que no has hecho, y que vendrías conmigo, cosa que por lo visto tampoco tenías intención de hacer. —Esa arrogancia merecía una punzante respuesta que pugnaba por salir de la garganta de la joven, pero se dijo a sí misma que si quería convencerlo de que la dejara marchar, no debía ceder a sus evidentes provocaciones.

—Sé que crees que tienes que hacer esto —dijo con calma—, pero no. No tienes que salvarme. Puedo salir del atolladero yo sola.

—Ah, ¿sí? ¿Cómo? Dado el ingenio de tus planes recientes, me muero por saber qué has ideado para la ocasión.

Lauren pensó con resentimiento que le gustaría haber descubierto antes la faceta sarcástica del hombre, y no ahora que necesitaba todo su poder de concentración para convencerlo de que ella sabía lo que se hacía.

—Conozco una... institución donde tenía pensado retirarme. Es una residencia donde las jóvenes que han tenido problemas reciben ayuda y cobijo a cambio de un trabajo digno —adujo.

—¿Te refieres a una de esas casas donde los padres esconden a sus hijas díscolas? ¿Donde las mujeres que se quedan embarazadas de hombres que no son sus maridos se retiran? ¿Hablas de una de esas casas? ¿Ahí te dirigías? —inquirió él, incrédulo.

—También pueden ir allí las mujeres que han sufrido, o van a sufrir, el escarnio de un escándalo público —argumentó ella—. Yo... ya había pensado

en esa salida si las cosas se ponían demasiado feas. No tienes por qué echar sobre tus hombros más peso. No hace falta que te sacrifiques por una amistad que a fin de cuentas solo va a traerte vergüenza.

—Otra vez con eso... Mira, pequeña, por nada del mundo voy a consentir que acabes en un lugar de dudosa reputación. No es el lugar adecuado para una dama decente y respetada como tú. Te estoy ofreciendo una salida mucho más digna que esa que pretendes tomar. Déjame cuidar de ti, Lauren.

«Oh, Dios». ¿Cuánto más difícil iba a ponérselo? ¿Tenía que utilizar de repente ese tono suave y tierno que la desarmaba? ¿Era necesario que tuviese esa cara de ángel a la que costaba tanto decir que no? Una mujer con menos voluntad ya habría claudicado, pero a Lauren la movían objetivos más nobles que su propia felicidad.

—Pero ¿no ves que es una locura llegar al matrimonio por ese motivo? —espetó, frustrada—. ¡No soy la mujer adecuada para ti!

—Ahí es donde más te equivocas, pequeña. Deja que te lo demuestre...

Marcus se acercó muy despacio, con una mirada extraña que le puso todos los músculos de su cuerpo en tensión. Parecía como si esos ojos castaños tuvieran un poder especial para despertar su cuerpo a la vida. Se dio cuenta de que anhelaba su contacto, quería que llegara hasta ella, que le pasase sus manos por las mejillas, por los brazos... como tantas veces había soñado.

Un rubor ardiente cubrió el juvenil rostro ante los derroteros que estaba tomando su mente, pero era imposible no sentirse en llamas cuando tenía aquella expresión tan intensa enfocada en ella. Marcus se lamió los gruesos labios con un gesto sensual y tranquilo que la mareó. Aquella boca no era decente y le provocaba los pensamientos más disparatados.

Un jadeo se escapó de su garganta cuando las manos masculinas le sujetaron el rostro incendiado, y acto seguido aquellos labios suaves y calientes se posaron sobre los suyos.

Los ojos de Lauren se inundaron de lágrimas por la emoción. Jamás nadie la había besado. Nunca había consentido que ningún hombre intimase lo suficiente para llegar a ese punto, pues su corazón siempre le había

pertenecido a él desde que tuvo uso de razón. Su boca y su alma siempre habían esperado por él.

Marcus fue acariciando con aquel tacto tan embriagador todos los puntos sensibles de su boca, y Lauren se sorprendió con las sensaciones que la embargaron como una gran ola de agua templada. Llevó las manos hasta sus antebrazos y se impulsó sobre los dedos de los pies para acercarse más y perderse en la magia de su primer beso. Sus labios chocaron, y Lauren abrió los ojos sorprendida por la intimidad de ese nuevo toque. Creyó que la habitación se había tambaleado, pero fue ella quien se zarandeó de dentro hacia afuera cuando Marcus cerro las manos sobre los costados de sus costillas e irrumpió con la lengua en su boca.

Un gemido profundo y atormentado escapó de su garganta cuando sintió aquella lengua embriagadora rozando la suya, cuando todo su cuerpo estuvo pegado y arropado por el masculino. Él olía a jabón de afeitar y a vetiver. Era viril y robusto, una verdadera ancla en medio del vendaval emocional que estaba sufriendo su atribulado corazón.

Lauren se olvidó del mundo, se dejó mecer por aquel mareo que la azotaba y echó los brazos sobre el cuello de Marcus, enredando los dedos en sus suaves cabellos dorados. Estaban medio húmedos por el rocío de la noche y eran el lugar perfecto al que aferrarse.

Marcus la empujó con delicadeza hasta que su espalda reposó en la columna del dosel de su cama. Mientras mordisqueaba su labio inferior con devastadores resultados para la concentración de Lauren, intercaló un muslo entre los suyos y liberó el agarre que mantenía sobre sus costillas para acariciar todo su torso y su espalda con una urgencia que le puso el pulso a correr a ritmo de *staccato*.

Lauren jadeaba en busca de aire, pero en cuanto notaba que la boca de Marcus se alejaba de la suya, el desamparo que la invadía era tan fulminante que acababa por apretar los mechones de su pelo, que sostenía ente las manos, y lo obligaba a profundizar aquellos besos enloquecedores. No entendía lo que estaba sucediendo, no podía imaginar por qué motivo se

estaban besando, pero no quería que terminase. Nunca. Tan concentrada estaba en no perder el contacto de esa boca tan provocadora, que no fue consciente de que le había desabrochado la camisa hasta que notó las manos cálidas de Marcus sosteniendo los montículos de sus pechos.

Entonces fue ella la que empujó la cabeza del hombre hacia atrás a la par que su mirada volaba hacia el punto donde Marcus sopesaba sus senos y acariciaba con el pulgar el borde de sus areolas. Estaba conmocionada. ¡Marcus le acariciaba los pechos! ¡A ella! Y la miraba de una forma que... Casi se derritió. Se estaba derritiendo allí mismo mientras observaba a aquel ángel cautivador mientras rodeaba con los dedos sus pezones, que se veían más oscuros y erectos de lo que los había visto nunca. Las caricias eran lentas, circulares y suaves, pero devastadoras. Lauren gimió, y sus rodillas se doblaron, pero descubrió que el muslo que Marcus había intercalado entre sus piernas le impedía caerse.

Quería protestar por tan lascivas licencias, de verdad que quería. Sus labios se separaban para reprenderle, pero solo podía escuchar sus propios gemidos, al igual que sus manos intentaban apartarlo solo para acabar enredándose en su pelo grueso y fuerte. Era como si toda la fuerza de su determinación se desvaneciese en un segundo, justo cuando estaba a punto de tomar el mando.

Pero fue Marcus quien lo tomó. Con un rugido bajo y gutural se lanzó de nuevo hacia su boca y le introdujo la lengua con imperiosa demanda. Si existía la posibilidad de que las personas flotasen como pompas de jabón, entonces Lauren Malone estaba flotando en ese momento en una atmósfera de lujuria, decadencia y la más absoluta felicidad.

—Mi pequeña pelirroja. No sabes cuánto te deseo en este momento.

Lauren abrió los ojos para encontrarse con la expresión hambrienta de Marcus que le calentaba el corazón. Él la deseaba, realmente la deseaba.

—Yo... también te deseo —musitó.

La confesión de Lauren le arrancó a él una sonrisa lobuna y, acto seguido, ayudándose de sus manos la elevó a horcajadas sobre su cintura, hecho que

posibilitaban sus pantalones de «asaltadora», y la besó con un ansia renovada.

Lauren sintió que caía y de inmediato supo que Marcus la había dejado sobre la cama. De pronto, todo aquel cuerpo musculoso y ardiente estaba sobre ella, aplastándola con su peso, y llevándola a un nuevo estado de gozo. Sentir a Marcus sobre ella era la mejor de las agonías. Las manos masculinas se cerraron con calma alrededor de sus muñecas y sus brazos fueron elevados sobre su cabeza, mientras aquella boca carnosa y sensual llevaba las caricias de los ardientes labios hacia la curva de su cuello. Besó el hueco tras su oreja y cada pulgada de descenso hasta la clavícula mientras Lauren no podía hacer otra cosa que contonearse y jadear en busca de aire.

Los besos se hicieron más audaces y pasaron la barrera de su esternón. Lauren se tensó como una cuerda cuando la boca masculina comenzó a prodigar torturadores lametones alrededor de la piel que cubría sus senos. La lengua y los labios se iban acercando a un ritmo demasiado lento, se acercaban a sus cimas, pero nunca llegaban, y de alguna manera Lauren sentía que Marcus le estaba dando solo una parte de lo que podía hacerle sentir. Ella lo quería allí, comprendió horrorizada, quería su boca sobre los pezones, quería sentir cómo los besaba. Un temblor acuciante se desató en su zona más íntima, y Lauren estuvo cerca de asustarse. Por Dios, ¿qué le estaba haciendo?

—Por favor... Marcus... Por favor...

Marcus dio un rápido y sonoro beso sobre la punta fruncida y sonrió.

—¿Quieres mi boca aquí, Lauren? —preguntó él con voz ronca y pastosa.

Lauren se sacudió como si la hubieran zarandeado. La explícita pregunta la hizo sentirse completamente indecente pero también desesperada. Dejó caer la cabeza hacia atrás y arqueó su espalda a modo de respuesta. Gracias a Dios, Marcus no la hizo suplicar, y seguro que lo hubiera hecho, pues el hambre en aquel momento era mucho más fuerte que ninguno de sus principios morales.

La ardiente boca masculina cubrió la cima de su seno y lo absorbió dentro con desenfadada adoración. Lauren chilló y corcoveó, introduciendo su

pecho aún más en la boca de Marcus. Se dejó llevar por las sensaciones y descubrió que había partes de su cuerpo que estaban conectadas, pues todo lo que él hacía en sus pezones se reflejaba en un ardor insoportable ente sus piernas, en el hueco trasero de sus rodillas y en la tensión que se acumulaba en su cuello.

—¡Marcus! Dios mío...

Tras unos cuantos besos un poco más tiernos, Marcus soltó sus muñecas, dejó caer la cabeza sobre su estómago y suspiró con pesadez, mientras ella sentía como si hubiera perdido una muy buena oportunidad de... algo.

—No podemos seguir así, cielo. Un hombre no puede tomar lo que yo quiero de ti sino hasta su noche de bodas —murmuró él con la duda bailando en su voz.

Lauren estaba demasiado conmocionada y de repente agotada como para volver a discutir por ese asunto, así que no dijo nada cuando el levantó la cabeza y clavó su mirada inquisidora en ella.

—Espero que ahora me creas cuando te digo que estaremos bien juntos.

En ese punto, se dijo que por muy cansada que estuviera, no podía dejarle creer que la había convencido con su lujuriosa seducción. Iba a protestar cuando él llevó los dedos hasta su boca y se incorporó un poco para quedar cara a cara.

—Shhh. Me parece que no quiero oírlo. Si a ti no te ha convencido, a mí, desde luego, sí. Y, de todos modos, no te quiero cerca de tu padre esta noche. Te vienes conmigo. No discutas.

Aún con los cálidos dedos tapando su boca, Marcus echó un vistazo alrededor de la habitación y después volvió sobre ella. Una llama ardiente se iluminó en sus ojos cuando fijó la mirada sobre su torso desnudo, y Lauren se tensó como si la hubiera besado y se excitó como si lo estuviera haciendo. ¡Maldito hombre! Tantos años de cuidada educación y no tenía más que mirarla para que ella lo tirase todo por la borda.

—Iba a pedirte que te pusieras un vestido, pero creo que con este atuendo serás menos reconocible para el sitio donde voy a llevarte —le explicó.

Marcus destapó su boca y se incorporó para levantarse, pero pareció como si en el último momento se arrepintiese y con un movimiento rápido estaba otra vez sobre ella y la boca masculina devoraba la suya.

Fue tan intenso como breve. En un segundo estaba disfrutando de otro carnal y lascivo beso y al segundo siguiente estaba sintiendo el frío sobre su cuerpo donde antes estaba el de Marcus.

Ya de pie junto a la cama, le tendió la mano y ella la tomó, mientras con la otra intentaba unir los bordes de su camisa con manos temblorosas. Nada más ponerse en pie comenzó a abrocharse los botones, furiosa consigo misma por ser una casquivana y por no ser capaz de seguir oponiéndose a las órdenes del arrogante vizconde.

Claro que, cuando una mujer ha amado con toda su alma a un hombre, incluso antes de saber lo que es el amor, no debería ser reprochable un instante de debilidad, ¿no?

Capítulo seis

El vizconde de Collington, como todo aristócrata con un respetable título que heredar—su padre era al conde de Haverston— necesitaba una esposa.

Era un asunto que, hasta el momento, no le había causado grandes desvelos pues solo contaba con treinta años, pero que no podía dejar de tomar en cuenta y resolver de la manera más satisfactoria posible. El problema de lord Collington era que había sido traicionado en el pasado de forma cruel y ruin. Desde que la señorita Badstone le había arrancado el corazón de cuajo, tenía poco o ningún interés por dejarse entretejer de nuevo en la maléfica red de ninguna fémina. No confiaba en sus pestañeos ni en sus adulaciones ni en sus sonrisas inocentes. No consideraba que el género femenino en general, y las jóvenes casaderas en particular, fueran dignos de ninguna fe de honradez. Y, desde luego, no iba a caer en el error de perder la cabeza de nuevo por ninguna de ellas.

Por eso se sentía más que satisfecho con los acontecimientos desarrollados en las últimas horas. Sin lugar a dudas, no tenía ningún motivo para la inquietud que parecía aquejarlo y, sin embargo, notaba una mezcla de culpabilidad y desazón. No había por qué, se dijo. Había actuado de un modo inteligente y calibrado, con nobleza y pragmatismo, con previsión y humanidad. Había solucionado, con una misma decisión, dos problemas que requerían de astucia y buen tino. Por un lado, había resuelto su obligación de engendrar herederos y por otro había puesto a salvo a una querida amiga de la familia.

Sus padres estarían más que de acuerdo con su decisión de desposar a la honorable señorita Lauren Malone, y él también estaba muy satisfecho, pues había conseguido una prometida en quién podría depositar un ápice de confianza. Alguien que se comportaría de forma correcta y leal, por quien sentía un comedido cariño y también una sana atracción, algo fundamental

para la cuestión de los herederos. Además, la joven tenía unas facciones regulares y medianamente bastante hermosas, unas caderas y unos senos óptimos para la procreación, y el talante y la distinción necesarios para convertirse algún día en la condesa de Haverston.

Estos motivos, y no otros, eran los que habían llevado a Marcus Chadwick, vizconde de Collington, a tomar la catástrofe de esa noche en sus manos y convertirla en un respetable compromiso conyugal. Su decisión no había tenido nada que ver con la infinita rabia que sintió cuando vio la mejilla golpeada de la muchacha, ni con la repugnancia que lo invadió cuando Holbrook había intentado comerciar con el futuro de su hija, ni con el terror que experimentó cuando supo de todos los peligros que ella había asumido, ni tampoco había tenido nada que ver con el orgullo que lo había embargado por la valentía que ella había demostrado, y muchísimo menos tenía relación con la obsesión que venía padeciendo los últimos seis meses por besar las pecas que descansaban sobre la piel de alabastro de su escote.

No. Marcus Chadwick no se había dejado arrastrar por las emociones o los instintos cuando había puesto al miserable de lord Holbrook contra las cuerdas del imaginario *ring* de la amenaza. Sus acciones habían estado motivadas por elevados principios que nada tenían que ver con gozar de la intimidad del cuerpo de la hermosa Lauren Malone, aunque ese sería el desenlace sin importar cuáles fueran las causas ni el origen de sus acciones. Porque iba a ser su esposa, aunque se mostrase reacia en este momento.

Tan reacia, de hecho, que Marcus no sabía cómo iba a tomar que la llevase a su apartamento de soltero. No era muy correcto. Era del todo inapropiado, en verdad. Y eso no dejaba de sorprenderlo, pues no se caracterizaba por comportamientos procaces que pudieran ser cuestionados; se tenía por una persona de juicio y honor. Siempre se había conducido con rectitud y honestidad.

Claro que había golfeado; a fin de cuentas, solo tenía treinta años y no se había negado nunca los placeres de la vida, pero había respetado siempre los preceptos de las rígidas normas sociales. Nunca, jamás, se había relacionado

íntimamente con mujeres inocentes de ningún tipo de cuna y tampoco había caído nunca en la trampa de sostener un *affaire* con una mujer casada. Había suficientes mujeres experimentadas, viudas o profesionales del sexo, como para satisfacer sus copiosos apetitos.

En sus aproximados quince años de experiencia con el género contrario, nunca se había envuelto en circunstancias como las actuales, donde la línea divisoria entre lo correcto y el escándalo parecía desdibujarse con urgente facilidad.

Mas no debía preocuparse, se dijo. Lo tenía todo calculado. Revestiría la situación de tal grado de respetabilidad y decencia que nadie se atrevería a contradecir lo adecuado de su arreglo. Un arreglo con el que ella tendría que estar de acuerdo, antes o después.

Un aspecto fundamental de su plan consistiría en mantenerse alejado, reflexionó. No era una decisión agradable, pero lo ocurrido en la habitación de la muchacha era una prueba evidente de que sus instintos sexuales se veían afectados de un modo extraño por ella.

Cierto que había iniciado de forma intencionada la tentativa de seducción con el fin de ablandarla y hacerle entender que podían ser compatibles. Sin embargo, como ya le había sucedido otras veces con esa joven en particular, su intelecto se desconectaba con facilidad de sus intenciones iniciales, y la mente se le llenaba de oníricos deseos imposibles de manejar.

Así, le había sucedido que, al ver ese hermoso y redondo trasero contoneándose en el marco de la ventana, había experimentado una sensación similar a la primera vez que una criada de su tía Georgia le había enseñado los pechos cuando tenía quince años: fascinado y enardecido.

Esa noche, en la habitación de Lauren, había vuelto a sentirse como un chiquillo. La mecha del deseo se había inflamado, y, desde aquel instante, todas sus palabras y movimientos se habían dejado dirigir por el deseo de tocarla, de probar el sabor de esos labios con forma de piñón, de ver arder esos ojos verdes que le hacían encoger el estómago.

No había sido muy honrado en ese punto, lo reconocía; en su descargo,

había que señalar que ni siquiera un desgraciado eunuco habría sido capaz de parar. Una vez que probó el néctar de su boca, quiso probar el de su piel, sentir el calor que desprendía su cuerpo, saborear la dulzura de aquellos pechos generosos y provocadores que ponían en posición de firmes al soldadito más pusilánime. Las pecas, había tenido que besar aquellas pecas.

Cerró los ojos y recordó esas areolas del color de los melocotones maduros que coronaban los pechos más redondos y bellos que hubiese visto en su vida. Eran fascinantes. Marcus sintió que se mareaba al recordarlos, pero lo achacó al mal firme de la calzada por el que circulaban con el carruaje, muy cerca ya de Charing Cross. Aunque no tenía por qué avergonzarse, se consoló. Tampoco era que se hubiera comportado como un chiquillo de quince años; la turbación que había sentido en aquel momento no había sido más que la reacción lógica de un hombre adulto ante un cuerpo lujurioso como el que había tenido debajo.

Había que considerar como atenuante que el hecho de que la joven gimiese y se retorciese como si sufriera el mismo celo que él no había ayudado. Y bien sabía Dios que eso no era posible, pues una mujer tan inocente no podía haber conocido antes los placeres de la carne. Marcus sonrió ante el recuerdo de su primera tentativa de beso, cuando ella había estado tan sorprendida que había delatado su inexperiencia. Lo había llenado de una extraña sensación de plenitud saber que era el responsable de su primer beso y que ningún otro hombre había tocado y acariciado su piel de alabastro.

La excitación estaba volviendo a tomar el control cuando, por suerte, el carruaje se detuvo y el cochero lo apercibió de la llegada con un par de golpecitos en el capó, que acabaron de sacarlo de sus ardientes pensamientos. Lauren seguía con los brazos cruzados, la expresión enfurruñada y aquel cuerpo voluptuoso arrellanado en un rincón.

—Vamos, querida. Te ayudaré a bajar —le ofreció.

Lauren lo miró iracunda, pero tomó el bulto que él había rescatado de la rama del árbol por donde ella había tenido pensado huir y lo sostuvo contra

su pecho. Una sonrisa se instaló en su cara mientras descendía del carruaje y daba la vuelta para recogerla. ¡Menuda sorpresa había supuesto la pequeña Malone! Él que siempre la había visto como una joven modosita y recatada que no se salía jamás de los estrictos márgenes del buen comportamiento... Y resultaba que era muy capaz de empuñar un arma, saltar por los árboles con unas pesadas alforjas a cuestas y besar como la mejor de las cortesanas.

Marcus había adorado el modo en que ella se había elevado de puntillas para profundizar el beso. Estaba convencido de que, con la guía adecuada, se convertiría en una esposa muy ardiente; aquel primer contacto había demostrado que, si bien no tenía experiencia en las lides amorosas, era rápida en aceptar y enfrentar sus propios deseos.

Con estos pensamientos en la mente, agradeció el hecho de llevar puestos los guantes, pues de lo contrario ella habría notado que le sudaban las manos cuando la ayudó a bajar del carruaje.

La miró de arriba abajo y concluyó que habría sido mejor que se hubiera cambiado de ropa, como le había solicitado, por dos razones: una, esos pantalones de piel pegados a su silueta era una fuente de malos pensamientos; dos, los criados no iban a saber qué pensar de ella. Pero ya no se podía hacer gran cosa. Tendría que inventar un cuento y rezar para que el servicio siguiese siendo tan discreto como siempre.

Cuando comprobó que no había un alma por la calle, tomó el brazo de Lauren en el suyo y se dirigió hacia la puerta. Su mayordomo no tardó ni diez segundos en abrir, a pesar de que no había informado en ningún momento de que pasaría por casa. Así era Truller, todo un epítome de diligencia y resolución.

—Bienvenido a casa, señor —saludó el mayordomo sin mostrar el más mínimo ápice de sorpresa por la compañía—. Ordenaré que enciendan la chimenea de su habitación, si así lo desea.

Era demasiado esperar del bueno de Truller que no diese las cosas por supuestas y reaccionase como tantas otras veces que había llevado a ese lugar a sus conquistas. Marcus se apresuró a corregir su primera impresión.

—Buenas noches, Truller. No me quedaré a pasar la noche. Solo he venido a traer a la señorita Malone, quien se alojará en mi casa por unos días. — Marcus pudo sentir la mirada contrariada de Lauren, pero no podía darle explicaciones con el mayordomo delante—. ¿Podría acomodarla y encargarse a la señora Hersse que se ocupe de ella?

—Por supuesto, milord. Si me permite su equipaje, señorita, lo acomodaré en la habitación principal.

—¡No, Truller! —Fue evidente que no había sido del todo claro, pues el criado aún pensaba que debía ubicarla en la habitación del señor, donde dormían todas sus amantes. Pero no podía alojar allí a Lauren. Por algún motivo, le parecía... insultante—. Si no es un gran inconveniente, me gustaría que preparase la habitación verde.

—Como usted desee, milord —respondió el mayordomo, impertérrito.

Truller se retiró con el equipaje. Marcus tomó a Lauren del codo y la acompañó hasta la escalera, sintiendo que le ardían las mejillas como un colegial. ¿Qué le ocurría esa noche?

—Te alojarás aquí hasta que decidamos cómo proceder —anunció sin más explicaciones.

—No entiendo muy bien. ¿Qué hacemos aquí? ¿Quién vive en esta casa? —inquirió contrariada.

—Es una casa de mi propiedad, Lauren. Hay un buen número de criados que se ocuparán de ti. La señora Hersse...

—¡Pero eso no puede ser! —interrumpió ella, visiblemente alterada—. No puedo hospedarme en la casa de un hombre soltero, milord.

¿Milord? Marcus se sintió muy molesto por el trato distante de quien hacía muy pocos minutos estaba ardiendo entre sus brazos y gimiendo su nombre, pero se dijo a sí mismo que la muchacha estaba soportando mucha presión esa noche como para regañarla por algo que, en realidad, no tenía por qué molestarle, de modo que se limitó a decir:

—Deja de llamarme así. —Porque, a pesar de todo, le molestaba—. Y te aseguro que aquí el servicio es de lo más discreto. Nadie en todo Londres, ni

siquiera el repartidor de leche, se enterará por mis empleados de que una señorita se aloja en esta casa. Son muy leales y prudentes.

—Eso es lo de menos. —El carácter remilgado de la pequeña Malone, pues así era como siempre la llamaba, hizo acto de presencia—. No es correcto. Una mujer, sea cual sea su estado civil, no puede alojarse en la casa de un hombre soltero. El hecho de que el resto del mundo no lo supiera no significaba que fuera adecuado. Además, yo no deseo hospedarme aquí. ¡Te exijo que me devuelvas a Holbrook House!

—Eso no es discutible. No te quiero cerca de tu padre y ya te he dicho antes que no volverás a pisar ese horrible lugar que se cae a pedazos. Ahora eres mi prometida...

—No soy... —Lauren entrecerró los ojos al tiempo que intentaba refutar de nuevo el título.

—... e insisto en que aceptes mi hospitalidad —continuó en ese tono conciliador que tanto había perfeccionado, con el firme propósito de no darle oportunidad para hablar—. Te prometo que nadie puede estar más interesado que yo en mantener nuestra excelente reputación. No has de preocuparte, querida. De verdad, lo tengo todo planificado para que no sufras el menor contratiempo. Confía en mí.

—No veo cómo vas a conservar la fachada de respetabilidad de esta... singular disposición —adujo ella, poco inclinada a dejarse convencer.

—Mañana mismo haremos mandar a por tu doncella, esa que nos abrió la puerta. ¿Te sentirías más tranquila con ella?

Lauren no contestó porque en aquel momento apareció el ama de llaves, la señora Hersse, quien se presentó con escrupulosa educación, a pesar de lo que debía estar pensando. Bajo ningún concepto quería que el servicio se llevase una imagen incorrecta de la posición de Lauren en su hogar. Tenía que aclarar que, aunque llegasen solos y a esa hora de la noche, no era una de sus amantes.

—Señora Hersse, le presento a la honorable señorita Lauren Malone —dijo en tono solemne para que quedase claro su estatus, al tiempo que notaba

cómo la susodicha se encogía sobre sí misma—. Es una muy querida amiga de la familia que se ha visto enfrentada a un terrible contratiempo y que será mi invitada por unos días. Su doncella llegará mañana mismo, pues se ha tenido que retrasar para solucionar unos asuntos de importancia. Me gustaría que pusiese alguien a su cuidado hasta que la muchacha pueda hacerse cargo de su señora.

—Por supuesto, milord. Será un placer. ¿Desea subir ahora a descansar, señorita? Su habitación ya ha sido dispuesta. —La señora Hersse se dirigía a Lauren con absoluta afabilidad, lo que tranquilizó en gran medida los temores de Marcus.

Si de algo podía estar orgulloso el vizconde de Collington era del personal que había contratado para aquella propiedad. La había comprado hacía dos años, cuando su relación con Alexia Badstone se había convertido en algo serio.

La joven había sido repudiada por su familia, unos burgueses venidos a más, cuando la descubrieron en la cama de un conde, a cuya finca habían ido de visita. El hombre en cuestión era viudo y no había querido hacerse cargo de la muchacha, a pesar de que, según ella, él le había engatusado para que le entregase su virtud.

Cuando Marcus la conoció, ella vivía en la casa de quien había sido su niñera cuando era pequeña, pero era una vivienda muy humilde, con muchas bocas que alimentar. Una vez que se convirtieron en amantes, tras un par de encuentros secretos en Vauxhall, Marcus decidió instalarla en una coqueta casita en Charing Cross, donde tendría más comodidad para visitarla.

La muchacha siempre había sido discreta y complaciente, motivo por el que Marcus nunca sospechó de sus oscuras intenciones. No obstante, en base a su carácter precavido, se había encargado de seleccionar en persona a todos los criados en lugar de recurrir a una agencia de empleo. Su amigo Lucas Gordon, marqués de Riversey, le había enviado a dos de sus lacayos y a una cocinera, y el resto habían sido convenientemente incentivados para abandonar otras tantas respetadas casas de Londres.

Había tenido que ofrecer una buena suma para que esas personas renunciasen al estatus que les ofrecía trabajar en las casas oficiales de familias acomodadas de clase alta y se empleasen en la vivienda donde un lord mantenía a su amante, pero había elegido con sumo cuidado a personas discretas que no eran remuneradas en función de su gran valía.

Siempre había dado por bien empleado ese dinero y, aquella noche, no quedó tampoco defraudado.

Antes de seguir los pasos de la señora Hersse, Lauren se volvió hacia él y, por primera vez desde que la había «rescatado» de su intento de allanamiento de morada, vio a una muchacha que estaba sobrepasada por la situación, vulnerable y asustada.

—¿Vendrás mañana? —preguntó la muchacha.

—Por supuesto, querida. Mañana a mediodía estaré aquí con tu doncella. Ordenaré que dispongan la comida para almorzar juntos —respondió.

El alivio fue evidente en aquel rostro ovalado y dulce que empezaba a mostrar signos de cansancio.

Mientras ella ascendía las escaleras tras los pasos de la señora Hersse, Marcus se sorprendió sintiendo una suerte de orgullo por quien, Dios mediante, pronto se convertiría en su esposa.

Era una joven hermosa, con unas facciones regulares y suaves. En los últimos años había sufrido una transformación asombrosa, que había pasado inadvertida para Marcus hasta que la pasada Navidad le cayó encima, literalmente. A los diecisiete, la pequeña Malone era una muchachita retraída, vergonzosa, rellenita y con granos; y eso era todo lo que se podía destacar de ella. Sin embargo, a los veintiuno se había convertido en toda una mujer que, si bien seguía siendo algo bajita, se había quedado con las curvas justas en los lugares perfectos.

Era lozana, sin duda, pero de una forma absolutamente sensual. Sus pechos, generosos y firmes, hacían delirar a los muchachitos en los bailes de sociedad, y el resto de su figura era una combinación perfecta de feminidad y esbeltez.

Todo ese atractivo se veía coronado por un rostro dulce, en el que brillaban con intensidad unos preciosos y rasgados ojos verdes. Eran de un tono bastante oscuro, casi como las esmeraldas, y conseguían un contraste arrollador con su piel de alabastro, donde no quedaba rastro de los granitos de la adolescencia. A pesar de su ascendencia irlandesa y su melena roja como el fuego, no había una sola peca en aquella tez perfecta. No. Esas provocativas marcas solo lucían en su escote, precisamente el lugar que los hombres tenían que luchar por no acabar mirando embobados.

Lauren no se daba cuenta de la reacción que causaba, sin duda, pero él había visto a muchos jóvenes mirarla de reojo. Los mismos que no se acercaban a pedirle un baile porque sus madres los habían convencido de que no era la mejor opción dentro del mercado matrimonial.

Peor para ellos. Marcus no tenía ningún reparo en reconocer la idoneidad de Lauren Malone como esposa. Era tan perfecta que, de hecho, debería reprenderse por no haber pensado antes en esa salida.

Pero ese día no tenía ninguna intención de fustigarse a sí mismo. Era un hombre feliz con sus circunstancias e iba a celebrarlo con una copa de rico whisky escocés en su biblioteca.

Allí se dirigió con paso vivo cuidándose de dejar la puerta abierta para que sus criados supieran en todo momento dónde estaba. Se llenó un vaso con el ambarino licor y se sentó en su gran sillón orejero de piel chocolate, que había —literalmente— robado de casa de sus padres, con una sonrisa pegada en el rostro.

La biblioteca era un lugar que le proporcionaba mucha serenidad. Todas las bibliotecas lo hacían. Aquella había sido decorada por el anterior dueño con paneles de madera de caoba y un gran ventanal que mitigaba la oscuridad de las paredes. No había muchos libros en las estanterías pues esta no era su residencia habitual, pero tenía algunos volúmenes para entretenerse, dado el caso. El techo lucía un fresco con motivos pastoriles que le resultaba tan bucólico como aburrido y que lo ayudaba a veces a tomar la senda de la somnolencia.

De hecho, Marcus comenzó a notar los primeros síntomas de eso mismo antes de terminar el primer vaso de whisky, mientras reflexionaba sobre lo acaecido aquella noche.

Sin lugar a dudas, la pequeña Malone no había resultado ser como él pensaba, pero la sorpresa no tenía por qué ser mala en modo alguno. Le gustaba esa faceta aventurera e imprudente que había demostrado tener, ya que venía envuelta en una fachada más que respetable y recatada que sería la que todos verían de puertas para afuera. Sin embargo, de puertas para adentro... bien, si la muchacha hacía gala de la fogosidad que proclamaba su exuberante melena roja, no iba a ser él quien se quejase.

Lo que desde luego no había esperado era esa vena terca. Si no hubiese estado ya un tanto afectado por el licor, podría llegar a preocuparle aquella empecinada negativa a casarse con él.

Bueno, tenía derecho a mostrar ciertas reservas. A fin de cuentas, Marcus había sido un poco déspota en el modo de proponérselo. En su defensa solo podía alegar que estaba hirviendo de furia por dentro, aunque ante ella había intentado aparentar normalidad.

Su rostro. Su precioso rostro lucía la marca de la brutalidad de su padre. Porque había sido él. Fue lo primero que le preguntó en cuanto se quedaron a solas. Y el muy desgraciado estaba tan borracho que ni siquiera lo había negado.

Marcus no sabía cómo había ocurrido ni qué suerte de demonio lo había poseído, pero cuando volvió a ser consciente de lo que hacía, tenía al vizconde encerrado por el cuello entre sus manos y buscando aire como un pez que boquea fuera del agua. Podría haberlo matado. Podría haber puesto fin a su patética vida en aquel mismo instante.

No lo hizo. Por suerte. Lauren no lo hubiera visto con buenos ojos. Se rio de su propio humor con un ligero mareo producido por el whisky.

Bueno, no solo no lo había matado, sino que le había dado la llave para la libertad. Y todo porque su corazón, que creía incapaz de sentir compasión por ninguna fémica, se había reblandecido al pensar en aquella belleza pelirroja

encerrada en una prisión o sometida a los maltratos de un padre ignominioso.

Lauren era demasiado buena, demasiado bella para sufrir un destino fatal como aquel. Ella merecía una vida llena de afecto y comodidades. Merecía encontrar un buen esposo que la protegiese de las maldades de este mundo. Un pensamiento había llevado al otro; su necesidad de una esposa, unida a su amistad incondicional, lo había llevado a proponer un trato a aquel hombre despreciable que era Holbrook.

Al principio, cuando le comunicó que no permitiría que siguiera maltratándola, el muy imbécil se negó a que Marcus sacara a Lauren de la casa. Le dijo que no tenía ningún derecho a llevársela y que no lo permitiría, que la ley lo amparaba. ¡Cómo si a él le importara! El muy cretino solo quería sacar tajada de su indignación y demostrar que nadie podía someterlo. Pero el vizconde de Holbrook, a pesar de la práctica, era un mal jugador, y pronto Marcus tejió un plan tentador que el hombre no pudo rechazar.

El trato era muy sencillo: Marcus compraría los pagarés que había firmado el vizconde a cambio de que él concediese la mano de Lauren y firmase el contrato matrimonial, pues era necesario para casarse de forma legal en Inglaterra el consentimiento paterno.

Aunque había sido una proposición nacida de la improvisación y del calor del momento, Marcus no se arrepentía. Todo lo contrario, casi se regodeaba en su ingeniosa solución. Lauren sería la esposa perfecta para él.

No es que fuera a confiar en ella por completo ni a entregarle su corazón. No debía volver a caer en ese error. Puede que, con los años, cuando tuviesen hijos y se hubiesen demostrado su mutuo respeto, pudiesen llegar a formar una unión tan sólida e incluso llena de amor como la que tenían sus padres. Por el momento, sería un matrimonio de mutuo acuerdo en base a una amistad cordial y una saludable atracción física.

Lo que había inclinado la balanza de una forma aplastante había sido que Lauren era una mujer para quien la lealtad tenía un alto valor, con unos principios morales férreos y una educación exquisita. Los hechos de su caída en desgracia no tenían nada que ver con ella, pues se había visto asfixiada y

obligada a delinquir por la irresponsabilidad de su padre y, también de algún modo, por los consejos alocados de su hermana.

Pero todo eso quedaría en el más absoluto secreto gracias a su intervención. Ante los ojos del *beau monde*, Lauren Malone, hija de un vizconde, una perfecta muestra de decoro y saber estar, contraería matrimonio con uno de los jóvenes solteros más codiciados de Londres. Y punto en boca.

Capítulo siete

La claridad de la madrugada londinense atravesó las finas cortinas de la biblioteca de lord Collington, despertando a este de un sueño apacible y sensual.

Las pequeñas manos de la mujer se paseaban por su pecho desnudo dibujando cada contorno, y, poco después, sintió una boca que le besaba la piel con una dulce y refrenada pasión. Mientras los labios cálidos subían por su torso, las manos traviesas bajaban por su estómago trazando un patrón tan excitante como angustioso. Marcus abrió los ojos para encontrar una mirada de un verde imposible, al tiempo que sentía como su miembro erecto era rodeado por el tacto suave y fresco de ella. La caricia titubeante contrastaba con la mirada ardiente de la joven; una fusión que hizo a Marcus gemir y empujar contra las manos que le daban placer. Su mirada cayó sobre los labios en forma de corazón, y, de repente, la necesidad por besarla le pareció demencial.

Para su desgracia, un estruendo en la calle lo sacó de tan placentera ensoñación. Marcus se incorporó de golpe en el sillón y soltó una maldición por la pérdida que suponía despertar. Se levantó y comprobó que lo que lo había despertado era el ruido de la carreta de un cestero que había volcado justo en frente de su casa. El hombre mayor maldecía y daba patadas a su mercancía mientras algunos viandantes se acercaban para ayudarlo y apaciguarlo.

Marcus abrió la ventana e inspiró el aire fresco del amanecer londinense con el objeto de calmar su excitado cuerpo. El sueño había sido tan real que el pecho aún le quemaba por el toque de las manos de Lauren Malone, porque era ella con quien había soñado: sus ojos, su boca, su perfume a rosas frescas que lo embriagaba cada vez que estaban demasiado cerca.

Cortó de inmediato el rumbo de sus pensamientos y se dijo que no era

mala hora para comenzar a ejecutar sus numerosos cometidos del día. Su primera misión era comprobar que, como él suponía, los condes de Haverston aprobaban su plan de actuación. De modo que tomó su sombrero de la mesa del despacho, pidió a Truller —que ya estaba deambulando por la casa— su abrigo y se aventuró con entusiasmo a la refrescante mañana de mayo que lo esperaba fuera.

Una hora después, con una satisfacción boyante, salió de Haverston Manor dispuesto a completar la jornada.

En su casa, pues era allí donde dormía y habitaba siempre que no andaba entre las faldas de una mujer, había vivido uno de los momentos más hilarantes de su vida mientras su mejor amigo solicitaba la mano de su hermana.

Lucas Gordon, marqués de Riversey, estaba enamorado de Megan desde... En realidad, no sabía a ciencia cierta desde cuándo, pero, en cualquier caso, tanto que el joven lord llevaba años haciendo el ridículo mientras se dedicaba a martirizar a todos los pretendientes de la muchacha.

Aquella mañana, cuando se acercaba montando hacia Haverston, había divisado un cuerpo menudo que caminaba deprisa, envuelto en una camisa blanca, por cuya espalda caía una mata de lustroso pelo castaño que le resultó muy familiar. Se paró en seco con su caballo cerca de la esquina trasera y presencié cómo Gordon —así lo habían llamado Megan y él durante toda su vida— ayudaba a su querida hermanita a entrar en la casa por una ventana.

Una mezcla de incredulidad, diversión y afán protector pugnaron por unos minutos en su mente mientras era testigo de aquella romántica —y escandalosa— escena, que demostraba a las claras que *lady* Megan Chadwick y lord Riversey habían pasado la noche juntos. Por Dios, y ella llevaba una camisa blanca que él le habría prestado porque... No, mejor no pensar en el porqué.

Estuvo muy tentado de lanzarse como un poseso en dirección a los tortolitos, encerrar a su hermana en un torreón medieval y moler a puños a su

amigo. Pero habida cuenta de lo que había hecho la noche anterior con Lauren, se obligó a esperar hasta ver qué pasos daba su amigo. Mientras aquellos dos hablaban en la ventana, ajenos a su presencia, azuzó su caballo al trote, giró por la calle adyacente y llegó hasta la puerta de Haverston Manor.

Minutos después, cuando se disponía a narrarle a su padre lo que había ocurrido con la pequeña Malone —obviando la parte donde se hallaba implicada su hermana menor—, tuvo la satisfacción de ver que Gordon había actuado como el hombre de honor que era y había acudido por la puerta principal para pedir a su padre la mano de Megan.

Marcus, que había dejado a la pequeña de los Chadwick en manos de su amigo la noche anterior tras el fallido intento de robo de los pagarés, sintió tal alivio porque el marqués se hiciera cargo de sus responsabilidades que, en el acto, abandonó toda cautela y se dedicó a azuzar a Gordon para ponerle las cosas un poco difíciles. Se había divertido, vaya que sí.

Ojalá hubiera podido también acompañarlo al salón de desayuno y contarle que también le había propuesto matrimonio a Lauren. El impulso que había sentido por compartir ese retazo de información con su mejor amigo lo había confundido, pues venía mezclado con una euforia que no comprendía, pero tenía una conversación importante que mantener con su padre, quizá la más importante que habían mantenido en toda su vida.

—Explícame, ¿se puede saber qué es eso tan grave que le has hecho a la honorable Lauren Malone? —había farfullado su padre nada más salir el flamante prometido de su hermana de la biblioteca.

Con anterioridad, Marcus ya le había anunciado que la noche anterior había cometido algunas incorrecciones graves con la hija de lord Holbrook que iban a requerir de algún desagravio.

Su padre no era tonto, no le hacían falta muchos más datos para hacerse un esquema de lo que su hijo iba a contarle, pero con toda la resignación del mundo se sentó en el sillón y le prestó toda su atención.

—Verás, anoche descubrí que Holbrook es un... es un grandísimo

miserable; no hay otra forma de decirlo. Está de deudas hasta el cuello y no hace otra cosa que emborracharse y poner en peligro a su hija. En cuanto lo supe, tomé cartas en el asunto.

—¿Deudas dices?

—Sí, se ha mezclado con algunos tipos pocos deseables en las mesas de juego. Bedford incluso le ha prevenido de las nefastas consecuencias de esos vicios: si no arregla sus asuntos, acabará en prisión. Y lo peor es que ha dejado que esos tipos amenacen a Lauren e incluso él mismo ha llegado a golpearla.

—Vaya, por Dios.

—Intentaré ir al grano, padre. Se me ocurrió que la mejor manera de poner a salvo a la pequeña Malone era casarme con ella, de modo que le pedí la mano de la muchacha a esa rata de Holbrook, y él me la concedió.

—Así que vas a casarte. —El tono afirmativo de la respuesta le dejó muy claro a Marcus que su padre había sospechado que ese era el desenlace desde la primera advertencia que le había hecho al entrar esa mañana en la biblioteca.

No le pareció que fuera reticente a la idea; no obstante, creyó necesario aportar información de peso para que su padre no pudiera poner ninguna objeción al matrimonio.

—Esa es mi intención si tú das tu consentimiento. Aunque he de decirte que he comprometido en gran medida el honor de la señorita Malone en un encuentro privado que tuvimos anoche en su habitación.

A lord Haverston se le mutó la expresión de la cara solo por un breve instante. A Marcus, que pasaba muchas horas con su padre, compartiendo responsabilidades y también momentos de asueto, no se le escapó el atisbo de sonrisa que no llegó a manifestarse, ni el brillo pícaro en los ojos; los mismos que lord Haverston había mostrado en muchas otras ocasiones en las que se sentía complacido con las travesuras de sus hijos.

—Con razón has sido tan condescendiente con los devaneos de tu hermana con el marqués. Sois unos auténticos calaveras. Ambos. Te digo lo mismo

que con Megan. No te conviene que tu madre sepa en qué términos se ha iniciado el compromiso con la señorita Malone.

La pompa y refinamiento de los Haverston era algo que preocupaba en gran medida a la matriarca de la familia. Honoria Chadwick era una mujer de armas tomar y estaba empeñada en que sus hijos fueran un ejemplo de corrección y nobleza. Su padre la secundaba la mayor parte del tiempo, en parte porque quería lo mejor para sus hijos, en parte porque no quería enfrentamientos con su esposa; pero había que reconocer que era mucho más permisivo con ellos y que, si bien era el primero en aplicar un castigo cuando no se comportaban como era debido, también disfrutaba en su fuero interno con cada trastada que Megan y él habían ido cometiendo a lo largo de toda su vida.

—¿Eso significa que estás de acuerdo con este enlace?

—No veo por qué no habría de estarlo. Lauren Malone será una buena esposa. Es adorable y tiene una educación exquisita. Ya sabes cuánto la apreciamos tu madre y yo. Además, considero que has tomado la decisión correcta. Es una unión muy adecuada y has sabido actuar con lealtad e inteligencia. Tengo que decir que estoy bastante orgulloso en este momento.

—Gracias, padre —había respondido Marcus con la sensación de estar atravesando un momento trascendental.

Tras este paso previo y necesario, y habiendo dedicado un rato en casa de sus padres al aseo matinal, Marcus se fue a Holbrook House con el ánimo de un zagal. Hizo empacar a Hannah —que así se llamaba la doncella— todas las pertenencias de la señorita Malone. Mandó llamar a un carruaje de alquiler y lo dejó a disposición de la mujer con la dirección de su casa para que acudiera donde su señora.

Su siguiente parada fue la casa de la señora Carsiston, quién había estado casada con un primo de su padre que había muerto meses atrás. La mujer era un reconocido caso de extrema respetabilidad, pero también sufría unos episodios muy repentinos de despiste y sueño instantáneo que no la capacitaban para la vigilancia en cualquiera de sus modalidades. Podía estar a

un segundo discutiendo acaloradamente y al segundo siguiente roncando en una silla. Por suerte, Agatha Carsiston no reconocía jamás que los años le estuviesen pasando factura a través de este raro comportamiento y cuándo alguien mencionaba que se estaba adormilando, lo fulminaba con la mirada y alegaba que pensaba mejor con los ojos cerrados, algo que nadie se había atrevido a refutar jamás. Era ese el motivo por el que nadie se atrevería a decir que la viuda de Thorton Carsiston no era una perfecta carabina.

A Marcus siempre le había caído muy bien, pues era una señora amable y piadosa, con una conversación siempre interesante e ideas muy férreas sobre la importancia del sentido común aplicado a las estrictas normas del comportamiento social. Estaba convencido de que ella sería no solo una compañía grata para Lauren, sino una infalible coartada para que sus encuentros no fueran vistos con malos ojos.

Con la señora Carsiston en su casa, nadie pondría en duda que el vizconde de Collington se había regido por el severo código moral que se exige con una dama soltera mientras se la está cortejando, y, al ser un miembro cercano de su familia, nadie sospecharía de sus intentos por justificar sus visitas a Lauren.

Sopesando la certeza de que los vividores no madrugan, dejó la visita a Growden para el final. Era evidente por qué el tipo se había convertido en toda una institución en los bajos fondos de Londres: tenía aptitudes para los negocios.

Albert Growden era un hombre que resultaba corpulento a pesar de no contar con una gran estatura. Era casi más ancho que alto, de hecho. Tenía el pelo castaño claro y muy abundante, los ojos inteligentes y la nariz rota en, al menos, tres sitios diferentes. Marcus había visto muchas narices rotas en el club de boxeo por lo que pudo reconocer al punto el motivo de tan abrupta fisonomía, aunque dudaba que Growden pisase mucho el cuadrilátero. Más bien tenía el aspecto de un estibador buscapleitos que de repente ha ganado una herencia y se ha enchaquetado para gritar al mundo su nueva posición.

Su forma de proceder también estaba muy en sintonía con la vida de los

muelles. Precavido y audaz. En cuestión de quince minutos el hombre, de unos cincuenta años, había renunciado a su proyecto de querer encarcelar a Holbrook y se había dedicado a regatear el precio de semejante favor. A Marcus le había costado la friolera de siete mil libras recuperar los pagarés firmados por su futuro suegro.

Claro que de esa pronta relación no había mencionado ni una palabra. Para Growden, el vizconde de Collington solo era un hombre de negocios al que le interesaba atar en corto a un aristócrata arruinado y pendenciero para chantajearlo por su cuenta.

Resultó que Growden no tenía ningún interés especial en dañar a Holbrook y que, ante todo, lo había denunciado por impago para mantener la reputación de su negocio. No le faltaba razón al decir que, si se permitiese condonar las deudas a todo el que está en la ruina, hasta los más pordioseros de Londres comenzarían a jugar con dinero del que no disponen. Aseguraba que era crucial dar ejemplo, y mucho más efectivo si era con un par del reino, a lo cual Marcus no podía poner ninguna objeción.

Con un incremento del diez por ciento, Albert Growden accedió a liquidarle los pagarés y, por consiguiente, a retirar la demanda que pesaba sobre el padre de Lauren.

Media hora después, tras solicitar una licencia especial de matrimonio en Doctor's common y comprar un anillo en una prestigiosa joyería, se dirigía de nuevo a su casa de Charing Cross para almorzar con su prometida.

Durante el trayecto se preguntó cuál era la mejor forma de plantearle a la joven el asunto del compromiso.

Lauren se había negado en redondo a casarse con él. No había mostrado ni el más mínimo atisbo de duda, incluso después de haber respondido con efusividad a sus avances seductores. Aunque sospechaba que se sentía muy atraída por él, Marcus no dudaba de que le costaría Dios y ayuda persuadirla para que aceptase ser su esposa. Se le había metido en esa cabecita pelirroja que iba a traer la ruina a su familia y, como ya había demostrado en ocasiones anteriores, el buen nombre de los Chadwick ocupaba un lugar

privilegiado en sus prioridades. Era loable aquella lealtad que la caracterizaba, pero, en esa ocasión, se equivocaba. Con toda seguridad, el prestigio de su apellido era lo único que necesitaba para batallar con cualquier posible rumor que pudiera surgir.

A pesar de que Lauren lo estaba enfocando desde un punto de vista erróneo, no quería imponerse de forma inflexible, ni tampoco deseaba que ella se viese obligada a aceptar por agradecimiento hacia él.

Estas consideraciones no dejaban de ser una estupidez, se dijo, ya que no había mejor elemento disuasorio que una deuda de honor. Sin embargo, le parecía... insuficiente.

No era que lo frenase la poca honestidad de esas técnicas, que también, sino que deseaba que Lauren «quisiese» casarse con él; que lo hiciese complacida y feliz porque era lo más sensato e inteligente.

Decidió que no le diría nada de los pagarés para no alentar en ella una decisión condicionada por la gratitud. Y quizá no fuese una buena idea lanzarle la noticia de la boda de Megan con Riversey, pues tampoco deseaba que la muchacha se ilusionase con aquella fantasía del matrimonio por amor. Usar el romanticismo para atraerla sería aún más ruin que la opción anterior.

Tenía que persuadirla a través de la lógica y el mutuo interés que tenía para ambos aquella unión. Tenía que hacerlo a cualquier precio, con cualquier argucia. No podía admitir otro desenlace que no fuera el de desposar a la pequeña Malone.

Capítulo ocho

Lauren llevaba más de dos horas despierta en el momento en que Hannah Lubrelle llegó a la coqueta casita donde Marcus la había instalado. No había dormido gran cosa esa noche, pues había sido imposible apaciguar el nerviosismo y la excitación que le había producido todo lo ocurrido en las últimas veinticuatro horas.

¿Cómo podía la vida de una persona dar un vuelco tan grande de un día para otro? Eran demasiados cambios para procesar incluso en una noche entera de vigilia, que era lo que ella había padecido.

Hizo recuento y decidió que lo que menos le preocupaba en ese momento era la ruptura definitiva con su padre, no porque no doliese, sino porque no tenía ninguna posible solución. Era una batalla perdida desde el origen, pues no había nada que Lauren pudiese hacer para recuperar un cariño que nunca tuvo, ni tampoco existía una explicación verosímil que la ayudase a comprenderlo. Igual que ocurría con la muerte, había hechos en la vida que solo cabía aceptar.

No era tan fácil reconciliarse con los acontecimientos referidos a Marcus Chadwick.

Quería aceptar. Oh, señor, cómo le gustaría confesarle cuánto lo amaba, convertirse en su esposa y dedicar el resto de su vida a cultivar en él un amor tan grande como el que ella sentía. No podía imaginar un futuro más dichoso que el de acompañar a Marcus en el camino de su vida, tener hijos suyos, cuidar de ese ser perfecto y amanecer cada día rodeada por sus brazos.

Podía imaginar aquella vida como si ya la estuviera viviendo. A decir verdad, durante mucho tiempo, se había permitido creer que era posible, cuando su familia estaba completa y fuera de toda censura o rumor, cuando su padre podía ser considerado un hombre huraño pero respetable. En aquel tiempo, ella podía haber aspirado a convertirse en la vizcondesa de

Collington, e incluso se había solazado con la idea de darle tan grandiosa noticia a su madre, quien habría adorado aquella unión. Se habría sentido orgullosa de que su hija hubiese conquistado a uno de los aristócratas más respetados de Londres.

El vizconde de Collington era un hombre que brillaba por su inteligencia y perspicacia, pero también por su buen humor y su integridad. Era una de esas personas cuya compañía disfrutaban por igual hombres y mujeres, mayores y jóvenes, porque siempre trataba a todo el mundo con deferencia y se interesaba por sus problemas. Era alegre, risueño. Era atento y afectuoso. Incluso cuando se mostraba autoritario, tenía una forma tan elegante y distinguida de hacerlo, que a cualquiera le costaba resistirse o negarse. Su belleza no tenía parangón, pero no era una de esas personas engreídas ni vanidosas; ese era un aspecto de su persona que no se esmeraba por destacar ni por ostentar. Tenía una forma muy personal de bailar, de andar, de reír... Incluso cuando se comportaba como un calavera, era digno de admiración porque siempre había sabido ser discreto y decente, pacífico y comedido.

Si ella aceptase ser su esposa, se abrirían todas las puertas de los salones londinenses, incluso las de Almack's. Sería el centro de la envidia de decenas de mujeres casaderas que verían frustradas sus oportunidades con el Ángel de Londres, un apodo que las propias debutantes le habían asignado pocos años antes debido a la apostura y sensualidad de sus rasgos.

Unos rasgos que ella amaba. Ojos castaños a los que unas tupidas pestañas otorgaban la más dulce de las apariencias. Un cabello rubio oscuro regado de bucles que resultaban a la vez tiernos y tentadores. Hasta sus cejas, que eran gruesas, rectas y amenazadoras, le parecían perfectas. Y para completar la obra de arte, unos labios llenos y generosos que sabían a todas las cosas apetitosas que Lauren hubiera probado alguna vez.

Cerró los ojos y percibió de nuevo el tic tac del reloj de pared cuyo péndulo estaba segura que había detenido la noche anterior. Se acercó y paró con sus dedos aquel molesto oscilar que se entrometía en sus pensamientos. Se abrazó la cintura y se deleitó, ahora sí, en medio del bendito silencio, con

el recuerdo de la pasión que había conocido por primera vez en su vida unas horas antes.

Esa boca, tan añorada, había recorrido la suya, la había besado con desenfreno y había desencadenado en ella una necesidad que no comprendía. Nada la podría haber preparado para la miríada de emociones y sensaciones que la inundaron cuando Marcus la tumbó en su cama, esa en la que había soñado innumerables veces con él, y dio rienda suelta a la lujuria de ambos. Su cuerpo había reaccionado como si ya conociera el deleite de aquellas manos, había vibrado, se había retorcido bajo el experimentado toque masculino y había gritado su pérdida cuando él había decidido privarlo del contacto. Lo añoraba a cada momento. La piel le picaba con el recuerdo, anhelando sentir de nuevo la cálida caricia de quien era desde siempre el dueño de su corazón.

Cómo deseaba decir que sí y pertenecer para siempre a esos brazos. Volver a sentir cada latigazo de placer una y otra vez, todas las noches del resto de su vida.

La realidad vino a imponerse en forma de una llamada a la puerta de su habitación. El mayordomo pidió permiso para entrar, y, tras él, lo hicieron dos lacayos portando dos baúles que ella reconoció como propios.

Una francesa de vivarachos ojos azules y melena castaño claro entró como una tromba en la habitación y, sin preocuparse en absoluto de la opinión que pudiese despertar en el resto del servicio, se acercó hasta ella y le dio un abrazo, que de inmediato le fue devuelto.

—Milady, cuánto me alegro de encontraros sana y salva.

—Oh, Hannah, siento haberte preocupado. —Aunque su doncella hubiese ignorado la presencia de Truller y los lacayos, Lauren no podía permitirse ese lujo. No podía hablar con libertad delante de ellos teniendo en cuenta la historia que Marcus les había contado la noche anterior—. Truller, ¿verdad? —El mayordomo asintió, y ella le dedicó una primorosa sonrisa—. Os agradezco mucho que hayáis acompañado a mi doncella hasta aquí. Estaba muy preocupada por las dificultades que le he causado. Si son tan amables,

me gustaría charlar con ella en privado.

Truller la miró con una nota de sorpresa en su expresión, que al instante fue sustituida por la más absoluta neutralidad.

—Por supuesto, señorita Malone —respondió el mayordomo, con un dejo de duda.

Sí, «señorita Malone», a secas. Tendría que advertirle a Hannah que dejara de llamarla *milady* o terminaría confundiendo a todo el mundo en esa casa. Aunque tampoco tenía mucho sentido prohibirle nada, porque habitarían poco tiempo en ella. Si quería llamarla «su excelencia», que lo hiciera, a fin de cuentas, nunca había podido domarla.

—¿Desea bajar a desayunar al salón? ¿Tiene alguna preferencia en cuanto al menú, señorita? —inquirió el mayordomo.

Lauren estuvo tentada de pedir que le subieran un poco de té y bollos a la habitación, pero decidió que le convenía conocer la mansión y todas las posibles rutas de escape, porque si algo tenía claro era que Marcus no iba a permitir que ella se marchase sin ninguna interferencia.

—Me gustaría mucho desayunar abajo si no es gran molestia —informó.

—Estaremos encantados, señorita. Le diré a la cocinera que prepare una selección de sus platos para el desayuno, y así podrá elegir lo que más le guste.

—Oh, pero no me gustaría que la molestase.

Por la cara de su interlocutor, pudo ver que no estaba acostumbrado a que lo trataran con tanta familiaridad ni a que evitasen darle molestias. Los empleadores solían tratar a sus empleados como si no estuviesen y se limitaban a darle una orden cuando querían algo. Lo de pedir las cosas por favor o preocuparse por ser latoso en exceso no eran cuestiones que se les pasasen por la cabeza. Pero claro, pocas personas de su alcurnia se habían visto obligadas a trabajar como criadas en sus propias casas para mantenerlas en pie.

—Ella estará más que encantada, se lo puedo garantizar —aseveró Truller, al tiempo que hacía señas a los lacayos para que lo acompañasen fuera de la

habitación.

—Gracias —respondió casi en un grito antes de que la puerta se cerrase por completo.

A Lauren se le hizo la boca agua al imaginar un opíparo desayuno como hacía meses que no se permitía tener. Ella no era tan descarada como para presentarse en casa de los Chadwick y esperar que la alimentaran, como hacía algunas veces el marqués de Riversey, el mejor amigo de Marcus.

Se preguntó, no por primera vez, por qué su estómago no se dejaba afectar por los momentos de vicisitud. Su apetito jamás se había visto afectado por enfermedades ni tristezas. Incluso esa mañana, en la que aquel órgano en concreto parecía a punto de descomponerse por ser el receptor de tantas emociones, gruñía como claro síntoma del hambre que soportaba. Recordó que no había cenado la noche anterior, y sus tripas se retorcieron de tal forma que hasta Hannah se giró y la miró con el ceño fruncido.

—Creo que me he precipitado al considerar que os encontrabais en perfectas condiciones. Tenéis un semblante muy pálido, *milady*, y es evidente que han pasado muchas horas desde vuestra última comida —sostuvo la doncella con mirada reprobatoria.

—Siempre dices las cosas más inapropiadas, Hannah —la regañó ella.

—Me preocupáis. No podéis ir por ahí sin estar bien alimentada y sin descansar. Apuesto a que no habéis pegado ojo.

—Sabes que mi apetito se manifiesta en los momentos más inoportunos. Estoy nerviosa, y por eso has escuchado esos molestos sonidos que deberías haber obviado —respondió con toda la petulancia que pudo.

Hannah no era una mujer fácil de intimidar; desde luego, Lauren nunca lo había conseguido. Tenía sus propias opiniones y, aunque respetaba profundamente a su señora y era partidaria de una forma de expresarse de lo más ceremoniosa, no dudaba en reprenderla como tampoco dudaba en abrazarla cuando la ocasión lo requería. Ahora la miraba con ojo crítico, como una madre que pesca a su hijita pequeña con los tobillos metidos en un charco de barro.

—Está bien. No ha sido una noche fácil —reconoció Lauren ante el escrutinio silencioso de su amiga—. Mi padre... Él... No creo que podamos volver nunca a casa, Hannah —admitió—. Al menos, yo no lo haré. Siento haberme ido de esa manera, por cierto. No tuve oportunidad de avisarte. Lamento haberte preocupado.

—No me atreví a preguntarle al lord. No quería provocar su ira cuando regresó tambaleándose. Recé para que ese joven tan apuesto fuese tan honrado como parecía y cuidase bien de vos.

—Él... —Lauren dudó. De repente, no supo qué decir. ¿Había cuidado de ella? Porque había cruzado límites que un hombre no debe cruzar con una mujer que no es su esposa— ...Fue un perfecto caballero, Hannah —mintió—. Puedes estar tranquila. Hasta se aseguró de enviarte para cuidar de mi reputación mientras me da cobijo. ¿No es cierto?

—¿Vamos a vivir aquí? —preguntó la doncella con el ceño fruncido con evidente desaprobación.

La conversación se presentaba peliaguda, y Lauren no tenía espíritu en ese momento para hacer memoria de todo lo acontecido desde la última vez que estuvieron juntas. Lo que no tenía, en realidad, era valor para explicarle a Hannah que casi era la cautiva de un hombre que insistía en casarse con ella para salvarla de la ruina. Porque, además, lo más probable sería que su doncella, ambiciosa como era en lo referente al futuro de su señora, la conminase a aceptar. Propuestas desinteresadas como aquella no le llovían a una dama en apuros como ella con asiduidad, por lo que se podría decir que era estúpido negarse. Mas a Lauren Malone le tocaba hacer el papel de estúpida pues por nada en el mundo iba a causar la caída en desgracia de la familia que con tanto afecto la había acogido bajo su protección. Otra cosa distinta era aceptar el hospedaje que Marcus le ofrecía. Por unos días, se dijo, no le quedaba más remedio.

—¿Qué te parece si colocamos todas estas cosas y bajo a desayunar? Después podré explicarte todo con más detenimiento. Como bien has señalado, necesito comer algo.

Era cierto. Necesitaba llenar su estómago para aplacar la inquietud que sentía, antes de tomarse el tiempo para explicarle a Hannah que iban a alojarse en la vivienda de lord Collington por unos días, hasta que sus abuelos le girasen su asignación mensual y ella tuviese liquidez para emprender una vida lejos de todo cuanto amaba; porque con lo que tenían ahora ni siquiera llegarían a las afueras de Londres. Tendría que aguantar allí hasta finales de mes, cuando podría ir a retirar el dinero de su banco y hacer lo que tenía que hacer.

Gracias a la divina providencia, su doncella no insistió. Con un asentimiento de cabeza, Hannah le recomendó que bajase a desayunar mientras ella se encargaba de colocar el contenido de los baúles, y su rugiente estómago tomó la decisión.

Lauren se reafirmó en su decisión de dedicar la mañana a recorrer con meticulosidad todos los rincones de su residencia provisional y analizar la mejor forma de abandonar la mansión en caso de que su «anfitrión» continuase con aquella actitud autoritaria que había adoptado de buenas a primeras tras pescarla a punto de cometer un robo.

La primera parada, sin embargo, fue en el comedor, donde la cocinera y los lacayos habían dispuesto un auténtico banquete para ella. En aquel preciso instante todas las preocupaciones desaparecieron de su cabeza, y se reconfortó con el aroma del pan recién hecho y la variedad de manjares dispuestos sobre una mesa pegada a la pared posterior de la sala, junto a otro ruidoso reloj de pared. Tras detenerlo, paseó su mirada por la superficie repleta de deliciosos platos, sin saber por dónde empezar: todo parecía apetitoso e irresistible.

Su madre siempre decía que «lo que se come es lo que se vale», y a Lauren le gustaba añadir que «con la tripa vacía a nadie le dura la alegría». Con esa forma de pensar, era natural que a la joven le costase mantener la línea y que su apetito siempre ganase la batalla a su vanidad.

Había cuatro tipos de bollería, desde los pasteles de hojaldre y miel hasta las medialunas de nata, pasando por los bollos con mermelada y la tarta de

Banbury. Se decantó por un bollo, que parecía increíblemente esponjoso y lo era. Tampoco pudo resistirse a probar algunas de las exquisiteces saladas. Degustó pequeñas cantidades de salchichas cocidas y huevos revueltos. Desechó los arenques, los tomates asados y los riñones rellenos, y terminó con una taza de fruta en almíbar. Todo ello regado con un té verde que no había probado nunca. En aquella casa iba a terminar tan redonda como una noria.

Si hubiese tenido compañía, habría tenido que comer una cuarta parte de lo que se había zampado, pero habían tenido la deferencia de dejarla sola, de modo que decidió no preocuparse por lo que opinasen los criados sobre su voraz apetito y, para compensar su glotón desliz, se dispuso a recorrer el resto de las estancias de la mansión y a terminar la mañana con un enérgico paseo por el jardín.

La casa de Charing Cross no era ni con mucho tan opulenta y enorme como Holbrook House, pero contaba con seis habitaciones amplias y luminosas en la planta superior, de las cuales dos habían sido habilitadas como salones que comunicaban los dormitorios contiguos. Descubrió que la habitación del señor y la que le habían asignado a ella compartían uno de esos salones, uno que lucía muebles isabelinos y paredes forradas en seda de tonos ocres y crudos

En la planta inferior había una cocina independiente, un salón, un despacho-biblioteca, un vestíbulo enorme y el comedor donde ella había desayunado.

Mucho antes de la hora del almuerzo, Lauren paseaba por el jardín trasero de la propiedad, que estaba rodeado por un alto y bien recortado perímetro de setos, el cual impedía que fuera vista desde el exterior. Era un espacio algo reducido para el enérgico paseo que ella había planeado, y con poca ornamentación. Puede que se mantuviese más o menos decente por la eficiencia de los criados, pero estaba claro que nadie tenía la más mínima inquietud hortícola por el lugar.

Imaginó unas hermosas enredaderas de hiedra discurriendo por la fachada

posterior y unos arriates en la pared lateral con buganvillas trepadoras. Siempre había sentido gran interés por la armonía de los espacios. Le ocurría a menudo cuando entraba en una estancia y, casi de forma instantánea, comenzaba a recolocar mentalmente los muebles, a imaginar las paredes revestidas de papel o de telas adamsadas, y a llenar todas las superficies con candelabros, jarrones y lámparas de aceite. En eso andaba enfrascada, en evocar un delicioso jardín repleto de acacias, acantos y bulbos en flor, cuando una voz grave y armónica la sobresaltó.

—No es un lugar muy acogedor, ¿cierto?

Si hubiera escuchado la voz del mismísimo diablo ofreciéndole un contrato por su alma, no hubiera sentido tanta conmoción como al escuchar aquella voz tan masculina y tan sensual y tan de Marcus Chadwick. Teniendo en cuenta que esperaba su visita, semejante reacción a su presencia no tenía ningún sentido. Y, sin embargo, las habituales mariposas que sentía en el estómago siempre que lo veía o estaba cerca de él parecían ahora elefantes que pisoteaban furiosos todos sus órganos internos.

Lauren se giró y se encontró de frente con la mirada risueña de Marcus. El semblante malhumorado del día anterior había desaparecido por completo, y su rostro lucía aquella sonrisilla angelical que le había granjeado, junto a otras virtudes, su afamado apodo. Con un estremecimiento interior, pensó que lucía hermoso y viril con aquella chaqueta de paño de color azul real que dejaba asomar un chaleco amarillo de brocado y una camisa de batista anudada de forma impoluta con un pañuelo en varios tonos de blanco y amarillo. Las calzas azul marino delineaban unos muslos poderosos, que podían competir con los de los jinetes más experimentados. Nadie debería tener aquella apariencia, nadie debería dejar la mente en blanco de una mujer con tanta facilidad y, mucho menos, el hombre al que ella tenía la obligación de rechazar.

Capítulo nueve

Ella se veía fascinante con aquel sencillo vestido mañanero de color azul lavanda que parecía apretarle demasiado. Aunque el escote no era pronunciado, ensalzaba a la perfección sus senos firmes y generosos. Tenía una cintura muy fina y la curva baja de su vientre un poco marcada, lo que le daba un toque muy sensual. La tela de muselina se abría de forma graciosa en sus caderas y caía en una profusión de pliegues y ondas que la hacían parecer la pintura de un artista.

La belleza de la señorita Malone era como los licores fuertes. «Al principio, incluso puedes llegar a pensar que no te gustan, que son demasiado intensos, pero cuando su aromático gusto tiene tiempo para asentarse en tu paladar, descubres que no hay un sabor más perfecto ni placentero», pensó para sí.

Tras una fructífera mañana, Marcus disfrutaba de forma inconmensurable de aquel placer: observarla mientras ella se paseaba con su brillante cabello de color bermellón recogido en un coqueto moño en el centro de la cabeza y unos andares que demostraban su ingenuidad e inocencia.

Lauren no era de esas mujeres decididas que pisan por el mundo como si tuviesen claro todos los aspectos de la vida. Ella conocía, y emulaba a la perfección, la conducta más distinguida, pero su humildad y naturaleza sencilla rezumaban en gestos tan cotidianos como su sonrisa franca o su tranquilo caminar. No era una mujer mundana, sino una flor protegida. Era muy consciente de que tanto su padre como él la habían colocado en una situación complicada, con cuyas dificultades ella no estaba preparada para lidiar. Pero no tenía por qué preocuparse, se dijo. Lo había dispuesto todo para garantizarle a la señorita Malone una vida plena y respetable. Y él podía vivir tranquilo con la seguridad de que alguien tan humilde y desprendida como ella no lo traicionaría.

—No es un lugar muy acogedor, ¿cierto?

Lauren se giró de manera un tanto abrupta, con la sorpresa dibujada en el rostro.

—Podría serlo —dijo al cabo de un largo instante en el que ambos se miraron fijamente.

—¿De verdad lo crees? —preguntó mientras bajaba los dos escalones de granito que formaban el umbral de acceso al jardín—. No sabía que te gustase la jardinería.

Lauren frunció el ceño, pensativa, marcando la arqueada forma de sus cejas. Tenía los ojos un poco rasgados hacia arriba en los extremos, lo que le daba un aspecto exótico que rompía una apariencia por lo demás virginal.

—No me gusta, creo. Casi todas las plantas que he cuidado han muerto de forma prematura. Sin embargo, cuando miro este espacio puedo verlo con una profusión de flores que sé que lo convertirían en un lugar muy acogedor.

Marcus le respondió con una sonrisa que al instante fue devuelta por esos labios anchos y carnosos que escondían una dentadura perfecta.

—Vaya. Pensé que ibas a ofrecerte a cultivar algunas de esas hermosas flores para mí —reconoció Marcus desplazándose hasta donde ella se hallaba parada.

La sonrisa desapareció del precioso rostro y fue sustituida por una expresión resignada. Lauren desvió la vista al suelo y se meció sobre sus pies.

—No estaría aquí el tiempo suficiente para ver florecer nada de lo que plantase —admitió con pesadumbre.

Le hubiera gustado pensar que, tras unas horas de reflexión, la muchacha estaría más receptiva. Pero tanto su expresión como sus últimas palabras evidenciaban su insistencia en no aceptar la hospitalidad que le ofrecía. La noche anterior había creído que iba a empeñarse en que la devolviese a su casa, y tenía que dar gracias a la aparición del ama de llaves, porque puso punto final a su pequeño rifirrafe. Había conseguido superar el primer escollo de su resistencia, pero debía andarse con ojo. Lauren no era tan dócil como él había pensado. Tenía que ser más dialogante y persuasivo, recordó.

—Eso no ha de ser así. Este será un buen refugio hasta que... tomes una decisión.

Presionarla en este momento no era lo más inteligente, de modo que no mencionó nada acerca de su propuesta matrimonial.

Marcus sabía que llamarlo así era un eufemismo de mal gusto puesto que, más que solicitarlo, la había exhortado; había cerrado un trato con su padre y le había comunicado que se la llevaba.

Sus recientes acciones lo sorprendían. No era muy propio de él comportarse de aquel modo precipitado e imperioso. Siempre había sido un hombre conciliador y comprensivo. El autoritarismo nunca había formado parte de su estrategia, por lo que su terca actitud del día anterior solo podía atribuirse al shock que le había supuesto descubrir la carrera delictiva de su hermana y de la pequeña Malone. No, lo que en verdad lo había convertido en una masa irracional de furia había sido la cara marcada por la violencia en aquella belleza pelirroja.

Tras aquella afirmación, se había quedado pensativa y triste, con un vago reflejo de decepción en su rostro. Parecía estar buscando las palabras para contestarle, y desde luego no mostraba signos de estar de acuerdo en eso de acogerse a un buen refugio. No iba a aceptar su oferta. Lo veía venir.

—Gordon le ha pedido matrimonio a Megan. —Se oyó decir.

¡Pero bueno! ¿De dónde había salido eso? ¿Por qué de un tiempo a esa parte sus palabras tomaban la vía rápida de su boca antes de que pudiese meditarlas? ¿Acaso no había decidido que no iba a contar nada de aquel enlace para no alentar los sentimientos románticos de Lauren?

Quería que ella fuera consciente en todo momento del tipo de unión que él deseaba, y las locuras de amor como la que habían protagonizado ese par de tortolitos no eran el referente para un matrimonio serio y respetable. Por eso había decidido no compartir con ella los detalles del compromiso de Megan hasta que no tuviera un poco más de dominio sobre la situación.

Sin embargo, cuando había visto su expresión afligida al admitir que no quería quedarse allí, había sentido la irrefrenable necesidad de darle un

motivo para sonreír. Aquellos ojitos con forma de almendra se habían llenado de tanto pesar que había querido apartar sus pensamientos de la inminente decisión lo antes posible. Y nada para distraer la atención de una mujer como una gran noticia sobre su mejor amiga.

Aunque le fastidiase su incontinencia verbal, no pudo haber estado más inspirado porque la carita triste desapareció como por arte de magia.

—¿Lo dices en serio? —inquirió ella con deleite, llevándose las manos a la altura del estómago. Su rostro resplandecía por la luz matutina; aquella sonrisa sincera y profunda le daba un aspecto un tanto infantil. El por qué su corazón dio un pequeño brinco de alegría era algo que no tenía ninguna explicación.

—Esta misma mañana se presentó en Haverston para solicitar su mano, y mi padre se la ha concedido. Megan será la próxima marquesa de Riversey —añadió al tiempo que Lauren dejaba escapar una pequeña carcajada de felicidad. Era una experiencia muy edificante poder dar buenas noticias a alguien que las acogía con tanto entusiasmo, pensó.

—¡Eso es maravilloso! Es la mejor noticia que he escuchado en... en toda mi vida. ¿Megan ya lo sabe? Debe haberse llevado una gran sorpresa —inquirió ella con expresión soñadora.

—No creo que se haya sorprendido mucho teniendo en cuenta lo que... —De repente, Marcus recordó que la azarosa forma en que su hermana se había comprometido no cuadraba con su modelo de propuesta matrimonial, así que seleccionó con cuidado sus siguientes palabras— ...porque Gordon... tuvo la... deferencia de preguntárselo a ella primero. Tengo que decir que a mi padre no le pareció especialmente loable este orden de las cosas, pero aun así lo ha aceptado.

—Harán una gran pareja —añadió ella con ferviente satisfacción—. Esperaba que ellos pudieran solucionar sus diferencias. Ha sido... difícil para Megan en los últimos días lidiar con lord Riversey, pero estoy segura de que si han accedido a casarse es porque todo ha quedado resuelto. Oh, ¡qué feliz debe estar ahora!

—Sí, Gordon ha tenido también algunos problemas que solucionar antes de poder ser libre para ofrecer una vida respetable a mi hermana. Tampoco para él ha sido fácil —añadió en defensa de su amigo.

—Oh, ¡por supuesto! —agregó ella, arrepentida—. Nunca dudé de la honestidad de lord Riversey. A fin de cuentas, es un gran amigo de vuestra familia. No puedo decir que entienda sus motivos, pero estoy segura de que ha tenido poderosas razones para comportarse como lo ha hecho.

Los tenía, recordó Marcus. El pobre diablo había estado a punto de perder todo lo que poseía, y de modo consciente se había apartado de su hermana para no perjudicarla. En un mundo en el que lo que piensan de un hombre es más poderoso que la nobleza o el dinero, era perentorio alejarse de los escándalos. Gracias a Dios, todo había sido un malentendido, y Gordon había vuelto dispuesto a conquistar a su hermana.

—No soy quién para desvelar sus circunstancias. —Y como aquella relación había tenido todos los melodramas de un cuento de princesas, tampoco convenía traerlo a colación—. El caso es que una vez resueltas, decidió obrar como el hombre de bien que es y honrar su deseo de convertir a Megan en su marquesa.

Bien pensado, la historia era digna de alguna de esas novelas que publicaba la imprenta del propio Riversey o uno de esos folletines románticos por fascículos, que tanta popularidad habían alcanzado en los últimos años. No, sin lugar a dudas, no eran el ejemplo más adecuado para que Lauren aceptase un matrimonio de conveniencia.

—Me alegro mucho de que así sea, y te felicito por la parte que te toca. Tendréis un nuevo miembro en la familia digno de respeto y de todos los honores —observó ella.

Marcus sintió una renovada satisfacción por la reciente noticia. Sin duda, el día había comenzado de la mejor manera posible, pues ningún hombre puede aspirar a un mejor cuñado que la persona en quien deposita toda su confianza. Además, Marcus había sido durante años un espectador consciente de cómo la atracción de Gordon por su hermana había ido derivando en un

amor honesto y verdadero. Por lo que, en verdad, merecía ser felicitado. Su familia crecería con esta unión, lo cual le recordó que él también estaba intentando ampliarla por su parte. Lauren le había servido en bandeja la oportunidad de retomar el objetivo de su visita. Quizá no era tan mal momento.

—Tú también podrías formar parte de esta familia, Lauren.

—Collington, por favor... —Una mezcla de pánico y resignación cruzó los ojos verdes.

—No, espera. No digas nada —interrumpió él.

Marcus se dio toda la prisa que pudo en sacar el paquetito que había comprado una hora antes en Ludwing e hijos. Era una cajita de terciopelo de un rojo intenso, que guardaba un delicado y hermoso anillo de oro con incrustaciones de diamantes y una pequeña esmeralda tallada con forma de lágrima. Cuando había posado su vista en él a través de la vitrina de la joyería había evocado los exóticos ojos de Lauren en su cabeza y había sabido que era perfecto para ella.

La reacción de la joven no fue la que él hubiera esperado. Al ver la caja solo un ligero atisbo de sorpresa cruzó su mirada, pero cuando Marcus abrió el pequeño cofre y se lo mostró, ella cerró los ojos con disgusto y se llevó una de sus manos blancas y delicadas a la sien.

—No puedo aceptarlo.

—Te estás adelantando, querida —la regañó Marcus sin dejarse amilanar por la expresión derrotada de la muchacha, mientras hincaba una rodilla en el suelo y tomaba su mano libre—. Lauren Malone, querías, por favor, concederme el gran honor de ser mi esposa.

—No puedo... —susurró ella, ahora con un leve rastro de angustia en su precioso rostro.

—Sabía que dirías eso —añadió Marcus, dispuesto a mantener el tono ligero y positivo de la conversación—. Pero estoy dispuesto a convencerte, cuéstemelo lo que me cueste. ¿Te has parado a pensar en que necesito una esposa? En realidad, me estarías haciendo un favor.

Su argumento no debía cuajar lo suficiente porque ella abrió los ojos pasmada.

—¡Pero habría de ser una mujer de tu mismo estatus! Una refinada dama, hija de un respetable conde. Dios mío, podrías aspirar a la hija de un rey. No veo por qué te empeñas en unirme a... mí.

—He de decir que toda esa insistencia tuya en menospreciarte me parece irritante, querida. —Y de verdad lo hacía. Lauren tenía una tendencia bastante exasperante de no valorarse lo suficiente. ¿Acaso no veía lo adorable que era?—. Creo que eres la candidata perfecta. Tienes el comportamiento de una distinguida dama y, con independencia de lo que haya hecho tu padre o de lo mucho que tu parezcas olvidarlo, perteneces a la aristocracia tanto como yo. Tienes un carácter amable y una reputación intachable. Existe el suficiente afecto entre nosotros para que este matrimonio se desarrolle de forma pacífica y creo que ayer te demostré que existe la atracción suficiente como para que cumplamos con nuestra obligación de engendrar un heredero.

Lauren se puso del color de la grana, y los orbes de color esmeralda casi se salen de sus cuencas. Volvió a desviar la vista al suelo con una inocencia que le pareció conmovedora y, a la vez, excitante. Un pequeño nudo en la boca del estómago fue el primer signo visible de una serie de acontecimientos en su cuerpo que le impelieron a besarla. Dios, cómo deseaba de pronto volver a besarla. Borrar sus miedos, sus reservas y su tristeza con besos fieros y apasionados que le hiciesen olvidarse del mundo. Pero no podía ni debía asustarla, y no era correcto utilizar la atracción que parecían sentir el uno por el otro para forzar su consentimiento. Tenía que esperar. Solo un poco más.

—Milord, esos extremos de la conversación no son ni remotamente adecuados —respondió con la voz afectada y las mejillas aún sonrosadas.

—¿Ves? —preguntó en tono desenfadado, un poco más repuesto de su acceso de pasión desbordante—. Necesito una guía para desenvolverme en sociedad con la corrección adecuada. Tú eres un modelo de rectitud, todo el mundo lo sabe. Te necesito, Lauren.

«Te necesito, Lauren».

Las tres palabras más dolorosas que había escuchado jamás. ¡Ella sí que lo necesitaba! Se le encogía el alma de pensar en cuánto apreciaba su sola presencia, su risa, su simple existencia. Ella no querría vivir en un mundo sin Marcus Chadwick. ¡Eso era necesidad!

Lo que era impensable, ilógico e inverosímil es que un ser tan perfecto como él la eligiese a ella. Pero, aunque no se creía ni media palabra de lo que había escuchado, su corazón aleteaba de gozo como si no le importase ni lo absurdo ni lo falso que sonaba. Su desbaratado corazón ansiaba el amor de Marcus de tal forma, que estaba dispuesto a gritar: ¡Sí! ¡Sí! ¡Sí!

Para redondear el asalto a sus defensas, Marcus comenzó a acariciar con un tacto casi imperceptible las venas de su muñeca. Un estremecimiento de anticipación recorrió su cuerpo desde el lugar donde la tocaba. Fue un contacto tan sutil que no parecía lógico la cantidad de emociones que despertaba en ella. Sintió cómo el corazón se aceleraba y la respiración se hacía más dificultosa. Con los ojos entornados por el fuerte anhelo interior, observó cómo Marcus se llevaba su mano a la boca y comenzaba a besar las yemas de sus dedos. La imagen de esos labios tan tentadores y perfectos acariciando su piel fue tan erótica que incluso llegó a sentir temor. Pero más fuerte aún fue el deseo, porque el resto de su cuerpo vibraba ante el recuerdo de la pasión que ya había conocido. Era casi doloroso ese dulce pero insuficiente toque.

—Te necesito de más formas de las que puedas imaginar... —murmuró él con los labios abiertos sobre su piel.

Lauren estaba a punto de ceder o de caer redonda al suelo. Aunque su mente le recordaba que había tomado una decisión, su cuerpo no reaccionaba con la misma celeridad, porque lo echaba de menos. Lo había extrañado en las horas que habían estado separados como si ya fuera una parte de sí misma de la que no se podía desprender. Y si no se apartaba en aquel mismo instante iba a comenzar a suplicarle que la abrazase, que la besase y que no se alejase nunca. Así que se separó y se parapetó contra la pared más cercana. Aquella

que quedaría preciosa oculta por las buganvillas.

—Intentas confundirme. Ya te he dado una respuesta y no voy a cambiar de opinión. Tengo mis motivos, Collington, y te los he explicado. No entiendo por qué te obcecas. Existen muchas opciones mejores que yo. Empiezo a pensar que no me estás contando toda la verdad. ¿Qué motivo podrías tener para casarte conmigo?

Lo había dicho sin pensar, pero, bien visto, aquello no tenía mucho sentido a menos que le ocultase algo. Él pareció pensarlo durante varios segundos. Se irguió sobre sí mismo, pues aún continuaba con la rodilla en el suelo, y dio un paso hacia ella con aire ausente. No parecía que quisiera acortar la distancia para intimidarla, pero Lauren preferiría que, de todas formas, se quedase lo más lejos posible.

—Intentaré ser completamente sincero, para demostrarte que mi deseo de unirme a ti es genuino —adujo con semblante serio—. Mis padres me presionan para que me case, y es algo que en principio no deseo hacer. He comprobado que la mayor parte de las debutantes están demasiado influenciadas por sus avariciosos padres o demasiado pagadas de sí mismas. El hecho es que... no confío en la mayor parte de las mujeres. Por no mencionar que no estoy dotado de la paciencia necesaria para soportar los complejos procesos de un cortejo tradicional. Sin embargo, siendo como eres casi un miembro de mi familia, creo no equivocarme al suponer que eres confiable. Un matrimonio de conveniencia entre nosotros podría resultar una unión poco problemática para mí, y has de reconocer que resultaría muy ventajosa para ti.

Útil. Él la consideraba útil. A mano. Fácil y sencillo. Aquello le pareció incluso más humillante que si la hubiera elegido por dinero o por compasión; peor que si la hubiese comprado en un establo.

Un minuto atrás hubiera jurado que la cercanía de sus cuerpos también era tal en sus corazones. La había mirado con tanto ardor, la había acariciado con tanta ternura... Pero era una argucia para engatusarla y asegurarse su aceptación. Estaba dispuesto a casarse con ella porque le parecía conveniente.

Y lo más disparatado de todo era que se equivocaba.

—No sabes lo que estás diciendo. Los problemas no tardarían en aparecer. ¿Te olvidas de que mi padre estará muy pronto entre rejas? —recordó en voz alta.

—Puedo evitar que eso suceda —contestó él con una sonrisa condescendiente.

—¡Pero es que no quiero que lo hagas! —De repente, no podía soportar la presión que empezaba a notar sobre sus hombros. Estaba furiosa y dolida. Era tan difícil seguir argumentando cuando el otro interlocutor se niega a ver lo evidente—. ¡No quiero que te entrometas, ni que lo hagas tu asunto! ¡Esto no va contigo! —le gritó, ya perdida la compostura—. Tú eres el heredero de un condado y debes casarte con alguien que esté a tu altura. Y yo debería desaparecer de tu vida y no causarte más problemas. Si no te obcecases tanto, tú mismo reconocerías que no puedo traerte más que infortunios.

—Tienes un don para el melodrama —adujo él, quitándole importancia a su ataque de ira con un gesto de la mano—. El caso es que a pesar de lo poco adecuado que, según tú, sería casarme contigo, es lo que deseo. Y siempre consigo lo que quiero.

—Pues esta vez, te vas a quedar con las ganas. Porque ni voy a casarme contigo ni voy a quedarme por más tiempo bajo tu techo dando lugar a rumores.

Lauren empezaba a hartarse de tanta obstinación. Era como hablar con una pared, y no estaba dispuesta a seguir admitiendo que la tratase como un bebé que no tiene capacidad para decidir. Puede que tuviese que someterse a los caprichos de su padre, pero no a los de un hombre con el que ni tenía ninguna relación ni pensaba tenerla.

—Eres de lo más... —Marcus pareció perder por un momento la paciencia, pero en seguida se recuperó. ¡Vaya! Ojalá tuviera ella tanto autocontrol, pensó—. Vayamos por partes. Estar aquí es lo más seguro para ti. Y, en cuanto a los rumores, no has de preocuparte. Pocas personas saben que tengo esta propiedad, y para garantizar tu reputación he contratado una dama de

compañía. La señora Carsiston será una perfecta carabina hasta que hagamos público nuestro enlace.

—Creo que deberías cortarte el pelo para que deje de obstruir tus orejas — replicó airada, incapaz ya de seguir con aquella discusión sin sentido.

Marcus la miró con los ojos abiertos de par en par por su respuesta. ¿Qué se pensaba? ¿Que él era el único que podía tomarse las cosas a la ligera? Pues no. Ya estaba cansada de tanta cabezonería. Y ella que había creído siempre que Marcus era una persona comprensiva, dialogante y complaciente... ¡Ja! Un déspota y un sordo. Eso es lo que era.

—¡Vaya! ¿Eso ha sido una ironía? Querida, manejas el arte de la conversación con un ingenio que me sorprende.

—Collington... —Respiró hondo e intentó calmarse. Liarse a voces no iba a solucionar nada—. No quiero que malgastes tu dinero contratando a ninguna dama de compañía porque ya te he dicho que me voy.

—No dejaré que te vayas.

—No podrás impedírmelo. No puedes vigilarme todo el día, y no pienso mandarte un aviso cuando me marche. —¡Qué hombre tan terco estaba resultando ser!

—Los criados tiene orden de no dejarte salir —le aseguró con un tono de lo más tranquilo.

A Lauren se le cayó la mandíbula de manera inconsciente. No podía haber escuchado bien. ¿Cómo que no podía salir? ¿Por eso no había dejado de ver criados mirándola de reojo por los rincones?

—¿Me tienes secuestrada?! —preguntó varios segundos después, cuando recuperó la capacidad de hablar.

—¡Qué bobada! Ya te he dicho que eres mi invitada de honor. Pero visto que no tienes reparos en escapar por las ventanas... les he dicho que te vigilen de cerca siempre que yo no esté contigo.

—Eso es... Eres... —Nunca en su vida había estado tan confusa y tan furiosa al mismo tiempo. Sin poder evitarlo, volvió a gritar—. ¡Me iré cuando

me dé la gana! ¡No tienes ningún poder sobre mí! Pero dónde se ha visto tamaña arrogancia... Ni te pienses que voy a obedecerte. ¡Huiré!

Lauren pensó que quizá podría conservar la calma si al menos él mostrase que la discusión lo estaba afectando lo más mínimo, pero por su forma de hablar y su postura relajada, parecía que estaban hablando del tiempo, cuando ella tenía más presión bullendo por su cuerpo que una tetera.

—Está bien, creo que no he elegido el momento adecuado —alegó Marcus levantando las manos en señal de rendición—. Solo te pido que pienses en esto.

¿Pensar? ¿Quién podía pensar cuando quería rasgarse las vestiduras de pura furia e indignación?

—Por el momento nadie sabe lo que ha ocurrido con tu padre —continuó él— y nadie sabe que estás en esta casa. El servicio es muy discreto, y según creo no recibías muchas visitas en Holbrook House por lo que es poco probable que alguien sospeche que estás viviendo aquí. Si hay una cosa de la que puedes estar segura, es de que no voy a permitir que vivas bajo el techo de ese hombre y tampoco que acabes en una residencia para ovejas descarriadas. Creo que si lo piensas con detenimiento te darás cuenta de que mi hospitalidad es ahora mismo la opción más inteligente.

—¿Y cuánto tiempo crees que tardarán en enterarse de que mi padre ha sido encarcelado? ¿Crees que nadie se preguntará qué ha sucedido con su hija? ¿Crees que puedo permanecer encerrada en esta casa indefinidamente? Además, todos los sábados acudo a tomar el té a casa de *lady* Killian. Mi madre y ella eran buenas amigas y tengo por costumbre ir a visitarla, como hice ayer sin ir más lejos. Se dará cuenta de que algo sucede si no me presento —explicó airada.

—Aún es domingo. Tenemos tiempo antes de que te echen en falta —adujo él—. Lo ideal es que nadie sepa dónde te hospedas, pero en caso contrario entraría en acción la reputación de la señora Carsiston. Si tu presencia aquí trascendiese, siempre podríamos decir que te he cedido el uso de mi residencia por un tiempo y que estás aquí acompañada por ella.

Lauren se llevó los dedos a las sienes. Empezaba a dolerle la cabeza y no tenía ánimo para reflexionar. Tal vez si hubiese dormido algo durante la noche, se sentiría con la lucidez suficiente para considerar el plan de Marcus, pero lo cierto era que su mente estaba agotada. Nadie debería tener que procesar tanta información y tantas emociones en un solo día. Aún estaba demasiado sorprendida, abrumada y enfadada por su soberbia como para ser capaz de tomar decisiones. Le pedía demasiado. Y la parsimonia con la que se comportaba Marcus tampoco había sido de gran ayuda para mantener la compostura. Al menos, ahora se mostraba dialogante, incluso razonable. Lo que había dicho tenía algún sentido. Tal vez...

—Podrías decir que te la he alquilado —sugirió.

—¡Lauren, eso es brillante! —Marcus se acercó y le tomó el rostro entre las manos—. ¿Accederías entonces a quedarte?

Se debatía entre miles de emociones, pero una pugnaba por encima de todas las demás: no quería dejar de ver a Marcus. Si se iba a casa de la señorita Deerington, donde siempre había pensado huir si las cosas se ponían feas, podía que no volviera a saber de los Chadwick jamás. Cualquiera podría considerar lógico que, ante la pérdida de su residencia oficial, ella se hubiera visto obligada a vivir de alquiler y que siendo el vizconde de Collington el hermano de su mejor amiga, le hubiera facilitado el acceso a aquella vivienda a un costo que se pudiera permitir. Quizá no era tan descabellado. Quizá no tuviera que apartarse para siempre de la gente que amaba, aunque vivir bajo el techo de Marcus no fuera la más inteligente de las decisiones. Podía ser circunstancial, se dijo, hasta que encontrase otra solución, hasta que tuviese dinero para subsistir por sí misma.

—Puede —afirmó ella con el pulso acelerado por el contacto de esas manos grandes y cálidas—. Pero solo si me prometes que no volverás a insistir en nada relacionado con matrimonio.

El rostro del ángel más hermoso de la ciudad se acercó al suyo, y la perfecta nariz patricia le rozó la punta de la suya.

—No puedo prometerte eso, pequeña... —murmuró con voz ronca. Acto

seguido le dio un beso rápido y fugaz en la punta de la nariz y se apartó de ella. Se dio la vuelta y comenzó a andar en dirección a la casa, dejando a una Lauren conmocionada—. Pero te prometo que seré mucho más sutil —dijo en voz alta por encima de su hombro, sin detenerse—. Y que no te acosaré como un jovencuelo desesperado. Acomódate a tu nuevo hogar. Volveré esta tarde para presentarte a la señora Carsiston.

Fue una suerte que estuviera apoyada en la pared porque de no ser así se habría desparramado por el suelo antes de ver la espalda de Marcus desaparecer tras las cristaleras. Sus piernas se sentían de gelatina, y parecía como si hubieran sacado toda la fuerza de su cuerpo. Aquella forma de llamarla *pequeña*, el roce de su aliento, de sus labios... la dejaban desarmada por completo.

El corazón le latía con fuerza en el pecho, recordándole en qué medida pertenecía al hombre que acababa de marcharse. ¿Acaso no era locura permanecer cerca cuando era evidente que no podía manejarlo ni protegerse de él?

Marcus volvió aquella tarde, justo unos minutos antes de que la señora Carsiston hiciese su aparición. Nadie diría que unas horas antes habían discutido a pulmón partido, que casi se habían besado o que podrían haberse prometido. Nadie podría decirlo por el semblante impertérrito de lord Collington, aunque de seguro cualquiera lo habría adivinado si hubiese podido descifrar los tumultuosos pensamientos internos de Lauren Malone. Claro que ella se cuidó mucho de mostrar su confusión, su temor o sus anhelos.

Cuando la afable anciana a quien habían nombrado su dama de compañía se acercó a ella para inspeccionarla con ojo crítico, Lauren compuso la más ingenua de las sonrisas y una refinada genuflexión en señal de respeto hacia la señora mayor, aunque por dentro sentía que la recorría una corriente de miedo irracional.

—Eres un poquito menudita —expuso la señora Carsiston, quien por su

parte era un espécimen bastante robusto de mujer—, pero se ve que tienes acero en la mirada, muchacha.

Ante eso, Lauren enmudeció y se quedó mirando alternativamente hacia la mujer y hacia Marcus, quien a su vez le sostenía una mirada llena de ¿orgullo?

—Te dije que te gustaría mi protegida, tía.

¿Tía? ¿La señora Carsiston era tía de los Chadwick? ¿Y por qué nunca había oído hablar de ella? La respuesta a sus preguntas llegó con la rigurosa presentación.

—Señorita Malone, ella es Agatha Carsiston, la viuda de un primo materno de mi padre y una mujer de gran corazón y mejor sentido del humor. Acaba de mudarse a la ciudad el año pasado porque dice que no soporta las alergias del campo y que ya ha guardado luto el tiempo suficiente. Tía Agatha, ella es la honorable señorita Lauren Malone, hija del vizconde de Holbrook y la persona a quien espero que protejas y cuides.

—Es un placer, señora Carsiston. Le agradezco que haya accedido a acompañarme. No se cómo expresarle lo importante que es esto para mí.

Bien visto, sí que era vital para ella contar con el escudo de una dama de compañía, porque ni a Marcus se le daba bien mantener las distancias, ni a ella apartarse con la suficiente premura.

—Tranquila, querida, Marcus ya me ha contado que tu padre ha tenido la mala cabeza de meterse en problemas. Has hecho muy bien en abandonar ese antro de juego. —Mientras la señora Carsiston hablaba, Lauren hacía todo lo posible por no dejar traslucir el asombro que sentía ante las supuestas explicaciones que Collington le había dado a su tía—. No quiero ni pensar en cómo has podido vivir estos meses con ese tirano. Mi Thorton sí que era un hombre bueno y respetable. Jamás habría permitido convertir su casa en un lugar de perdición.

«Ay, madre, ¿pero que le ha contado Marcus a esta mujer?», se preguntó. Ciertamente su padre había organizado algunas timbas en su casa, pero de ahí a llamarlo antro de perdición... Parecía un poco exagerado.

—Gracias a Dios ahora estará en las mejores manos: las tuyas, tía Agatha. Confío en que se llevarán muy bien. Lauren es una joven con muchas inquietudes y muy locuaz. Estoy seguro de que se divertirán. Ahora, si me lo permiten, debo dejarlas.

«¡No!» gritó Lauren en su interior. No podía dejarlas solas tan pronto. Ni siquiera sabía qué clase de exageraciones le había contado a esa mujer sobre ella o su padre.

—Tú tranquilo, querido. La gente pelirroja siempre me cae bien.

Lauren no daba crédito a la desfachatez de Collington. Podía haber tenido al menos la decencia de darle unas pautas sobre cómo tratar a esta señora. Porque ¿qué clase de persona juzgaba a todo un colectivo por el color de pelo?

Los miedos y reservas de Lauren fueron amainando a medida que avanzó la tarde porque la señora Carsiston resultó ser... un encanto. La trataba con una dulzura y una confianza tales que podría decirse que había entre ellas mucha más cercanía de la real. Tras una breve siesta que la querida señora se tomó contra una pared mientras Lauren subía a por un chal para ella, pasaron el resto del día juntas. Al principio se preocupó cuando la llamó para ponerle la prenda sobre los hombros y no le contestó. Se acercó con sigilo y comprobó, por la fuerte respiración y la postura imposible, que la señora estaba dormida como un tronco, pero en cuanto le tocó el hombro, saltó como un resorte y le dijo que había tenido la necesidad de descansar la vista unos segundos. No se creía ni media palabra, pero no era ni educado ni inteligente cuestionar sus explicaciones en voz alta.

Tomaron juntas el té, y Agatha, pues así le había pedido que la llamase, le explicó que tenía una pequeña finca heredada de su esposo en Berkshire, pero que le aburría soberanamente la vida del campo. Se quejó de forma insistente sobre las primaveras tan angustiosas que había pasado con la nariz moqueando a todas horas y los ojos tan rojos como dos pimientos. También fue muy gráfica en cuanto a su aversión a los bichos, que se le subían por las piernas y le daban unos mordiscos aterradores. Pero, según Agatha, lo más

exasperante del campo era la parsimonia y desidia de la gente rural para su deporte favorito: el cotilleo. En Berkshire no le llegaba ni una sola noticia de sus conocidos, no sabía qué se cocía en cada casa, y la gente era tan sencilla que no tenía la más mínima cortesía de protagonizar algún escándalo ocasional. De modo que la buena señora se aburría. Y por eso se había mudado a Londres.

Si ella supiera el escándalo andante que tenía sentado al lado... Aunque quizá lo sabía y por eso estaba tan encantada de encontrarse allí con ella. Era posible que Marcus le hubiese puesto al tanto de su condición e incluso hubiese adornado la historia con esa fábula de que su casa era un casino. No podía saberlo, así que procuró ser más oyente que narradora en aquella conversación que terminó siendo un monólogo, hasta que la bendita señora, sin previo aviso, volvió a quedarse dormida.

Capítulo diez

La siguiente jornada fue un auténtico infierno para el vizconde de Collington. Solo pudo ver a Lauren durante el desayuno, para asegurarse de que todo marchaba bien en la casa y de que su primera impresión de su carabina había sido buena. La muchacha lo regañó por la cantidad de patrañas que había inventado sobre las actividades de su padre, y él le explicó que, dados los principios morales de su tía, había decidido que acusar a su padre de montar un casino en casa lograría ganarse su solidaridad. Lauren no había estado de acuerdo, por supuesto, y así se lo había hecho saber mientras devoraba los deliciosos bollos de leche que él le iba sirviendo para apaciguarla. Verla comer era un deleite. Tenía un apetito excelente y una forma de sujetar los cubiertos que resultaba delicada y sensual. Además, incluso con la regañina que Lauren le había endilgado, se había sentido tan cómodo y relajado que le había costado Dios y ayuda levantarse de la mesa y marcharse a cumplir con sus obligaciones.

En ese momento del día, daba gracias por haber podido disfrutar de ese delicioso interludio por la mañana, porque después la jornada había tomado un rápido declive, incluido un acalorado enfrentamiento con el mismísimo Liverpool, primer ministro británico, en el comité de la cámara.

Marcus había sido contratado como asesor técnico en el grupo de trabajo que debía crear el borrador para el anteproyecto de ley ferroviaria de explotación privada. Le fascinaba el ferrocarril desde hacía mucho tiempo y estaba dispuesto a contribuir en la medida de lo posible a su expansión en Inglaterra, pero bajo ningún concepto podía aceptar que el precio fuese la vida humana.

Corría el año 1804, él acababa de cumplir los veintiún años, pues acababa de terminar sus estudios en Cambridge, cuando viajó con su padre a Merthyr Tydfil para interesarse por una fábrica de fundición.

August Chadwick era un chacal en materia de negocios, tenía olfato y visión de futuro, una especie de sexto sentido sobre qué líneas de inversión podían generar beneficios y cuáles no. Por aquel entonces, estaba convencido de que la intensa labor de industrialización en aquella zona del reino conllevaría grandes avances para el país. El entonces consejero del rey quería ser parte de aquel incipiente desarrollo y arrastraba tras de sí a un joven Marcus, quien ya sentía en sus venas el mismo espíritu emprendedor de su progenitor.

En aquella ocasión, fueron testigos de la puesta en marcha de una gran máquina de vapor construida por Richard Trevithick: la locomotora. Padre e hijo quedaron impresionados por el potencial de aquel método de transporte férreo que podía sustituir al tiro por caballos y convertir el actual sistema de carriles de Londres en una red que permitiría conectar grandes distancias y mover mercancías entre puntos lejanos del reino.

Desde aquel histórico día, habían pasado nueve años en los que August y Marcus Chadwick habían continuado observando y financiando algunos proyectos relacionados con el transporte.

Solo había un escollo que se interponía en los proyectos de los Chadwick:

Existían no pocos núcleos de trabajadores descontentos con el avance de la industria del vapor, que se habían revelado incendiando maquinaria en varias fábricas por todo el país. Hasta el momento Marcus no había tenido problemas con ninguno de los obreros que trabajaban en la línea de Middleton, pero llegado el caso no estaba dispuesto a que el parlamento aplicase las desproporcionadas leyes que se habían aprobado recientemente.

Marcus era un gran defensor del progreso de la industria y se afanaba por expandir los negocios de su familia, pero de ningún modo podía anteponer la vida de las personas a su beneficio económico. Por eso estaba empeñado en eliminar la orden de pena de muerte que pesaba sobre los ludistas –pues así se llamaba a este movimiento revolucionario– que tomasen parte en este tipo de actividades delictivas.

No quería que sus trabajadores prendiesen fuego a su adorada locomotora,

pero la condena de muerte por dichos actos no solo era desproporcionada, sino indecente.

Habían pensado que el discurso de lord Bayron en febrero había conseguido ablandar a la cámara de los Lores, pero la cuestión seguía en un punto muerto, como se había demostrado aquella mañana cuando Marcus había propuesto estudiar primero un cambio en este sentido antes de mandar el borrador de la Ley de Ferrocarril a la comisión parlamentaria.

Este punto sin retorno de las negociaciones tenía a Marcus y a August Chadwick de bastante mal humor, por lo que, al llegar aquella noche a Haverston Manor, Marcus se sentía cansado y ofuscado.

Tampoco había ayudado lo más mínimo que, al salir de Westminster, se hubiera topado con Alexia Badstone, colgada del brazo de su marido. La muchacha aún conservaba aquel fascinante cabello rubio casi blanco y una figura de escándalo, pero su rostro ya no lucía los rasgos aniñados y dulces que lo habían cautivado una vez. En el breve instante en que sus miradas se cruzaron le pareció... mayor. Había perdido su viveza y encanto; algo que se reflejaba no solo en una expresión huraña de su cara, sino en la postura hastiada de su cuerpo. Aunque intentó enderezarse y mirarlo con orgullo, Marcus tuvo tiempo de asimilar la amargura en sus ojos, pero ese conocimiento no logró apaciguar la rabia que sentía cada vez que se la topaba por Londres. No lo consolaba el hecho de que no hubiera alcanzado la felicidad que había intentado ganar a su costa; no lo satisfacía que los maquiavélicos planes de ella hubieran fracasado y que hubiera terminado casada con un hombre mucho mayor que solo la mostraba como a un trofeo. No, nada de eso compensaba el daño que le había hecho de forma deliberada. Ni siquiera el anhelo que veía en su mirada cada vez que se cruzaban, ni siquiera el hecho de saber que ella se arrepentía de sus actos podía resarcirlo del dolor. No solía encontrarlos a menudo, por lo que concluyó que aquel no era su día de suerte.

Una vez que estuvo en casa, escuchó voces y se dirigió con desgana hacia la biblioteca, donde se encontró con una preocupada Megan y un conciliador

marqués de Riversey.

Su hermana pequeña paseaba inquieta en dirección a la ventana mientras Gordon se apoyaba en el escritorio de su padre con los pies cruzados a la altura del tobillo y las manos sosteniendo su peso a los lados de su cuerpo sobre la mesa.

—Yo creo que exageras. Estás dando por supuestas muchas cosas —decía la voz calmada de Riversey.

—Hay que acudir a la policía montada. No podemos quedarnos de brazos cruzados y confiar en tener noticias durante días. ¿Sabes la de cosas que podrían ocurrirle? —preguntaba su hermana con la frustración marcada en la postura rígida de su espalda.

Aunque estuvo muy tentado de huir de aquel foco de nuevo conflicto, algo en su interior le dijo que la conversación lo afectaba de algún modo y que sabía quién era la persona de la que estaban hablando.

—¿Qué es lo que ha pasado? —preguntó desde la puerta.

Megan se giró de inmediato y lo fulminó con la mirada.

—¿Se puede saber dónde te has metido? Llevo todo el día preguntando por ti. —Megan parecía furiosa, y era muy evidente hacia quien iba dirigida toda esa belicosidad.

—Pensé que había avisado a nuestro mayordomo de que comería en un restaurante junto al Parlamento. Hoy hubo sesión, y estuve con el comité preparando el anteproyecto para que el grupo pudiera presentar el borrador inicial. Sin embargo, querida, estuve aquí ayer y tuve oportunidad de presenciar la elocuente y descarnada declaración de amor de mi amigo aquí presente. —Se adelantó hasta donde estaba su hermana y la rodeó con sus brazos, expresándole su honesta felicidad por su futuro enlace—. Enhorabuena, hermanita.

Liberándose del enternecedor abrazo que él pretendía darle, Megan lo empujó y le dio manotazos en brazos, manos y dedos, hasta que consiguió alejarlo.

—Dé-ja-te de monsergas —decía mientras lo golpeaba—. ¿Dónde dejaste

a Lauren cuando te la llevaste de Piccadilly? Dijiste que ibas a llevarla a Holbrook House.

La última vez que Megan había visto a su mejor amiga había sido justo después del intento de robo —en casa de Albert Growden— que Gordon y él habían frustrado. Debería haber previsto que su hermana no tardaría en buscar a la pequeña Malone para contarle acerca de su nuevo compromiso, pero, para ser sincero, había tenido tantas ocupaciones ese día, y el anterior, que no había tenido cabeza para considerar todas las repercusiones de los hechos acaecidos la noche del sábado. Ahora Megan estaba preocupada y enfadada con él, pues lo consideraba de algún modo responsable.

—Y así lo hice —contestó con cautela, sin estar muy convencido de cuánto podía su hermana haber averiguado de todo lo ocurrido.

—¡Pues allí no está! ¡Ha desaparecido! Ese malnacido de Holbrook estaba tan borracho esta tarde que no ha sabido contestar a nuestras preguntas. Y Hannah ha desaparecido también con ella. Hannah es su doncella de toda la vida, y la posibilidad de que estén juntas es lo único que me tranquiliza. Pero se ha llevado sus cosas, Marcus. Subí a su habitación y la registré.

Marcus miró hacia su amigo y este le confirmó con un asentimiento de cabeza.

—Me hizo rebuscar en los cajones —explicó el marqués de Riversey con expresión resignada y burlona.

—Tenemos que encontrarla, por favor. Convince a Lucas para que vayamos a Bow Street y denunciemos su desaparición. Marcus, ella no tiene ni un penique. No podrá llegar muy lejos...

Su rostro se contrajo en una mueca de desagrado al pensar en que tenía que disuadir a su hermana, y que no había otro modo de hacerlo que con la verdad.

—La señorita Malone está bien, cariño —señaló con voz calma, presintiendo que su hermana no iba a estar tan de acuerdo con su plan como lo había estado el conde de Haverston.

—Eso no lo sab... —Megan, de repente, pareció tomar conciencia del

conocimiento con el que había dicho aquellas palabras, porque le miró con los ojos entrecerrados—. ¿Qué es lo que sabes?

—Digamos que todo. Sé dónde está —añadió.

—¿Y piensas compartirlo, cuñado? —inquirió el marqués con un matiz de guasa bailando en su voz—. Porque estoy seguro de que tu hermana agradecería cualquier información ya que ha estado terriblemente preocupada todo el día, y odiaría tener que sacártela a puños.

Si lo hubiera tenido enfrente, lo hubiera fulminado con la mirada, pero como lo tenía a su espalda y, a la vez, estaba siendo víctima de la fulminante mirada de su hermana, decidió hacer caso omiso de la provocación.

—Si os sentáis, os lo explicaré. Es una historia un poco larga.

Se sentaron juntos en una *chaise longue* de madera de caoba forrado con una brillante seda verde botella. Nada más acomodarse, Lucas acarició la frente de Megan y después le tomó la mano, en un gesto que parecía tan cotidiano y familiar para ambos, que ni siquiera dejaron de prestarle atención mientras se hacían arrumacos.

—¿Sabías que Holbrook le había pegado a Lauren? —preguntó a su hermana.

—Sí —admitió, asintiendo con la cabeza; su expresión era contrita—. Fue por eso por lo que me enfurecí tanto que tomé la decisión de ir a por esos pagarés. No quería que también la dejase en evidencia delante de todo el mundo.

Para consuelo de Marcus, la muchacha parecía arrepentida del pequeño circo que habían protagonizado dos noches atrás.

—Cuando me di cuenta —explicó Marcus—, pensé que la señorita Malone no podía permanecer por más tiempo bajo el techo de ese miserable. Me enfrenté a él, y se mostró irrazonable. Se negó a que me la llevase de su casa, recordándome que no tenía ningún derecho a tomar decisiones sobre ella. De modo que decidí crear las circunstancias para poseer algunos derechos.

Marcus sabía por experiencia que era mejor, a la hora de dar noticias que

podían no ser muy bien recibidas, dejar que la gente fuera sacando conclusiones por sí misma.

—No entiendo —respondió Megan con expresión confusa.

Dejó pasar unos segundos mientras se quitaba los guantes, el sombrero y el abrigo y lo dejaba sobre el respaldo de uno de los sillones estilo reina Ana.

—La única forma de poder llevármela de allí con el beneplácito de su padre, y sin que me denunciase a la guardia montada, era obtener algún derecho sobre la muchacha, así que pedí su mano en matrimonio.

A Gordon le entró un ataque de tos, y su hermana pareció entrar en estado de *shock*. Al cabo de unos segundos, se dio cuenta de que ninguno de los dos encontraba palabras que añadir ni preguntas que hacer, así que continuó.

—Al principio, ni siquiera con esa oferta sobre la mesa el estúpido de Holbrook estaba dispuesto a ceder. Tuve que prometerle que me haría cargo también de los pagarés.

—Madre mía —exclamó Riversey con los ojos como platos. Y eso fue todo. No añadió nada más. Tampoco parecía querer hacerlo su hermana. Lo seguía mirando con cara perpleja. Un tanto extrañado por haber dejado a Megan sin palabras, continuó explicando la situación.

—Al final conseguí convencerlo, y se lo comunicamos a Lauren, quien por cierto no está muy de acuerdo con todo esto. Lo importante es que logré sacarla de aquella casa y ponerla a salvo —añadió con la sensación de estar pronunciando un monólogo.

—Le has ofrecido matrimonio —murmuró Megan.

—Así es —confirmó él.

—Madre mía —repitió Gordon con una mueca de diversión. Parecía que su amigo ya había conseguido superar la impresión inicial y ahora se regocijaba con la noticia.

—¿Y ella ha aceptado? —preguntó su hermana con extrañeza.

—De hecho... no.

—Me lo temía —murmuró Megan.

Fue evidente que la apenas conocía este hecho, pero que no le sorprendía en absoluto. Marcus no pudo dejar de preguntarse por qué su hermana asumía con tanta naturalidad el rechazo de Lauren cuando era una situación impredecible, que a él mismo le había causado mucha sorpresa. ¿Cómo era que había anticipado la negativa de su amiga?

—Necesita tiempo para asumirlo —añadió él, aún pensativo—, pero estoy convencido de que puedo conseguir que ella lo acepte. Mientras tanto, estará bajo mi protección, y no permitiré que ese patán de su padre le ponga la mano encima. Él no sabe dónde está, y no voy a permitir que se entere.

—¿Y dónde está, Marcus? —preguntó su hermana con la sospecha latiendo en sus ojos castaños.

—En mi casa de Charing Cross.

Megan se levantó de un brinco.

—¿Pero te has vuelto loco? En esa casa... Allí es donde llevas a las pelanduscas con las que andas. ¿En qué estabas pensando? —gritó furiosa.

—No pensarías que iba a traerla a Haverston, ¿verdad?

—¡Pues por supuesto que sí! —alegó ella.

—Aquí viene gente a todas horas, Megan. ¿Crees que no se preguntarían por qué se hospeda aquí la pequeña Malone? En dos días todo el mundo descubriría la situación de su padre.

—¡Menuda patraña! Aquí puede ocultarse tan bien como en cualquier otro sitio. Y se supone que tú has resuelto la situación de su padre. Siendo realistas, Marcus, tu actuación no tiene excusa. ¿Cómo has podido llevarla allí? ¿Es que no te das cuenta de que podrías arruinar su reputación?

—Cálmate, cariño —sugirió Riversey mientras se levantaba y rodeaba con un brazo los hombros de Megan—. Collington sabe lo que hace. Tú acabas de conocer estas circunstancias, pero él ha tenido dos días enteros para analizar las repercusiones. Déjalo que se explique.

Que Gordon estaba disfrutando con aquella situación era más que evidente. A su amigo no le preocupaba lo más mínimo la reputación de la

señorita Malone, al menos no en aquel momento. Estaba más centrado en disfrutar de la gran bronca que él estaba recibiendo. Observaba complacido la difícil situación en que se encontraba, recordando, muy de seguro, cómo él mismo le había puesto las cosas difíciles en la pedida de mano de Megan. Ahora le ofrecía la posibilidad de dar una explicación racional a sus actos, cuando el muy cretino sabía que no tenía ninguna que fuera sólida y consistente. ¿Cómo iba a justificarse ante su hermana cuando ni siquiera él mismo podía dar pábulo de su propio comportamiento ni de la falta de control que practicaba últimamente?

—Nadie sabe que está en mi apartamento —agregó—, así que no hay escandalo alguno que evitar. Su padre es un ermitaño en cuanto al *beau monde* se refiere, y a nadie le puede importar lo que despotrique en esos antros de perdición que frecuenta. Tu preocupación es innecesaria.

—¡Pero no puede estar en tu casa! ¡Es del todo inapropiado! Díselo, Lucas.

A Marcus le habría hecho gracia, en otras circunstancias, escuchar a su hermana usar el nombre de pila de Riversey, pues aquello demostraba la intimidad que habían llegado a alcanzar. Llevaban prometidos un día escaso y sin embargo ya parecían una pareja consolidada. Un tándem que en este momento lo consideraba el enemigo.

—Collington, realmente...

—A mamá le daría un patatús —prosiguió Megan sin dejar terminar a su prometido—. ¡No puede vivir en la casa de un soltero!

—Donde no puede vivir es en su casa —alegó Marcus—. Ese malnacido la golpeó. No voy a tolerar que nadie la maltrate.

—Y en eso te doy la razón —añadió ella, con menos ímpetu—. Incluso te alabo la decisión de pedirle matrimonio. Es evidente que Lauren necesita la protección de alguien con tu poder y tu bondad. Pero, hazme caso, hermano, las consecuencias de tenerla como huésped en tu casa de soltero no harán nada bueno por ella. La arruinarás.

—Yo voy a dormir aquí —le aclaró—. Su doncella la acompaña, como

bien sospechabas, y he contratado a la tía Carsiston como dama de compañía. Ella velará porque se mantengan los estándares del decoro y las reglas sociales. Además, esta mañana he desayunado con ellas y se llevan la mar de bien. Te aseguro que tu adorada amiga está siendo muy bien tratada. Tía Agatha es encantadora con ella y la ha acogido bajo su ala como a un polluelo. ¡Si incluso le dio un abrazo!

—Pero en cuanto la vean entrar o salir de tu apartamento dará lo mismo. ¡No seas obtuso! —insistió la pequeña de los Chadwick.

—Es que no va a salir del apartamento hasta que acepte que la única solución posible es la que yo le propongo —aclaró él.

—Ella no va a aceptar eso, amigo —terció Gordon.

—Tendrá que hacerlo. No puede dejarse ver por la ciudad, como señala Megan. Hasta que anunciemos de un modo formal nuestro compromiso, tendrá que permanecer encerrada —concluyó con menos decisión de la que aparentaba; consciente de la inminente explosión de su hermana.

—¿La has secuestrado? Madre del amor hermoso. —Megan parecía más sorprendida que furiosa, en realidad—. Esto es dantesco. ¿Qué demonios pasa contigo?

Su hermana se lo quedó mirando con el ceño fruncido como quien está meditando una gran decisión.

—¿Por qué me miras así? —inquirió.

—Me preguntaba si las raíces de esa mata de pelo que tienes te están dejando seco el cerebro, porque no se me ocurre otra explicación para que hayas recurrido al raptó y la coacción. Me parece que has perdido los más básicos principios morales. Todo esto es abominable. En cualquier caso, creo comprender que has perdido por completo la razón y por tanto es una tarea inútil razonar contigo. Lucas, por favor, llévame a ver a Lauren.

Mientras hablaba, su hermana había empezado a moverse. Tomó el brazo de Riversey y empezó a tirar de él.

—No vas a ir a verla —le informó.

—Intenta impedírmelo —contraatacó ella.

—Mis criados tiene orden de no dejarte entrar.

Megan Chadwick, que era tan vulnerable como cualquiera de ellos al temperamento de la familia, se volvió iracunda hacia su prometido.

—¿Tú lo estas oyendo? —Eso iba para Riversey.

—Estoy tan sorprendido como tú, mi amor —repuso el marqués. En el rostro de su amigo había un grado de satisfacción que no le gustaba nada—. Supuse que algún día este borrego que tienes por hermano se percataría de la gran mujer que es Lauren Malone, pero no imaginé semejante despliegue de posesividad como para que la secuestre y no te deje verla. Estoy ojiplático, querida.

—Vosotros dos haríais fortuna en Drury Lane —añadió Marcus, un tanto indignado por la deslealtad de su amigo. Podría ponerse de su lado. Estaba seguro de que, en su situación, Riversey hubiera actuado igual que él—. La cosa es muy sencilla: Megan, eres imprevisible y peligrosa. Mira los líos en los que has metido a Lauren con tus descabellados planes. Te quiero lejos de mi prometida.

—Ella te ha dicho que no, ¡¡¡zopenco!!! No es tu prometida. ¡Es tu cautiva! —Megan se revolvía, hecha una furia. De repente, se detuvo y se llevó una mano a la sien como intentando pensar con claridad—. Esto no tiene sentido. Todos nos hemos vuelto locos. Voy a decírselo a mamá en este mismo instante.

—En primer lugar, si tomas esa decisión, tendré que decirle a madre donde pasaste la noche del sábado... —Hizo una pausa dramática destinada a que ambos comprendieran que estaba dispuesto a gritar a los cuatro vientos su indiscreción—. Y en segundo lugar, eso solo aceleraría mis planes. Prefiero ser yo quien disuada a Lauren para que se case conmigo, pero haz lo que hazas conseguiré mi propósito.

—¡Eres un troglodita! No puedes obligar a una mujer a que se case contigo si ella no quiere. —La ira de su hermana iba y venía, pero a cada paso furioso que daba en una u otra dirección mientras despotricaba, se veía a

Riversey apartándose para dejarle paso con una sonrisa de satisfacción.

—Ella me necesita, y tú sabes que soy su única opción para evitar el escándalo —alegó él.

—Pero podrías hacerte cargo de esos pagarés y dejarla a ella elegir lo demás —sugirió Megan mientras lo fulminaba de nuevo con sus dulces ojos castaños.

—De ningún modo. No la dejaré desprotegida. Antes o después, ella misma se dará cuenta de que llevo razón. Entonces, podremos buscar otro acuerdo mientras tiene lugar la boda —afirmó él.

—Hermano, te lo suplico. —El tono de Megan era ahora compungido—. No la coacciones. No te conviertas en su enemigo. Ella es delicada, frágil, sensible...

—¡Ja! ¡Es una pequeña bruja gruñona! —replicó—. Creo que nos ha tenido engañados durante todos estos años. Es terca, malhumorada, desobediente...

—¿Y puedes culparla? —alegó ella, consternada—. Ha pasado por muchas calamidades en estos meses. Su vida se ha convertido en un caos. Y en las últimas cuarenta y ocho horas ha tocado fondo varias veces.

—Lo que me propongo es ofrecerle una nueva vida, hermana. Una vida respetable, llena de todos los lujos y el afecto que ella se merece —contestó Marcus un poco dolido con la actitud de Megan, que lo trataba como si él fuera el origen de los males de Lauren, cuando intentaba ser la solución—. Francamente, no entiendo por qué no puedes apoyarme. Pero te lo repito: hagas lo que hagas y te pongas como te pongas, no voy a dejar que te entrometas.

No sabía en qué momento el resentimiento había tomado el control de la conversación, pero comprobar cómo su propia hermana lo tachaba de inflexible y absurdo lo había puesto de muy mal humor. ¿Por qué les costaba tanto a aquellas dos mocosas entender que solo quería proteger a Lauren? ¿Por qué no podía aceptar que se hiciera cargo de la situación? ¿Tan terrible era que quisiera casarse con ella y darle una vida respetable? Malditas

mujeres. No pensaba seguir escuchando más reproches. Y no iba a seguir aguantando tampoco la cara de superioridad de Riversey. ¡Que se fuesen todos al demonio! Se equivocaban, e iba a demostrárselos.

Mientras Marcus Chadwick, iracundo, abandonaba la biblioteca de camino a su habitación, su futuro cuñado se quedaba consolando a una afectada Megan, que se debatía entre la lealtad a su hermano y a su mejor amiga.

—No te preocupes, mi amor. Todo se solucionará —dijo Lucas mientras acariciaba los cabellos castaños dorados de su prometida.

—Es que no lo reconozco. Marcus nunca había sido tan terco, ni tan déspota. No me quiero imaginar cómo debe estar sufriendo Lauren —musitó ella con la cabeza alojada en el hueco de su cuello.

Su cálido aliento le erizaba los vellos de la nuca y le hacía encoger el corazón. Incluso cuando estaba apenada, el contacto del cuerpo de Megan era tan reconfortante como un elixir de vida.

—Por lo que él dice, está más bien hecha una pequeña furia. Como tú acabas de ponerte. Por cierto, mi amor, te ves formidable cuando te enfadas. No he visto nada más cautivador en mi vida, ni más excitante, que a ti cuando te entra la mala leche.

Megan abandonó el cálido nido de su cuello para mirarlo a los ojos.

—Eres imposible. —Le acusó antes de darle un fugaz beso en la mejilla y apartarse—. Y en cuanto a Lauren, puede que se haya refugiado en la ira, pero debe dolerle la frialdad con que Marcus parece estar considerando la situación. Ella... lo adora. —Esa fue una confesión que a su preciosa prometida le había costado hacer—. Que se case con ella solo porque la nobleza obliga... eso debe estarla destrozando.

—Hay un detalle en el que no has pensado, mi dulce maquinadora. Él parece desesperado por casarse. Podría ayudar a Lauren de mil maneras, yo mismo estaba dispuesto a costear los vicios de Holbrook, pero no se conforma con eso. La quiere a ella. Ha dicho, y cito literalmente: «No voy a

tolerar que la maltraten» y... ¿cómo fue? Ah, sí: «Te quiero lejos de mi prometida». Eso, he de confesar, fue muy ilustrativo.

Megan pareció considerarlo por un momento. Se llevó los delicados dedos a la barbilla y desvió la vista al suelo en actitud pensativa.

—¿Sugieres que Marcus está enamorado de Lauren?

—Ay, mujer. A los hombres no nos hace sentir cómodos hablar del amor de otros hombres —explicó—. Yo solo digo que nunca lo había visto ser tan posesivo con ninguna fémina. Y que, de buenas a primeras, el chico conciliador y moderado se ha esfumado de la Tierra. Solo una mujer puede conseguir que ese muro de granito haga el ridículo como lo está haciendo.

A ella pareció gustarle esta nueva perspectiva, porque se acercó con paso sugerente hacia él y le echó los brazos al cuello.

—Es cierto que algunos hombres os ponéis muy trogloditas cuando os roban el corazón —dijo con aquella voz sensual que lo cautivaba tanto.

—Yo no me he puesto troglodita, querida.

Megan comenzó a prodigarle pequeños besos por el mentón, la barbilla y las mejillas mientras le recordaba:

—Ahuyentabas a mis pretendientes y los golpeabas, me encerrabas en cualquier carruaje o habitación y te propasabas conmigo... Eso no suena muy moderado, su excelencia.

A Lucas le empezó a arder la sangre por las sensuales caricias de la muchacha y el tono ronco de su voz.

—Yo siempre he sido un poco salvaje...

Cogió la cara de ella entre sus manos y fundió la boca con la suya. La exploró con su lengua y se deleitó en el sabor siempre dulce e intenso de aquella mujer que lo volvía loco con su solo contacto. A vainilla y a verano... «Santo Dios, la adoro».

Oyó una puerta cerrarse cerca y se separó al instante. Se asomó al recibidor con una mirada cómplice a Megan y comprobó que no había nadie en las inmediaciones. Cerró con sigilo, y cuando se volvió hacia ella le

dedicó una sonrisa lobuna que la hizo sonrojarse.

—Antes de que intentes propasarte de nuevo y me nubles la mente —expuso ella—, he de decirte que, si bien estoy bastante de acuerdo con tu opinión sobre el estado... posesivo de mi hermano, no me quedo tranquila. Me gustaría hablar con Lauren. Debe sentirse sola.

—Lo harás. Nos colaremos en su casa. Hace mucho que no tenemos una aventura. —A Lucas se le había ocurrido esa posibilidad en el mismo momento en que Marcus les *había prohibido* la entrada en su casa. Nadie le decía al marqués de Riversey lo que podía y lo que no podía hacer, ni siquiera su mejor amigo.

Megan se acercó hacia él con una sonrisa tan provocadora como la que él tenía. Desabrochó el cuello de su camisa y hundió la boca en aquel lugar tan sensible.

—Ah, gatita, me encanta cómo te excitas ante la más mínima aventura. A este paso mi heredero nacerá sietemesino —concluyó mientras era receptor del tacto de sus labios y de las tentadoras caricias de sus dedos.

No llegaron a tanto, pues la cena estaba a punto de servirse y Lucas ya había abusado suficiente por aquel día de la hospitalidad de sus futuros suegros, pero en ese breve instante de pasión, Megan le recordó a su prometido cuales eran los motivos por los que ella le había hecho perder la cabeza y el corazón.

Capítulo once

La paciencia tiene más poder que la fuerza, se dijo Marcus Chadwick al día siguiente mientras se dirigía a caballo hacia Charing Cross, evocando las palabras de Plutarco.

El pintoresco barrio se encontraba en pleno centro de Londres, a orillas del río Támesis, justo donde el caudal de la línea fluvial describía un ángulo de noventa grados en su recorrido. Había sido en otro tiempo apenas un pequeño núcleo poblacional, con cuatro casas diseminadas en el camino que recorría la City hasta Westminster, pero adquirió cierta importancia varios siglos atrás cuando había sido elegido por Eduardo I como la última parada del cortejo fúnebre de su difunta esposa, Leonor de Castilla.

La fama que alcanzó gracias a eso había convertido al barrio con el paso de los años en un núcleo de creciente expansión, hasta convertirse en el lugar que se entendía como el centro de Londres, el punto desde el que se calculaban los límites geográficos, las distancias hasta la ciudad y el ámbito de aplicación de las leyes.

Su humor era excelente cuando dejó su montura en el establo de Bronson's Brothers, donde también solía guardar su carruaje particular. Había concluido que sus acciones de los dos últimos días estaban fuera de toda medida y disciplina. La paciencia es el arma de los inteligentes, y él era un hombre que siempre había aplicado el diálogo y la persuasión como estrategia. Había tenido un lapsus momentáneo, se consoló. Enfrentar una serie de acontecimientos inesperados como los de la noche del sábado había trastocado su habitual prudencia, pero de nuevo volvía a ser el hombre coherente y calibrado con el que estaba acostumbrado a tratar.

Presionar a la pequeña Malone había sido un error. Si quería convencerla de que lo más lógico y civilizado era un matrimonio cordial y conveniente entre ellos, tenía que comportarse de acuerdo a esos conceptos. Lo más

juicioso, había decidido, era un cortejo formal.

Aunque en el momento en que discutió con su hermana se sintió herido por la falta de confianza, la pasada noche había tenido tiempo de sopesar los reproches de Megan, y, tras analizar todas las dimensiones de su disputa, tuvo que reconocer que la muchacha tenía razón. Había actuado movido por emociones nada racionales, pero ahora que había tenido tiempo para calmarse, veía muy clara su línea de actuación. Cortejo formal.

No era ningún experto, pero cuando un hombre se propone conquistar a una dama, debe cumplir con ciertos preceptos como enviar voluminosos ramos de flores, visitarla a horas decentes, invitarla a paseos inocentes por el parque, y en general, dejarse ver todo lo posible en su compañía. Sin embargo, Marcus no podía permitir que Lauren se pasease por Londres agarrada de su brazo, pues nadie podía verla entrar y salir de su apartamento si quería que ella pudiera mantener su intachable reputación. Pero si podía visitarla y eso era justo lo que iba a hacer. Sería galante, tendría paciencia y mantendría las manos alejadas de las faldas de la muchacha.

Pero cuán difícil se predecía su gesta. El día anterior, durante su jornada en el Parlamento, no había podido sacar de su mente aquellos ojos verdes, la adorable carita de alabastro o la fulgurante melena pelirroja. Le había costado horrores concentrarse en la documentación que estaban elaborando, a pesar de que aquel proyecto se había convertido en el centro de su vida. En lugar de concluir el borrador, como tenía previsto, había divagado con sus compañeros del comité mientras sus pensamientos viraban una y otra vez hacia algún aspecto relacionado con la muchacha, ya fuera su rostro iracundo cuando lo rechazó por segunda vez, ya fueran sus ojos encendidos por la pasión cuando se dejaron llevar en la habitación de ella, la noche que la secuestró.

Porque la había secuestrado. A ella no se lo reconocería en la vida, y antes se dejaría arrancar una uña del pie que ponerlo en esos términos ante su guerrera hermanita, pero, para ser justos, Lauren tenía pocas opciones de salir de su apartamento pues había dado orden a todos los criados de establecer

una estrecha vigilancia sobre su invitada. También había avisado en los establos de Bronson's, por si ella solicitaba una montura, y había tenido el acierto, en su opinión, de sugerir al mayordomo de su padre que, si la señorita Malone aparecía por allí, le hiciese avisar.

¿Qué otra cosa podía hacer? Ella lo había amenazado con escapar a la primera oportunidad y a Marcus no le cabía la menor duda de que era lo bastante intrépida para intentarlo, aunque con ello se pusiese en peligro. Se le helaba la sangre cuando imaginaba a la muchacha caminando por los polvorientos caminos de Inglaterra mientras buscaba esa dichosa casa de la salvación para señoritas arruinadas.

Ella, probablemente, creía que solo tenía que coger el coche de postas y dirigirse a cualquier ciudad donde estuviese aquel lugar del demonio, pero a Marcus no dejaban de pasarle por la cabeza ciento y una dificultades que podrían arrojar a la señorita Malone a peligros inciertos. Viajar sola, sin la compañía de un hombre, por Inglaterra era una locura. Mucho más teniendo en cuenta que la muchacha no tenía un chelín.

Tal vez debería haberle proporcionado un modo de acceder a algún dinero. Si se daba el peor de los casos, y la muy bribonzuela llegaba a escapar, al menos tendría fondos para pagarse medios de transporte cómodos e incluso pagar los servicios de alguien que garantizase su seguridad.

Al llegar a la puerta de su residencia, a Marcus le sobrevino una fuerte punzada en la boca del estómago, y se detuvo con la mano en alto cuando iba a golpear la gran aldaba de la puerta. Tomó aire con asombro y negó categóricamente que aquella sensación fuesen nervios. No era ningún crío para sentirse aprensivo por ver a una mujer, aunque tenía que reconocer que estaba un poco expectante y curioso respecto a la actitud que tendría la muchacha esa mañana. Creía haber apaciguado su mal genio el día anterior y consideraba que se habían despedido en buenos términos.

Truller le abrió la puerta, a pesar de que no había tenido todavía el tino de tocar la aldaba. Lo miró con expresión interrogante durante un efímero instante y enseguida esbozó su seca sonrisa de mayordomo e hizo un ademán

elegante de reverencia.

—Buenos días, milord. ¿Es su deseo acceder al interior?

—Muy observador, Truller —le contestó, sin estar muy seguro de si acababa de ser víctima de un sarcasmo.

Con paso decidido, entró, se quitó los guantes y el sombrero y los dejó sobre el aparador que había junto a la puerta, donde se percató de que el reloj marcaba una hora inadecuada.

—Truller, dale cuerda a este reloj.

—Sí, milord.

—Imagino que todo ha estado en orden por aquí —observó cauteloso sin atreverse a preguntar aún por su invitada y repasando con el dedo la esfera de cristal de aquella pieza de relojería que le había costado una pequeña fortuna.

—Sin duda, su señoría —contestó sucinto el mayordomo. Vaya, podía ser más explícito.

—Y la señorita Malone, ¿se encuentra bien? —preguntó, como al descuido.

—Perfectamente, según yo puedo entender. La señorita no ha hecho ningún amago de escapar, milord. —Truller no había estado muy de acuerdo en tener que actuar como un espía al principio, pero ahora había un deje burlón en su mirada. Podía ser discreto, pero no era ilegible—. Ha pasado bastantes horas en la biblioteca y no ha solicitado salir a la calle en ningún momento. Lo único es que... se empeña en no molestar a nadie y ha pedido comer en la cocina con los criados.

—¿En la cocina?

—Sí, milord. Allí se encuentra ahora almorzando. La señora Carsiston insiste en comer en su habitación y la señorita considera que es poco práctico servir en el salón para un solo comensal. También me preguntó si podía ayudar con alguna tarea, pero me negué por completo a tal cosa, su señoría.

—Entiendo —contesto Marcus, aunque no entendía ni por asomo lo que pretendía la muchacha—. ¿Dices que está en la cocina?

—Almorzando, su señoría —corroboró el mayordomo.

Marcus despidió a Truller con un gesto de su mano y avanzó hacia los dominios de la señora Grunter, la cocinera. Lauren estaba sentada sola a la mesa. Tenía el pelo recogido con una cofia de color crema que podría haberle dado un aspecto recatado si no fuera por los rebeldes bucles del color del fuego que escapaban de sus confines. Su rostro estaba iluminado a medias por los rayos del mediodía que caían oblicuos desde las ventanas. Parecía una pequeña pastora tímida y soñadora allí sentada, con un sencillo vestido de color gris perla y una expresión confusa en la mirada. Masticaba muy despacio su comida luciendo unos exquisitos modales a pesar de hallarse casi a solas, y Marcus se descubrió mirándola atontado como un fanático del arte mira un nuevo retrato de Thomas Lawrence.

Un golpe seco de metal interrumpió su concentrada contemplación. Miró hacia los fogones, donde la señora Grunter había dejado caer un cucharón y miraba con los ojos como platos en dirección a Lauren.

—¡Madre mía del amor hermoso! —exclamó la cocinera mientras corría a la mesa y retiraba el plato ante la atenta mirada de una sorprendida Lauren—. Señorita, ¿cómo puede comerse esto? Está horrible. Ese granuja del carnicero me ha vendido carne pasada. ¡Pero si es incomedible! Por el amor de Dios, se va a enfermar.

—No es para tanto, de verdad. —Lauren estaba roja como la remolacha y bajó los ojos a la mesa en una mezcla de alivio y vergüenza—. Estaba distraída y no me pareció que estuviese tan malo.

—¿Me está diciendo que no ha notado nada raro? —Era evidente que la cocinera no se creía ni media palabra de su excusa, porque entrecerraba los ojos y levantaba las cejas como si estuviera viendo un ratón leyendo un libro.

—Bueno... sí. Quizá un poco... fuerte —alegó ella.

—¡Podría haberla envenenado! ¡Cuanto lo siento, señorita! Perdóneme, se lo ruego. Siempre pruebo las cosas, pero hoy Sally dejó caer una balda de la alacena, y hemos estado colocando todo de nuevo...

—No, por favor, no se disculpe, señora Grunter. No es culpa suya. Debí

decir algo. —Lauren parecía muy agobiada por la alharaca que estaba montando la cocinera.

—Quizá deberíamos llamar al doctor. Creo que se está poniendo pálida — anuncio la mujer mayor con el semblante marcado por la preocupación—. Ay, madre de Dios.

—No, no, no. Me encuentro bien, ¡de verdad!

Marcus decidió compadecerse de ella e interrumpir aquella embarazosa situación. Lauren se estaba poniendo blanca como la pared, era cierto, pero estaba casi seguro de que se debía a la excesiva preocupación de la señora Grunter.

—Buenos días. ¿Interrumpo?

Ambas se pararon en seco y voltearon sus cabezas a la vez. Lauren se puso aún más pálida. La robusta cocinera se tornó del rojo de la grana.

—Oh, milord. ¡Qué contrariedad! La señorita ha ingerido carne en mal estado. Todo ha sido culpa mía. Creo que debemos llamar al médico.

Lauren lo miró con un atisbo de pánico y negó con la cabeza.

—Estoy bien —repitió en voz tan baja que le costó escucharla.

—No creo que nuestra invitada vaya a descomponerse por un par de bocados, señora Grunter. —Por la lentitud con que la había visto masticar, estaba más que convencido de que Lauren apenas había ingerido una pequeña porción de carne—. Aunque estoy seguro de que le hará bien tomar un poco el aire. ¿Quiere acompañarme al jardín, señorita Malone? Daremos un breve paseo y si su estado no mejora, yo mismo llamaré al doctor.

Lauren tomó el brazo que le ofrecía como un náufrago lo haría con su tabla de salvación. Se la veía ansiosa por abandonar la cocina y así lo hicieron mientras la cocinera se deshacía en disculpas. Nada más llegar ante el ventanal que daba al exterior, Lauren emitió un suspiro de alivio.

—Menudo trago, ¿eh? —preguntó en tono jocosos.

—No te burles, por favor. No sabía dónde meterme —respondió la muchacha con las mejillas ruborizadas.

—¿Por qué no le dijiste que la comida estaba podrida?

—¡No lo sé! Apenas nos conocemos y, sin embargo, me trata con tanto afecto que me cuesta mucho darle molestias. No quería que se sintiese avergonzada y pensé que podría comer unos cuantos trocitos y aducir que no tenía mucha hambre hoy —contestó ella con aire fastidiado.

—¿Y no crees que se hubiera dado cuenta después cuando comiese el resto del servicio? —inquirió, cada vez más convencido de que la pequeña Malone habría sido capaz de perecer por intoxicación antes que ser grosera con la señora Grunter.

—Francamente, no. No en todas las casas se les permite comer la comida que sobra. Y, en verdad, yo solo podía concentrarme en tragar y mantener una expresión impasible. No pensaba en el futuro inmediato. Me temo que llegué a temer que no tuviese ningún futuro, de hecho —reconoció ella desviando la vista hacia el jardín.

Marcus rompió a reír a carcajadas y se dejó caer sobre los escalones de granito de la entrada. Lauren se sentó a su lado con el ceño fruncido, pero en seguida empezó a escapársele la risa.

Ella tenía una voz melódica y ronca, llena de todos los matices femeninos posibles. Se deleitó con su risa y dejó que la joven desahogase el mal trago que acababa de pasar, mientras compartían aquel momento que parecía tan íntimo. Habían reído juntos numerosas veces. De hecho, Marcus se dio cuenta de que ella siempre había hecho gala de un buen sentido del humor cuando se habían encontrado en los bailes de sociedad o cuando los visitaba en casa. Sonreía con mucha frecuencia y siempre mostraba un carácter dulce y apacible. Ese era uno de los motivos por los que, llegado el momento crítico de tomar una decisión sobre su futuro, Marcus había sido capaz de hacer a un lado sus reservas sobre la moralidad femenina y había tomado la decisión de convertirla en su esposa.

La gente educada, alegre, humilde y leal suele ser digna de confianza. Y Lauren Malone era todas esas cosas. No era probable que se dejase guiar por la avaricia o la vanidad, como lo demostraba el hecho de que no se veía capaz

de decepcionar ni siquiera a una sencilla cocinera. Era una mujer que se preocupaba por los sentimientos de los demás y que no evidenciaba signos de tener intereses ocultos o dobles intenciones. Sí, se dijo, no tenía por qué temer que ella lo traicionase como lo había hecho Alexia Badstone, porque no podían ser más opuestas.

Con todo y con eso, tampoco había que potenciar su exceso de modestia. No era una simple doncella o una mujer de procedencia desconocida como para andar a tientas con el servicio; era la futura vizcondesa de Collington y, en virtud de su futura posición, Marcus se dijo que tenía que reprender aquella incapacidad para imponerse a los criados.

—Lauren, ahora eres algo así como la señora de la casa. No puedes andar con miedo de molestar al servicio, ni pretender convertirte en una de ellos — aseveró.

—No soy la señora...

—Me gustaría que te sintieses a gusto en este lugar —interrumpió antes de que comenzase a negarlo todo—. Y si mis empleados no son capaces de hacerte sentir cómoda, debes decírmelo y tomaré las medidas adecuadas.

—¡Oh, no! —protestó ella enseguida—. Son todos fantásticos, como ya te he dicho. Me tratan con una deferencia exquisita y siempre se preocupan por cuáles son mis gustos y mis preferencias. De verdad, no quiero que nadie tenga problemas por mi culpa. No sería nada justo, teniendo en cuenta que se desviven por complacerme.

—Ese fue mi dictado. No esperaba menos de Truller y de la señora Hersse. Pero tienes que entender que ellos están aquí para servirte y para hacer tu existencia más placentera. Imagino que en los últimos meses no teníais muchos criados en Holbrook House, pero no tienes que comportarte como si fueras una más de ellos. Nada de comer en la cocina o de prepararte tú misma el té. ¿Entendido? —Aunque no parecía muy convencida de sus órdenes, la joven asintió con una mueca infantil de fastidio.

—Así lo haré, milord.

—Maaarcus. Por favor, ten piedad de mí. Cada vez que me dices milord se

me cae un cabello de la cabeza, no querrás que me quede calvo. —Fue la cosa más extraña que, de repente, sintiese una ansiedad instantánea por escuchar su nombre pronunciado por aquella boca exuberante. Y no ayudó en absoluto que ella la torciese en una mueca pensativa que hizo a sus labios verse todavía más deseables, más húmedos y brillantes.

«Concéntrate. Cortejo formal. Cortejo formal».

—He de decir que desconocía que tuvieras esta faceta bromista —dijo ella con la vista fija en la suya. Juraría que allí ardía algo más que diversión, pero no podía estar seguro.

Marcus se movió sobre el escalón donde estaban sentados y acertó los pocos centímetros que los separaban. Se inclinó y le dio un toquecito de camaradería con su hombro.

—Ya sabes, todo para ver tu preciosa sonrisa. Además, sí que me has visto bromear y exagerar otras veces. Lo hago a menudo con mi hermana. Es una costumbre muy arraigada en mi persona.

Aunque lo intentó con todas sus fuerzas —porque era evidente que lo intentaba—, Lauren no pudo evitar que una de esas radiantes sonrisas asomase por encima de su intento de escepticismo.

—Nunca la habías practicado conmigo —dijo con voz trémula.

A Marcus aquel hilillo de voz le hizo tensar el estómago. No pudo evitar acercarse hasta rozar con su nariz la mejilla que aún permanecía sonrosada. Su aroma era cautivador: rosas y jabón.

—Un error que no volveré a cometer —murmuró contra su piel.

Lauren contuvo la respiración, y Marcus tuvo que contener sus instintos más primitivos para no echarle las manos a la cintura, pegar aquel cuerpo voluptuoso al suyo y devorar cada centímetro de esa piel nívea y deliciosa. Cortejo formal, recordó. En menos de dos segundos, la muchacha, prudente como era, saltó de su lado y dejó correr el aire entre sus cuerpos.

—¿Todo sigue bien con la señora Carsiston? —preguntó de inmediato para cambiar de tema y no permitirle a ella calibrar la debilidad que acababa de cometer.

—Es una señora muy peculiar, sin duda. —Pronunció las palabras con una lentitud turbada que le pareció encantadora. Ella se veía igual de afectada que él por la cercanía. Al menos, le quedaba ese consuelo—. Tiene un curioso concepto sobre las normas sociales. Yo creía que iba a reprocharme mi permanencia en esta casa, pero puesto que tú le hablaste de *circunstancias especiales*, creo que me considera algo así como una mártir. ¿Has notado que tiene tendencia a perder el hilo de lo que dice y a quedarse dormida? Es de lo más extraño.

Marcus extendió una sonrisa afectuosa al recordar las numerosas veces que aquella afable señora se había quedado dormida en los lugares más peregrinos.

—Lo he notado. Ella asegura que está meditando, pero yo creo que se duerme como un tronco.

—No quería comentarlo antes porque me parecía poco educado, pero el día que llegó, cuando te fuiste después de presentármela, subí a mi habitación para bajarle un chal porque me dijo que tenía algo de frío y todavía no había podido desembalar sus pertenencias. Cuando volví al salón, estaba recostada contra la pared de la chimenea, y puedo jurar que estaba completamente dormida. ¡Sin una silla!

—Pues yo la he visto dar una cabezada apoyada sobre su bastón —añadió él.

—No puede ser —dijo Lauren, quien ya comenzaba a relajarse y a recuperar el buen humor.

—Yo jamás te mentaría. De hecho, creo que ni siquiera necesita el bastón para caminar. Estoy convencido de que lo compró para tener siempre un punto de apoyo cuando la asalta el sueño.

A ella pareció hacerle mucha gracia, y Marcus continuó inventando exageraciones para sonsacarle más carcajadas. Superado el momento de intimidad, Lauren volvió a comportarse con naturalidad. Era muy agradable disfrutar de esos momentos con ella. Sorprendentemente agradable. Su risa era como una cascada de agua fresca que lo salpicaba y reconfortaba. Su

cuerpo sensual se mecía con la risa, y sus adorables pechos vibraban por el efecto de aquellas carcajadas.

Nunca había creído que una risa pudiese ser tan sensual, tan provocativa y tierna. Removía algo en su interior que llegó a asustarlo. Un hombre podría convertir aquella dulce alegría en el objetivo de su vida. Él podría matar dragones para conseguir ver esa expresión tan adorable en su rostro.

Por un breve espacio de tiempo, Marcus no pensó. Una de sus manos se movió por inercia hacia la nuca de la muchacha y la atrajo hasta su boca, mientras acortaba la distancia entre sus cuerpos. Cuando pudo acariciar los labios sonrosados con los suyos, Marcus se dijo que se le estaba dando muy mal lo de comportarse de forma fría y racional, pero mandó al demonio el cortejo formal y alargó el otro brazo hacia la cintura de Lauren para pegarla más a él. Ella no luchó. Al principio, se quedó tan estupefacta que no acertó siquiera a responder a su beso, pero pasados los primeros instantes de sorpresa, la pequeña pelirroja se ablandó en su abrazo y comenzó a responder a la incursión de su boca. Le acarició la lengua con la suya y echó las manos a su cabeza.

La destreza de Lauren Malone para besar debía ser algo innato a su persona, pues le constaba que no había tenido experiencias previas, y, sin embargo, tenía un efecto devastador en el receptor de la ternura de sus labios. Conseguía que a un hombre se le nublase la mente y se le apretase un nudo en el pecho.

Marcus acarició la espalda femenina y fue subiendo hasta que pudo desprender la cofia que le envolvía el cabello, mientras su otra mano se mantenía sobre la suave nuca de ella para no dejarla escapar. Cuando el cabello estuvo libre, masajeó con delicadeza el cráneo repleto de bucles rojizos que se deshacían a medida que sus dedos exploraban la piel oculta bajo ellos. Lauren comenzó a gemir de placer, y Marcus se vio inundado por una nueva necesidad. Sujetó la cabeza femenina con ambas manos y la exploró a conciencia con su boca a medida que la iba empujando contra los escalones, casi tumbándola sobre el amplio granito. Llevó uno de sus brazos

bajo la cabeza de Lauren para apoyarse y hacerle más cómodo el hecho de estar recostada sobre la dura piedra, aunque a ella poco parecía importarle. Sintió cómo lo envolvía con sus brazos y acariciaba su espalda, al tiempo que una de sus piernas escapaba bajo las suyas y le rodeaba la cadera.

El instinto de mecerse contra ella fue eso, un instinto; incapaz de ser negado o premeditado. Debía haber recordado que estaba con una mujer sin experiencia, y que él andaba más rígido que de costumbre, pues en cuanto la pequeña Malone fue consciente de a qué respondía la protuberancia que impulsó contra la unión de sus piernas, se separó de forma brusca y contuvo el aire en sus pulmones.

Aquella carita de conmoción no tenía precio, se dijo. Despertaba en él emociones muy contradictorias: culpabilidad y lujuria, protección y dominación, ternura y desenfreno... Al final, optó por la cautela y se separó lo suficiente para dejarla salir de debajo de su cuerpo.

—Dios mío, Dios mío, Dios mío... —Lauren refuló sobre el escalón con intención de salir corriendo, por lo que podía deducirse de aquella letanía al altísimo, pero Marcus no la dejó alejarse más que unas pulgadas.

—Cariño, tranquila, tranquila. Lo siento, ¿vale? —Le sujetó ambos brazos y la obligó a enfrenar su mirada—. Lo siento. Por favor, Lauren, mírame.

Ella lo hizo, y él pudo adivinar que se sentía más avergonzada que atacada. Era bastante lógico pensar que una mujer que ha sido educada bajo las estrictas normas sociales se sentiría culpable por permitir los avances de un hombre, y que ni siquiera se pararía a pensar que ha sido víctima de una seducción. Debería estar enfadada con él por el atrevimiento que acababa de tener, pero en lugar de eso se fustigaba a sí misma por haberlo consentido. ¡Mujeres! Tan intrépidas para unas cosas y tan vulnerables para otras. Aunque Marcus no podía más que adorar el hecho de que Lauren lo fuese; ambas cosas, qué demonios. Era esa mezcla de valor e ingenuidad lo que lo hacía perder el sentido del honor, como acababa de demostrarse.

«Cortejo formal. Maldita sea. Compórtate».

—Perdóname, Lauren. No quería propasarme de nuevo contigo. Te juro

que no soy consciente de que lo hago hasta que lo estoy haciendo. Eres irresistible para mí.

Bueno, pues que lo mirase con esa cara de incredulidad tampoco es que le gustara mucho. Marcus se prometió en aquel mismo instante que, cuando lograra casarse con ella, si es que Dios consentía permitir el milagro, le mostraría la mujer tan bella y sensual que era. Todas las noches. En menos de un mes, Lauren Malone iba a comprender que era una mujer fascinante, hermosa, sensual y sí, irresistible.

—Pero no debemos hacer estas cosas —alegó ella—. Está mal. Y mira dónde estamos. Podría vernos la señora Carsiston, o cualquiera de los criados.

Pues ni más ni menos que en los escalones del jardín. Con las puertas cristaleras que daban al vestíbulo abiertas de par en par. En verdad había que concluir que no estaba teniendo mucho éxito en recuperar al antiguo Marcus; ese que se comportaba como un caballero y a quien había estado invocando unos minutos antes de entrar en aquella casa. Liberó los brazos de Lauren de su agarre, y ella reculó otras pocas pulgadas de forma discreta, hasta una distancia que podría considerarse prudente.

—Te juro que no volverá a ocurrir. Me dejé llevar —explicó Marcus con auténtico arrepentimiento—, pero no es ese el trato que te mereces y, además, estoy incumpliendo mi promesa de no comportarme como un chiquillo desesperado. Yo solo había venido para ver cómo te encontrabas y hacer tu estancia más agradable.

—Me encuentro... bien —contestó ella, aunque él pudo notar el rastro de duda en su voz—. Ya te he dicho que todos son muy atentos conmigo. Esta casa es preciosa, por cierto. Y la biblioteca ha resultado un gran hallazgo para mí. Pero... supongo que me siento encerrada, a pesar de todo.

—Lo lamento. Sé que a nadie le gusta que lo priven de su libertad de moverse de acá para allá, pero piensa que estamos haciendo todo esto por tu bien.

—Oh, eso ya lo sé. No quiero que pienses que me comporto como una

niña pequeña que tiene el capricho de salir solo porque se lo niegan.

—No pienso eso, Lauren. Como acabo de decirte, es lógico que te sientas un poco asfixiada —confirmó a la vez que se le ocurría una forma de amenizar el resto del día—. ¿Puedo compensarte con una cena esta noche?

Lauren se mostró interesada de inmediato en su pregunta y levantó los ojos con un brillo inconfundible de ilusión, al tiempo que entrelazaba las manos sobre su regazo. Parecía una de esas ilustraciones de angelitos con sus manitas prendidas en el pecho y cara de no haber roto un plato.

—¿Dónde?

—Aquí, en el apartamento. Tú, la señora Carsiston y yo. Haré que preparen tus platos favoritos y cenaremos en un lugar especial.

—Tú no sabes cuales son mis platos favoritos.

—Cariño, eres transparente como el agua. No hay más que ver la cara que ponías en mi casa cada vez que venías a cenar y ponían perdiz escabechada o pastel de queso y arándanos.

Se preocupó cuando la vio tragar saliva y bajar la vista en un claro gesto de nerviosismo. ¿Quizá se ofendía cuando le recordaban su buen apetito? Él nunca había disimulado el hecho de que conocía la debilidad de su hermana y de la mejor amiga de esta por la comida. De hecho, las había chinchado a menudo con su incapacidad para tener las manos quietas en las fiestas de los salones londinenses, donde Lauren y Megan tenían la costumbre de ponerse las botas. Ese no era un motivo para avergonzarse. Aunque, visto lo visto, a la pequeña Malone todo le resultaba vergonzoso.

—O si lo prefieres, le diré a la señora Grunter que acuerde contigo el menú.

—No, no. Eso no es necesario —agregó ella, levantando la vista y recuperando su habitual gesto afable—. Esos, sin duda, son dos platos fantásticos, y además deberías añadir alguno de tu gusto y el de la señora Carsiston. A fin de cuentas, a mí me gusta todo lo que cocina la señora Grunter.

—Lo de este almuerzo no te ha gustado —recordó él, guiñándole un ojo.

Lauren sonrió al recordar la escena que acababa de tener lugar en la cocina unos minutos antes.

—No me lo recuerdes. Que bochorno. Va a pensar la pobre mujer que estoy mal de la cabeza.

—Me parece que todos se han dado cuenta ya de qué harías cualquier cosa por no molestar. ¿Me prometes que comenzarás a expresar en voz alta tus quejas y opiniones?

—Sí, tienes razón. No tiene sentido que les impida hacer su trabajo. A tu mayordomo no le gusta lo más mínimo que tome la iniciativa de hacer las cosas por mi cuenta.

—Pues complácenos a todos y compórtate como la dama de alcurnia que eres, ¿entendido?

—Entendido.

Era un hecho que Lauren Malone no estaba acostumbrada, en los últimos tiempos, a dar muchas órdenes a los criados en Holbrook House, pues según había podido comprobar, Hannah era la única que quedaba al servicio de la familia. A Marcus no le había pasado por alto el hecho de que, si bien se veía limpia y ordenada, la casa estaba bastante deteriorada. Y las ropas de la muchacha también parecían un poco ajadas y pasadas de moda. ¿Tan apurados habían estado los Malone? ¿Había pasado ella auténtica necesidad? En este momento, con ese vestido gris perla parecía la hija de un artesano más que la de un vizconde. Tampoco lucía joyas, ni siquiera unos discretos pendientes. Y eso era extraño, pues le constaba que Lauren disponía de joyas que había lucido en las fiestas de la alta sociedad. Se dijo que podía haberlas dejado atrás cuando tuvo la intención de huir por la ventana de su casa, aunque también cabía la posibilidad de que el estúpido de Holbrook hubiera empeñado las joyas de la familia para poder seguir jugando, posibilidad que le hizo hervir la sangre de nuevo al pensar en todo lo que ese hombre despreciable le había negado a su hija.

Fuera como fuese, Marcus no iba a consentir que a ella le faltase nada. Si necesitaba ropa o joyas o cualquier otra banalidad, las tendría en su mano. Y

con presteza. Se imponía una conversación aclaratoria con la doncella de Lauren. Lo más probable era que ella conocía las carencias en el vestuario de su futura prometida y podía orientarlo sobre las prendas que debían mandarse a confeccionar.

Sí, ese era un buen proyecto para afrontarlo en lugar de quedarse más rato sentado en aquel escalón mirando embobado a la hija de un vizconde que parecía la más humilde de las burguesas. Ya había hecho bastante el ridículo por el momento...

Capítulo doce

Para su sorpresa, Lauren descubrió que la escasa colección de libros existente en la casa de su hospitalario carcelero era, precisamente, algunos viejos y gastados volúmenes de textos clásicos, encuadernados en una costosa edición de cuero repujado de cordobán con incrustaciones de bronce. Allí descansaban las sabias palabras de Homero, Sófocles, Esquilo, Safo o Hesíodos.

Para alguien que había tenido que renunciar a sus pertenencias y momentos de ocio con el fin de financiar y sostener una vivienda y un estatus que se desintegraban, recuperar la posibilidad de leer aquellos familiares y envolventes relatos era casi como haber conseguido el perdón a una condena en la horca.

Durante los años en que su madre había sido la principal tutora de su educación, *lady* Aileen Malone le había inculcado una saludable fascinación por las letras y por la sabiduría de los grandes autores grecolatinos, que ella misma había heredado de su hermano, el tío materno de Lauren. Archibald Murray había sido un incasable viajero que había recorrido todo el continente. En sus primeras giras europeas, había elegido la belleza de la cultura milenaria de Grecia e Italia, pasando gran parte de sus años como adulto recluso en esos lejanos países, viendo y aprendiendo su glorioso pasado. Siempre que volvía de uno de sus viajes, lord Murray los obsequiaba con algún extravagante y costoso ejemplar de alguno de estos autores clásicos, los cuales habían impresionado, desde temprana edad, a una sugestionable Lauren Malone.

Durante los días que llevaba encerrada en Charing Cross, Lauren había aprovechado al máximo la oportunidad de retomar sus lecturas y, aunque no dejaba de orquestar actividades para llenar de diversión su tiempo, pasaba gran parte del día con la nariz metida entre aquellos polvorientos volúmenes.

En casi todas esas ocasiones la acompañaba la señora Carsiston, quien, tenía que reconocer, había resultado una grata compañía.

La mujer, tal y como le había comentado a Marcus, había asumido con bastante naturalidad la versión de que su familia se había visto envuelta en desagradables circunstancias que habían requerido medidas drásticas como que ella abandonase el hogar paterno. Había respetado su deseo de no entrar en detalles que la avergonzasen y había ensalzado la bondad de su sobrino político al ofrecerle un alquiler asequible para que pudiese afrontar aquel trance de una forma digna y respetable.

Tenía que reconocer que era una señora la mar de agradable, siempre y cuando estuviera despierta, que no era gran parte del tiempo. Era una persona afable e inteligente, que demostraba una excelente predisposición a colaborar en cualquier proyecto que Lauren pudiera proponer, como iniciar el bordado de una colcha de hilos de seda o plantar algunos pequeños esquejes de brotes en el jardín para que floreciesen algunos hermosos rincones en él.

Marcus se había mostrado muy complacido con la buena relación que ambas habían entablado, y, la noche anterior, los tres habían disfrutado de una cena informal que el vizconde ordenó disponer en el vestíbulo frente a las puertas acristaladas del jardín. Las cálidas temperaturas del mes de mayo permitieron que pudieran disfrutar de un delicioso banquete mientras sentían la brisa primaveral entrar por el gran ventanal, aunque para ello también tuvieron que buscar un chal de lana que evitase a la señora Carsiston enfriarse. Si no hubiera sido por la presencia de su carabina, Lauren hubiera podido estar tentada a pensar que había sido una escena bastante romántica.

Y ahí radicaba su principal quebradero de cabeza. El romanticismo entre ella y Marcus no dejaba de crecer, al menos en su interior. Era cierto que el joven no había vuelto a mencionar nada acerca del matrimonio, como ella le había solicitado; había depuesto su actitud déspota y se comportaba de forma solícita y complaciente; mas no dejaban de ocurrir momentos en los que la intimidad se hacía insoportable.

Al beso que había tenido lugar durante el mediodía, el cual no dejaba de

repetirse una y otra vez en su mente, se había sumado un gesto nada decoroso por la noche, cuando habían cenado frente a la terraza. Marcus le sujetó la mano por encima de la mesa sin que su carabina se percatase de ello. Fue un instante tan breve que incluso llegó a dudar de que se hubiese producido, pero la huella imborrable del tacto de aquella mano masculina era demasiado intensa y evidente en su piel para negarla.

Esa misma mañana se había presentado con una cesta de frutas del mercado de los miércoles y, al entregársela en los brazos, la había tomado por la cintura en un abrazo intenso que le había puesto la sangre tan alterada que había comenzado a sudar. Marcus las había encontrado en el jardín, a la Señora Carsiston, a Hannah y a ella, y, sin ningún pudor o remordimiento, la había agarrado por la cintura de una manera que solo podía considerarse adecuada en una casa de mala nota. Menos mal que las otras dos mujeres andaban muy ocupadas con la jardinería para haber notado aquel achuchón indecente.

Esa cuestión la preocupaba sobremanera, pues se veía incapaz de despreciar aquellos gestos o ni tan siquiera sentirse ofendida por ellos. Es más, adoraba cada uno de ellos, pero sabía que no eran adecuados y que de ningún modo eran compatibles con su intención de desaparecer muy pronto de la vida de los Chadwick.

Puesto que Marcus se había mostrado tan entusiasmado con la idea de que alguien se ocupase de embellecer la austera decoración exterior, Lauren había ideado algunos pequeños cambios que permitiesen mejorar el aspecto desabrido de los jardines, y el humilde proyecto de adecentamiento había comenzado esa misma mañana.

Hannah había planteado la posibilidad de crear un arriate para plantar, en el momento que alguien consiguiese las semillas, unas buganvillas de color blanco. En cuanto supo de qué se trataba, Marcus se convirtió en partícipe de la jornada hortícola. Como tenía mejor perspectiva espacial que cualquiera de ellas tres, se le asignó la tarea de delimitar el terreno exacto que debería ocupar el bancal donde se ubicaría su nueva creación y decidir el número de

bulbos que debían plantarse. Hannah colocó las ramas que uno de los lacayos había arrancado de un parquecito cercano y que supondrían el soporte de las enredaderas, y Lauren fue cavando los agujeros donde se depositarían las semillas, con una pala pequeña que formaba parte del arsenal de herramientas de supervivencia que Hannah se había traído en los baúles de Holbrook House.

La señora Carsiston hizo bien poco, en realidad, pues, aunque no era demasiado mayor, no era adecuado consentir que una señora de su edad estuviese agachándose ni haciendo tareas fatigosas. Sin embargo, fue ella la primera que consideró la necesidad de terminar la jornada de trabajo y tomar un refrigerio. Mencionó algo sobre huesos demasiado debilitados por el húmedo clima de interior y noches demasiado intranquilas para estar realmente descansada y suplicó a Marcus que tomasen un té frío en la biblioteca.

Lo dispusieron de manera que todo quedase recogido y, mientras Hannah iba a la cocina a preparar unos vasos de refrescante bebida, el resto de la comitiva se desplazó hasta su recién descubierto templo de los libros clásicos.

—En realidad, no entiendo a qué vienen estos cambios de temperatura. Una mujer puede estar padeciendo de frío durante la noche y tener los sofocos más insoportables la mañana siguiente —dijo con pesar la señora Carsiston.

—Estamos teniendo un mes de mayo particularmente destemplado. No me extrañaría que se hubiese resfriado un poco —respondió Lauren, que no podía evitar sentirse un tanto preocupada por la debilidad de la señora.

—Lo que sucede es que no descanso bien, creo. Me he pasado la noche en vela preocupada por el cabello de Sally.

Una de las doncellas, Sally Brudder, que era menudita y desgarbada, había cometido la estupidez de someterse a un tintado de pelo por parte de su hermana pequeña de once años. Por algún motivo que todos desconocían, el experimento no había resultado como se había previsto, y ahora la muchacha lucía un tono verdoso muy preocupante en su cabeza. Pero, por muy peculiar

que fuese aquel suceso, Lauren dudaba que la señora Carsiston fuese capaz de permanecer una noche en vela, fuera cual fuese la tragedia. Claro que eso no iba a decirlo en voz alta: una señorita bien educada se cuidaba mucho de expresar en público semejantes pensamientos.

—En ese caso deberías subir a descansar —expuso Marcus—. No me gustaría que te enfermases. Puedo decirle a Truller que mande pedir una bandeja y la suba a tu habitación con el refrigerio.

En ese momento apareció Hannah con la bandeja de té frío y la dejó sobre la mesita baja que se encontraba en medio de una composición de sillas, sillones y un sofá de terciopelo rojo con patas talladas.

—Oh, querido. De ninguna manera. No quiero ocasionar ninguna molestia —agregó la señora Carsiston—. Y, además, tampoco puedo dejarlos solos. No sería correcto.

—Pero te ves tan cansada, tía —insistió él—. Hannah puede garantizar nuestra conducta mientras que tú te retiras, solo un ratito, a tu habitación.

La susodicha se incorporó tras dejar la bandeja de té en la mesita y se reacomodó los pliegues de la falda de su «vestido de faena», como ella llamaba a aquella prenda en particular con la que lo mismo limpiaba el polvo sobre las estanterías que preparaba jabón de rosas.

—Lo cierto es que esta noche no he dormido nada —repitió Agatha con patente cansancio. Puede que, después de todo, la mujer hubiese pasado una mala noche, pensó Lauren. Cuando una persona dormía tanto durante el día, era lógico pensar que le costase conciliar el sueño en las horas nocturnas.

—Decidido entonces. Vaya a descansar —concluyó Marcus, animado. Después se giró hacia el centro de la estancia y ordeno: —Hannah, quédese.

—Sí, milord—respondió la doncella sentándose en la silla más cercana a la puerta. La señora Carsiston salió con paso cansado e insufriblemente lento dejando la puerta abierta. Marcus esperó en silencio durante lo que le pareció una eternidad, su rostro una máscara de impaciencia, hasta que escuchó la puerta de la habitación cerrarse tras ella.

—Hannah, váyase.

—Por supuesto, milord.

A Lauren se le paró el corazón cuando vio la mirada cómplice que le lanzó Marcus y el rubor que se encendió en las mejillas de su doncella mientras se levantaba y salía. Quedarse a solas con él no parecía una buena idea después de aquel abrazo con el que la había saludado un par de horas antes, o el beso apasionado del día anterior. El nerviosismo hizo presa de ella y se desplazó con premura hacia la mesa donde sirvió dos vasos de té de la jarra.

—Este es mi lugar favorito de la casa —confesó para aplacar el silencio.

—También es el mío. Tengo cierta predilección por las bibliotecas de cualquier casa, pero esta es acogedora de una forma muy particular —respondió él.

Era cierto. La habitación había sido decorada con un estilo delicado y confortable. Los paneles de madera le daban calidez, y la profusión de sillas y sillones lo convertían en un lugar idóneo para reuniones y charlas.

Lauren estuvo tentada de sentarse en una de las sillas Hepplewhite con asiento de enea, pues su ropa lucía un aspecto deplorable tras las labores de jardinería. El bajo de sus enaguas lucía de un color parduzco por haberlas arrastrado por la tierra del parterre mientras cavaba los hoyos. Las enaguas de una señorita no debían quedar a la vista, pero tenía la mala suerte de que el vestido había encogido un poco con los lavados en agua caliente del invierno y, además de presionarle el vientre y hacerle sentir un poco incómoda, estaban proyectando una imagen de lo más indecorosa.

Ella se hubiera sentado en la silla, pero Marcus la había tomado con caballerosidad del brazo y la había conducido al sofá estilo Luis XV que se hallaba frente a uno de los sillones de piel orejeros donde él se sentó. Lauren siempre elegía aquel mullido orejero en sus momentos de lectura y dejaba que la señora Carsiston se recostara en el sofá, no porque creyese que la mujer no iba a estar cómoda si la ubicación fuese la contraria, sino porque el sillón, robusto y masculino, le recordaba a Marcus.

En aquel momento, le parecía una imagen digna de ser retratada, con su pelo alborotado y su vaso de té frío entre las manos. Tenía los codos

apoyados sobre las rodillas, estaba inclinado hacia adelante y le hablaba de contratar los servicios profesionales de un jardinero. Aquella conversación debería haberla tranquilizado, pero el hecho de que Marcus hubiese despachado a la señora Carsiston y a su doncella la tenía con los nervios a flor de piel.

—No he dejado de pensar en el hecho de que mi jardín te parezca tan insulso. Me gustaría que fuera un lugar por el que se puedan dar agradables paseos. Las enredaderas son un gran proyecto, sin duda, pero un profesional podría encargarse de llevar a cabo un buen planteamiento de ingeniería hortícola.

—Tus futuros prisioneros te lo agradecerían —observó ella en tono ligero, intentando aún serenar los violentos latidos de su corazón.

La mofa le consiguió una carcajada profunda y auténtica que le revolvió las entrañas y que casi la hace suspirar en voz alta. Él le dirigió una mirada ladina y provocadora.

—¿Cómo puedes creer que habrá otra después de ti? Nadie estaría a la altura. Nadie tendría tu arrolladora belleza ni tu perspicaz sentido del humor. Nadie conseguiría ablandar los corazones de todos mis empleados y lograría que mi mayordomo deje de comportarse como un estirado.

«Arrolladora belleza».

Lauren estuvo a punto de atragantarse con su sorbo de té. Por más que intentase ignorar las lisonjas de Marcus, cada vez que él le dedicaba alguna palabra de admiración, sus mejillas se enrojecían y su entusiasmo se disparaba. El vizconde estaba haciendo gala de un humor estupendo, y ella no era inmune a sus encantos, aunque quisiese hacer ver lo contrario. Cada vez que se mostraba adulator, cuando bromeaba con ella o cuando se quedaba mirándola con esa expresión indescifrable, Lauren sentía retorcerse un nudo en su pecho y no podía evitar caer más prendida de amor por él.

Tampoco ayudaban hechos como que él conociera sus platos favoritos, pues minucias como aquella le hacían creer que podía tener sentimientos por ella, cosa que era absurda, pues él había dejado muy claro cuáles eran sus

motivaciones.

—No me vas a ganar con tus zalamerías. Soy inmune a cualquier estrategia encaminada a que olvide las condiciones de mi cautiverio —informó con una petulancia que no sentía en absoluto.

—Oh, entonces tendré que esforzarme más. ¿Qué te parecería un paseo nocturno por el parque?

Lauren lo miró conmocionada. ¿Salir al parque? ¿Podía salir de allí? Llevaba tan solo tres días encerrada, pero la sola idea de disfrutar del aire fresco de Hide Park la hacían sentir como una mujer sedienta a quien que se le ha negado el agua por semanas.

—¿Lo dices en serio? Porque sería inmensamente cruel permitirme abrigar esperanzas de abandonar este encierro si no son ciertas vuestras palabras, milord —enunció con cautela.

—No seas malpensada —la regañó él—. Cierto que, por los motivos que ya conoces, he preferido que no te aventures a salir a la calle, pero no soy ningún ogro. Entiendo que alguien acostumbrada a la libertad que tú has tenido en los últimos años necesita disfrutar de alguna escapadita. Por la noche seremos más difíciles de reconocer. Iremos en el faetón cerrado y puedes usar alguna capa con capucha.

—Pero... no sería correcto. Alguien podría vernos. En Hide Park hay gente a todas horas —adujo meditabunda. Temía estar a solas con Marcus y repetir la escena del día anterior, aunque él le hubiese prometido que no había tenido intención de besarla. Aunque también tenía tantas ganas de salir...

—Entonces iremos a otro parque más discreto. Y, además, te prometo que me comportaré como un caballero —prometió él, como si le hubiese leído el pensamiento.

Lauren dio un sorbo a su té para pasar el nudo de su garganta. La mención de la caballerosidad no hacía más que traer a su memoria el tórrido beso en los escalones del jardín, o peor aún, la negligencia de la noche que la sacó de Holbrook House. Sus ganas de salir y su decencia batallaron en silencio mientras Marcus la observaba, pero no pasaron más de diez segundos hasta

que su parte irracional tomó la decisión por ella.

—Está bien.

Marcus se levantó e hizo un brindis a modo de celebración. Dejó el vaso sobre la mesa, cogió el de ella y lo depositó junto al resto. La tomó de las manos y le hizo levantar del sofá.

—Perfecto, entonces. Te recogeré a las once y media. Sal por la puerta de servicio, al fondo de la cocina. Truller vigila como un león la principal.

Dicho esto, se inclinó y le dio un fugaz beso en la mejilla a modo de despedida. Parecía que iba a apartarse para salir, pero a escasos centímetros de su cara se quedó parado mirándola con una expresión insondable. Los segundos se estiraron mientras Lauren se dejaba conmover por aquellos ojos castaños que lucían todo el arco de colores ocres, amarillos y chocolates.

—Buenas noches... —dijo él de forma abrupta al tiempo que se alejaba y salía por la puerta de la biblioteca.

Lauren se dejó caer de nuevo en el sofá con el pulso acelerado, algo que ya se había convertido en un hábito siempre que él estaba cerca. No se dio cuenta de que a Marcus le había temblado la voz, ni de que era media mañana en lugar de la noche, ni de que parecía un hombre huyendo de la guillotina; solo pensó que hubiera dado cualquier cosa porque aquella mirada se hubiera convertido en un abrazo.

Capítulo trece

El parque de Saint James era un lugar casi tan encantador como el propio Hyde Park, ubicado en el corazón de la capital británica. Contaba con su propio lago artificial y gozaba del privilegio de unas magníficas vistas del Palacio de Buckingham. Pero, por algún motivo, en aquellos días, no era un lugar muy famoso, por lo que el número de visitas no era muy elevado, al estar tan cercano el otro gran parque de la ciudad. Ese hecho no hacía más que tranquilizar los agitados pensamientos de Lauren, que temía hasta un límite enfermizo la posibilidad de ser vista y reconocida por algún londinense que fuese tan imprudente como ellos y hubiese decidido visitar el parque de noche. Se había colocado la única capa con capucha que tenía en su guardarropa y había tomado todas las medidas de precaución necesarias al subir y bajar del carruaje para que no pudiera ser reconocida en caso de que alguien viese al vizconde de Collington saliendo de su propiedad con una dama. Lauren se echaba a temblar de solo pensar lo que las malas lenguas podrían suponer sobre la presencia de una mujer en la casa de un hombre soltero, y tampoco deseaba que Marcus fuese objeto de vilipendios, por lo que su mirada no cesó de dispararse en todas direcciones, escudriñando cada rincón oscuro en busca de cualquier transeúnte que pudiera ser testigo de su pequeña escapada.

Sin embargo, la velada discurrió sin sobresaltos. No se cruzaron con alma viviente alguna, ni a la salida de la casa en Charing Cross, ni cuando llegaron a su destino. Estacionaron el faetón al llegar al límite sur del parque, en la intersección de Spur Road con Birdcage Walk, donde se apearon del vehículo. Marcus cogió una pequeña cesta del carruaje y le propuso dar un paseo en dirección al lago. Cuando comprobó que el lugar estaba desierto, los ánimos de la muchacha se calmaron de manera evidente y se sintió libre de echar hacia atrás la capucha de su capa color ocre oscuro para permitir que el aire fresco de la noche londinense acariciase su rostro.

En su caminata por el camino bordeado de cipreses, Lauren inhaló el perfume de los cientos de variedades de flores que conformaban el paisaje y se sintió reconfortada por la libertad que le confería el haber escapado, por unos minutos, del apartamento de Charing Cross. No era que se sintiese asfixiada allí dentro, ni mucho menos; no había pasado el tiempo suficiente para que empezase a temer por su cordura, y, para ser honesta, tenía que admitir que en aquella casa todo el mundo la trataba con afecto y respeto, desde la tía Agatha, hasta su devota Hannah, pasando por todos y cada uno de los criados. Eran gente sencilla y adorable que le había ofrecido desde el principio su lealtad, sin juzgarla ni soslayarla, lo cual hubiera sido muy fácil teniendo en cuenta que no era más que una supuesta visita.

Por el contrario, la trataban como a la señora de la casa —pese a que Lauren les repitiese una y otra vez que ese no era el caso—, por lo que acababa tomando decisiones sobre los menús, los víveres, los horarios del servicio o la cantidad de velas que debían prenderse en las lámparas. Y Lauren los complacía porque, a nivel práctico, sabía cómo gobernar una casa y, a nivel sentimental, se sentía por primera vez en mucho tiempo como si perteneciese a algún lugar, como si tuviese otra vez una familia, una muy humilde familia.

Se encontraba mejor que bien en su nueva residencia. Negarlo sería una falacia y una estupidez, teniendo en cuenta que solo se lo reconocía a sí misma. No solo era un lugar acogedor, elegante, confortable y alegre, sino que estaba habitado por personas que la trataban con cariño. Eso la hacía sumamente feliz. Y, desde luego, no podía negar que adoraba ciertas comodidades de las que no había disfrutado nunca en Holbrook House y que, como señorita acomodada que había sido en un tiempo no tan lejano, apreciaba sobremanera.

Por ejemplo, las velas no desprendían ese olor tan fuerte de la cera de abeja ni se apagaban a cada momento, porque eran de puro aceite de ballena, las mejores que se servían en toda la ciudad. La cocina era la más moderna que Lauren hubiera visto nunca; tenía toda clase de artilugios, incluida una

chimenea inventada por un amigo del padre de Marcus, el conde de Rumford, que, en lugar de un gran fuego grande y abierto, usaba muchos cerrados y pequeños, con lo que las comidas sabían menos a humo y estaban mucho más exquisitas. Y, desde luego, en aquella casa había buen jabón de perfumería y los paños de algodón más suaves que se pudieran adquirir.

Mientras pensaba en sus nuevos lujos y en la paz reinante en su nuevo hogar, Lauren casi logró olvidarse por unos instantes de la presencia del hombre que caminaba a su lado. En esos momentos, su mente se concentraba en acaparar cada aroma silvestre, cada brisa reconfortante que soplaba entre la vegetación, y el silencio, el bendito silencio enturbiado solo por sus pisadas sobre la gravilla del camino.

Como si fuera consciente de cuánto necesitaba impregnarse de la tranquilidad de aquel lugar, Marcus le indicó con un roce en su cintura que iban a tomar un pequeño sendero hacia el lago, y ella lo siguió. Ante sus ojos se materializó la superficie cristalina de una inmensa laguna que se extendía hacia el este, en dirección a Horse Guards, y que era tan majestuosa como el propio Serpentine.

Marcus la dejó contemplando la orilla y se volvió para tomar una manta de dentro de la cesta; acto seguido la extendió en la orilla del lago, encima de una capa espesa de hierba, y se sentó sobre la misma. Tras varios segundos, preguntó:

—¿Te gusta Saint James?

—Es muy hermoso —respondió ella sin volverse para mirarlo—. Nunca había venido a este parque. He de reconocer que me perdía una de las mejores vistas de la ciudad. Buckingham está en esa dirección, ¿verdad?

Lauren indicó con su brazo el lugar por el que intuía que debía ubicarse el palacio.

—En efecto, veo que tienes buen sentido de la orientación. Si fuese de día, lo veríamos desde aquella explanada —dijo él señalando una extensa masa de pradera que discurría en la orilla de enfrente.

Lauren se giró para mirarlo, pero no siguió la dirección que él le marcaba.

No pudo. Se quedó tan fascinada y cohibida por la figura de Marcus tumbado de forma disipada sobre la manta que se le olvidó incluso el motivo por el que él tenía el brazo levantado apuntando hacia el palacio. Se recostaba en un codo, con la cabeza ligeramente ladeada, en un gesto que parecía a la vez despreocupado y afectuoso. Sus robustas piernas estaban estiradas sobre la manta y uno de los tobillos cruzaba por encima del otro. Llevaba unas calzas ajustadas de color azul marino y una chaqueta de otro tono de azul más claro que contrastaba con la almidonada camisa blanca. No llevaba ningún pañuelo, por lo que una buena porción de su garganta quedaba expuesta.

Lauren tragó saliva y se esforzó por recordar lo que él acababa de decir. Señalaba a la derecha. ¿Hacia dónde? Lo había dicho, ¿verdad? Pero no conseguía evocar sus últimas palabras. Optó por cambiar de tema.

—¿Vienes mucho por aquí? —inquirió.

—Cuando duermo en el apartamento, suelo salir a cabalgar por este parque —indicó él con un asentimiento de su cabeza cubierta de bucles dorados, sin desviar de ella esos ojos de miel cargados de tensión y picaresca.

A la luz de la luna parecía el dios Apolo bajado del Olimpo y recostado de forma indolente para su contemplación. Y Lauren se sentía como una de sus musas, solo que era él quien le inspiraba sonetos y sinfonías; él, quien tejía el material de sus sueños.

—Ven, siéntate —propuso con una sonrisa ladeada que la hizo sentirse como una perdiz acorralada—. Mira, he cogido prestados unos pasteles de jengibre de la cocina.

Sentarse al lado de Marcus Chadwick, vizconde de Collington, en una manta, en medio de un parque, de noche y a solas, debía ser la cosa menos sensata que una joven decente y casta podía hacer. Sin embargo, la opción de quedarse de pie contemplando aquella escena de sensualidad masculina, tampoco proporcionaba mucha paz mental. Por tanto, se sentó.

—Di mejor que los has robado. —Cuando Lauren había bajado para salir a su encuentro, se lo había encontrado dentro de la cocina metiendo puñados de algo en la cesta de mimbre que había traído. Él le había guiñado un ojo, y

Lauren no había tenido cabeza para otra cosa que no fuera mirarlo embobada, por lo que no sabía con exactitud qué era lo que él había estado sisando.

—Son míos —replicó él—. Todo lo que hay en esa casa es mío. O sea que no se puede considerar un robo.

La obvia referencia a su propiedad, y el hecho de que ella misma estuviese bajo su techo, hizo que notara un ardor indeseable en las mejillas. Decidida a ignorar el doble sentido de aquellas palabras, intentó de nuevo cambiar de tema. Se giró para quedar mirando al lago y no tener que enfrentarse a aquellos ojos conocedores que parecía desnudar su mente.

—¿Y sale mucha gente a cabalgar por aquí? —preguntó mientras alargaba el brazo y cogía uno de los pastelitos que Marcus había puesto en una servilleta sobre la manta en medio de ellos dos.

—No es un lugar muy frecuentado, la verdad. Mis cabalgatas son vigorosas y a veces imprudentes. Este lugar es perfecto cuando no quieres encontrarte con nadie ni poner en peligro a otros jinetes.

—Pues no veo el motivo por el que deberías hacer tal cosa. Tu imprudencia también puede ponerte en peligro a ti —lo regañó.

La sola idea de Marcus siendo arrojado desde su montura le hacía helar la sangre.

—Tranquila. Ya apenas lo hago. No suelo frecuentar mucho ni la casa ni el parque.

—Sí, Sally me dijo que apenas has dormido en el apartamento en los últimos meses.

Lauren se arrepintió de sus palabras nada más decirlas. Por un lado, estaba delatando la falta de discreción de la doncella, y por otro, ella no tenía ningún derecho a cuestionar sus idas y venidas. A él no pareció molestarle el comentario, aunque se quedó pensativo por unos instantes antes de menear la cabeza y responder.

—Lo visito a menudo, aunque pocas veces me quedo a dormir, y por tanto tampoco tengo la ocasión de salir a cabalgar. No en este parque. Cuando estoy en Haverston voy a Hide Park.

—¿Y allí también cabalgas como un indio de las colonias?

Marcus rompió a reír y se incorporó hasta quedar sentado junto a ella. De forma automática Lauren se puso tensa y contuvo la respiración. Eso era demasiado cerca el uno del otro para su sentido de la prudencia, pero se obligó a permanecer quieta y con la vista al frente.

—No, señorita ironía, allí no necesito hacerlo.

—¿Qué quieres decir con «necesito hacerlo»? —Tenía que esforzarse por mantener la conversación, pues todo el cuerpo le hormigueaba. Podía notar incluso el calor que desprendía el cuerpo que reposaba a su lado.

Marcus reflexionó en silencio por un breve lapso de tiempo. Cogió otro pastel y se lo lanzó a la boca. Lauren observaba por el rabillo del ojo derecho todos sus movimientos.

—Hubo un tiempo en que le cogí cierto cariño a dormir en Charing Cross. No pasaba buenas noches, sin embargo; de modo que necesitaba cabalgar por las mañanas para atemperar mi mal humor.

—Oh, el insomnio. A mí me costaba mucho conciliar el sueño después de que mi madre... —Dudó. Nunca le había hablado a Marcus de su madre, aunque él estuvo presente en el funeral y también acompañó a Megan en algunas visitas los días después, cuando el luto más riguroso la obligó a permanecer en casa.

—Sí, sé que fue difícil recuperar la normalidad tras aquello —añadió él—. Fuiste muy valiente, ¿sabes? No sé cómo reaccionaría yo si perdiese tan injustamente a uno de los míos. Creo que me volvería un amargado.

Valiente. No, no lo había sido. Había llorado cada noche e incluso había renegado de su fe por breves periodos de tiempo. En aquellos días aciagos, Lauren no supo si se cocinaba o se limpiaba en Holbrook House. Abandonó por completo sus lecturas y sus clases, y, lo que era peor, había permitido que el puente que la separaba de su padre se convirtiera en un abismo insalvable.

Giró la cabeza y cruzó la mirada con la suya, que era cálida y ambarina como el licor.

—Sobreviví. Tú también lo harías —murmuró con voz afectada por la

emoción.

Los segundos se estiraron de forma imposible mientras el rostro de Marcus se acercaba, inexorable, hacia el suyo.

—Quiero besarte, Lauren.

La declaración le hizo encoger el alma. Hablar de su madre, recordarla, era algo que siempre hacía aflorar sus emociones más básicas y esenciales. Sus barreras defensivas estaban diezmadas en aquel momento como para negar la verdad: ella también anhelaba ese beso, pero había miles de razones por las que no debería desearlo y mucho menos permitirlo.

—No podemos hacerlo —contestó.

—No creo que tengamos otra opción —sentenció él.

Sin sujetarla de ningún modo, sin apremiarla y sin mediar ninguna palabra más, Marcus descendió sobre su boca y acarició con sus labios la superficie de los de ella. Era un toque suave, casi un murmullo, que no obligaba a nada pero que contenía una muda súplica.

Jugueteó con la expectación de Lauren durante algunos segundos en los que las caricias suaves se mezclaban con la fricción húmeda de su lengua y algún que otro roce de sus dientes. Entonces se separó unas pulgadas hasta que encontró su mirada. Lauren tenía las manos prendidas con fuerza a la tela de su falda y notaba cómo la respiración se le hacía más inconstante y débil.

—Debería parar ahora —anunció él con voz ronca y baja.

—Sí, deberías —murmuró ella.

—Pero... no quiero parar.

—Ni yo —dijo, contra toda lógica.

Marcus le tomó la cara entre las manos; la suavidad y calidez que le transmitió, unida al embriagador aroma que lo caracterizaba, le hicieron cerrar los ojos por un segundo y ahuecar la mejilla contra el tacto reconfortante. No llegó a abrirlos antes de sentir la demanda de la boca masculina abriéndose paso en la suya.

Los besos de Marcus tenían la capacidad de comprimir su estómago y

licuar su sangre. Por un momento, se sintió indispuesta y pensó que iba a enfermar por la reacción de su cuerpo ante el asedio de aquellos labios firmes y calientes que reclamaban una respuesta, pero ni la misma peste la hubiera impelido a parar.

Superado el primer impacto de abrumador deleite y con manos vacilantes, se agarró a las muñecas de él, irguió su espalda y se acercó cuanto pudo. Salió al encuentro de las acometidas incitantes de su lengua y se dejó explorar con absoluto abandono. Las manos masculinas se desprendieron de las suyas y comenzaron a pasearse por sus hombros y su espalda, urgiendo a Lauren a acercarse aún más. Ella así lo hizo, se impulsó sobre las piernas que tenía dobladas hacia un lado para envolverse en el abrazo, sin dejar de saborear el sabor masculino que le era ya tan familiar.

Marcus empezó a inclinarse sobre ella, ejerciendo la presión exacta para que recostase la espalda en la manta sin que sus alarmas saltasen.

Cuando estuvo casi tumbada, Marcus se incorporó, rompiendo el beso que estaba drenando su cerebro, y la miró con una expresión que solo podía calificarse de fascinada.

—Eres preciosa —murmuró

Lauren no se había sentido ni siquiera un poco atractiva en toda su vida, pero, en aquel momento, el brillo de deseo que veía en los preciados ojos castaños le pareció indiscutible. Le creyó a pies juntillas. Para él, en aquel momento, ella era hermosa; no iba a cuestionarse por qué la vida le regalaba aquel retazo de fortuna.

Contuvo el aliento cuando notó que volvía a descender sobre ella, pero en lugar de tomar de nuevo su boca, comenzó a besar su garganta, donde debían existir montones de puntos sensibles, porque su cuerpo entero se encendió como un farol. Los escalofríos iban y venían por sus brazos y sus piernas mientras él continuaba explorando tras sus orejas, por la columna de su cuello, la clavícula y las colinas de sus pechos. Marcus rastrilló con los dientes la piel que los cubría hasta toparse con el borde del vestido. Entonces tiró de ella hacia un lado para colar una mano por su espalda y comenzó a

forcejear con los botones.

Fue en aquel punto donde Lauren recordó lo que Marcus ya le había enseñado sobre aquella particular zona de su anatomía, cómo podía excitarla con sus manos y su boca más allá de los límites de su escote. Tembló y se sorprendió cuando fue consciente de que no estaba dispuesta a frenarlo.

No cuestionaba que fuera una actitud execrable, porque lo era, y lo más probable era que por la mañana se arrepintiera, pero había fantaseado tanto con ello que al menos quería conocer una porción de la apasionante lujuria que Megan le había descrito en otras ocasiones y que ella misma había probado unos días antes en su propia habitación. Así que, lejos de apartarse o reprimirlo, se sujetó con ambas manos a sus hombros y elevó la espalda para facilitarle la tarea.

Unos cuantos botones cedieron y otros salieron volando, pero al fin Marcus consiguió lo que buscaba porque gruñó con satisfacción.

Como un niño que reconoce el regalo que ha estado esperando por el envoltorio, Marcus sujetó el borde del vestido y de la camisola y tiró con suavidad de ellos hacia abajo, con la mirada llena de expectación y anhelo.

—Por el amor de Dios —murmuró—. Eres una diosa.

La vergüenza y la vanidad se mezclaron en una fusión extraña que hizo a sus mejillas arder con intensidad en el momento en que sus grandes pechos quedaron expuestos a la ávida mirada masculina.

—Te he deseado tanto... —susurró él.

Marcus fue descendiendo hasta posar sus labios sobre la piel descubierta de sus senos. Primero un roce suave, después un beso absorbente, seguido de pequeñas lamidas y de la presión de sus dientes, al tiempo que la respiración de él se convertía en un sordo jadeo. El asedio de aquella boca perversa envió miles de dardos de placer a su vientre.

Se sentía fascinada y escandalizada a partes iguales por el hecho de que los labios de Marcus estuviesen sobre sus pechos, pero las sensaciones eran tan hermosas y excitantes que no podría haberle pedido que parase ni en un millón de años. Y sabía que debía hacerlo, pero algo dentro de ella le impedía

abrir la boca más que para jadear y tomar aire.

La mano masculina viajó desde sus costillas hasta los tobillos y allí se adentró entre las capas de enaguas y vestido para alcanzar el gemelo y acariciarlo hasta llegar por encima de las medias. Las de Lauren llegaban hasta la rodilla y cuando los dedos llegaron a ese punto y palparon la piel desnuda, Marcus gimió y dejó caer la frente entre los pechos de Lauren.

—Tan suave...

La situación era lo más extremo que nunca le hubiese ocurrido. Una parte de su cerebro la impelía a parar, a quejarse, ofenderse y comportarse como la dama que se suponía que era. Pero aquel insignificante resquicio de cordura estaba destinado a fracasar, pues el resto de su cuerpo y de su alma reclamaban que se solazase en el momento y robase cada segundo de pasión que Marcus pudiera proporcionarle.

Así que se dejó mecer por la mano que acariciaba sus rodillas y después sus muslos. Vibró y se contoneó ante las atrevidas y lascivas caricias de los labios masculinos en sus senos y gritó sin contención alguna cuando Marcus absorbió uno de sus pezones dentro de la calidez de su boca.

—Oh, por favor —rogó.

Aquella lengua la estaba destruyendo. Azotaba sin tregua la dolorida cima y la enviaba a una espiral de necesidad que producía vértigo. Lauren sujetó con fuerza los cabellos de Marcus y se sorprendió por la suavidad de los rizos dorados que se escurrían entre sus dedos.

—Marcus... —jadeó.

Pero él no se compadeció de ella ni aminoró la intensidad de su asalto. Por el contrario, abrió la palma ardiente de su mano sobre el interior de su muslo derecho y masajeó con fuerza. Aquel toque era lo más escandaloso que ella hubiera pensado que un hombre podía hacerle a una dama vestal hasta que con un rápido movimiento, la palma cubrió la unión entre sus piernas.

Lauren se puso tensa y rezongó, pero aquello no impidió que él siguiera besando y succionando en sus pechos, o que la mano negligente continuase su camino.

—Marcus... Tienes que... Oh, Dios...

Tenía que decirle que se detuviese, que aquello no estaba bien, que no era decente. Pero las sensaciones no dejaban de abrumarla y desestabilizarla. Comenzó a retorcerse ante el conocimiento de un dedo indagando por dentro de la apertura de sus calzones. Cuando aquel tacto alcanzó el interior de sus pliegues, que se sentían húmedos, la respiración se bloqueó en su pecho y sintió cómo todo su cuerpo se tensaba y paralizaba.

De inmediato, Marcus estuvo ahí, besando de nuevo su boca y susurrándole que se calmara, que era preciosa y que la deseaba.

Lauren flotaba entre el éxtasis y la conciencia, pero no dejaba de responder a sus besos mientras los dedos de él exploraban la zona más íntima de su cuerpo. Era fascinante, sumamente sensitivo. Las corrientes de placer iban y venían por su cuerpo con absoluto desenfreno.

Cuando la yema de ese dedo seductor se introdujo en el canal de su cuerpo, Lauren quiso protestar. Sabía que formaba parte de las relaciones, pero era demasiado intenso para soportarlo.

—Shhhh, pequeña. No dolerá.

No temía el dolor, sino el delirante placer. Temía perder la cordura y la poca alma que le quedaba sin ser conquistada por este hombre.

Marcus palpó en su interior, acarició con fruición y comenzó un lento vaivén de dentro hacia afuera y vuelta a empezar. Era increíble, devastador. Y era un pecado: deshonesto, impuro.

—Para —rogó en un murmullo.

Pero Marcus no se detenía. Sus movimientos eran delicados y cadenciosos. No le hacía daño, ni se sentía amenazada. Se sentía más bien en la gloria. Una que no merecía.

Otro dedo se unió al asalto, y Lauren gritó de angustia y de éxtasis, mientras un tercer dedo, el pulgar, indagaba entre los pliegues y comenzaba a presionar y acariciar aquel punto que antes le había hecho voltear los ojos en blanco. Era demasiado, rayano en el dolor y la agonía pero revestido de tal placer que era imposible diferenciarlos.

—Tienes que parar —susurraba, sin embargo, su cerebro a través de su boca.

Marcus besaba cada lugar alcanzable de su cuerpo: su boca, sus hombros, sus pechos; de tal forma que a ella le costaba encontrar la cordura. Y no se detenía.

Parecía tan abstraído como ella, jadeaba y gemía a su compás. Susurraba todo el tiempo cosas como «Pequeña», «Dios mío» y una larga letanía de «Lauren» y «Sí».

Estaba a punto de ocurrir algo que parecía celestial y aterrador, algo que crecía en aquel punto donde Marcus la tomaba con sus dedos, como un hambre desoladora que la consumía. El miedo a lo desconocido se unió al terror que Lauren ya sentía por su comportamiento y se descubrió empujando los hombros de Marcus para alejarlo de ella.

—No, no, ¡no! —El volumen de su voz fue creciendo a medida que su resolución cobraba fuerza.

Marcus retrocedió sobresaltado. Sus dedos desaparecieron de debajo de su falda y su boca abandonó todo contacto con ella. Los ojos que siempre le habían parecido dulces y risueños la miraban ahora con una expresión entre furibunda y salvaje.

Un desconcierto aplastante hizo presa de Lauren, y lo único en lo que pudo pensar fue en que acababa de cometer el mayor error de toda su vida.

Capítulo catorce

Volver a sentirse protegida por las decorosas capas de ropa que normalmente la envolvían pasó a ser una cuestión de vital importancia para Lauren Malone. Estaba medio desnuda, expuesta a la vista de un hombre que acababa de llevarla a un lugar tan cercano al cielo como al infierno. Él parecía furioso, sus ojos dos llamas de una emoción indescriptible y para nada reconfortante.

—Lo siento. —Se lamentó con tono lastimero. Se puso en pie de un brinco—. ¡Oh, Dios mío! Lo siento. —Comenzó a subirse por los hombros las mangas del vestido, mientras sus manos temblaban por la congoja de sentirse a la vez una fulana y una ridícula—. Yo no quería... Lo siento.

No podía comprender cómo había permitido semejante audacia, por mucho que lo amase. No solo lo había permitido, sino que al confesar que no quería que parase le había dado carta blanca. Ninguna mujer decente, ninguna chica criada en el seno de una familia aristocrática y respetable como la suya, permitiría jamás semejantes licencias, ni siquiera a su prometido. Un simple beso, mucho más inocente y timorato que cualquiera de los que ella había recibido en los últimos tres días, podía provocar un escándalo seguido de un matrimonio forzado si lo contemplaban los ojos equivocados. Y ella había permitido mucho más que un casto beso.

Parecía que el tiempo se estiraba de forma imposible mientras ella luchaba por recomponer sus ropas y su mente. No quería ponerse histérica, pero la urgencia por que se la tragase la tierra en aquel mismo momento latía como un tambor en su cabeza. Y para colmo de su desdicha, Marcus estaba ofendido y cabreado. Aquella mirada feroz se había sentido como un profundo agujonazo en su alma. Ahora la odiaría por portarse como una descocada y luego negarle lo que quería obtener de ella.

Sus ojos se llenaron de acuoso dolor mientras se desvivía por volver a

colocar las enaguas y el vestido en su lugar, pero unos poderosos brazos la envolvieron por detrás, justo cuando conseguía encajar las hombreras del vestido en su sitio.

—No, pequeña. Soy yo quien debe disculparse. Lo siento. No debí llegar tan lejos. He faltado a mi promesa de comportarme como un caballero — adujo, dejando caer un beso sobre la coronilla femenina y envolviendo su cuerpo más pequeño entre los fuertes brazos mientras ella forcejeaba, perdida en un mar de emociones contradictorias—. Me temo que no pienso con claridad cuando se trata de mi deseo por ti. Ojalá supieras de qué manera me haces perder la razón.

Lauren tomó una fuerte inspiración y se ordenó a sí misma recuperar la calma. No podía ponerse a llorar por nada del mundo. No debía hacer más el ridículo. Pero el hecho de que él la abrazase y se disculpase parecía estar a punto de romper su frágil control. Se concentró en el alivio que le producía saber que él no estaba tan enfadado como pensaba. Si se estaba disculpando, era que no estaba tan ofuscado, ¿verdad? A lo mejor el fuego que había visto en sus ojos no había sido tal. Por el contrario, su voz parecía afectada por la culpa. Incluso se acusaba a sí mismo de lo acontecido, cosa que no era justa, pues ambos se habían entregado sin miramientos a la lujuria.

«Ojalá supieras de qué manera me haces perder la razón».

¡Qué injusto era que le dijera aquellas palabras que sonaban a emociones que él no tenía! ¿No había dejado claro que quería un matrimonio de conveniencia? Entonces ¿por qué le decía cosas como esas? ¿No se daba cuenta de cómo podría interpretarse aquella confesión? Sonaban tan tierno y subyugado, tan esclavo de sus sentimientos... Cualquiera jovencita con menos seso que ella interpretaría aquella explicación como el discurso de un enamorado.

Pero Marcus no hablaba de amor, solo de deseo, de lujuria, de pecado. Sentimientos que, como acababa de comprobar en su propia carne, eran tan poderosos e incontenibles como el inmenso afecto que Lauren sentía por él. Del mismo modo que nunca había tenido la entereza o la voluntad para dejar

de amarlo, ahora tampoco había podido evitar que los oscuros instintos gobernasen la respuesta de su cuerpo.

Ser consciente de que él la veía atractiva y la deseaba había desencadenado en ella una rara especie de ego y desenfreno que había limitado cualquier sentido del decoro. Se había dejado engullir por la expectativa de ver cumplidos sus sueños de ser adorada por este hombre y había permitido que las cosas llegaran a un punto que ninguna mujer con honor osaría ni siquiera considerar.

—Yo lo permití —añadió—. Dios mío. No puedo creer lo que hemos hecho.

Marcus dejó escapar una pequeña carcajada que le sentó más mal que bien, pero también reforzó el apretón alrededor de su cuerpo, por lo que no pudo llevar a cabo la acción de apartarse, que era lo que le hubiera gustado hacer.

—Es más común de lo que piensas. Para una joven inocente como tú hemos... transgredido barreras que nunca deben sobrepasarse. Pero, en realidad, no hemos hecho nada que hombres y mujeres no hayan hecho desde el principio de los tiempos. No hemos hecho ni una mínima parte de lo que sueño con hacerte.

«¡Oh, Dios!»

—No soy tan ignorante como crees —protestó Lauren, ofendida porque Marcus la viese como una boba inocentona y, al mismo tiempo, excitada y nerviosa por sus obvias malas intenciones.

Sabía lo que era el sexo. No había vivido en un convento y a su mejor amiga bien poco que le importaba compartir los detalles íntimos de su vida sexual con ella. Megan no había escatimado en detalles sobre su escarceo con el marqués de Riversey en un carruaje la noche en que ambos fueron a recuperar las joyas que ellas habían robado para pagar las deudas de lord Holbrook. Lo que su mejor amiga le había descrito, para eterna vergüenza de Lauren, no difería mucho de las intimidades que ellos acababan de compartir.

—No te considero una ignorante —replicó él—. Pero eres demasiado

inocente para comprender que esto es lo natural entre dos personas que se desean. No es tan sórdido como puede parecerte en este momento.

Analizándolo con frialdad, a Lauren no le parecía sórdido. De hecho, había consentido que todo ocurriese porque a su cuerpo y a su corazón aquellas intimidades les habían parecido lo más natural del mundo, con aquel hombre en particular. Porque lo amaba. Y ese era el problema.

—Dices que es natural, y así lo entiendo yo también... cuando dos personas se aman y los une los sagrados votos del matrimonio.

Marcus suspiró y le frotó los brazos con las manos, aunque eso no consiguió que ella se relajase.

—Los hombres y las mujeres cohabitan por muchos y distintos motivos, cariño. Y el amor no suele ser el más frecuente. Entiendo que a tu edad aún creas en esos nobles sentimientos, pero... no debes restringir el placer a ese sacrosanto enlace.

Lauren sintió un ramalazo de indignación. No le agradaba que le hablase como si fuera una ingenua que desconoce la forma en que se relacionan sus congéneres. Claro que los hombres y las mujeres vivían en concupiscencia delante de los ojos de cualquiera que quisiera observarlo, pero no podía esperar que ella se lanzase a una relación de ese tipo sin mirar atrás. Y ¿qué tenía que ver la edad para que alguien creyese en los cimientos de un matrimonio basado en el afecto mutuo?

—¿Me consideras infantil porque creo en el amor? —inquirió, desilusionada y ofuscada.

—No soy tan cínico, pequeña —añadió con otro suspiro cansado al tiempo que le acariciaba la muñeca de su mano izquierda con el pulgar. El toque era tierno, pero no conseguía que dejase de sentirse como una pánfila zaherida—. Es lógico que creas en ello y que esperes obtenerlo. La mayor parte de las jovencitas aspira a casarse con un hombre que las ame; incluso diría que algunos hombres también son bastante ilusos en ese aspecto.

—Por lo que veo, tú no eres uno de ellos.

La indignación crecía por momentos. Decía que no era cínico, pero no se

podía definir de otra forma su ligereza al juzgar las emociones humanas, aquella tozudez en negar, no ya la querencia hacia el sentimiento, sino su misma existencia. Era uno más, otro obstinado lord que anteponía la ambición, el poder o las apariencias a lo que le dictaba su corazón. Si era que lo tenía, que en aquel momento lo dudaba, por mucho que su cuerpo se estremeciese con las constantes caricias de Marcus.

—Yo aprendí por las malas que incluso quien crees que te ama puede volverse contra ti. No, cielo, no creo en el amor —sentenció de forma funesta.

Lauren se esforzó, con más ahínco esta vez, y logró desprenderse del abrazo; se giró para enfrentarlo cara a cara. ¿De qué estaba hablando? ¿Cuándo había estado él enamorado? Nunca había sabido que tuviera una relación. O quizá estaba hablando de otro tipo de amor. ¿Lo había traicionado alguien de su familia?

Lauren estaba tan anonadada por aquella revelación que no le salían las palabras, pues no sabía cómo encajar el hecho de que Marcus Chadwick pudiera haber amado a una mujer. Ella nunca había sentido celos de las chicas que bailaban con Marcus en las fiestas, o de las que le sonreían como bobaliconas, ni siquiera de las mujerzuelas que evidenciaban intereses poco decorosos por él; puede que porque nunca había sentido que tendría alguna posibilidad de serle tan cercana.

Sin embargo, en aquel momento sintió nacer un odio profundo y descarnador por la persona que había tenido una parte en el corazón de su amado, y que además lo había maltratado hasta el punto de convertirlo en un agnóstico.

—¿Quién se volvió contra ti, Marcus? ¿Qué te hizo?

Por un breve lapso de tiempo, Lauren estuvo plenamente segura de que no iba a recibir la más mínima explicación. Marcus fruncía el ceño, como si se estuviese convenciendo a sí mismo para callar. Se llevó las manos a la espalda y golpeó un canto rodado con la puntera de sus mocasines de paseo.

—No me refería a eso —espetó, contrariado.

Aquel tono no hizo más que confirmar a Lauren que había dado justo en el clavo. La mirada esquiva, la postura insegura, la feroz aura de autoprotección que adoptó su rostro... Mentía. No había estado tan segura de nada en su vida. Se llevó las manos a ambos lados de las caderas, con aquella pose tan de madre que siempre le había visto utilizar a la suya cuando quería sonsacarle una verdad que ella se empeñaba en ocultar, y le espetó:

—Si pretendes darme lecciones de madurez y objetividad, al menos deberías intentar ser sincero. Da mucha credibilidad, ¿sabes?

Aquello consiguió llamar la atención de Marcus como nada más podría haberlo hecho. De forma automática, se irguió con la espalda muy recta y dejó reposar los brazos a sus costados con un ligero atisbo de sorpresa en sus ojos. Después, le dirigió una mirada perspicaz y chasqueó con la lengua. Una lenta sonrisa se dibujó en su rostro de ángel.

—Me encanta esa vena irónica tuya. Te hace muy sexy.

Si pensaba que podía utilizar un piropo como camelo para no contarle lo que acababa de convertirse en la revelación más importante del año, iba listo. Adoptó la expresión seria y augusta que había aprendido a poner cuando quería ser tomada en cuenta por su padre y continuó con la farsa.

—No me insultes con artimañas tan evidentes. Si no quieres contármelo porque consideras que no soy quién para interrogarte, dímelo, pero te ruego que te abstengas de sandeces.

Marcus le lanzó una mirada ladina al tiempo que torcía la nariz hacia un lado en un gesto adorable, que de ningún modo consiguió aminorar la conmoción que todavía sentía. Mantuvo aquella postura, que era tan autoritaria como farisea, porque ni ella misma se creía que impusiese ninguna suerte de respeto a un hombre tan grande y tan aristocrático como el vizconde de Collington. Ni Lauren ejercía la más mínima presión sobre su interlocutor, ni él estaba tan ofendido por el regaño como aparentaba estar. Dudó por unos segundos más, pero finalmente se relajó y exhaló el aire con resignación.

—Ella era preciosa, risueña y muy complaciente. —Cada una de esas palabras fue como una daga directa a su alma. No había esperado obtener una

respuesta como esa. No estaba preparada para eso—. La colmé de todos los lujos imaginables, y ella me juró que me amaba. No tenía motivos para dudarle y con el tiempo, incluso yo mismo llegué a amarla. Pasado un tiempo, en el que me comporté como el más grande de los idiotas, descubrí que yo era un pasatiempo para ella mientras buscaba otro candidato para marido. Quería pertenecer a la aristocracia, ¿sabes? Y yo por entonces no tenía título.

¿Pero qué clase de loca desdeñaba el amor de Marcus Chadwick? La sorpresa debía traslucirse en su rostro, porque él le dedicó una sonrisa cansada.

—Ya ves, no eres la primera que me rechaza —añadió en tono burlón.

Lástima que Lauren no estuviese para bromas. Sobre todo, porque escucharlo reconocer que había amado a alguien le había producido un dolor sordo en el corazón, que parecía tener intención de quedarse allí.

«A mí no me ofreces tu amor».

—Te agradecería que no me comparases con esa... mujer —dijo, sin embargo—. No obstante, si aún no eras vizconde, debe hacer mucho tiempo de esto. —Al menos cinco años, pues ese era el tiempo que hacía desde que August Chadwick había sido nombrado conde de Haverston, momento en el cual Marcus recibió el título subsidiario de vizconde de Collington—. Entiendo que te doliese descubrir que te había mentado, que incluso renegases de las mujeres por un tiempo, pero... ¿aún no has sido capaz de olvidarla?

—¿A ella? —inquirió Marcus con un gesto despectivo—. Lo cierto es que al día siguiente ya me había olvidado del cariño que le tenía. Lo que no olvido es la valiosa lección que me enseñó.

Debía haber desarrollado un sexto sentido para reconocer la verdad en las palabras de aquel hombre en particular, porque en ese momento supo que Marcus aún no había olvidado. Sus ojos estaban impregnados de rencor y pesar; por mucho que él intentase aparentar que no daba mayor importancia a lo ocurrido en esa fallida relación, lo cierto era que recordarla le había cambiado el semblante. ¿Tan tortuosa había sido la ruptura para despertar en

él esas emociones oscuras y tristes que ahora no podía ocultar del todo? ¿Acaso aún la amaba? Una persona no desarrolla una aversión tan grande a enamorarse por un simple desengaño, ¿verdad?

—Privarte de amar no es una valiosa lección, Marcus —farfulló ella—. Es una afrenta. Una crueldad.

Pero no solo contra él, sino contra todos los valores por los que ella había luchado incansablemente durante toda su vida. Qué gran injusticia que una mujer desalmada y sin corazón se hubiese cruzado en el camino de este hombre que había nacido para ser venerado y adorado. En su propio caso, Lauren lo había idolatrado desde que apenas sabía lo que significaban las mariposas en el estómago que sentía cada vez que se lo encontraba.

Su ejemplo, casi con toda seguridad, era el más triste de todos, pero le constaba que eran muchas las jóvenes damas que habían caído rendidas de amor por él y que estarían más que dispuestas a curar sus heridas. Era un hombre noble, integro, inteligente, alegre; era perfecto en cada cosa en la que podía ser evaluado. Incluso los defectos de su personalidad, como aquella faceta gruñona, dominante y cínica, no hacía más que acrecentar el deseo de cualquier mujer por inundar de luz los pocos rincones oscuros de su alma. Dios debería mantener apartadas a las personas dañinas y malvadas, como aquella mujer, de las que son buenas y ejemplares, como lo era Marcus.

—Eso es cosa del pasado, Lauren. No puedo cambiar lo que pasó y no lo haría, porque ahora soy una persona mucho más realista y coherente de lo que era cuando la conocí a ella. Te puedo asegurar que la desconfianza me ha salvado muchas veces de caer en las mezquinas redes de otras féminas. Y esa es la cuestión, pequeña. En ti sí confío. Sé que no me traicionarías. —Marcus se acercó de nuevo y le acarició la mejilla con dulzura—. Ahora sé que existe la posibilidad de un presente y un futuro lleno de paz y armonía. Te quiero a ti en mi futuro. Y aunque no pueda cumplir tu sueño de darte un matrimonio con amor, puedo darte todo lo demás. Todo lo que me pidas, Lauren. Será tuyo.

Un nuevo espasmo asoló su corazón. «Te quiero a ti en mi futuro». Si

existiese la clemencia, ese hombre tendría que ser un poco menos explícito. Ya que parecía tan insensible a las emociones, no debería utilizar palabras como «querer», «necesitar» y sensiblerías de ese tipo. Existían un montón de formas de decir las cosas sin provocar paros cardíacos en las personas más impresionables, como ella, por ejemplo.

De nuevo sintió ganas de llorar, pero las contuvo con tozudez. Cerró los ojos y memorizó cada una de aquellas confesiones. Confiaba en ella. Oh Dios, esa afirmación en sí misma era una auténtica bendición. Era más de lo que hubiera esperado alcanzar en ninguna de sus fantasías y, sin lugar a dudas, era una confianza merecida, porque antes renunciaría a su propia existencia que hacer cualquier cosa que dañase a Marcus. Lo que la llevaba a recordar de nuevo el motivo por el que rechazaba casarse con él.

No era su reticencia sentimental, no; aunque le doliese como una herida abierta, la incapacidad o desinterés de Marcus para amarla, no era ni por asomo tan trascendental como el hecho de que Lauren podía causar la ruina de este hombre bueno y honorable.

—Y con ello volvemos al punto de partida —reconoció con voz cansada y derrotada—. No espero tu amor, Marcus. No es ese el problema. Ya te he dicho que...

Marcus desplazó la mano desde su mejilla hasta su boca para silenciarla. Notó que sus labios aún estaban más cálidos que los dedos de él, probablemente por los besos que habían compartido. Su boca aún se sentía hinchada y embriagada por su sabor. Y aquel tacto gentil no hizo más que traer de nuevo a su mente todas las caricias e intimidades que habían compartido esa noche.

—Está bien, no quiero volver a la misma discusión de siempre. Necesitas tiempo para reflexionar y eso es lo que tendrás. No voy a presionarte —espetó Marcus, dejando muy clara su negativa a volver a escuchar los mismos argumentos—. ¿Quieres que volvamos ya a casa?

A casa. Como si ya fueran una familia, como si él fuese a quedarse con ella toda la noche abrazándola, como si existiese la posibilidad de que subiese

con ella a la habitación y volviera a encender las ascuas de la pasión que habían ardido minutos antes.

No. Por más que le sonase a gloria, ni era su casa, ni ella iba a convertirse nunca en vizcondesa de Collington. Con el corazón encogido por la resignación, asintió y se dejó guiar por Marcus hasta el carruaje.

Capítulo quince

Las ascuas seguían aún prendidas en Marcus Chadwick, vizconde de Collington, al día siguiente del azaroso encuentro con Lauren Malone en el Saint James. Había sido una locura, una falta de responsabilidad y de honor. Y había sido delicioso.

Probar de nuevo el embriagante aroma de su piel, besar aquella boca que tanto lo tentaba, acariciar los más recónditos lugares de su cuerpo, la esencia misma de su feminidad... Gracias a Dios por la cordura de la muchacha, porque si no lo hubiera detenido, la habría deshonrado sin pensarlo siquiera, en medio de un parque y medio vestidos. Por todos los demonios, si lo había parado justo cuando estaba a punto de comenzar a desabrochar sus pantalones.

Ahora, a la luz del día, el valor de la muchacha le parecía encomiable, pero en el momento en que Lauren lo empujó y lo rechazó, se había sentido como un animal enjaulado al que arrebatan su presa, como si le arrancasen la felicidad a tiras. Por unos instantes su sangre había hervido de desesperación y había estado a punto de gruñir de pura frustración sexual; pero al ver el pánico en los ojos de Lauren, su vergüenza y desazón, la cordura tomó el mando de nuevo y una profunda culpa lo hizo querer dar cabezazos contra el árbol más cercano.

Se había comportado como un auténtico salvaje con la muchacha. Lauren Malone no era una de esas chicas descocadas y alegres que entendían el sexo como una diversión pasajera, no; para ella, el amor era el ingrediente necesario. Pero maldición, amarla era un lujo que no se podía permitir y no quería que ella abrigase ilusiones a ese respecto.

A pesar de ese conocimiento, había disfrutado mucho consolándola, abrazando su pequeño cuerpo voluptuoso... Si incluso había sido capaz de confiarle parte de su truculento pasado. No todo, desde luego, pero al menos

uno de los motivos por los que prefería mantener las distancias emocionales. Solo que Lauren no se había amilanado. No, ella se había ofendido en su nombre de una forma adorable.

Había creído, de forma errónea, que al contarle lo ocurrido con Alexia Badstone, ella entendería los motivos por los que no deseaba el tipo de relación que acabaría transformándolo en un títere descerebrado. Un hombre podía perder el norte de vista con facilidad cuando su pene se imponía a su cerebro, y Marcus Chadwick no era el tipo de hombre que tropezaba dos veces con la misma piedra.

Aunque, para ser sincero consigo mismo, tenía que reconocer que en lo concerniente a Lauren Malone su pene había perpetrado todo un golpe de estado contra su razón.

La deseaba, sí, pero además anhelaba escucharla reír, pasar tiempo con ella, verla comer de esa forma tan refinada y glotona a la vez. Cosas que no eran propias en su habitual comportamiento y que lo hacía plantearse que toda aquella farsa del cortejo formal solo conseguiría hundirlo más en ese pozo de adoración que empezaba a sentir por la muchacha.

Sobre todo, porque aquella estrategia no le llevaba al éxito. Hasta el momento, la conquista sosegada y cortés no funcionaban con la pequeña Malone. Ante las zalamerías y agasajos, ella se mostraba impertérrita, inamovible.

Sin embargo, como había dejado patente la noche anterior, sus defensas se resquebrajaban cuando se dejaba gobernar por aquel cuerpo voluptuoso y apasionado que escondía tras la fachada de muchacha recatada y decente: en los momentos de pasión, ella no era capaz de negar la atracción que los unía.

¡Qué torpe era! Lo había hecho todo mal desde el principio. Se había convencido de que la seducción de la pequeña pelirroja era la forma menos honesta de conseguir su propósito, lo cual había sido un tiro errado, evidentemente.

No podía culpar a nadie más que a sí mismo de este error de cálculo, y era que se había aterrorizado cuando fue consciente del desgobierno al que lo

empujaba la muchacha desde aquel primer beso en su habitación. Eso, unido a sus propios principios morales, lo había llevado a pensar que era mejor actuar con cautela y caballerosidad. Así que la había visitado, había almorzado o cenado con ella, había sido halagador y zalamero hasta el extremo: se había convertido en un perrito faldero con todas las de la ley.

Pero dadas las nuevas circunstancias, veía las cosas de un modo distinto, más pragmático. Si lo que Lauren y él tenían era más susceptible al deseo que al honor, la estrategia debía ser justo la contraria: la seducción. Aunque, también en ese nuevo desarrollo de las cosas, debía ser cauto. Una ofensiva demasiado agresiva y evidente podía volverse en su contra.

Tras la congoja con la que había reaccionado la muchacha a sus avances sexuales, se había propuesto ser un hombre paciente y contener su frustración y deseo de verla durante al menos una jornada. Algo así como un ayuno que lo ayudase a debilitar las barreras defensivas de la pequeña Malone. Acosarla tras haberle hecho pasar un momento tan comprometedor podía ser contraproducente.

Con esa idea en mente, le había enviado flores esa misma mañana a primera hora para informarle de que sus funciones en el parlamento le impedirían acudir a verla en todo el día —una flagrante mentira, pues incluso aquella jornada de reflexión era parte de su estrategia; de su nueva estrategia, que no era otra que la de unir la persuasión sexual al resto de sus acciones de cortejo—.

Siendo así las cosas, lo que no entendía era por qué demonios estaba cabalgando en dirección a Charing Cross. Pareciera que no tenía ningún tipo de autocontrol. ¡Maldita fémica! Lo traía de cabeza.

La noche anterior, tras el apasionado encuentro en Saint James, había tenido que pasarse por el club a pillar una buena cogorza que lo ayudase a conciliar el sueño, lo que solo había conseguido que ahora tuviera un importante dolor de cabeza, ya que los sueños calientes con la pequeña Malone habían acudido a él durante toda la noche de todas formas.

Nunca le había supuesto tanto esfuerzo mantenerse alejado de una mujer,

reflexionó. En ocasiones había tenido que controlar su atracción por alguna dama, normalmente casadas, que lo sometían a una presión invaluable con sus seducciones. Hombres menos pragmáticos que él habrían sucumbido, pero Marcus Chadwick no tenía el más mínimo interés en acabar en un duelo por un revolcón.

Y, sin embargo, ahora tenía la certeza de que estaría dispuesto a empuñar un arma con tal de conseguir casarse con Lauren. Menudo embrollo.

No hacía otra cosa que pensar en la cosita pelirroja todo el día. Estaba obsesionado, no había otra forma más sutil de decirlo. Lo asaltaba a todas horas la impaciencia por verla legalmente unida a él, por tenerla, poseerla. La cuestión iba más allá de lo razonable.

Ya era bastante malo que la lujuria solo fuera en aumento, cosa que se podía tolerar cuando estaba en presencia de ella, pero que ocupara la totalidad de sus pensamientos durante el resto del día era inaceptable. Solo había una solución: terminar cuanto antes con el asunto.

Si el cortejo formal no surtía efecto, tendría que pasar a una táctica más agresiva. Ella creía que el placer sin emoción no era posible, pero le demostraría que sí, que podía darle tanta o más felicidad sin la molesta dependencia que genera el amor.

El tiempo no iba a solucionar la discrepancia entre los planes de Marcus y los suyos.

A la mañana siguiente, cuando Lauren despertó, remoloneó en la cama durante media hora mientras reflexionaba en lo ocurrido los días pasados. La negociación había entrado en un bucle, y aunque ella fuera reticente a alejarse de Marcus, debía empezar a digerir el hecho de que en cuanto el dinero de su asignación mensual llegase desde Irlanda, tendría que poner pies en polvorosa. No había otra opción.

Tras una noche de sueño reparador, Lauren se sentía bastante reconciliada con su comportamiento escandaloso de la noche anterior; no lamentaba ni uno solo de los momentos que había compartido con Marcus.

Era muy consciente, eso sí, de lo inadecuado que era estar a solas con un hombre y dejarse toquetear por él, pero... era... ÉL.

Su mundo, sus sueños, sus días y noches giraban en torno a ese hombre con quien nunca podría tener una relación normal, a quien pronto tendría que abandonar. Si arañar cada milagroso segundo de su compañía e interés por ella era egoísta, bien estaba dispuesta a pagar cualquier penitencia que el altísimo quisiera imponerle. A fin de cuentas, no había peor castigo que renunciar a él.

Se levantó y estiró los brazos por encima de la cabeza. La luz entraba a raudales por la ventana, lo que indicaba que había dormido más de lo habitual; debían ser las diez de la mañana. Lauren era madrugadora por naturaleza, pero eso se aplicaba a las noches en que se acostaba poco después de una frugal cena. Cuando acudía a las fiestas o cuando se adentraba con hombres atractivos y atrevidos en los oscuros bosques londinenses, solían pegársele las sábanas. Se rio de su propio ingenio y fue hasta la ventana para levantar el postigo y dejar entrar el aire.

Hizo sus abluciones tras el biombo de madera troquelada que ocupaba el rincón opuesto a la cama en la habitación, se puso un vestido color añil de corte sencillo y se dirigió al tocador para terminar de arreglarse. Se disponía a peinar y recoger su alborotada melena cuando escuchó un crujido, un revuelo de telas, una maldición farfullada por una voz femenina y el rodar de un objeto contundente.

A Lauren, que tenía los brazos levantados para empezar a desenmarañarse el pelo, le tomó tres segundos girarse en dirección a la ventana, de dónde provenía todo aquel ruido.

Al principio, le costó entender que aquella profusión de enaguas blancas y seda de color naranja arenisca escondía a su cómplice y mejor amiga, Megan Chadwick.

—Por Dios, ¡Megan! —gritó entre estupefacta y entusiasmada.

—¡Cariño! —gritó Megan a su vez. La muchacha se levantó con una agilidad pasmosa y corrió hasta ella para envolverla en un gran abrazo que

hizo algo maravilloso en su corazón. Pareció que un pequeño nudo dentro de su pecho, que no sabía que estaba ahí, se hubiera desanudado.

La había echado de menos, a pesar de que no llevaba más que unos días sin verla y de que Hannah siempre estaba atenta con ella y escuchaba sus cuitas, pero Megan era algo más. Era quien mejor la comprendía y quien llenaba de diversión y aventuras sus días.

Señor, ¿cómo iba a soportar una vida alejada de todas las personas que quería? ¿Cómo iba a sobrevivir sin la alegría y el ingenio de esta mujer? Lauren sintió volver el nudo de angustia, pero lo acalló con decisión.

—¿Estás bien? —inquirió su amiga separándose un tanto para estudiar su rostro con ojo crítico.

—Sí —respondió Lauren, embebiéndose de aquel amor tan incondicional y componiendo, como pudo, su mejor sonrisa—. Solo estoy... sorprendida. ¿Por qué entras por la ventana?

—Ah, ¿pero no lo sabes? —preguntó una malhumorada Megan, que de pronto parecía haber recordado algo importante. Se apartó lo justo para echar una mirada inquisitiva por la habitación—. Ese tirano de mi hermano me tiene prohibida la entrada.

Lauren la miró sin poder ocultar la sorpresa que le producían esas palabras. Lo que decía no tenía el más mínimo sentido. Marcus le había explicado que Megan acudiría pronto a verla, y ella había dado por supuesto que la tardanza se debía a la planificación de la boda. Pero que su hermano le hubiese vetado la entrada a su casa era un concepto que no se explicaba.

—¿Por qué iba a hacer tal cosa? —inquirió todavía aturdida.

—Cree que soy una mala influencia —explicó en un tono altanero y resentido que demostraba su descontento con semejante juicio de valor—. Un momento.

Megan se levantó y se dirigió hacia la ventana desde donde gritó en voz baja:

—Amor, ya la he encontrado. Creo que bajaremos a desayunar. Ahora que nadie puede impedirme entrar porque ya estoy dentro, no creo que me

nieguen la comida. ¿Volverás en un ratito a por mí?

Alguien, con toda certeza el marqués de Riversey, debió de mostrarse de acuerdo con las indicaciones, porque con un «Eres un primor. No te merezco», Megan despidió a su cómplice en aquel asalto de morada y se volvió de nuevo hacia ella con la compasión pintada en el rostro. En aquel preciso instante, los recuerdos de los últimos días desde que se habían visto y su situación actual se hicieron bien presentes en su mente. Lauren no estaba preparada para enfrentar la conversación que se avecinaba, así que tomó la tangente.

—¿Amooooor? —preguntó irónica al tiempo que se golpeaba con el dedo índice la barbilla y componía una expresión pensativa—. ¿De quién puede tratarse? Tal vez te haya acompañado un aventurero señor Ballinguer... Tengo entendido que le gusta mucho viajar. O... podría ser que hubieras enredado al inocente señor Carlson para que te ayude a saltar ventanas. No, eso me parece poco probable.

Megan no dijo nada, pero la sonrisa cómplice de su cara era suficiente reveladora. Se cruzó de brazos y arqueó una ceja en dirección a ella. Lauren se regocijó en el juego, pues solo con su mejor amiga se permitía ser realmente la mujer descarada y audaz que a veces gritaba en su interior por salir a la luz. Se levantó del taburete del tocador y se paseó por la habitación con aire dubitativo.

—Oh, déjame adivinar —continuó bromeando—. ¿No será por casualidad... tu prometidooooo?

Megan estalló en una carcajada mientras Lauren se acercaba para abrazarla de nuevo.

—¡Estoy tan feliz con la noticia! —anunció.

—Así que ya me han chafado la sorpresa... Ese miserable de mi hermano me las pagará —sentenció Megan mientras ambas se separaban.

—Bueno, no se lo tengas en cuenta. De hecho, creo que se arrepintió en el acto —confesó Lauren, al recordar la cara de incomodidad de Marcus en aquel momento.

—Eso no lo libraré de mi venganza —retrucó su amiga con el tono altanero que era tan característico en ella.

Tenerla cerca era como un bálsamo para su alma, para su buen humor, y saber que había logrado conquistar al hombre que su corazón amaba la llenaba de una gran satisfacción.

—¡Ay, Dios! ¡Vas a casarte! —exclamó batiendo palmas con entusiasmo—. Vas a ser tan feliz... Estáis hechos el uno para el otro.

Por un fugaz momento, a ambas se les empañaron los ojos por la emoción de aquella alegría compartida, pero enseguida estaban parpadeando para ahuyentar las molestas lágrimas. Megan la tomó de las manos, y ambas se acercaron hasta la cama, donde se sentaron en aquella postura en la que siempre terminaban en sus frecuentes visitas: ambas en un lateral de la cama, con un pie en el suelo y el otro bajo la rodilla contraria, para verse bien las caras y poder estar cómodas.

—Estaba deseando contártelo —explicó Megan—. Hasta me he imaginado cien veces cómo te soltaría la noticia. Oh, debería afeitarse la cabeza a ese desaprensivo por lo que ha hecho.

El rostro de su interlocutora lucía muy enfurruñado, y lo cierto era que a su amiga nunca le había gustado que le robasen una noticia exclusiva. Se vio empujada a sonreír por aquella actitud infantil y tan frecuente en ella. Estaba tan contenta de tenerla allí que ni siquiera se inmutó ante la amenaza de afeitarse la cabellera de Marcus.

—Pues aquí estoy; toda oídos. ¿Cómo ocurrió? —Aquel, Lauren lo sabía, era todo el incentivo que se necesitaba para soltarle la lengua.

—Oh, fue grandioso. ¿Recuerdas que pusiste en duda que llegara... casta al altar?

Lauren abrió los ojos como platos y se llevó una mano al pecho, no como resultado de la exageración, sino desde la más absoluta perplejidad.

—¡No!

—Y tanto que sí —aclaró Megan con una sonrisa traviesa.

Lauren escondió la cara entre las manos, por las implicaciones libidinosas de aquel anuncio, mientras una risilla tonta e incontrolable le burbujeaba en la garganta.

—Pero ¿cómo? —preguntó cuando se recuperó de la impresión.

—Cuando te marchaste con Marcus, Lucas me llevó a su casa y... Dios, Lauren, ¡vas a alucinar!

—Pero ¿cómo se le ocurre llevarte a su casa?

—Es largo de contar, pero tenías razón al pensar que Lucas tenía motivos para comportarse como lo hizo. Es increíble y no quiero perder el tiempo entrando en detalles que no son los verdaderamente interesantes. Solo te diré que descubrió un documento en el que se ponía en duda su legitimidad como marqués de Riversey.

—No puede ser. —Lauren había intentado convencer a Megan de que un hombre respetable y noble como lord Riversey no se aprovecharía de la inocencia de una dama como ella si no tuviera en mente un compromiso serio, y que tenía que haber una explicación plausible para su repentina desaparición de escena, pero jamás hubiera imaginado que se tratase de un asunto tan grave.

Megan asintió con una cara de impaciencia que demostraba su intención de pasar de puntillas sobre el asunto.

—Pues es cierto. Bueno, no era cierto lo de la carta. Ay, no te he dicho lo de la carta. Bueno, da igual. —Se notaba que Megan estaba ansiosa por llegar a la parte que le interesaba—. Quiero decir que al final sí que es hijo legítimo del marqués, pero cuando creyó que no lo era, decidió que no podía arrastrarme a una vida de humillación. Por eso me dijo aquellas cosas en el parque, y por eso desapareció de Londres. Fue a Riversey para aclarar las cosas con su madre.

«Oh, que noble por su parte», pensó. Había estado protegiéndola en todo momento. No podía estar más claro que el marqués estaba enamorado de su amiga.

—Vaya... Te dije que era un hombre de palabra, y que sentía algo muy

profundo por ti.

—Sí, y así fue. Debería haber recordado que eres más lista que yo... El caso es que Lucas quería contarme toda la verdad y disculparse, a su modo cavernícola, por haberme abandonado, así que me llevó a su casa. Aunque al principio lo único que hacía era reprenderme por haber intentado robar los pagarés...

Lauren enrojeció de vergüenza al recordar la escena en la que ella y Megan fueron descubiertas intentando entrar a la mansión de Picadilly, pero su interlocutora ni siquiera parecía consciente de su apuro; tan concentrada estaba en sus recuerdos.

—... no sé muy bien como ocurrió... —continuó narrando entusiasmada—, pero de discutir pasamos a besarnos y... después nos fuimos desnudando y acariciando... —A esas alturas las mejillas de Lauren eran de un rojo carmesí —... y eran tal el ansia que sentía por ser suya y la lujuria que se apoderó de mí, que hicimos el amor en el suelo de su biblioteca.

Eso sí que no se lo había esperado. Lauren la miró de hito en hito, insegura acerca de las palabras que acababa de escuchar. ¿Así? ¿Sin más? ¿En el suelo de su biblioteca? Frunció el ceño y se imaginó la escena.

—Debía estar duro. El suelo, digo.

Megan volvió de sus ensoñaciones y le restó importancia al hecho con un gesto impaciente de su mano.

—A mí el suelo me daba igual. Estábamos sobre una alfombra, pero eso no es lo importante. Ay, Lauren, no te imaginas cómo es hacer el amor. Es... primitivo, y glorioso, y... te juro que pierdes el sentido.

Aquellas palabras fueron fluyendo por la mente de Lauren y crearon un pozo de anhelo provocado por la felicidad que leía en los ojos de su amiga. Se quedó quieta y muy atenta mientras Megan le explicaba cómo lord Riversey le había propuesto matrimonio, primero con despotismo y después con absoluta humildad, cómo la había hecho sentirse protegida y amada, y cómo había afrontado la peculiar tesitura de pedir la mano a su padre.

Una mezcla de emoción y amargura se fue adueñando de sus pensamientos

al tiempo que escuchaba el apasionado relato de su amiga. Se alegraba de corazón por la suerte de Megan, pues nadie como ella lo merecía, pero al mismo tiempo el regusto amargo de la desilusión fue ganando puestos en su mente al saber que nunca sería tan afortunada como ella.

No era más que su sino. Era evidente que una joven de alta alcurnia y de inmejorables cualidades como Megan Chadwick estaba predestinada a casarse con un hombre respetable y atractivo como lo era Lucas Gordon, porque además ella conseguía conquistar a todo aquel que la conocía. Megan era como una luz incandescente que atraía a las polillas, era irresistible.

—¿Qué me dices de ese desayuno? —le preguntó su amiga abandonando la cama—. Me rujen las tripas.

Lauren puso los ojos en blanco ante esa falta de comedimiento. Las señoritas no hablaban de sus órganos y mucho menos de sus intestinos. No en voz alta. Pero como siempre, a Megan esas reglas no se le podían aplicar, a menos que *lady* Haverston estuviera presente, en cuyo caso, la joven interpretaba el papel de hija perfecta con absoluta precisión.

—Suelen poner un menú exquisito por las mañanas —contestó ella un poco más animada ante el siempre reconfortante carácter de su amiga.

—Al menos me queda el consuelo de que mi hermano no es un anfitrión negligente, porque en los últimos tiempos no puedo decir nada bueno de él —arguyó Megan con enojo.

—Lord Collington ha sido mucho más considerado y magnánimo de lo que cabría esperar —dijo Lauren con el firme propósito de defender a su anfitrión ante cualquier ataque que pusiera en duda la respetabilidad de su acuerdo.

—Eh —añadió Megan con el ceño fruncido y una evidente expresión ofendida—. ¡Que soy yo!

Parecía mentira que una expresión tan simple encerrara tamaña declaración. Desde luego que sí. Tenía toda la razón. Megan era... Megan. Su alma gemela, quien le había dado afecto y protección durante toda su vida. La persona que, probablemente, más la quería en este mundo. La que la entendía

sin necesidad de palabras, la que no dudaba en lanzarse al barro con ella, la que siempre había escuchado los secretos de su corazón sin juzgarla. Megan era su mejor amiga, su ancla y su bote salvavidas. No había forma alguna en que pudiera mantener las distancias con ella, ni ocultarle sus verdaderos sentimientos acerca de cualquier cuestión.

¿Acaso no había estado esperando ansiosa por reunirse con ella? ¿Acaso no había imaginado una y mil veces la conversación que mantendrían cuando se encontrasen, lo que le diría y cómo se lo diría? ¿Qué sentido tendría intentar mantener ante ella una máscara de distancia y dignidad cuando podía leer tan bien en sus ojos? Con un suspiro de alivio, le devolvió la mirada y torció los labios en un gesto dubitativo, como si estuviese decidiendo si podía confiar en ella. Cuando Megan abrió los ojos como platos, Lauren no pudo seguir conteniendo la sonrisa.

—Tienes razón. —Decidió dejar a un lado los fingimientos—. Tu hermano es un poco cafre. Pero ha sido también un verdadero cielo.

Megan resopló y volvió a abrazarla.

—Bien, le diré a Lucas que aborte la orden de asesinato.

Capítulo dieciséis

El lujoso carruaje de color ébano destacaba en medio de la sencilla calle de Charing Cross. El sol era atrapado y devuelto por la superficie impecable de la berlina, hasta el punto que todo el que pasaba por delante se quedaba mirando con los ojos convertidos en rendijas. Junto al opulento coche, la figura alta y estilizada del marqués de Riversey acaparaba casi tantas miradas como su exquisito medio de transporte. Marcus Chadwick maldijo en voz alta y se percató de que Gordon miraba en su dirección. Incluso desde las cuarenta yardas que los separaban, era visible el rasguño blanco en la cara de su amigo que indicaba una sonrisa radiante. Maldito fuera. ¿Qué hacía allí? Nada bueno, eso seguro. Por el amor de Dios, con el dolor de cabeza que tenía... Incluso el caballo notó la tensión que se apoderó de su cuerpo, porque, de inmediato, empezó a cabriolar de lado. Marcus tiró fuerte de las riendas, y el jamelgo volvió a enderezarse y a trotar en dirección hacia su visita.

—¡Cuñado! Qué gusto verte —soltó Gordon en cuanto estuvo a la distancia suficiente para escucharlo. Marcus se bajó del caballo y tomó las riendas para atarlas en el poste más cercano, mientras su amigo continuaba con la mofa—. Estoy entusiasmado por tu actuación del otro día. Comenzar la semana viendo cómo tu mejor amigo pierde su mejor juicio es algo impagable.

—Te voy a amoratar la cara el día menos pensado, Riversey. Te lo juro —amenazó mientras se peleaba con las riendas para fijar bien su montura.

—Oh, por favor, no sigas —rogó Gordon llevándose la palma de la mano abierta al corazón con gesto dramático—. No puedo más con esta tragicomedia.

Marcus fue hasta él y lo tomó por las solapas de su chaqueta de paseo. Lo vapuleó un poco, cosa que no impidió que el marqués continuase sonriendo

con entusiasmo. Como su intención no era darle una paliza a su amigo, sino liberar un poco de frustración, lo soltó en seguida.

—Eres un maldito idiota —le espetó.

Gordon se sacudió las solapas con aire displicente y acto seguido le dio un golpecito condescendiente en el hombro.

—Oye, déjame disfrutar. Te comportaste como un bastardo el domingo cuando fui a solicitar la mano de Megan. Te mereces todo mi ingenio en la venganza.

Marcus suspiró resignado y aceptó el hecho de que él mismo se lo había buscado. Lo más probable era que el muy cretino se hubiera burlado del mismo modo, aunque Marcus nunca lo hubiera fastidiado en la pedida de mano de Megan, porque... en fin, así eran ellos. No podía culpar a su amigo por disfrutar con el ridículo tan espantoso que estaba interpretando. Y no le quedaba más remedio que reconocer que no tenía mucho dominio de su comportamiento en los últimos días. No sabía que una mujer pudiera ocasionar semejante lío en la cordura de un hombre.

—Debería haberme moderado teniendo en cuenta que yo mismo estaba metido en el lodo hasta las rodillas —reconoció.

—Pero no pensaste que la situación se te iba a escapar de las manos, ¿eh, muchacho?

—No me llames muchacho —protestó Marcus con el ceño fruncido mientras ambos se giraban hasta quedar de frente a la fachada principal de su apartamento—. No eres tan viejo

—Son tres años más de infinita sabiduría. —El marqués hizo una de sus pausas dramáticas y añadió una pregunta cuya respuesta ya sabía—. Ella te vuelve loco, ¿verdad?

Marcus sacó del bolso interior de su chaqueta de montar uno de esos puros intensos que fumaba su padre y lo acarició con los dedos. Jamás había encendido uno, pero manosearlos le proporcionaba una tranquilidad muy necesaria en estos momentos. Soltó un suspiro resignado y asintió.

—No estoy en mi hora más cabal, sin duda.

Riversey se rio con renovadas ganas y volvió a palmearle la espalda, cosa que a Marcus le pareció de lo más molesta y además descarada, teniendo en cuenta que él no era el único que andaba haciendo el ridículo últimamente.

—No te rías tan alto que todavía no me he peleado con media ciudad por ella. Si alguien ha perdido la maldita cabeza, ese has sido tú. —La mejor defensa siempre era un buen ataque. En realidad, eso tampoco era cierto, pero era lo único que le pedía el cuerpo en ese momento. Algún efecto debió surtir porque su recién comprometido cuñado se puso bastante serio.

—No te cogió por sorpresa —expuso con un tono resignado—. ¿Desde cuándo lo sabías?

Marcus no siempre había creído que la unión de su pequeña y adorable hermana con su mejor amigo fuera ni sana ni correcta. Cuando fue consciente de las miradas cargadas de deseo que Gordon le dirigía a Megan, fue como si alguien lo golpease en la boca del estómago. Sintió auténtico pavor, pues Gordon era un hombre mujeriego y tarambana por aquel entonces; con un gran sentido del honor, cierto, pero con muy pocos reparos a la hora llevarse a cualquier señora dispuesta a la cama. Y Megan... Señor, su hermana siempre había sido impulsiva y descarada. Aquello tenía todos los componentes para acabar en un trágico escándalo, y por eso había intentado desde el principio limitar el contacto de ambos.

Pero habían pasado los años, Gordon seguía profesando aquella fascinación por Megan, y, aunque la hacía rabiar día sí y día también, siempre se comportaba de forma correcta y decorosa con ella, por lo que tuvo que concluir que aquella atracción no era tan insana como le había parecido al principio. Aunque para ser honesto, habían sido sus propias circunstancias las que le habían hecho replantearse la idoneidad de una relación entre esos dos.

—Lo he sabido siempre —confesó—. Bueno, hace muchos años, en cualquier caso. No sé cuándo empezó ni quiero saberlo. Todavía puedo controlar mis ganas de asesinarte, gracias.

Prefería no pensar que su mejor amigo había tenido deseos insanos por

una adolescente Megan, pero, por las constantes explosiones de rabia de Gordon contra los pretendientes y las libertades de su hermana, sospechaba que había ocurrido incluso antes de su presentación en sociedad, que fue cuando su amigo empezó a ser incapaz de disimular aquellas miradas cargadas de tensión.

—Déjame que redirija la pregunta. —Era evidente que a Gordon seguía divirtiéndole bastante todo el asunto. Lo cierto era que el hombre estaba demasiado satisfecho consigo mismo en los últimos días—. ¿Cuándo dejó de molestarte?

—Me temo que la culpa la tiene esa bruja pelirroja.

Gordon lo miró sorprendido por el calificativo que había usado para referirse a Lauren, aunque no sabía muy bien si por la palabra en sí o por la ternura con que la había dejado salir. Esa era otra cuestión. El habitual afecto que le despertaba Lauren Malone se estaba convirtiendo en una cálida y reconfortante marea que le embargaba el pecho incluso en aquel momento, con dolor de cabeza y fastidioso amigo incluidos.

—El día antes de Nochebuena —relató Marcus, incapaz de retener una sonrisa melancólica ante el recuerdo del día en que todo aquel desastre había comenzado—, cuando llegué del parlamento, Megan y ella estaban adornando el salón con guirnaldas y farolillos de papel que habían estado haciendo durante todo el día. Lauren estaba subida a la escalera, pero como es tan pequeñita no llegaba a la lámpara para colgar unas estrellas de terciopelo blanco que querían poner allí. Se balanceó y estiró hasta perder el equilibrio. Como lo estaba viendo venir, yo ya estaba preparado para cogerla, pero ella se asustó tanto al verme que empezó a patalear y caímos los dos al suelo. Me las apañé para recibir la mayor parte del golpe, pero tuve que girarme y ponerla a ella de espaldas porque me había dado un rodillazo en... bueno, imagínatelo.

Marcus ignoró el bufido jocoso de Gordon y siguió narrándole aquella escena que tantas veces había rememorado.

—Cuando la tuve debajo y sentí su... —No iba a hablarle a Gordon de los

pechos de Lauren bajo ningún concepto. Ese puerco impío no necesitaba saber que se había empalmado como un chiquillo al notar el alcance que estaba teniendo la madurez en el cuerpo de la pequeña Malone—... cuerpo. De repente, fui consciente de que había crecido, de que era toda una mujer y de que la deseaba. Y aquel día entendí que un hombre no es dueño de sus instintos y no elige a quien desea.

Gordon volvió la cara hacia él y lo observó por unos segundos sin decir nada. Marcus seguía con la vista al frente, pero podía notar la suspicaz mirada de su amigo y la satisfacción que manaba de aquellos ojos grises que siempre habían tenido la capacidad de ver más allá de lo que decía con palabras. Fue un instante que no le pasó desapercibido, y que duró un suspiro, porque de inmediato la fachada sarcástica tomó de nuevo el mando.

—O sea que debo tu magnanimidad a un milagro navideño. ¡Qué adorable!

—Eres un payaso —retrucó.

—A su merced —añadió Gordon con una reverencia ensayada.

Marcus dio una patada a una piedra inexistente y fijó de nuevo la vista en su amigo.

—¿Qué demonios haces aquí? —inquirió.

Gordon desvió la mirada hacia la casa y sonrió con afectación.

—Te doy una guinea si lo adivinas.

Solo había un motivo por el que el marqués de Riversey estaría tan cerca del lugar donde él tenía oculta a su futura prometida: estaba acompañando a Megan.

—Genial. Sencillamente genial —farfulló.

Megan no se sorprendió cuando su mejor amiga se levantó nada más comenzar a dar cuenta del opíparo desayuno y se acercó hasta la pared que tenía justo detrás de su espalda para detener el péndulo del reloj que marcaba el paso de los segundos. Ella ni siquiera se daba cuenta de cuándo lo hacía.

Era como esas personas que caminan por la noche sin estar en realidad despiertos. Por algún motivo que se le escapaba, Lauren no soportaba escuchar el tic tac y, de forma automática, sin dejar de hablar o comer o reír, o cualquier acción que estuviese llevando a cabo, se levantaba y detenía los relojes, estuviese donde estuviese.

Sonrió para sus adentros y pensó que era otro de los rasgos de la personalidad de Lauren que la hacían adorable. Además, no podía culparla por comportarse de forma un tanto ansiosa, pues comprendía que lo que tenía que contarle no era fácil de confesar.

En cuanto se sentó, Lauren suspiró y respondió a la pregunta que acababa de formularle:

—Nada de esto hubiera pasado si tu hermano no hubiera visto la marca del moratón en mi mejilla aquella noche. —Mientras decía esto, Lauren se puso a jugar con los huevos revueltos en su plato. Parecía abstraída—. Pidió, bueno, más bien exigió ver a mi padre y se encerró con él en la biblioteca. Yo me moría de los nervios, y he de decir que tenía sobrados motivos porque cuando salieron me anunciaron que me iba a casar con Marcus. ¿Puedes creerlo?

En aquel momento su amiga le miró con auténtica confusión, como si todavía no diera crédito a lo que había sucedido hacía ya casi una semana, y lo que era peor, como si no fuera digna de ser tenida en cuenta para convertirse en la esposa de Marcus.

—Lo cierto es que mi hermano ya nos había contado esta parte de la historia —aclaró.

—Ah, ¿sí?

—Sí. Yo me volví loca cuando fui a tu casa y no te encontré...

—Ay, madre mía. Lo siento mucho —dijo Lauren afligida.

—Bobadas. No fue culpa tuya —respondió Megan quitándole importancia al asunto con un gesto despectivo—. El caso es que cuando apareció por casa, el muy farsante, le conté que estaba buscándote y que quería denunciar tu desaparición. —Los ojos de su amiga se convirtieron en dos enormes y

redondos discos blancos y verdes—. Y, claro, como estaba decidida a presentarme en Bow Street, me confesó que te había secuestrado. Porque sabe Dios que esto es un secuestro en toda regla.

En lugar de indignarse por la audacia de su hermano, a Lauren se le dibujó una sonrisa melancólica en el rostro.

—No me dio muchas opciones, desde luego. Me iba a escapar por la ventana, ¿sabes? —«Oh, ¡bravo por Lauren!», pensó Megan—. Pero me atrapó en mi habitación con medio cuerpo fuera y medio cuerpo dentro.

Megan no pudo evitar reírse de aquella pintoresca escena. Cómo le hubiera gustado estar viéndolo todo por un agujerito.

—Le dije que no podía casarme con él —continuó la joven—, le expliqué mis motivos, pero tu hermano es muy terco y estaba convencido de que un matrimonio de conveniencia es lo que ambos necesitamos.

—Menudo cafre... —bufó Megan.

—Me... besó —confesó la pequeña Malone mientras le sostenía una mirada llena de vergüenza y anhelo a un mismo tiempo.

Aunque ella ya sospechaba que en aquella especie de medio convivencia que estaba desarrollándose entre su hermano y Lauren habría ocurrido algo, le complació muchísimo escuchar el amor con el que su amiga confesaba aquel pequeño pecado, pues indicaba que para ella había sido una bonita experiencia, y era lo menos que Marcus le debía.

—¿Y fue como lo esperabas? —le preguntó ilusionada.

Lauren cerró los ojos con deleite y dos segundos después se puso roja como la remolacha y desvió la mirada hacia el suelo.

—Fue increíble, aunque... hicimos más cosas. Yo...

«Ah, no. De eso nada», se dijo Megan. No iba a permitir que se hiciera la remolona. Ella le había ofrecido santo y seña de cada intimidad que había tenido con su futuro marido. ¡Incluso presencié su primer beso!

—Oh, ¡venga! Suéltalo —exigió.

Lauren enrojecía por momentos. ¡Pobre! Debería sentir mayor compasión

por su amiga, pero quería todos y cada uno de los sórdidos detalles de aquel primer encuentro, y estaba segura de que no se los negaría, aunque también era consciente del gran esfuerzo que le suponía a la muchacha confesar esos pecadillos lujuriosos. Tanto, de hecho, que se tapó la cara con ambas manos y habló entre ellas.

—Me... abrió la camisa y me... besó. En los pechos.

Megan esperó expectante el resto de la historia, pero Lauren parecía haber terminado ya con la narración. Soltó todo el aire de los pulmones que había estado reteniendo a la espera de una explosiva información.

—Y ¿ya está? ¿Tanto remilgo por esa nimiedad? —Entrecerró los ojos y la miró con suspicacia—. ¿Vas a decirme que eso es lo único que ha ocurrido entre vosotros en estos cinco días?

Lauren dejó caer las manos con la cara aún encendida de un rubor intenso y le devolvió la mirada.

—¡Eres perversa! Yo no soy tan audaz como tú. No me resulta fácil contarte esto.

—Tienes razón —reconoció ella. Para Lauren era muy difícil confesar su falta de decoro, pues era bastante más tímida y puritana que nadie que conociese—. Perdona. Es que me emociona conocer los detalles. Prosigue, por favor.

—Después han ocurrido otras cosas. Tu hermano asegura siempre que se va a comportar como un caballero, pero después... Aunque no lo culpo a él —agregó rápidamente—. Yo debería ponerle freno a sus avances. Lo que ocurre es que me gusta mucho que me bese, y después no soy capaz de pensar con claridad.

«Sí, bueno, esta parte la entiendo», pensó. Lucas le hacía perder el sentido cada vez que se acercaba a menos de cinco pulgadas de ella. Había sido así desde el primer momento en que él atravesó la frágil barrera de su amistad y la besó. Y eso que no estaba enamorada entonces, como sin duda Lauren lo estaba de su hermano.

—¿Te has acostado con él? —inquirió con el ánimo de llegar al fondo de

la cuestión. Si ese era el caso, la única forma de averiguarlo era la confrontación directa.

Lauren abrió los ojos como dos naranjas y se echó hacia atrás en la silla, con aire conmocionado.

—Por Dios, ¡no! —gritó.

—Tampoco te alteres tanto —respondió con una sonrisa incontenible—. Cuando dos personas se desean y tienen sentimientos el uno por el otro, no es ningún pecado capital. Te aseguro que es una experiencia de lo más agradable y enriquecedora.

—Hablas como él —agregó Lauren con el ceño fruncido—. Y te has convertido en una descocada, que lo sepas. Además, dudo que tu hermano tenga algún sentimiento por mí más allá de la lujuria.

—Pues yo creo que te equivocas. Tienes mucho más poder del que imaginas. Oh, ¡imagínatelo! Si accedieras a casarte con él...

Lauren levantó la mano en el acto con la intención de impedirle continuar hablando. Eran raras las ocasiones en las que su amiga adoptaba un aire autoritario o imponía su opinión sobre cualquier asunto, pero estaba claro que había tocado en hueso.

—Ni te molestes en intentar persuadirme para que acepte. Si de verdad me respetas, no añadas más preocupaciones a mi vida. Ya tengo bastante con las constantes presiones de tu hermano. No necesito ni que me llenes la cabeza de pájaros ni que me des ningún sermón sobre lo conveniente que sería casarme con él.

No podía estar más sorprendida por la reacción de la muchacha. Parecía muy molesta, y eso que solo había insinuado que Marcus podía tener algún sentimiento por ella; cosa que, después de escuchar el relato de su amiga, tenía más claro que nunca: su hermano había desarrollado una atracción bastante romántica por la pequeña Malone.

Sin embargo, tenía que reconocer que la chica tenía toda la razón. Quería insistir, pero concluyó que sería muy imprudente ilusionarla con la posibilidad de que hubiese algo más que un interés sano y honorable tras la

propuesta de Marcus, pues ese hombre era tan testarudo y ciego que podrían pasar cien años sin que reconociese que estaba enamorado. Levantó las manos en señal de rendición y le dedicó una sonrisa arrepentida.

—Está bien. Nada de consejos amorosos. Entonces, ¿qué piensas hacer? Si no quieres casarte con él, ¿qué haces viviendo bajo su techo?

Directa al grano. No había querido sonar tan brusca, y mucho menos dar a entender que no aprobase sus acciones, pero a menudo le ocurría que las palabras pasaban de su estómago a su boca sin pasar por el cerebro. Ese era un claro ejemplo. Lauren suspiró y se llevó la mano derecha a la sien con palpable cansancio.

—Tu hermano se niega a que viva con mi padre después de que me golpeará. Y lo cierto es que convengo con su orden: no tengo intención de verme arrastrada por las apuestas y chanchullos de papá. Pero es obvio que no puedo permanecer mucho tiempo en esta casa, por mucho que la señora Carsiston me haga de carabina. ¿Te contó que la había contratado como dama de compañía? —Megan asintió, pero no añadió nada más para que ella acabara de contarle sus planes, ahora que parecía dispuesta a soltar prenda—. Supongo que puedo aguantar hasta que reciba la asignación de mis abuelos y después quizá me dirija hacia Escocia, o busque hospedaje en una casa de señoritas. Tal vez pueda ejercer como maestra en alguna de ellas.

«Oh, esa es una mala idea».

Tenía que pensar rápido en un modo de disuadirla... Por nada del mundo iba a permitir que se alejase de ella. Es más, si tenía que juntar la tierra con el cielo para que Lauren se convirtiese en su cuñada, las flores bien podrían plantarse en las nubes.

—No puedes viajar sola, Lauren. —Como argumento era un poco flojo, pero no tenía material con el que trabajar.

—Hannah vendría conmigo, creo. Aún no se lo he preguntado. Estoy segura de que sabríamos defendernos.

—Marcus no te dejará marchar. —Esto era una obviedad.

—Megan... —El rostro de su amiga adoptó un semblante terriblemente

cansado, como si hubiera repetido una y mil veces en su cabeza esta misma conversación. Apoyó los codos en la mesa y dejó caer la barbilla sobre las palmas abiertas de las manos—. Todo lo que puedas decirme, ya lo he analizado con todo el rigor, y la verdad es que te agradecería que dejáramos el tema. Aún no he tomado una decisión definitiva, y no quiero perder el poco tiempo que tenga para estar contigo dándole más vueltas.

Una retirada a tiempo es una victoria, y Megan bien que lo sabía. Una vez obtenido el acceso a la casa de su hermano, no había motivos para que no volviese a visitar con frecuencia a su amiga. Habría mucho tiempo para conversar y hacerle entender a Lauren que lo que Marcus le ofrecía era mucho más de lo que parecía a simple vista; era todo lo que su amiga hubiera soñado alguna vez. No iba a conformarse con la infelicidad de esos dos: se casarían y se amarían. Ya se encargaría ella de eso.

—Tienes toda la razón —aceptó—. Soy un poco pesada a veces. Solo quería estar segura de que te encuentras bien y de que no cometes ninguna locura. Me preocupaba mucho que mi hermano no estuviese siendo amable contigo o que los vicios de tu padre hubieran acabado perjudicándote, aunque... —En cuanto la idea vino a su cabeza, se dio cuenta de que confesarle que Marcus se había hecho cargo de los pagarés quizá fuera un mal paso. Lauren era muy orgullosa, y si su hermano no le había hecho partícipe de esta decisión, era mejor dejar que las cosas siguiesen así—...ni siquiera sé si has vuelto a saber algo de él.

—No. Y lo más extraño es que ni siquiera me preocupa qué ha sido de sus problemas. Estoy muy sorprendida, si te digo la verdad. Su seguridad ha sido siempre una de mis prioridades, pero aquella noche... —Un fugaz velo de tristeza ensombreció los ojos verdes durante un par de segundos, pero acto seguido solo quedaba resignación en aquel rostro dulce y sereno—. Creo que me desprecia, Megan. No sé por qué, pero no siente el más mínimo afecto por mí. Sentí como si se quitase un peso de encima al dejarme en manos de tu hermano, y yo no pude evitar también sentir algo de alivio al aceptar que no tenía nada que salvar de la relación con él. Fue como despertar de una

pesadilla. No sé cómo explicarlo.

—Creo que lo entiendo —contestó Megan al tiempo que extendía una mano y tomaba la de Lauren que reposaba sobre la mesa—. Te has rendido con él. Has aceptado que no puedes seguir luchando por un respeto y un aprecio que nunca vas a poder conseguir de tu padre. Eso no es malo, Lauren. Es lo más inteligente, creo yo. No debes sentirte culpable.

Lauren clavó los ojos en ella y asintió.

—No me siento culpable. De hecho, no me siento culpable por nada de lo que ha pasado, excepto por haberte implicado en mis problemas. Aunque cuando lo pienso, creo que, si nunca hubiéramos atracado carruajes, nunca te hubieras topado con lord Riversey, y quizá los acontecimientos actuales nunca hubieran tenido lugar.

Una sonrisa melancólica se adueñó de su cara al recordar la primera noche en que Lucas la había besado. Todo había ocurrido de la forma más inesperada. Habían parado el carruaje equivocado y de él había descendido un marqués de Riversey más atractivo e imponente de lo que ella había podido soportar. La había engañado el muy truhan para robarle un beso, el primero que recibía de su boca. Fue la cosa más maravillosa que le había pasado nunca. Y sí, puede que fuera el desencadenante de que en ese momento estuviera prometida con el hombre al que amaba. Aunque...

—Lucas me contó que llevaba años pensando en mí y que apenas se dio cuenta de que me amaba cuando creyó que tendría que renunciar a casarse conmigo. Pero podrían haber pasado veinte años más, y él no hubiera reconocido lo que sentía. A veces, los hombres son muy testarudos en este punto. De modo que sí, creo que nuestra aventura como ladronas fue lo mejor que me pudo haber pasado.

—De nada —dijo Lauren con una sonrisa brillante y orgullosa.

Iba a aprovechar su buen humor para preguntarle si tampoco se arrepentía de la intimidad que había permitido con su hermano cuando escuchó la impertinente voz del susodicho.

—¡Truller! Echa a este polizón de mi casa.

Ambas se giraron hacia la puerta y se encontraron con una imagen que casi la totalidad de damas de Gran Bretaña pagaría por ver: Marcus y Lucas con sus imponentes y elegantes figuras apostados bajo el dintel de la puerta. A pesar de lo que acababa de decir, Marcus lucía una expresión entre divertida y desdeñosa. Truller ni siquiera andaba por allí, así que aquella fanfarronada solo tenía por objeto hacerle ver su malestar por haberse colado en su propiedad.

«Que se aguante».

Megan miró hacia su prometido y sintió un nuevo temblor en la boca del estómago. Era tan endemoniadamente guapo que a veces la asustaba el poder que aquel atractivo ejercía sobre ella. En los pocos días que llevaban juntos, había sufrido más conatos de desmayo que en toda su vida. Cada vez que se le acercaba con oscuras intenciones, sus rodillas se volvían de gelatina.

—¡Por favor! —protestó Megan, con desdén—. No puedes pretender que esta pobre infeliz permanezca encerrada a cal y canto en esta casa sin poder sociabilizar un poco. Incluso un troglodita retrógrado como tú puede entender eso.

—Deberías enseñar a tu prometida a mantener el piquito cerrado, Gordon —añadió Marcus.

—Adoro su piquito —terció Lucas—. No pienso hacer tal cosa.

Megan le dirigió una mirada cómplice a su prometido, y este le guiñó un ojo, lo que provocó que Marcus pusiese los ojos en blanco y que se dirigiese hacia una silla enfrente de la suya y al lado de la de Lauren, en la que se dejó caer con fingido cansancio.

—Estoy rodeado de traidores —concluyó.

—Las lealtades hay que pelearlas, hermano. Si me dejas fuera del asunto, no conseguirás mi admiración. Y si encarcelas a mi mejor amiga, tampoco es que me estés ofreciendo mucho con lo que trabajar.

Marcus resopló mientras Lucas se acercaba también hasta la mesa y tomaba asiento a su lado. Con todo el descaro del mundo, la tomó por la barbilla y le propinó un beso más fervoroso que casto, a lo que su hermano

respondió tirando un mendrugo de pan a la cabeza de su prometido.

—¡Auh! —exclamó Lucas cuando ya se alejaba de ella. Se volvió hacia Marcus y agregó—: Ha merecido la pena.

—Ya. No lo dudo —agregó el otro, sin ser capaz del todo de esconder una incipiente sonrisa—. Para tu información, invasora de pacotilla, la señorita Malone no está encarcelada. Es mi invitada y ayer mismo salió a pasear por el parque de Saint James.

Una mirada a su amiga confirmó que no estaba mintiendo, aunque el rubor que vio aparecer en las mejillas de la muchacha indicaba que aquel paseo no lo había dado sola. «¡Qué interesante!», pensó.

—Oh, qué amable por tu parte —respondió con su tono más sarcástico—. Ya que eres tan magnánimo, no tendrás inconveniente en que pueda venir a visitar a mi mejor amiga o, ya puestos, en que ella me visite a mí.

—Considero que mi invitada está mucho mejor sin tu perjudicial compañía. —Aunque debería sentirse ofendida, a Megan le corría por las venas la euforia que siempre sentía en los enfrentamientos verbales con su hermano. Eran momentos que atesoraba en la memoria—. Pero en vista de tu falta de reparos en invadir propiedades privadas... supongo que puedo levantar el veto a tus visitas.

Los ojos castaños, tan iguales a los suyos, se desviaron hacia Lauren, quien permanecía callada, muy atenta a la conversación que se estaba desarrollando entre ellos. Ella esbozó una pequeña sonrisa al escuchar que podía venir a verla, y la expresión de satisfacción que adoptó el rostro de su hermano fue algo digno de ver. Él podía decir que el cielo era verde si quería, pero por muy obstinado que se pusiese, ese cruce de miradas era adoración pura y dura, y fluía en ambos sentidos.

—Gracias, hermano —añadió ella con la vista fija en el par de tortolitos, mientras apretaba la mano de Lucas para que no perdiera detalle—. Tu misericordia es infinita. Y ¿qué me dices de las visitas de Lauren a Haverston Manor?

Fue una lástima comprobar cómo esa última petición rompía el hechizo

que tenía subyugados a Lauren y a Marcus, quienes podrían haberse quedado mirando embobados otra media hora sin dificultad. Pero claro, había tocado, por lo visto, un punto caliente de la cuestión.

—Es mejor que Lauren permanezca aquí hasta que... bueno, por el momento.

¿Eso había sido prudencia? Quién lo diría. Su hermano, que siempre se empeñaba en hacer evidente su opinión sobre todas las cosas, se achantaba con la pequeña Malone delante. Toda esa conversación era fascinante, concluyó.

—Pero —terció Lauren, que no había abierto la boca desde que los dos jóvenes habían entrado en el comedor— ¿cómo voy a cumplir con mi compromiso de visitar a *lady* Killian este sábado si no puedo salir?

—¿No puedes mandarle una nota excusándote? —retrucó él mientras se levantaba y servía algo de huevos revueltos y salchichas cocidas en su plato y en el de Lucas.

—¿Y qué hay de malo en que visite a la amiga de su madre? —preguntó Megan, sin entender muy bien cuál era el origen de aquella polémica.

Marcus lo pensó de regreso a su silla. Se sentó y miró hacia el plato, y después hacia Lauren, quien esperaba la respuesta con mucha expectación.

—Creo que es mejor que la gente piense que Lauren está de viaje, o que está indispuesta, quizá así no se pregunten por qué nadie la ha visto entrar o salir de Holbrook House —explicó Marcus.

—Bobadas —contestó—. La gente no está acechando tras las esquinas para saber si una entra o sale de su propia casa.

—Me temo que en esta ocasión estoy de acuerdo con Collington —añadió Lucas, quien se había mantenido al margen más tiempo del que cabía esperar. Claro que ese tiempo lo había aprovechado para comerse varios bollos suizos de la bandeja que había en el centro de la mesa—. Señorita Malone, si alguien la viera entrar o salir de esta casa, incluso con la compañía de una carabina, se expondría a que la vilipendiasen. Y parece evidente que el argumento de un viaje o una enfermedad pasajera podría explicar muy bien

que sus vecinos no la hayan visto en estos días.

—Si le mando una nota a *lady* Killian y le digo que estoy enferma, acudirá a verme sin demora. Es muy protectora conmigo —agregó Lauren, que apenas había probado bocado en toda la mañana.

En aquel preciso instante, Megan cayó en la cuenta de que la opción más sensata en todo aquel disparatado plan de su hermano hubiera sido poner a salvo a la pequeña Malone llevándola a casa del conde de Killian. Habían sido muy amigos de su madre en vida de esta, y seguro que no hubieran tenido ningún inconveniente en acogerla.

Exponer esa opción en el momento presente era inútil y además poco recomendable. Aunque disparatado, el planteamiento de Marcus podía dar mejores frutos de lo que hubiera cabido esperar. Necesitaban pasar tiempo juntos para entender lo que para Megan era una evidencia de dimensiones astronómicas: estaban hechos el uno para el otro.

Su yo interior, rebelde y subversivo, la incitaba a formar tándem con Lauren y luchar por su derecho a visitar a quien le diera la gana, pero en ese caso tenía que ser pragmática. Y lo mejor para Lauren era facilitar la ocasión para que Marcus descubriese que aquella fijación por casarse con la muchacha no era tan conveniente como instintiva. ¡Hombres! Tenían cortada la comunicación entre su corazón y su cerebro, de tal modo que el segundo podía estar hablando a gritos sin que el primero se diera por aludido.

Aunque Lauren también necesitaba un empujoncito para superar toda aquella aversión a contaminar el aire que respiraba el bendito Marcus Chadwick. La mártir tenía que caer en desgracia, no había otro remedio...

—Puedes avisarle de que partes hacia Escocia a ver a tus abuelos —propuso entonces, convencida de que la visita a *lady* Killian podía traer más perjuicios que beneficios.

Lauren la miró con cierta desconfianza, que tuvo que encajar con la mayor dignidad posible. Era lógico que su amiga esperase cooperación por su parte, pero en esa guerra, Megan ya había elegido el bando.

—No me gusta mentir —explicó la joven.

Marcus hizo el amago de acercar su mano hasta la de Lauren, que reposaba sobre la mesa, pero se contuvo y la cerró en un puño.

—Solo será esta semana, te lo prometo. —Se notaba que su hermano estaba dispuesto a persuadir a la muchacha a cualquier precio—. Si para el sábado que viene no hemos llegado a ningún acuerdo, serás libre de ir y venir a donde te dé la gana, siempre que no te pongas al alcance de tu padre.

Aunque el argumento era más bien pobre, pues no le ofrecía ningún motivo para cambiar de opinión, pareció que para Lauren era suficiente con ese pequeño resquicio de control.

—Está bien —aceptó.

Una semana. Tenían una semana más de clandestina convivencia para que el amor rompiera las barreras que los dos habían erigido en medio para no verlo. Mientras, Lucas y ella tenían un arduo trabajo por delante si debían ejercer de pacificadores en aquella pequeña guerra de voluntades.

Enganchó un bollo suizo y le dio un muerdo mientras sonreía con disimulo. De repente, la imagen de una boda doble empezó a tomar forma en su mente.

Capítulo diecisiete

Al día siguiente, Lauren miraba con resignación el frasco de cristal vacío que había contenido la última dosis de su crema de jazmín para el rostro.

Hacía más de seis meses que había comprado el pequeño recipiente y había estado conduciendo su contenido de la forma más eficiente posible, al igual que había hecho con el resto de cremas, ungüentos y potingues de que disponía.

Su madre no había sido una mujer derrochadora pues el título de lord Holbrook no estaba asociado a una gran fortuna —nunca habían nadado en la abundancia—; sin embargo, no había sido inmune a los dictados de la moda o a la coquetería propia de las damas de alcurnia. De ahí que Lauren se hubiese acostumbrado, en cierto modo, a disponer de cosméticos de todo tipo y de una gama media.

Pero en los últimos tiempos, no había sido posible renovar sus diezmados suministros ya que se había visto obligada a estirar cada penique para que Holbrook House pudiese seguir pareciéndose al hogar que fue en vida de su madre.

El polvo de arroz fue lo primero en agotarse, aunque esa no fue una gran pérdida para ella, pues no necesitaba aclarar su rostro como otras damas: tenía una tez nívea y sin mácula, a pesar de los molestos granitos que tuvo en su adolescencia —los cuales no le habían dejado ni una sola marca—, y se cuidaba mucho de permanecer bajo el sol en pleno día, pues siempre temió que su ascendencia irlandesa se manifestara en forma de pecas por toda la cara. Además, ninguna dama respetable permitía que su piel se tiñese a causa del astro rey, por muy reconfortante que fuera sentir los cálidos rayos de luz acariciar el rostro.

Tras los polvos blanqueantes, se terminaron el jabón de perfumería y el colorete a base de extracto de geranio, por lo que ahora se bañaba con jabón

casero, elaborado por Hannah y por ella, con pétalos de rosa y sándalo, y se coloreaba las mejillas con vino de la despensa, como cualquier señorita de baja estofa.

Había ido renunciando a esos lujos de forma gradual, con el conformismo que la caracterizaba, excepto el día que tuvo que reconocer que se había terminado el agua de colonia con esencia de neroli, un aromático aceite de flores de naranja que siempre había utilizado su madre.

Aquel día había dejado que el nudo de aprensión en su pecho tomara el control por unos breves minutos y se había permitido llorar por todo lo que había ido perdiendo a lo largo del camino. Con su habitual conformismo, tomó la decisión de conservar aquellas últimas gotas en lugar de malgastarlas en sí misma, pues a través de aquel aroma podría evocar el recuerdo de su madre, la forma en que su presencia la envolvía cuando ella entraba en una estancia.

Como no era muy amiga de la auto conmiseración, dejó de recrearse en el pasado, se dio unos últimos toquecitos en los puntos donde se había extendido la crema por el rostro y se dispuso a salir en busca de su doncella, que había bajado con un par de vestidos para plancharlos.

Mientras caminaba por la planta superior, volvió a reflexionar sobre el hecho de que su estancia en aquella coqueta casita seguía volviéndose más cómoda cada día que pasaba. Hannah y ella comenzaban a sentirlo de alguna manera como su hogar y así lo habían comentado en varias ocasiones. El servicio no solo era discreto, sino que las trataban con absoluto respeto y afecto, de tal modo que no habían podido evitar sentirlos casi como su propia familia. A ella la mimaban como a la señora de la casa, y todos consultaban con Hannah para hacer aquello que más agradase a Lauren.

Su doncella era innegable, se había integrado a la perfección con el resto de los criados, cosa que no era de extrañar pues la francesa tenía un don de gentes y unas maneras dulces que encandilaban a todo el mundo. Era una mujer de carácter, eso sí, pero sabía muy bien cómo debía tratar a las personas para hacerse respetar y al mismo tiempo conseguir que la viesan

como un alma cándida.

A decir verdad, había que resumir que Hannah Lubrele tenía una gran capacidad para la manipulación. Todo lo demás serían eufemismos. Ella hacía lo que quería sin que nadie se diera cuenta de que se estaba haciendo justo lo que ella había deseado desde un principio.

Sea como fuere, todos las adoraban y obedecían sus órdenes con complacencia, por lo que a Lauren le costaba cada vez más reconciliarse con el hecho de que algún día no muy lejano tendría que abandonarles a todos, excepto a Hannah. Quizá debería ser más realista, dar gracias porque su situación fuese estable y no pensar en el más allá. Pero pensaba. Y la cuestión era que no podría prolongarlo mucho más allá de junio sin que alguien en Londres acabase descubriendo sus verdaderas circunstancias.

No iba a arriesgarse a que su inmundicia salpicase a Marcus, por eso había consentido a la recomendación de sus amigos para no visitar a *lady* Killiam el sábado. Además, ¿qué iba a contarle? ¿Que su vida seguía discurriendo con aburrida normalidad? Eso sería una flagrante mentira. No mucho peor que la de enviar una nota inventando un viaje a Escocia. Y, sin embargo, no había sido capaz de escribir la dichosa misiva porque aún esperaba que la solución a sus problemas se materializase ante sus ojos. ¡Ingenua!

Nada iba a cambiar por mucho que se sentase a esperar. En realidad, sí que podía cambiar, todo, a peor...

La intimidad con Marcus había alcanzado límites difíciles de manejar. Desde lo ocurrido en el lago no habían vuelto a quedarse a solas, pues el día anterior habían tenido visita durante toda la mañana y por la tarde la señora Carsiston había cumplido a la perfección con su papel de carabina. No obstante, las miradas que le dedicaba... quemaban.

Cada pequeña dosis de Marcus Chadwick era como un nuevo nudo que se formaba en torno a su corazón y que la esclavizaba más y más. Ahora no estaba más inclinada a aceptar el matrimonio de lo que estuvo al principio, y, sin embargo, tampoco era capaz de apartarse. Había tenido cientos de oportunidades para irse y abandonarlo. Lo hubiera hecho si la angustia no la

hubiera dejado paralizada cada vez que pensaba en que no volvería a verlo. La obsesión con él iba a más cada día, hasta el punto en que ya no le quedaban dudas que saldría con su corazón y su honor destrozados.

El supuesto desconocimiento de Marcus sobre la situación de su padre tampoco le daba buena espina. Lo único que le había explicado era que por el momento nadie sabía acerca de las deudas o el ingreso en prisión de su padre, que por algún motivo las cosas estaban en un estado de pausa y que no había vuelto a tener noticias de él.

Tenía sus dudas respecto a la veracidad de esa supuesta ignorancia. Por algún motivo, le daba la sensación de que le estaba ocultando la cruda realidad, igual que le había ocultado el hecho de que había prohibido a Megan que la visitase.

Mientras recorría la casa buscando a Hannah, Lauren le daba vueltas una y otra vez a todos estos interrogantes, y no podía llegar más que a una conclusión: Marcus estaba edulcorando las cosas y dorándole la píldora por algún motivo.

Estaba ya en la planta baja, cuando escuchó su nombre pronunciado por una voz amortiguada que procedía de la biblioteca. Si algo no era Lauren Malone, era una cotilla, pero no pudo evitar pararse en seco cuando, sin poder evitarlo, escuchó la frase entera:

—Te digo que la señorita Malone es su amante. —A Lauren le dio un vuelco el corazón y se le pusieron rígidos todos los miembros al escuchar aquella voz desconocida. La puerta de la biblioteca no estaba cerrada, por lo que el sonido fluía con bastante claridad hasta su posición, dos pasos por detrás de la entrada.

—Yo no creo que mantengan ese tipo de relación. Solo hay que ver la deferencia con que el señor trata a la señorita, y no olvides que él no está pasando aquí las noches —respondió una segunda voz que ella reconoció como la del mayordomo.

—Sí, pero ¿puedes decirme que no pasan a solas ni un solo momento?

—No, es obvio que no puedo asegurar eso. Lo cual no quiere decir nada, y

una vez más te advierto que mantengas tu boca cerrada. Si llega a mis oídos que alguna información ha salido de esta casa, yo mismo me encargaré de que no vuelvas a trabajar en tu vida.

—Oye, que yo aprecio tanto a la señorita Malone como el que más. — Ahora ya no tuvo ninguna duda de que quien hablaba con Truller era Anthony, un lacayo que siempre era muy amable con ella, aunque en este momento no sentía gran aprecio por el muchacho. Estaban hablando de ella y pensando lo peor—. Es una jovencita admirable y bondadosa y me ofende que insinúes que la expondría a ningún escándalo. Haría cualquier cosa por ella, y la respeto como si fuera la señora de la casa, que para mí lo es. Solo digo que el señor siempre ha traído aquí a sus amantes y que la señorita es muy bella, y él la mira con toda la intención.

¿A sus amantes? ¿Esta era la casa donde Marcus traía a sus... mujeres? Un regusto amargo comenzó a expandirse desde su estómago a su paladar al escuchar aquella información. ¿Cómo era que nunca lo había sabido?

—El señor ha traído a algunas mujeres a dormir, cierto. Pero ¿has visto que alguna se viniese a pasar una temporada y trajese una dama de compañía? La señora Carsiston llegó justo al día siguiente y a mí me parece una dama de lo más respetable —incidió Truller, quien parecía muy comprometido con su defensa.

—Sí, y sorda como una tapia, y con más sueño que una marmota. Nuestro señor es bien inteligente, ¡que me aspen si no lo es! Ha traído a esa antigualla para cubrir las apariencias porque como carabina es un desastre, te lo digo yo que he visto cómo el señor se queda a solas con la señorita en el jardín o en la biblioteca, mientras esa mujer duerme en cualquier silla que tiene a mano.

Lauren se llevó la mano al pecho y se dio cuenta de que el lacayo tenía toda la razón. Habían estado a solas en más ocasiones de las que el decoro permitía y había existido mucho más que un poco de intimidad entre ellos. Dios, y eso ni siquiera era una décima parte de las cosas que habían hecho fuera de aquella casa.

—Además, sí que tuvimos una visita de larga estancia. ¿O se te olvida que

el señor le compró esta casa a aquella amante suya tan bonita? Aquella sí que era una mujer despampanante y tenía loquito al vizconde.

—Eso era diferente —interrumpió Truller—. Mira, es evidente que el señor manifiesta cierto interés en la señorita, pero él nunca había inventado cuentos sobre la situación de las otras mujeres aquí. De la señorita Badstone nos dijo con meridiana claridad que era su amante y que la tratásemos como a la señora de la casa. Con respecto al resto de las... damas que han pasado por aquí, ya hayan venido de noche o de día, han estado para lo que han estado y después se han ido. Lo de la señorita Malone debe ser otra cosa, te digo.

—Y yo te digo que él no la mira como a una amiga...

Ya había escuchado suficiente. Casi sin ser consciente, Lauren fue retrocediendo hasta la pilastra de la escalera y se quedó allí apoyada. Con el corazón apretado en un puño, el sonido de aquellas voces se convirtió en un eco sordo mientras ella trataba de recomponer su mente y asimilar lo que acababa de descubrir. Cuando le había preguntado a Marcus por qué tenía aquella casa, él había evadido la pregunta. Y con razón. No era tan ingenua como para no haber considerado antes la evidente experiencia que un hombre guapo, sano y aristócrata había de tener por fuerza a los treinta años de edad; desde luego que sabía que Marcus no era un alma casta. Pero encontrarse allí, donde tantas otras mujeres habían sido acariciadas y besadas por él, le producía un resquemor y unas nauseas horribles en la boca del estómago.

De repente, todo parecía equivocado, como si su amor por él se viese sometido a un juicio público que no podía acabar más que en humillación, como si, en aquel momento, el altísimo le estuviese mostrando cuán pueriles eran sus deseos por Marcus y en lo que se había convertido.

Lo amaba con auténtica veneración y por ello se había convencido de que podía aceptar vivir bajo su techo, en las circunstancias que él había prescrito, ignorando a su conciencia cuando esta le decía que el acuerdo no era ni correcto ni respetable. Se había dejado convencer porque no quería irse y perderlo para siempre. Y a eso había llegado, a vivir bajo el techo al que Marcus llevaba a sus queridas, que era de algún modo en lo que ella se había

convertido. Quiso morir de vergüenza. Hasta los criados dudaban de su respetabilidad, y no podía culparlos.

No podía permanecer allí. Hasta aquel momento, y a pesar de las discusiones que había tenido con Marcus, no había sentido la menor intención de huir, pero eso había sido antes de enfrentarse a la verdadera imagen que estaba proyectando al aceptar el alojamiento en el «apartamento de soltero» de un par del reino. Por el amor de Dios, ¿en qué había estado pensando? ¿Cómo podía haber estado tan ciega?

Marcus había comprado aquella casa para una mujer, la señorita Badstone, que con toda seguridad era la misma de quien le había hablado en el parque. Esa horrible mujer que le había roto el corazón, la misma a quien él había amado tanto que no le había quedado espacio para amar a nadie más. Y la había llevado allí, a la casa que compró para ella.

Las lágrimas comenzaron a manar de sus ojos, y Lauren ni siquiera se molestó en limpiarlas, o acaso ni siquiera sabía si las estaba derramando. Ajena al resto de la conversación que se estaba desarrollando entre el lacayo y el mayordomo, se dirigió con pasos inseguros a su habitación.

Cuando entró, Hannah estaba colgando algunos de sus vestidos que era evidente que estaban recién planchados. En algún punto debían haberse cruzado y por eso Lauren no había sido capaz de encontrarla. La miró, aún aturdida por la revelación que acababa de sufrir.

—No deberías guardarlos —dijo en voz baja.

Capítulo dieciocho

—*Milady*, ¿ocurre algo? Estáis muy pálida. —Hannah dejó el vestido sobre el sillón que había junto al armario y se acercó a ella con celeridad—. Oh, ¿y esas lágrimas? Venid, sentaos aquí.

La acompañó hasta la cama, donde ambas se sentaron, y Lauren enfocó su mirada perdida en ella. El vacío doloroso que ahora ocupaba un lugar inmenso en su pecho se retorció de nuevo ante la evidente preocupación en los ojos de su doncella.

¿Por qué tenía que sentirse así? No había hecho nada por lo que debería avergonzarse, ¿verdad? Y, sin embargo, notaba un sabor amargo en la boca y no podía dejar de pensar en la deshonra que había terminado siendo para su madre. Ese pensamiento emergía una y otra vez entre la neblina de emociones que la embargaba.

No culpaba a Marcus. A fin de cuentas, solo había buscado una solución para ella, para que no viviese más con su padre, para que no pudiera volver a golpearla. Pero no podía justificarse bajo ningún concepto que siguiera viviendo en aquellas circunstancias. Y ella lo sabía.

Se iría a casa de *miss* Deerington y si Hannah quería acompañarla, se lo permitiría, pues en un lugar como aquel siempre venía bien otro par de manos. Hannah podía ganarse su manutención trabajando en la lavandería o como fregona, ya que nunca se le habían caído los anillos a la hora de ensuciarse las manos de hollín. El hogar para señoritas era ahora la única salida.

—Nos vamos de esta casa, Hannah. Te ruego que prepares nuestras cosas. No podemos permanecer más tiempo en este lugar —explicó, sucinta.

—Como ordenéis, *milady*. —Hannah se levantó con la sospecha dibujada en la cara, pero sin cuestionar su orden.

Aquella costumbre de llamarla por un título de cortesía que no le

correspondía la irritó más que nunca, porque jamás se había sentido tan insignificante como en ese momento.

—Espero que lo parta un rayo —farfulló la mujer mientras se dirigía al armario.

Lauren se volvió con los ojos como platos y la reprendió.

—¡¡¡Hannah!!! Qué cosa tan horrible acabas de decir.

—Perdón, *milady*. Tolero muy mal que os hagan sufrir, y mi lengua... ya sabéis que los franceses tenemos menos control de nuestras emociones.

Lauren nunca había estado muy convencida de los supuestos orígenes franceses de Hannah, pero ni siquiera bajo tortura se atrevería a expresar sus dudas en voz alta, pues la quería y la respetaba demasiado; ahora bien, lo que no iba a tolerar era que ofendiese a Marcus.

¿Podía culparlo? La pregunta se materializó una vez más en su mente. Al menos le había ofrecido una salida digna. No era culpa suya que lo amase hasta el punto de sentirse zaherida por vivir bajo el techo donde había amado a otras mujeres en el sentido carnal de la palabra.

—Además de impertinente, como muy bien señalas —alegó, ignorando la punzada de angustia en su pecho—, tu comentario es de lo más errado. Lord Collington se ha portado como un auténtico caballero conmigo y no ha hecho nada para propiciar nuestra marcha. Es solo que... que yo... que no puedo...

Sus ojos, sin previo aviso, se llenaron de lágrimas, y Lauren se las limpió con rabia.

No era cierto. No se había portado bien. ¡Era un maldito cretino! El orgullo; como una serpiente reptante, asomó en los bordes de su determinación. No era que nadie la hubiera tenido nunca en un altar: ella no era ni popular ni digna de admiración. No estaba acostumbrada a loas ni halagos, pero, desde luego, tampoco se había sentido nunca tan humillada. Estaba furiosa con Marcus por haberla llevado a aquel lugar y tratado como a una más. No había tenido en cuenta cómo podría ofenderla y herirla al obligarla a vivir en el lugar donde había frecuentado a mujeres de mala vida, porque lo cierto era que le importaban un comino sus emociones. Porque ella

no era más que un objetivo a corto plazo. Porque necesitaba una esposa para engendrar herederos, una dama de la aristocracia que pasear por los salones, y había optado por reclamar a la que estaba más a mano. Porque ella era tan tonta y tan obediente que ni siquiera tenía que cortejarla, ni molestarse en fingir que podía llegar a amarla. Había sido capaz de tener esos sentimientos, sin embargo, por una de aquellas mujeres. Marcus Chadwick había amado a su amante, la señorita Badstone, y le había comprado aquella casa.

—Mi niña, ¿qué sucede? —preguntó Hannah acercándose de nuevo y tomándole las manos mientras se sentaba a su lado.

Aquel tono preocupado y dulce, aquel gesto cariñoso y protector fue todo lo que necesitó Lauren para abrir las compuertas. Desde que murió su madre, Hannah se había convertido en su única familia; quién había compensado con sonrisas y guiños las miradas frías y rencorosas de su padre y quién, junto con Megan, se había convertido en depositaria de su confianza.

El dolor, la humillación y la rabia se trenzaron en un nudo angustioso, latente en su garganta. Y el miedo, porque, por encima de todo, la aterraba la idea de que Marcus aún amase a esa mujer. Sin poderlo remediar, Lauren rompió a sollozar.

—Él... trae-trae aquí a sus... a sus... y le compró la c-c-casa una de ellas... una que e-era muy bonita... y me ha tra-traído aquíiii... —expuso Lauren llorando como una niña y sorbiéndose los mocos. Aquello era muy poco elegante y correcto, pero no podía parar—. Los criados creen... creen que yo... que soy como ellas. Y yo... lo-lo-quiiero y no s-soporto...

—Ya, cariño, ya. Entiendo —la interrumpió Hannah mientras la abrazaba—. Os habéis sentido menospreciada, pero el lord no os ha tratado como a las demás. Os ha pedido matrimonio, *milady*.

—Pero yo no p-puedo ca-casarme con él —protestó ella con la voz amortiguada contra el generoso pecho de su doncella mientras daba rienda suelta a las dolorosas emociones contenidas durante días. Durante años.

Siempre se había esforzado por ser fuerte, por anteponer la realidad a los sueños, y por enterrar todo aquello que le produjese dolor, de tal forma que

su conformismo y su serenidad habían actuado como protección frente al desánimo. Lauren Malone no lloraba con facilidad, no se quejaba y tampoco se rendía. Pero en ese momento, necesitaba de una forma elemental dejar salir todos los momentos de frustración reprimidos. Hannah dejó que se desahogase y acarició con ternura su cabello durante el tiempo que empleó en liberarse de la tensión que la asfixiaba. Después, cuando los sollozos dieron paso a una sensación de calma, la tomó por los hombros y la hizo separarse.

—¿Y por qué no? —inquirió entonces—. Siempre decís que no podéis aceptarlo, pero es bastante razonable que la hija de un vizconde se case con otro par del reino.

Lauren se sorbió de nuevo los mocos y se concentró en explicarle a su doncella los motivos de su corazón. El día que ella fue enviada desde Holbrook House, solo le contó que no podían volver a aquella casa puesto que cualquier relación con su padre había quedado dañada sin remedio, que lord Collington había pedido su mano y que, mientras ella se lo pensaba, le había ofrecido instalarse por un tiempo en esa propiedad.

—Hannah, tú no lo sabes, pero... mi padre ha perdido todo su dinero y muy pronto irá a la cárcel de morosos. Debe mucho dinero. En realidad, te espantaría si supieses toda la historia —explicó con el tono mucho más firme que unos segundos antes—. Lord Collington... lo sabe. Él solo me ha pedido matrimonio para salvarme de la absoluta ruina en que me encuentro. Lo haría por lealtad y compasión. Y porque considera que la nuestra sería una unión conveniente para ambos.

—¿Y es eso tan malo? Al menos son hermosos sentimientos. Hay muchos matrimonios que se sustentan sobre bases mucho menos honestas y ahí están —replicó la doncella.

—Pero entonces el escándalo también lo salpicaría a él. ¿Entiendes? Sufiría el ostracismo de la alta sociedad porque no le perdonarían que se casara con una paria como lo voy a ser yo. Su buen nombre y el de su familia se verían arrastrados por el fango. No puedo hacerle eso. No puedo destruirlo. Por eso tenemos que irnos —explicó con algo más de sosiego.

—Comprendo —dijo Hannah con sencillez.

Lauren volvió a recostarse contra su doncella y dejó que las lágrimas cayesen libremente durante unos minutos más. Se dijo que ese sería el último momento de debilidad que tendría y se solazó con el hecho de ser abrazada por alguien que la quería. Al menos siempre tendría la certeza en la vida de que había dos personas dispuestas a todo por ella. Una era su mejor amiga, Megan, quien había demostrado con creces su cariño, y la otra era esa mujer humilde de gran corazón, que había renunciado a una vida mejor por acompañarla en medio de la desgracia. Con un suspiro cargado de decisión, Hannah volvió a separarla del abrigo de sus brazos.

—Lauren, sé que te espanta el hecho de arruinarle la vida a lord Collington, y no te falta razón. —Aunque se sintió sorprendida por el uso de su nombre de pila y el hecho de que la tuteara, a Lauren le pareció de lo más natural. Por eso, cuando Hannah se apartó y le levantó la barbilla con una de sus manos, ásperas por el duro trabajo, en su mirada solo había agradecimiento y atención—. Las esposas de los aristócratas están sometidas a un duro escrutinio por parte de la alta sociedad. El mundo en el que has crecido es un mundo muy duro, niña, a pesar de contar con todas las comodidades. Entre tu posición y la mía hay un gran abismo, y puede que creas que no puedo entenderte o que no sé lo que digo. Pero de mujer a mujer, te aconsejo que me escuches. Hay toda una gama intermedia entre una doncella y una dama de la alta sociedad.

Lauren asintió ante la duda que se dibujó entonces en el rostro de Hannah. Quería que supiera que la escuchaba y que no desaprobaba las libertades que se estaba tomando.

—Es cierto que podrías causarle mucho mal a lord Collington como su esposa, eso nadie lo pondría en duda. Sería un escándalo de dimensiones incalculables teniendo en cuenta que estamos hablando de una de las familias más respetadas de Londres, un consejero del rey nada menos. Lo hostigarían sin piedad si cayese tan bajo como para casarse con una desheredada del *beau monde*, pero hay una posibilidad que quizá no has considerado, una que nadie

le reprocharía a lord Collington.

—Continúa, por favor. —Ella estaba ansiosa por escuchar cualquier alternativa al feo panorama que se dibujaba en su futuro. Aunque estuviese ofendida y enfadada con Marcus, en el fondo de su mente se negaba a aceptar la posibilidad de alejarse de él para siempre.

—Quizá tengas una imagen muy distorsionada de esto, pero hay muchas mujeres que han logrado ser muy respetadas y admiradas. Hacen y deshacen a su antojo, tienen gran independencia económica y el lujo de ir del brazo de los caballeros más poderosos.

Lauren abrió sus ojos como platos y tomó aire.

—¿Hablas de prostitutas? —susurró conmovida.

—Hablo de las amantes —contestó Hannah con una sonrisa condescendiente.

Aquello no podía decirlo en serio. Casi se le escapó una carcajada de incredulidad, solo que estaba tan espantada que ni le salió.

—¿Quieres que yo...? ¡Nooooo!

Ni siquiera podía concebir el hecho de que Hannah lo plantease. ¿Quería que considerase la opción de tomar el lugar de una vulgar fulana?

—Es evidente que sí tienes un concepto equivocado de ellas —añadió la francesa con gesto resignado—. Algunas son mujeres muy honradas, Lauren. Incluso aman a sus protectores. No las condenes por el hecho de no haber pasado por la vicaría. Entiendo que no has sido criada para tener en cuenta las miserias humanas, pero como tú has señalado, tus condiciones han cambiado de forma drástica en las últimas semanas.

Lauren sintió de inmediato el arrepentimiento que provenía de prejuzgar a personas que ni siquiera conocía. Hannah tenía razón. No podía despreciar a todo un conjunto de mujeres que podían haber llegado a ese punto por circunstancias muy diversas. No tenían por qué ser malas personas, se recordó. Y, por otro lado, su propio estatus había descendido en caída libre en un par de meses.

Amantes. Las distintas ramificaciones sociales de esa particular categoría comenzaron a desfilar por su mente e intento repasarlas de forma analítica. Las amantes no eran un tema que se dejase caer en conversaciones ante debutantes y jóvenes vírgenes de noble cuna; pero había que ser ciega y sorda para no conocer la infinidad de relaciones extra maritales que se desarrollaban de forma asombrosamente cotidiana en la alta sociedad. Cierto que *ellas* nunca alcanzaban la respetabilidad de los salones ni eran admitidas en ciertos círculos sociales, pero había excepciones. Viudas que ahora frecuentaban la compañía de otros caballeros, artistas tan famosas que su presencia era bienvenida, aunque llevaran el escándalo dibujado en la cara, damas venidas a menos que se veían obligadas a depender de un hombre que tenía una familia en algún otro lugar.

No era el sueño de ninguna jovencita, pero para muchas mujeres en situaciones difíciles había sido una solución digna. En eso, a su doncella no le faltaba razón. Era una realidad que se permitía y se respaldaba de una forma un tanto hipócrita. En un mundo gobernado por hombres, cualquier cosa que favoreciese sus placeres podía ser aprobada con facilidad, incluso las dobles vidas.

—Pero yo... no soy... En mi caso... —Quería aclararle a Hannah que era inocente, que no era el tipo de mujer que podía cumplir con ese cometido. Además, aún estaba digiriendo el hecho de que Marcus había tenido amantes, que ya no eran una suposición suya, sino mujeres reales que habían cohabitado con él en aquellas mismas paredes; convertirse en *eso* era un concepto que estaba fuera de toda consideración.

—Déjame que te explique —interrumpió ella, sin dejarle expresar su congoja—. Como hija de un aristócrata, sería impensable que tomases ese papel, pero si el escándalo estalla, nadie se asombrará de que lord Collington tome esta forma de protección hacia tu persona. Considerarían un escándalo que te convirtiera en su esposa porque para ellos, una vez que se conozca tu situación, pasarás a pertenecer a otro estrato social que ya no será el mismo que el suyo. Las matronas jamás te perdonarían que cazases a uno de los

solteros más codiciados de la ciudad, y sí, tienes razón, os repudiarían a ambos. No lo perdonarían. Sin embargo, serían condescendientes contigo si te conformases con mantenerte en un segundo plano. Harían la vista gorda, ¿entiendes? Sé que no te sientes preparada para desempeñar ese papel, sé que no naciste ni te educaste para ello y que puede que te asuste, pero te aseguro que podrías llegar a ser muy feliz. Y por el... desempeño de tus funciones, no te preocupes, lord Collington no precisa que tengas conocimiento en la materia.

Lauren se quedó pasmada durante largos minutos. Una parte de su mente se rebelaba contra la insinuación de que ella pudiese caer tan bajo, pero había otra parte, la sesuda y práctica, que le impedía negar la lógica irrefutable en las palabras de Hannah.

No era fácil asumir que había dejado de ser una válida candidata a matrimonio para convertirse en una vulgar amante. No, vulgar no. No tenía por qué ser así. Tenía que dejar de pensar como una acomodada dama de alta alcurnia. Pronto no sería más que una paria. Por eso se había negado a casarse con Marcus, porque ella muy bien sabía que cuando estallase el escándalo, sería vista como una vulgar arribista que había cazado a un lord rico, mientras que a Marcus y a su familia todo el mundo les reprocharía que hubieran dejado a la escoria entrar en su círculo social, pero... ¿su amante? La alta sociedad era muy hipócrita en ese aspecto. Se limitaban a mirar para otro lado y a cuchichear sobre aquellas relaciones ilícitas en los corrillos, pero no se atrevían a desairar a la amante de un hombre importante. No es que fueran a respetarla, no, ni mucho menos, la despreciarían, pero en privado. El *beau monde* toleraba mucho mejor a las ovejas descarriadas, a las cuales podían vilipendiar, que a las parias que intentaban escalar posiciones sociales a través del matrimonio. ¿De verdad se lo estaba planteando?

Una nueva protesta alzo la voz dentro de su mente. La cuestión no era si ella estaba dispuesta a someterse a esa degradación pública, sino las motivaciones de Marcus para haberle propuesto matrimonio.

—Pero lord Collington quiere casarse para engendrar herederos —recordó,

y su corazón abrazó la protesta como si ahí se hallase la salvación. La necesitaba para cumplir con esa obligación en la vida de todo aristócrata, lo había dejado muy claro. Marcus no lo aceptaría porque los hijos de una amante serían bastardos—. Considera que es su deber hacerlo. Eso no va a cambiar.

—Y lo hará. —En ese punto Hannah volvió a tomarle las manos—. Y cuando eso ocurra tendrás que renunciar a él, o aceptar compartirlo con su esposa; —Lauren la miró horrorizada mientras su corazón se encogía al tamaño de una pulga y la respiración se le escapaba del pecho. Hannah incrementó la presión sobre sus manos—. Pero escúchame, para ese momento tú ya tendrás una estabilidad económica y una posición. Ahora no tienes nada. Ni siquiera el dinero para huir. Sé que has gastado todo lo que tenías en mantener Holbrook House en pie.

—No puedo... —gimió Lauren apartando la mirada. No. No. No. Era impensable—. Se me partiría el corazón.

—Se te partirá ahora del mismo modo si tienes que dejarlo —insistió Hannah—. Querida niña, sé inteligente. Piensa. Al menos podrás disfrutar de tu amor hasta que él tenga que tomar una esposa. Tendrás una vida feliz y completa que recordar. Y él muy bien podría enamorarse de ti y mantenerte siempre como la primera opción de su corazón. Piensa en Diana de Poitiers. Ella fue la amante de Enrique II y fue la dueña del amor del rey hasta su muerte. Una francesa inteligente y poderosa como pocas ha habido. No dejes que tu orgullo o tu miedo te impidan tener algo hermoso por lo que haya merecido la pena vivir.

Lauren la miró asombrada y conmovida. La última frase se clavó en su alma como si la hubiera tallado con un hierro candente. Si se alejaba de Marcus, si nunca volvía a sentir la ambrosía de sus besos, si no podía verlo sonreír y enfurruñarse nunca más, ¿merecía la pena vivir? Bueno, la vida siempre merecía la pena, pero ¿qué clase de vida le esperaba sin él? Si se iba, tendría que empezar de cero en circunstancias peores que miserables. Tendría su orgullo y su dignidad intactos, pero aquello no le proporcionaría ninguna

felicidad; el recuerdo de una vida, aunque fuera fugaz, junto a Marcus, sí. No aspiraba a su amor. En eso no debía engañarse pues él había sido muy claro al respecto, pero podía arañar cada segundo del resto de emociones que él quisiera prodigarle.

Jamás se hubiera planteado tener que conformarse con semejante papel en la vida del hombre que amaba. Minutos antes, estaba dispuesta a salir para siempre de su casa por el dolor y la humillación que le provocaban estar bajo el mismo techo que habían dormido otras mujeres con él, pero incluso en ese momento de cegada indignación se había sentido muy desamparada al pensar en no volver a verlo. Porque había una única verdad en su corazón: lo amaba, más allá de la razón o de sí misma.

—Creo... creo que necesito pensar, Hannah.

Con un ademán respetuoso y eficiente, su doncella se levantó e hizo una pequeña pero orgullosa reverencia.

—Por supuesto, *milady* —dijo ella, retomando su habitual tratamiento deferente.

En absoluto silencio, Hannah Lubrele, si es que ese era su verdadero nombre, abandonó la habitación, dejándole a Lauren el tiempo necesario para meditar su decisión. Un tiempo que no necesitaba, pues su innato pragmatismo ya había tomado una resolución. Podría decirse, por tanto, que la honorable señorita Lauren Malone empleó aquel tiempo para reconciliarse con la idea de que iba a proponerle a lord Collington que la convirtiera en su amante.

Capítulo diecinueve

—Lauren, me gustaría hablar contigo.

Una cosa era reflexionar sobre la cuestión de proponer a Marcus un acuerdo de tipo «licencioso» y, otra bien distinta era tener el coraje y la audacia necesarios para hacerlo. Lauren llevaba todo el día recluida en su habitación, analizando las dimensiones de la vida que se había propuesto llevar y, tras una considerable carga de conflicto moral, se había decantado por ser pragmática una vez más.

Daba la sensación de que llevaba toda su vida adulta tomando esa senda, la de lo coherente y realista por encima de cualquier otra consideración más emotiva. Sus sueños, sus deseos, sus ilusiones siempre quedaban relegados a un segundo plano por uno u otro motivo. El amor de su vida no iba a ser una excepción, por lo visto. En ese caso también iba a optar no por aquello que anhelaba, sino por lo que era más fácil y lógico. Aun estando convencida, que lo estaba, no deseaba que llegara el momento de afrontar la conversación con Marcus.

Era viernes, una jornada complicada para él en el parlamento, pues se debatían las enmiendas a un proyecto muy ambicioso sobre el ferrocarril. Había incluso fantaseado con la posibilidad de que aquel día no acudiese a verla. Por eso podía que, por primera vez en su vida, no se hubiera sentido contenta cuando escuchó la voz grave irrumpir en el codiciado silencio de la biblioteca.

Lauren levantó la vista del voluminoso libro que leía y la fijó en aquel rostro que tan aprendido se tenía. Era hermoso como ninguno. Le parecía fascinante que este ser perfecto y maravilloso tuviese el deseo de convertirla en su esposa, aunque fuera por los motivos equivocados. Y aún más sorprendente era el hecho de que la deseara. Lauren ya no se cuestionaba que eso era una realidad. Las continuas insinuaciones, la mirada candente y cada

uno de sus deslices demostraban que el vizconde de Collington sufría algún tipo de atracción hacia ella, gracias a la cual, Lauren tenía alguna posibilidad de acceder a la posición que esperaba: la de amante.

Marcus parecía cauteloso, lucía una pequeña arruga en su entrecejo, como si estuviera confundido por algo o estuviera decidiendo la mejor forma de expresar su parecer.

—Buenas noches, Marcus. Yo también deseaba tener una conversación, pero no sabía si vendrías hoy.

—Oh, sí. Disculpa. —Marcus entró en la biblioteca y se acercó hasta el sillón donde estaba sentada. Se inclinó y, de la forma más natural, le dio un beso en la mejilla—. Buenas noches, querida. Si me permites, hablaré primero.

Qué reconfortante era recibir esos besos dulces y llenos de afecto. Era algo a lo que podría acostumbrarse. ¿Serían tiernos los hombres con sus amantes? Seguro que Marcus lo era.

—De acuerdo. Te cedo el turno —dijo, sintiéndose reconfortada por la familiaridad con la que empezaban a tratarse.

Marcus sonrió, gracias a lo cual perdió el último resquicio de rigidez en su expresión. Mejor así, cuanto más animado estuviese, más receptivo sería a su propuesta.

No iba a aceptar un no por respuesta; eso lo tenía claro. En esta ocasión, aunque estuviese renunciando a sus sueños, estaba decidida a marcar el paso y a hacer las cosas a su manera. Él podía tener sus proyectos y sus estrategias, pero ya estaba harta de que la pusiera contra las cuerdas para lograr sus objetivos. Ni todo el fuego del infierno conseguiría que volviera a camelarla.

—Verás —comenzó diciendo él—, sé que no hemos hablado de esta cuestión y que, probablemente, debería haberte consultado. Pero quería tener un detalle contigo y sospechaba que no ibas a ser partidaria de mi elección. —Marcus parecía expectante. No debía ser nada bueno cuando tenía aquel gesto precavido—. Me temo que he infringido varias normas sociales con mi regalo, pero te ruego que dejes a un lado tu orgullo y lo aceptes.

—Aún no he oído nada que sea inaceptable. Claro que no es frecuente escuchar la disculpa antes que la proclama —respondió Lauren, un tanto divertida por el apuro que estaba pasando el pobre.

—He hecho encargarse un vestuario nuevo para ti. Mañana a primera hora lo traerán de los almacenes Worterson.

—¿Qué? —De la gracia, pasó a la más absoluta perplejidad.

Eso era tan inadecuado en cualquiera que fuera la perspectiva desde la que se considerase que no pudo más que quedarse patidifusa. ¿Cómo hacía para descolocarla una y otra vez, incluso cuando ella se sentía plena de determinación?

—No te enfades, por favor. Has perdido gran parte de tu ropa al mudarte a mi casa, y quiero que tengas todo lo necesario. Así que encargué a Hannah que fuese al almacén de confeccionados y cargase a mi cuenta algunas prendas nuevas. Siento mucho haberla obligado a ocultártelo, pero no quería que me arruinase la sorpresa.

—La sorpresa... —musitó ella.

Lauren respiró hondo y contuvo sus ganas de indignarse como una dama remilgada de la alta sociedad. En cualquier otra circunstancia, estaría escandalizada y humillada, pero en aquel momento no quería un enfrentamiento con Marcus. Y, para ser realista, la compra de un nuevo vestuario para una amante era algo de lo más frecuente. De hecho, tendría que acostumbrarse a recibir no solo vestidos y sombreros, sino joyas y perfumes, pues eran agasajos frecuentes en aquel tipo de relaciones. Cerró por un breve instante los ojos y se obligó a transigir.

—Comprendo. Y... ¿qué has encargado, exactamente?

Marcus frunció el ceño y la miró con desconfianza.

—Vestidos, guantes, capas... Lo dejé a elección de tu doncella. Ella conoce tus gustos, tu talla y tus necesidades mucho mejor que yo.

—Necesidades... —repitió Lauren.

¿Sería posible que Marcus hubiese apreciado el estado de sus ropas y por

eso hubiera pergeñado aquella compra secreta? ¿Tan evidente resultaba lo precario de su situación? Notó que sus mejillas se sonrojaban.

—Si algo no te gusta puedes devolverlo, pero te ruego que aceptes mi presente, Lauren. No me gustaría discutir por esta cuestión, y no me harás cambiar de parecer.

No iba a negarse, pero podía mirarlo con rencor unos segundos para que, al menos, se sintiese culpable.

—Está bien. Lo acepto —concluyó, al fin—. Te agradezco el... detalle.

La sorpresa fue evidente en los ojos castaños de su interlocutor. Marcus se apartó cuando ella hizo obvia su intención de levantarse.

—Aunque te parezca raro, esto que has hecho tiene mucho que ver con el tema del que yo quería hablarte.

Por su expresión confundida, era fácil imaginar que Marcus era incapaz de hilar la relación entre lo que ella iba a contarle y el pedido a los grandes almacenes.

Explicarlo no era mucho más fácil. Su cerebro buscaba, sin éxito, las conexiones lingüísticas más sutiles y conciliadoras para plantear la cuestión. Rápido, llegó a la conclusión de que no había una manera diplomática de exponer su propuesta. Así que dejó que fuera su corazón quien hablase.

—No voy a casarme contigo, Marcus. Ni ahora ni nunca. —Como esperaba la interrupción que comenzó a formarse en la boca de él, le puso la mano en el pecho para detenerlo—. Déjame terminar, por favor. Necesito explicarme. Después podrás decir lo que desees.

Con el ceño retorcido y un asomo de desconfianza en la mirada, Marcus asintió, aunque se había puesto tenso como una vara. Todo en su posición y en su rostro indicaba que quería protestar con vehemencia, pero se contuvo.

—Adelante —farfulló con inquina.

—Te mereces algo mejor que la hija de un vizconde arruinado y caído en desgracia. Le debo mucho a tu familia y no voy a consentir que os señalen y desprecien por mi causa. Del mismo modo, no veo ninguna necesidad en

forzar un matrimonio que no nos haría felices a ninguno de los dos.

—A mí sí —barbotó él, aunque era evidente que diría mucho más si no hubiera prometido mantener silencio. A Marcus comenzaba a mutarle la expresión, convirtiendo su adorable rostro de ángel en el de un muy ofuscado Apolo.

—Dejarías de gozar del respeto de la gente. Te obcecas en ignorarlo, pero no tendrías una esposa con la que mantener las buenas relaciones de tu entorno. Yo te frenaría en el parlamento y en la vida. Y por mi parte, no quiero ser una esposa que no sea más que un ornamento. Creo en el sagrado voto del amor matrimonial, y me niego a vivir una vida de mentira. No quiero tener que fingir que somos una pareja de verdad, cuando solo nos unen tu compasión y mi conveniencia.

—No seas absurda. —No había que ser muy perceptiva para darse cuenta que Marcus estaba en el límite de su contención. Pronto se pondría a gritarle por su desfachatez si no conseguía reconducir la situación—. ¿Cuántas parejas conoces que no finjan, que no hayan sido empujados por sus familias o las circunstancias, que...?

—Tus padres —replicó—, los míos. Megan y Riversey. Ellos tienen algo verdadero, tenían lo suficiente.

—Ya te dije... —interrumpió él de nuevo.

—¡Ibas a dejarme terminar! —Su grito pareció surtir efecto, o al menos sorprendió a su interlocutor lo suficiente para que le permitiese continuar—. No es necesario llegar a ningún extremo. Quieres protegerme. Lo entiendo y te lo agradezco. Pero hay otras formas de hacerlo sin que te veas obligado a cargar con una esposa que no desees.

Lauren se vio zarandeada contra el cuerpo fuerte y robusto de Marcus, que la apretó con fuerza por la cintura y pegó su rostro a tan escasa distancia del suyo que las siguientes palabras las notó en la piel.

—¿Acaso aún dudas que te deseo? —le susurró con una voz ronca que le estremeció hasta el vello de la espalda.

A Lauren le costó Dios y ayuda no perder el hilo de sus pensamientos. La

presencia de Marcus era tan embriagadora, que barría cualquier rastro de razón de su cabeza. Pero esa vez no iba a dejarse obnubilar por su bello rostro, ni por sus palabras persuasivas. Tenía un objetivo e iba a alcanzarlo. Esa vez, ella manejaría las riendas.

—Ni lo pongo en duda ni lo niego —gimió como pudo entre los brazos musculosos que la franqueaban—. Y tampoco te pido que tú lo reprimas.

Fue evidente que aquello lo había sorprendido. Primero se puso tenso, y luego se alejó unas pulgadas, sin soltarla, con un rastro de suspicacia en la mirada.

—¿De qué estás hablando?

—Podrías velar por mi bienestar, contar con mi compañía y... y... — Costaba decirlo. ¡Cómo costaba decirlo!— Satisfacer tus deseos, si fuéramos amantes.

Era imposible que lo hubiera entendido bien. Marcus sacudió la cabeza y dejó caer los brazos a sus costados, inmerso en la misma sensación de perplejidad que le quedaba cuando recibía un buen rechazazo de Riversey.

Fijó la vista en el suelo y evocó en su memoria los últimos minutos de la conversación. Lo había entendido a la perfección. La respuesta estaba allí, en la expresión cautelosa que tenía Lauren cuando volvió a buscar sus ojos. Una sensación muy desagradable le recorrió el esófago. Aquello no estaba bien. Lauren no podía estar proponiendo semejante cosa.

—No hablas en serio —auguró con más esperanza que certeza.

—Absolutamente —retrucó ella.

La furia que había sentido segundos antes resurgió de forma paulatina, hirviendo a fuego lento en su interior. ¿Cómo podía considerar siquiera la posibilidad de que él la tomase como amante? Era una aberración. ¡Lauren era una dama! Fueran cuales fueran los motivos por los que había planteado esa locura, debía quitárselo de la cabeza en el acto.

—No —fue lo único que se encontró capaz de responder, sin conseguir del

todo atemperar la indignación de su voz.

—Te ruego que lo medites —añadió Lauren con un gesto conciliador.

—No —repitió, esta vez más caldeado.

Como respuesta recibió un suspiro abatido y un gesto resignado. Lauren se llevó la mano extendida a las sienes e insistió de nuevo:

—No voy a intentar convencerte, pero estás en tu derecho de saber que será la única forma en que aceptaré vivir bajo tu techo.

Marcus tuvo que sacudir de nuevo la cabeza porque la sentía como adormecida. No estaba siendo capaz de asimilar lo que estaba ocurriendo. Sentía que todo se desmoronaba y no encontraba el motivo por el que aquello se había desencadenado.

Le había sorprendido que Lauren aceptase su regalo, para empezar. Ninguna mujer de moral recta y decente como ella habría sido receptiva ante una imprudencia como aquella. Marcus era consciente de lo inadecuado que era comprarle ropa a una mujer que no era su esposa, pero no podía soportar saber que ella estaba pasando por estrecheces cuando él disponía de toda una fortuna para colmarla de lujos. Había creído que tendría que convencerla y traía un arsenal de razones para ello. Y de repente, se encontraba con que ella no ponía el más mínimo reparo.

Ya eso lo había dejado descolocado; tanto que, cuando se había negado con tanto ímpetu a casarse con él, no había sido capaz de reaccionar. A decir verdad, estaba tan desconcertado que todo lo que había ido ocurriendo después le había cogido completamente fuera de juego; desde sus argumentos para no desposarse hasta aquel último despropósito: ser su amante. Como si ella fuera cualquier muchachita descocada o caída en desgracia, como si no tuviera el valor suficiente para ser su esposa. ¿Por qué tenía que infravalorarse de esa forma? Lo odiaba. Lo ponía fuera de sí.

—Tú no naciste para ser... No serás... —Maldición. Ni siquiera era capaz de controlar el tono de su voz, que sonaba rasgado y belicoso. Estaba perdiendo los nervios y la paciencia. Y, sin embargo, Lauren parecía tan calmada. Eso todavía lo enervaba más. Siempre había admirado la serenidad

de la joven, le confería un aire de elegancia y perfección que le parecía adorable, pero en aquel momento lo sacaba de quicio—. Vivirás bajo mi techo, como mi esposa —gruñó. Sí, estaba gruñendo—. Olvida ese disparate. ¿Te has vuelto loca? ¿Cómo se te ocurre?

—No sería la primera visitante de la casa en ocupar el puesto de amante.

Fue muy consciente de cómo el color abandonaba su cara y sus ojos se abrían como dos naranjas. ¡Mierda! ¿Cómo se había enterado de lo de Alexia? ¡Megan! Maldita fuera. Seguro que el día anterior en el desayuno, antes de que él llegase con Gordon, le había contado con pelos y señales a qué dedicaba él las instalaciones.

Aquello iba de mal en peor. Era lo que necesitaba para añadir a su ya desastroso cortejo formal y a su posterior iniciativa seductora. ¡Dios! ¿Cómo podía haberse torcido todo de esa manera cuando él lo tenía todo perfectamente planificado?

Y maldita fuera ella, se la veía tan segura y al mismo tiempo tan indignada. Había pronunciado las palabras «primera visitante» con un desprecio que no le había escuchado nunca antes, y a pesar de eso, su barbilla se inclinaba en actitud desafiante, su mirada se mantenía fija y firme, la posición de su cuerpo dejaba bien patente su intención de retarlo. ¿Y cómo podría culparla? Tenía sobrados motivos para sentirse ofendida.

En el fondo de su mente sabía que llevarla a la casa que compró para Alexia no había sido una solución digna, pero maldito fuera, había estado desesperado por mantenerla a su lado.

Ella quería huir, irse lejos, y él no podía consentirlo. Tampoco podía llevarla a Haverston porque entonces perdería el poco control que tenía sobre la situación. Si la hubiera llevado a casa de sus padres, él habría perdido cualquier oportunidad de convertirla en su esposa; su madre la habría protegido como la leona que era y entonces aquel argumento de Lauren acerca de defender el honor de los Chadwick se habría interpuesto entre ellos como un abismo insalvable.

En aquel primer momento en el que comprobó cuán susceptible era a los

encantos de la pequeña Malone, se había sentido acorralado, y había visto la casita de Charing Cross como el modo más seguro de mantenerla protegida de la violencia de su padre y de obtener el tiempo suficiente para convencerla de que debían casarse.

Pero había sido un error. Un terrible error. La había ofendido de la peor manera. Y ahora ella lo sabía. Lo que no tenía ninguna lógica era que hubiera llegado a la conclusión de que, porque vivía en la casa donde él había llevado a sus amantes, tuviera que convertirse en una de ellas.

No quería una amante. A las amantes se las visita de noche, y él quería disfrutar de Lauren en cualquier momento del día. Le gustaba mucho su compañía, su sonrisa, su humor sarcástico que de forma tan dispar combinaba con su intachable conducta... Quería visitar con ella los museos, los parques, los bailes. Quería invadir esa distancia de rigor en el vals, que tantas veces había soñado romper en los últimos meses. Quería abrazarla toda la noche y respirar su perfume a rosas, dormirse al abrigo de su cuerpo... Lo quería todo. El corazón comenzó a latirle a un ritmo preocupante, y comprendió que la rabia no era lo único que lo había disparado. Pensar en una vida junto a esa mujer preciosa y valiente lo llenaba de un anhelo desconocido y de un terror infinito...

—No sé quién demonios te ha venido a envenenar la mente con mi pasado y con esa descabellada idea, pero...

—No es descabellada —replicó ella, envalentonada—. Me traes a esta casa, donde has convivido con otras mujeres, y me compras la ropa. No hay mucha diferencia entre la realidad y lo que yo propongo.

Mujeres. No solo sabía lo de Alexia, sino todo lo demás. Todas las damitas viudas o arruinadas, todas las meretrices de alto nivel que él había elegido para hacerle pasar una buena noche. Marcus no pudo controlar el rubor de vergüenza que lo invadió, pero lo combatió como pudo con la furia e indignación que le provocaban aquellas palabras. ¿Cómo podía comparar lo que ellos tenían con aquellos insignificantes escarceos?

—¿Que no hay diferencia? ¿Que no hay...? —Aquella conversación no

podía estar ocurriendo. ¿Dónde se había metido la jovencita prudente e inocente de siempre? Ella no podía pensar de verdad en convertirse en una avezada amante. Era... Era...—. ¡Eres virgen!

Al menos, la osada señorita tuvo la decencia de sonrojarse y desviar la vista al suelo, pero la batida en retirada duró unos pocos segundos, porque aquellos ojos verdes como la hiedra le devolvieron pronto una mirada desafiante. Marcus estaba muy sorprendido. Ella era formidable cuando se enzarzaba en discusiones.

—Me esforzaré por cumplir con mi papel —replicó con petulancia—. Te aseguro que podré satisfacer...

—¡Calla! —Si empezaba a describirle cómo pensaba desempeñar su papel, Marcus perdería el poco control que aún le quedaba. La furia y el deseo no combinaban bien. Y bastaba imaginarse a Lauren en cualquier faceta como su amante para dispararle la sangre—. No quiero volver a escuchar...

—Oh, queridos. ¡Estáis aquí!

¡Maldita fuera su estampa! Cuando escuchó la voz vetusta de la tía Agatha, Marcus pensó que iba a ser víctima de una insuficiencia cardíaca. Se giró hacia ella y la fulminó con la mirada a tal punto que la señora mayor se quedó parada en la puerta y cambió su sonrisa de satisfacción por una expresión cauta.

¿Qué demonios hacía aquí la maldita mujer? ¿Tenía que elegir ese día para estar despierta y atenta? Marcus se contuvo de decir cualquier cosa, porque estaba convencido de que comenzaría a gruñir como un perro rabioso en lugar de articular palabras como un humano.

Como el titán que era, la señora Carsiston se recuperó *ipso facto* de la impresión de su recibimiento, porque entrecerró los ojos y paseó su mirada por la biblioteca en busca de algún acompañante, que obviamente no encontró. Dos segundos después, aquellos pequeños ojos grises volvieron sobre él con un tinte de reproche y desaprobación digno de una de las matronas más rigurosas de la ciudad.

—Deberías haberme avisado de tu llegada, muchacho —tronó, dando a entender que le importaba un pimiento lo enfadado que él estuviese.

—Pues queda informada de que me voy —le espetó Marcus, quién acababa de decidir que de todos modos no podía permanecer más tiempo entre aquellas cuatro paredes. Necesitaba el aire fresco de la calle para aclararse las ideas.

Salió dando un portazo de la biblioteca y dio otro todavía más fuerte al abandonar la casa, olvidándose del abrigo, los guantes y el sombrero. Los portazos no cambiaban las cosas, pero por Dios que la violencia que había liberado con ellos le habían desentrañado un nudo de tensión en la nuca.

¿Por qué tenían que torcerse así las cosas? Se había levantado con un humor excelente. Dispuesto a conquistar a Lauren, a persuadirla para que formasen una familia, para que se dejasen llevar por la pasión que los unía y así lograr apaciguar la inquietud que en los últimos días corroía su alma. Estaba tardando más tiempo del previsto, pero creía que todo estaría bajo control mientras nadie supiese del paradero de la joven. Eso era de vital importancia para sus planes, pues cuando la sociedad londinense volviese a tener noticias de la honorable señorita Lauren Malone, sería con motivo del compromiso con el vizconde de Collington, ÉL.

Y ¿cómo había evolucionado su estrategia? Pues de puñetera pena. No solo no había conseguido volver a estar a solas con la muchacha, sino que ahora se veía sometido a la indignación de una propuesta que no tenía ni pies ni cabeza y con la que Lauren no hacía más que ofenderse a sí misma. Y a él, qué demonios. Si creía que era la clase de hombre que utiliza a una dama virgen de noble cuna para satisfacer su lujuria sin cumplir con su deber de santificar esa unión era que lo consideraba un licencioso desalmado.

Pero lo peor de todo, lo que le estaba quemando en la boca del estómago, era que ahora Lauren se sentía herida y menospreciada por el lugar al que la había llevado. Sus ojos verdes no habían podido ocultar la desilusión que sentía, y, de algún modo, conocer ese detalle le había hecho sentirse tan poca cosa que incluso se planteaba renunciar al honor que le confería su sangre

noble para convertirse en una simple manceba.

Era un bruto y un estúpido. Se había vuelto a equivocarse. De manera estrepitosa. ¿Cómo era que lo estaba haciendo todo tan mal? ¿Por qué, sencillamente, no le decía que la amaba y...?

Desconcertado, sintió que la visión se le emborronaba y el mundo se detenía. Pareció como si un puñetazo se estrellase contra su pecho y cientos de pequeños dardos se instalaran en él. Durante un largo instante, Marcus permaneció parado en la acera de su casa, a pocos metros de la puerta, con la vista fija en el suelo y un devenir caótico de pensamientos y recuerdos agolpándose en su mente.

¿Era eso lo que le pasaba? ¿La amaba?

Su corazón le respondió brincando en el pecho ante las imágenes de todos aquellos momentos que habían vivido juntos. Los bailes, las navidades, los paseos, las cenas y veladas musicales compartidas. Lauren siempre había formado parte de su núcleo familiar. Él siempre la había querido como a una hermana pequeña... hasta que se dio cuenta de que no la veía como una hermana. En aquel primer chispazo de deseo, se aseguró a sí mismo que todas las emociones nuevas que le despertaba no eran más que el reflejo de la lujuria, y la había mantenido alejada porque la consideraba demasiado valiosa e inocente como para acabar con un tipo que tiene una visión de las mujeres tan amargada como la que él tenía.

Ese había sido su error. El primero. El peor. Pensar que lo que le había hecho Alexia era lo mismo que podría hacerle cualquier otra mujer. Se había asegurado a sí mismo que no volvería a caer en las redes del amor y que encontraría una esposa a la que pudiera mantener alejada de su corazón para que engendrara sus herederos.

Pero en el momento en que había visto la posibilidad de tener a Lauren en su vida, había comenzado a dar palos de ciego. Se había engañado a sí mismo con excusas como la protección, la nobleza y el honor; se había dicho que no podía permitir que nadie la maltratara porque era parte de su familia, o que no podía tolerar que acabara envuelta en un escándalo porque tenía la

obligación de velar por ella, cuando la verdad era que una vez que se vio con opciones de convertirla en su esposa, aquello se había convertido en una completa obsesión; porque la amaba.

¡Qué estúpido era! Lo había echado todo a perder. ¿Cómo iba a arreglarlo ahora?

Marcus echó a andar, abatido, hacia los establos donde guardaba sus caballos. Antes de llegar hasta allí ya había decidido que iría directo al club. A lo mejor, si embotaba su mente con alcohol lo suficiente para olvidarse de todo lo que había hecho mal, a la mañana siguiente conseguiría encontrar el camino para redimirse de tanta supina estupidez y lograr el perdón y, con suerte algún día, el amor de la pequeña Malone.

Capítulo veinte

No llegó a entrar en el club.

Marcus se encontró con una grata sorpresa en la puerta del White's en la forma del marqués de Riversey. Su amigo acababa de salir de su siempre elegante carruaje negro cuando se lo topó en la acera. Al ver su semblante, Gordon desvió de nuevo la vista hacia el brillante armazón conducido por caballos y chasqueó la lengua.

—Quizá deberíamos quitarnos de encima ese encuentro en el ring que tenemos pendiente. —Al plantear aquella oferta, le habían brillado los ojos grises mientras dibujaba una sonrisa malvada.

Marcus sintió un cosquilleo de anticipación en el estómago ante la propuesta. Un combate con los puños sería mucho más efectivo que las ingentes dosis de alcohol que pensaba consumir aquella noche. Si quería poner un poco de orden en el caos que venía siendo su cabeza en la última hora, era posible que lo mejor no fuera embotarla con vasos y vasos de whisky.

—¿Ese que te debo por haber arruinado a mi hermanita? —bromeó, cada vez más reconfortado por la idea de boxear.

Lo cierto era que no sentía el más mínimo rencor hacia su amigo por haber causado la ruina de su hermana, puesto que la cuestión había quedado en la intimidad de los varones de la familia. Ni siquiera su santa madre era consciente de que, casi una semana atrás, Megan había dormido fuera de casa con el hombre que ahora tenía frente a sí. Por el contrario, lo que sentía era un orgullo infinito porque dos buenas personas a las que amaba hubieran encontrado la felicidad juntos.

«Perfecto, ahora me he convertido en un cantamañanas sensiblero», pensó. Sin lugar a dudas, le convenía una buena pelea.

Gordon se encogió de hombros y dibujó una sonrisa socarrona en su

rostro. Se acercó hasta él y le echó el brazo sobre el hombro para conducirlo, acto seguido, al interior del carruaje.

—Ponle el título que más te apetezca. Digamos que te debo una buena dosis de desahogo. Es lo menos que puede hacer un buen amigo y futuro cuñado.

En Inglaterra, todos los clubes de boxeo seguían las reglas establecidas por Jack Broughton, uno de los padres de aquellas pruebas de habilidad que tantos huesos rotos iba dejando por las islas británicas y parte de las colonias.

Los pugilistas debían retirarse a su lado del ring cuando se produjese la caída del contrincante y contar medio minuto a partir de ese momento para volver a comenzar el combate, si es que el otro se levantaba; como también tenían prohibido golpear al adversario cuando se encontraba caído. No se permitían las llaves de lucha por debajo de la cintura, para proteger la virilidad masculina, y tenían que respetar los principios de juego limpio: estaban prohibidos los arreglos privados para el reparto del dinero y debían someterse a los designios de un árbitro.

En el que frecuentaban Marcus y Gordon, el Hudingan's, era obligatorio, además, que los lores que lo frecuentaban utilizasen amortiguadores en las manos, que los protegía con eficacia de los ojos a la funerala, las mandíbulas rotas y los sangrados por la nariz, aunque esa no era una práctica que se llevase después al cuadrilátero profesional.

Graham Hudingan se había hecho un nombre permitiendo que su club se convirtiera en un centro lúdico donde los lores de todo el reino podían fingir, por un momento, que eran boxeadores profesionales, pero, precisamente por la posición de los miembros de aquel club, no permitía nunca que ningún pugilista saliera de allí con lesiones graves.

A ellos dos no les hacían falta la mayor parte de las reglas, pues nunca habían llevado a cabo combates con personas que no fueran de su entera confianza, y tampoco les llamaba la visión de la sangre. No había competición ni deseo de infringir daño físico entre ellos, sino la simple

práctica de una habilidad física que les permitía desfogar parte de su agresividad. Tanto era así que incluso evitaban los golpes directos en la cara. Ni a *lady* Riversey ni a *lady* Haverston les había gustado nunca que sus hijos aparecieran por casa con la cara destrozada por impactos de los puños de otras personas.

Mientras se envolvían las manos con las trazas de tela, Gordon lo miraba de reojo en el centro del ring. El lugar estaba desierto aquella noche, solo el dueño andaba metido en la oficina y les había advertido que se quedaría alrededor de una hora más, pues tenía un negocio que cerrar en la otra punta de la ciudad.

—¿Me cuentas ya por qué parece que te han arrebatado tu juguetito nuevo? —preguntó el marqués.

Marcus introdujo la punta del extremo del paño entre las ranuras de las anteriores vueltas y probó la amortiguación chocando un puño contra la palma abierta de la otra mano y mirando hacia su contrincante con cara de pocos amigos.

—¿Quieres hablar o quieres pelear? —contraatacó él.

—Puedo hacer ambas cosas. Claro que si te ves incapaz de coordinar tus pies y tu lengua... Puedes elegir en qué orden los quieres —respondió Gordon, que nunca se dejaba distraer por bravuconadas.

—Eres un cretino. No sé ni por qué te hago caso. Debería haberme quedado en el club bebiendo. —A pesar de lo dicho, Marcus dio por iniciado el combate cuando ambos chocaron sus puños derechos y se distanciaron para iniciar cada uno su ofensiva.

Podían tirarse media hora mofándose sin entrar al debate de la cuestión, pero, muy a pesar suyo, era él quien necesitaba soltar todo lo que le colapsaba la cabeza.

—Lauren ha descubierto lo de Alexia —confesó—. Bueno, no sé qué parte en concreto, pero sabe que fue mi amante y que vivió en esa casa.

Gordon silbó por lo bajo y sacudió la cabeza con un gesto condescendiente.

—Chaval, no me gustaría estar en tu lugar. Fue una estupidez monumental llevarla allí.

La guardia de su contrincante era muy efectiva. Gordon sabía pararse muy bien, con el pie izquierdo delante y el derecho un poco retrasado y un poco abierto. Hudingan siempre insistía en que debían mantener una buena postura de pies, por el equilibrio y apoyo que eso representaba. Era difícil encajar cualquier golpe en el fornido cuerpo del marqués de Riversey, pero si alguien sabía cuáles eran sus puntos débiles, ese era el vizconde de Collington.

—Ya. Dime algo que no sepa —reconoció Marcus al tiempo que lograba encajar un puño en el costado de su amigo—. Quería ponerla a salvo. Su padre la golpeó.

—Esa parte me la sé —respondió el marqués sin dar señales de haber sufrido el más mínimo dolor. Se separó y volvió a alejarse de espaldas mientras dibujaba un círculo alrededor de él.

—Pensé que podría convencerla. Que un matrimonio civilizado con un vizconde adinerado sería suficiente para que ella aceptase. Es lo que todas las mujeres casaderas de Londres buscan. Es para lo que todas intentan camelarme.

Gordon se acercó por la izquierda y giró tan rápido que Marcus no vio venir el derechazo que le encajó en mitad del pecho. La mayoría de los golpes en el boxeo iban dirigidos a la cabeza, lo que dificultaba mucho los ataques en sus combates, pues ellos evitaban esta parte de la anatomía cuando peleaban juntos. Eso sí, siempre que no hubiese espectadores, en cuyo caso las reglas se respetaban escrupulosamente.

A menudo, el club estaba tan lleno que había más gente observando que peleando. Hudingan no permitía las apuestas en su local, pero siempre que dos púgiles con renombre quedaban para boxear, las apuestas se formalizaban en el libro blanco del White's. Gordon y él habían protagonizado algún que otro combate muy lucrativo para la audiencia.

—Lauren no es Alexia —recordó Gordon—. Ella no te utilizaría, ni creo que tenga ningún interés en tu estúpida fortuna.

—Eso ya lo sé, joder —protestó.

Marcus saltó hacia su oponente, y se enzarzaron en una serie de golpes cortos y rápidos al torso del otro. Forcejearon durante varios segundos, y luego Gordon lo empujó con la suficiente fuerza para hacerle trastabillar. Estuvo a punto de caer, pero consiguió encontrar el equilibrio.

—¿Lo sabes? —inquirió el otro con incredulidad—. Porque durante muchos años he visto cómo la fea cabeza de esa arpía asomaba en cada relación que has tenido.

Marcus buscó una vez más el cuerpo a cuerpo. Enganchó un brazo en la cintura de su amigo y le dio un par de puños directos en la zona de los riñones. Gordon se libró con un codazo dirigido al costado de su cabeza y tuvo que volver a posición de guardia.

—Yo no he tenido relaciones —aclaró malhumorado.

—Pues a eso voy. —Esa vez su amigo no podía disimular que le había dado en uno de sus puntos débiles y se calmó el dolor en la zona lumbar apoyando el antebrazo sobre el lugar del impacto—. No puedes seguir huyendo de lo que ella te hizo.

Lo que ella le hizo...

Marcus se vio de nuevo en aquella sala desvencijada, con un fuerte olor a algún compuesto químico. Aunque lo que no podía sacar de sus recuerdos era el olor a sangre, que no habían sido capaz de limpiar del todo.

Aquel tipo bajito y con aspecto de oriental lo había recibido en una antesala que parecía un saloncito normal con un mostrador al fondo que daba paso a otra estancia a través de una cortina. Le había explicado que una amiga suya estaba en problemas y que lo había mandado a llamar. Marcus solo había acudido allí porque la niña que lo había ido a buscar al club parecía muy dulce y desvalida, y porque había mencionado que una joven muy bella y con el pelo blanco necesitaba su ayuda. Casi al instante había pensado en Alexia, de otro modo no hubiera acudido jamás a un lugar

desconocido sin compañía.

Al traspasar la cortina, se encontró con una especie de consulta médica, aunque la oscuridad y pestilencia de aquel lugar no tenía nada que ver con lo que él había conocido hasta ese momento. Había una mesa destartalada con mucho instrumental sobre ella, una vitrina en la pared con trapos y vendas, y una cortina colgada del techo, detrás de la cual había una camilla ocupada.

Cuando miró al rincón, vio una silla cargada de ropa y reconoció los botines blancos de piel de cabritilla de Alexia, el corazón se le había parado y un terror infinito le había impedido dar un paso más.

Durante lo que parecieron siglos, Marcus no había podido moverse, invadido por el miedo de que algo terrible le hubiera pasado. Pero entonces el pequeño oriental comenzó a zarandearlo y a pronunciar frases inconexas que Marcus tardó en entender.

—Ella pondrá bien... bebé ya fue... ella no quele... yo decí que muy talde... pelo señolita no escuchal... ¿tú entedel? —había gruñido aquel personaje mientras su mente comenzaba a aclararse.

—¿Ella espera un bebé? —había preguntado en un hilo de voz, con tanto miedo como confusión.

—Tú no entedel. Bebé ya no. Yo quitál. Ela muy talde y por eso señolita ahola mal.

Lo había entendido más que de sobra, pero era incapaz de aceptarlo. No podía ser cierto.

Aquella misma mañana habían discutido porque ella había coqueteado la noche anterior con lord Maicklan. Marcus aún estaba asimilando aquella discusión en la que había descubierto los oscuros planes de la mujer que amaba. La muy arpía consideraba su relación como algo transitorio, pues aspiraba a conseguir un buen matrimonio con un lord. Por eso siempre se había empeñado en que la visitase en casa, en ocultar su relación y en no pasear su amor en público. Por eso se había hecho sacar al bebé que estaba esperando.

—¿Cómo de tarde? —había preguntado al hombrecillo mientras su

cerebro dibujaba el calendario. El oriental había parecido no entender porque lo había mirado con cara de pasmado. Lo cogió por los hombros y lo sacudió —. ¿Cómo de tarde era? ¿Cuántos meses tenía el bebé?

—Mí no segulo. Más de tles.

Marcus lo había lanzado contra la mesa del instrumental con un último zarandeo y se había quedado mirando el suelo, con el estómago encogido y la bilis revolviendo sus intestinos. Habían pasado cuatros meses en Francia apenas tres semanas atrás. Alexia había querido disfrutar del glamour de la temporada parisina sin tener que pasar por el mal trago de ser juzgada por los amigos de Marcus. Ese argumento había enarbolado para convencerlo de abandonar sus labores en el parlamento, pues por entonces ya colaboraba en varios proyectos. Ella era demasiado discreta, se había dicho, y por tanto merecía aquel sacrificio.

Durante aquellos meses en París, no se habían separado en ningún momento, ella no podía haber frecuentado a otros hombres. La conclusión había sido obvia: aquella mujer acababa de matar a su hijo.

Había dirigido una última mirada a la cortina que colgaba y a la camilla que había tras él, había girado, clavado su puño en la pared y salido a la antesala.

El oriental lo había seguido mientras gritaba:

—¡No se vaya! No puede dejal aquí. Señol usted pagal. Señolita vivilá.

—Me importa muy poco lo que le pase —había anunciado Marcus sin mirar a su espalda mientras abría de un tirón la puerta de aquel establecimiento clandestino—. Ella está muerta para mí.

Un puñetazo cruzado en la mandíbula lo devolvió a la realidad. El olor a productos químicos y sangre sustituido ahora por los que reinaban en aquel gimnasio: el sudor, el cuero, la cera de las velas.

—No te digo que hayas hecho mal en esquivar a ciertas descocadas hasta la fecha. Pero huir de Lauren Malone sería una gran gilipollez —argumentaba

Gordon mientras volvía a su posición de guardia y cambiaba el peso de un pie al otro para buscar otra posibilidad de golpe certero.

Marcus por su parte se concentró en rehacer su guardia, se había distraído por un momento y había permitido que su oponente ganase ventaja.

—No quiero seguir huyendo —aclaró—. Quiero casarme con ella. Quiero darle la vida que se merece. Pero ahora lo he fastidiado todo.

—Pídele perdón —sugirió Gordon encogiéndose de hombros.

—Me ha propuesto ser amantes —soltó sin pensar.

Nadie diría que era fácil coger a Lucas Gordon por sorpresa, pero aquello lo noqueó como si hubiera recibido un puño en el estómago. Se quedó en una postura bastante cómica, con las piernas flexionadas y abiertas, los puños elevados, pero completamente quieto en el sitio. Tras unos segundos con cara de pasmado, frunció el ceño y volvió a retomar el baile de sus pies.

—Maldita sea. ¿Por qué iba a querer eso? —inquirió con visible molestia.

—No sé cómo demonios se le ha metido eso en la cabeza. Dice que no quiere un matrimonio de mentira. Aunque... yo creo que me está protegiendo, para que esos payasos petimetres no me juzguen. Ya sabes cómo son. Me darían palmaditas en el hombro si la convirtiera en mi amante, pero no me perdonarían que la ingresase en las filas de primer nivel casándome con ella una vez que sepan que su padre está arruinado y quién sabe si en la cárcel de morosos.

Había tenido tiempo suficiente para analizar las cosas de camino al club. Si en algo conocía a Lauren Malone, ella haría cualquier cosa por salvaguardar el buen nombre de los Chadwick. Rebosaba agradecimiento y lealtad, pero no se paraba a pensar en sí misma.

—¿Acaso no liquidaste los pagarés? ¿No se lo has contado a ella?

Gordon andaba al acecho. No llegaba a golpear, pero avanzaba en saltos cortos y volvía a retroceder. Tenía que vigilar los giros. Siempre lo enganchaba en los giros.

—¿Y cuánto crees que tardará el imbécil en volver a contraer deudas? —

preguntó—. Ese bastardo ha perdido la coherencia y la dignidad. No creo que pase mucho tiempo hasta que vuelva a tener a los matones tras él.

Y si algo no podía soportar Marcus era que Lauren se casase con él por agradecimiento u obligación. Eso no lo dijo, pero lo carcomía desde aquella noche en la biblioteca de su padre.

—Yo propongo que lo metamos en un barco con destino a las colonias. Allí no podrá causar problemas.

Gordon se adelantó y le metió uno de sus demoledores puños entre las costillas inferiores. Esa vez fue la que más dolió. Se alejó un par de pasos con los brazos cruzados sobre la zona y le dirigió una mirada asesina. El maldito Riversey tenía acero en las manos y sería casi un milagro que no le rompiera ningún hueso la noche menos pensada. Por eso se cuidaba de pelear con él cuando estaba furioso, porque su contención quedaba reducida a cenizas, y Marcus terminaba escuchando crujir su mandíbula.

Sopesó por unos segundos la propuesta de meter a su futuro suegro en un navío y perderlo de vista para siempre. La tentación era grande, muy grande, pero se dijo que no podía hacerle eso a Lauren. Uno no quitaba del medio al padre de la mujer que amaba...

Los ojos grises se tornaron calculadores, y supo que su amigo andaba distraído analizando las distintas vertientes del plan que comenzaba a formarse en su cabeza. Se abalanzó con un salto sobre el sostén derecho y aprovechó esa momentánea distracción para atizarle un zurdo certero y eficiente en el estómago, que de nuevo su oponente encajó como si lo hubiera rozado y nada más.

—No. No puedo hacerlo —concluyó Marcus, molesto por su falta de habilidad esa noche—. Lauren no estaría contenta con eso.

Continuaban encadenando golpes sin la menor intención de propinar alguno lo suficiente fuerte como para detener la conversación.

—Pues ya me dirás que vas a hacer. Porque convertirla en tu amante te costaría una bala de mi prometida en tu cuerpo, espero que lo sepas.

Marcus, que había estado evitando golpear a su amigo en el rostro,

enganchó un rechazazo directo a su mandíbula. Que se jodiese. ¿En verdad lo creía capaz de aceptar la oferta?

—Vuelve a sugerir esa mierda y te dejo la cara hecha un mapa para tu boda —amenazó.

Riversey rompió a reír mientras se llevaba el dorso de la mano a la barbilla. Levantó la otra para detener otro posible ataque y después tomó posición de descanso, con ambas palmas apoyadas sobre las rodillas, como quien acaba de correr una gran distancia.

Lo cierto era que el juego de Gordon en el ring solía dejarlo muy cansado, pues era uno de esos pugilistas que no paran un segundo quietos, así son más impredecibles y certeros en sus ofensivas, aunque eso les exigía un desgaste mayor del que sentía Marcus sin ir más lejos.

Dando por concluida la liza, Marcus se acercó hasta una banqueta de madera que había en un rincón del club y se sentó en ella con los codos apoyados sobre las rodillas. Las botas de piel le habían estado apretando en las punteras y sintió un gran alivio al poder levantarlas y dejar que el peso fluyera hacia los talones. Riversey se acercó y comenzó a desanudar sus amortiguadores.

—Llegados a este punto, creo que deberías reconocer que esa chica te importa mucho más que la tranquilidad que puede darte un matrimonio de conveniencia. Si te sirve de algo mi experiencia, las cosas empezaron a enderezarse cuando fui sincero con Megan.

—Yo no le he mentado a Lauren. —Técnicamente, eso era cierto. Nunca le había contado falsedades ni le había prometido lo que no podía cumplir.

—Pero tampoco se lo cuentas todo. —Eso era indiscutible, de modo que no hizo ni el esfuerzo de rebatirlo. Se esmeró por encontrar la fuente del problema, aquello que lo preocupaba desde el minuto en que se dio cuenta de cuánto lo afectaba la muchacha.

—No quiero que ella tenga ese poder sobre mí —reconoció finalmente—. Al tener una parte de la información que solo yo controlo, siento que aún tengo alguna capacidad de blindarme frente a sus... sus... Mierda, esos ojos

verdes son peor que un yugo.

Gordon dejó escapar un bufido solidario y se sentó en la larga banqueta donde él descansaba.

—Ya. Comprendo. —Su amigo se quedó observando la pared de enfrente con la mirada perdida. Tras unos segundos reflexionando, la comisura de su boca se inclinó en un amago de sonrisa—. Hacen que se te metan las pelotas dentro del cuerpo, ¿eh?

Marcus se lo quedó mirando en silencio y asintió, pensando que aquella comparación establecía a la perfección el paralelismo entre los temores de su mente y las reacciones de su cuerpo. Había sentido literalmente en varias ocasiones cómo se le encogían las pelotas en presencia de Lauren.

—Lo que tienes que decidir ahora —continuó Gordon— es si te compensa ese pequeño inconveniente a cambio de las muchas satisfacciones que puede traerte la verdad. Cuéntale lo de los pagarés, cuéntale lo de Alexia y cuéntale lo que te atormenta. Estoy seguro de que su respuesta a tu proposición cambiará de inmediato.

—No quiero que se case conmigo por agradecimiento o por compasión —añadió.

Gordon bufó exasperado y se llevó las manos a la cabeza. Acto seguido se irguió con una cara muy seria y lo miró como su padre lo miraba cuando se ponía terco y no quería admitir que había cometido alguna tropelía.

—¡Madre mía, qué zoquete! —Lucas Gordon parecía a punto de darle un capón—. ¿No te has dado cuenta en todos estos años de que ella está loca por ti?

Iba a protestar. Iba a decirle a su amigo que se equivocaba, que Lauren solo se sentía agradecida con su familia por todo lo que habían hecho por ella y por eso se comportaba de forma tan dulce y atenta con él, por eso siempre lucía aquella complaciente sonrisa y por eso siempre le hablaba con tanto cariño y ternura.

Pero, de pronto, todos esos argumentos se quedaron atascados en su garganta y una pregunta tomó forma en su mente: ¿Sería posible?

¿Quizá aquella devoción que Lauren había mostrado desde que la conocía podía ser algo más que lealtad? No se podía negar que Lauren Malone era educada, servicial y cariñosa con todos los que la rodeaban, pero ¿acaso no había pensado siempre que sus ojos tenían un brillo especial cuando lo miraban a él? ¿Acaso no se había entregado con ardor a sus besos y caricias? ¿Acaso no estaba dispuesta a renunciar a su honor para permanecer a su lado? ¿Y no era esa la actitud fervorosa de una mujer enamorada?

Marcus se giró hacia su amigo con una sonrisa pegada en el rostro. Una especie de paz se fue extendiendo por su cuerpo dolorido, y los miles de nudos que había en su cabeza y en su corazón empezaron a disolverse como por arte de magia.

—Entonces, todo es posible.

Capítulo veintiuno

Para el ojo experto, la fingida indignación de Lauren Malone dejaba traslucir una pequeñísima fascinación por todas las prendas que su doncella estaba extendiendo sobre la cama.

—Considero de una gran deslealtad tu participación en este absurdo plan —farfulló la muchacha con ceño fruncido y mirada expectante.

—¿Eso significa que no os gusta mi elección? —inquirió con ironía Hannah Lubrele, quien nunca se había dejado engañar por los enfurruñamientos de su señora.

—No seas descarada. Sabes muy bien a qué me refiero —adujo cruzando los brazos bajo el pecho—. Deberías haberme contado cuáles eran los planes de lord Collington. Pero no. Actúas a mis espaldas, te confabulas con él y te vas de compras sin mí. Eso es desleal y cruel a un mismo tiempo.

—¿Cruel? Sin duda. Pero yo jamás os traicionaría. Lo único que he hecho ha sido velar por vuestro bienestar. El lord iba a hacerlo con mi colaboración o sin ella. Así, al menos, las prendas son de vuestra talla y gusto.

Lauren extendió la vista una vez más hacia su nuevo guardarropa. Los vestidos eran todos del corte que se llevaba en la moda londinense: estilo imperial. Los tonos eran los que mejor combinaban con sus facciones: verdes, azules, burdeos y beige. Había guantes de seda, tocados, bonetes y sombreros. También un paraguas con bordados y puntillas, varios ridículos que combinaban con zapatillas de baile y botines de piel de cabritilla. Para completar el guardarropa había adquirido dos capas de fino paño, una rosada, la otra del color del té negro.

No era una colección demasiado espléndida, pero no faltaba nada esencial para una dama, ni siquiera corsés, calzones y varias mudas más de ropa interior. Por fin podría usar cuatro capas de enagua si lo deseaba en lugar de las dos que venía poniéndose, pues eran las únicas que tenía.

Solo las damas de baja estofa usaban menos de tres enaguas, por no hablar de las prostitutas, que según tenía entendido, no usaban ninguna.

—En realidad, no estoy enfadada contigo —reconoció Lauren dejando caer los brazos y resoplando.

—Oh, ya lo sé —afirmó Hannah con una sonrisa afable—. ¿Con quién estáis enfadada, pues?

—Con Mar... Con lord Collington. Es un poco hipócrita, ¿no crees? Se indigna y se enfurece conmigo por proponerle una relación de amantes y al mismo tiempo me trata como si ya ocupara el puesto. —Lauren enfurruñó la nariz y se planteó que quizá su doncella había visto la dualidad de su posición en aquella casa incluso antes que ella—. ¿Por eso me hablaste de las amantes, Hannah, porque ya sabías lo que él pretendía?

La mujer se detuvo y clavó la mirada en ella. Por un segundo infinito, Lauren pudo leer en sus ojos una pena y un afecto que contradecían la ligereza con la que ella parecía tomar todo el asunto.

—No, no se me ocurrió que podíais ocupar el papel de amante hasta que me dijisteis lo que vuestro padre había hecho. —Su mirada se tornó melancólica—. Desde que el lord vino a traeros a casa aquella noche, siempre he creído que acabaríais por aceptar su propuesta. No dejaba de pensar en lo feliz que hubiera sido vuestra madre con ese enlace, lo feliz que vos misma podíais ser con un buen hombre como él. Pero ayer me di cuenta que preferís huir a una vida de miseria que casaros y poner en juego su posición. Por eso pensé que teníais que valorar todas las opciones... —explicó Hannah con las manos prendidas a la falda de su vestido marrón. Acto seguido, se sacudió el polvo imaginario de la prenda y continuó con su tarea, como si nada—. El hecho de que os haya comprado un vestuario nuevo no deberíais verlo como una ofensa. Él estaba realmente apesadumbrado por el estado de vuestra ropa y creo que haría cualquier cosa por contentaros.

Lauren sintió que sus mejillas enrojecían. De modo que sí había notado su falta de recursos. Por Dios, qué humillante. Malditos fueran su padre y todos sus endemoniados vicios que la habían empujado a esta situación. Se irguió

en un intento de recomponer su orgullo y fulminó a Hannah con los ojos, aunque ella no fuera a quien quería en realidad reprender.

—Pues la cuestión es que un hombre respetable no le compra ropa a una dama respetable. ¡Y mucho menos ropa interior! Entonces, ¿por qué se pone hecho un basilisco cuando le propongo una solución acorde a la situación? — soltó a la vez que aporreaba el suelo con su pie.

Hannah dejó de desempaquetar las prendas que habían llegado esa misma mañana desde el establecimiento de confecciones Worterson.

—¿Vais a devolverlas, entonces? —preguntó la doncella con un toque escéptico.

Lauren miró de soslayo la cama donde se amontonaban metros y metros de tela de todos los colores y texturas. Nunca había comprado tanto de una sola vez. Por un lado, su esencia vanidosa y coqueta estaba dando saltos de alegría, y, por otro, su pragmatismo le impedía comportarse como una estúpida remilgada.

Caminó hacia la ventana y recorrió el visillo de organza para ver el exterior iluminado por los rayos de sol de la mañana. Los días eran muy soleados a aquellas alturas del mes de mayo, y los abrigos y capas de lana iban siendo desterrados de los armarios.

—No. No tendría sentido —reconoció—. Aspiro a convertirme en su amante. El hecho de que me trate como tal antes de... consumarlo, no cambia la dinámica de la relación. Los protectores regalan ropa y joyas a sus amantes, como tú señalaste. Aunque, eso sí, no me pondré ni una sola de esas prendas hasta que él acepte el trato.

Se giró hacia donde se hallaba Hannah, sintiendo crecer la ira en su interior. ¿Cómo se atrevía a ponerse paternalista cuando la encerraba en su prostíbulo particular y le regalaba un dineral de ropa confeccionada?

—Si no estoy a la altura para ser su amante, tampoco me pondré su ropa.

Hannah le dirigió una mirada reflexiva durante breves instantes. Después asintió y comenzó a rebuscar en los paquetes.

—¿Vos estáis segura de que queréis convertirlos en su amante? Porque si

albergáis dudas, no deberíais seguir adelante —preguntó la doncella con aire desconfiado.

—Estoy segura.

No, no lo estaba, en absoluto. Le temblaban las piernas con solo pensar en las caras que pondrían las amigas de su madre cuando se enterasen de ese fatal destino. Pero tampoco iban a dar botes de alegría cuando supieran que había terminado en una casa para señoritas descarriadas, ¿verdad? No había una solución fácil a su situación. No había ninguna salida digna para ella. Podía casarse con Marcus y hundirle la vida. Podía huir y perder para siempre todo aquello que quería, o podía transigir con el papel de amante y conformarse con el tiempo que pudiera compartir con él. Su cerebro ya había tomado la decisión, y, si hacía a un lado su orgullo, el resto de su persona empezaba a asimilarlo también con bastante facilidad.

—Entonces hay formas de conducir las decisiones de milord para que os acepte —agregó ella.

—Ah, ¿sí? —No ocultó la suspicacia que le despertaba esa afirmación. Hannah había demostrado ser temible en sus estrategias—. ¿Cómo cuáles?

La doncella encontró el paquete que estaba buscando, lo desembaló y colocó la caja de cartón rosa sobre el resto de ropa que reposaba encima de la cama.

—Ya ha quedado patente que el lord se siente muy atraído por vos —explicaba Hannah mientras desataba las cintas que cruzaban por la caja—. Y si le cuesta controlar sus impulsos... —Abrió el embalaje y extrajo una prenda verdosa de entre los papeles que la protegían—. No ha de ser muy difícil seducirlo.

Dicho esto, la doncella tomó los tirantes de la prenda y dejó caer el resto de tela vaporosa para que la observara.

Lauren enmudeció.

Tenía ante sus ojos el camisón más traslúcido, delicado, femenino e indecente que hubiese tenido la suerte de ver en su vida. Era muy hermoso, de un tono verde pastel muy claro, con tiras de encajes que bordeaban los

tirantes y el escote.

—¿Te has vuelto completamente loca, Hannah Lubrele? —Su voz sonó hueca y débil—. Eso es... es...

—Sensual y provocativo, justo lo que tiene que ser —replicó la doncella—. Es lo que una amante usaría para agradar a su protector, y es una apuesta segura para hacerle claudicar.

—Pero es pecaminoso y descocado y...

—¡Es perfecto! —alegó ella con una sonrisa maternal en el rostro. Solo Hannah Lubrele podía conseguir que un tema tan poco adecuado como aquel sonase a una conversación entre madre e hija—. Y no tenemos margen para tantos remilgos. Si queréis conquistar a lord Collington, tendréis que hacer de tripas corazón y sobrepasar las estrictas barreras morales a las que os habéis aferrado hasta ahora. Ya lo hemos hablado, *milady*, el recato debe quedar en el pasado.

—Ya, pero...

Lauren se llevó la mano a las sienes e intentó calmar su agitada mente. Se le olvidaba, otra vez, que ya no estaba en el escalón de las jóvenes debutantes de alta alcurnia, sino en el de las desheredadas de la sociedad londinense. Obviar su cuidada educación moral iba a costar casi un salto de fe.

—Vale. Lo entiendo —añadió con un regusto amargo—. Pero ¿cuándo se supone que me voy a pasear por delante de él con esa telaraña? ¡No querrás que lo use durante la hora del almuerzo!

Hannah meditó durante unos instantes mientras Lauren echaba fuego verde por los ojos. Entendía que la mujer intentaba ayudarla, ofrecerle una salida, pero cada vez proponía cosas más peregrinas y a su tradicional cerebro le costaba mucho asimilar ese nuevo orden de las cosas, por no mencionar aquel escandaloso camisón.

—Podemos decirle que os encontráis mal cuando venga a visitaros la próxima vez, y así subiría a vuestra habitación —arguyó la doncella, con toda la decisión a la que acostumbraba. Así era ella. Una vez que creía haber encontrado el remedio para un mal, no dudaba ni medio segundo de que era

lo acertado.

—Para ser una manipuladora nata, tus planes no tienen mucha consistencia, Hannah —replicó—. En primer lugar, olvidas que odio mentir: no pienso fingir una enfermedad, es deshonesto...

—Eso son minucias —interrumpió ella, descartando la idea con un ademán de su mano.

—En segundo lugar, sería inadecuado que él subiera a mi cuarto, aunque yo estuviese indispueta... —continuó argumentando Lauren.

—Sigo sin oír una razón de peso.

—Y lord Collington podría venir en plena mañana, a la hora del desayuno.

—A los hombres no suele importarles la hora del día para eso.

Lauren la miró de hito en hito. ¿Es que nunca se acababan las sorpresas? ¿Estaba sugiriendo que sedujese a Marcus con aquella prenda indecente y a plena luz del día? Era de locos.

—No puedes hablar en serio —musitó.

—Créame, *milady*. Sé de lo que hablo.

Los conocimientos de Hannah en las lides amatorias parecían estar bastante bien documentados, pero por si no había quedado claro aún, Hannah la condujo hasta la cama y la empujó por los hombros para que se sentara. Después se alejó un par de pasos y la escudriñó con la mirada de arriba a abajo, hasta el punto en el que Lauren se sintió un poco cohibida.

—Está bien —dijo, cruzando los brazos bajo el pecho—. Creo que ha llegado el momento de que os cuente a qué os enfrentáis con exactitud. No voy a consentir que os lancéis a ciegas a una relación de índole sexual sin tener los más básicos conocimientos. Esta es una conversación que deberíais haber tenido con vuestra madre, Dios la tenga en su gloria, pero puesto que solo me tenéis a mí, estaré encantada de instruiros.

Una hora después, Lauren salía de su habitación sintiendo que le ardían las orejas de la mortificación. Hannah le había ofrecido un explícito panorama de

las intimidades que ocurren entre un hombre y una mujer, lo que a un hombre puede provocarle placer, y las obligaciones que se le suponen a una amante.

Con todo lujo de detalles –porque las francesas eran muy abiertas en su sexualidad, según apostillaba ella–, Hannah le había explicado todas y cada una de las opciones que conocía para complacer a un protector en la cama y en el día a día. La doncella le había aconsejado que fuese natural y que dejase a un lado su pudor e inhibiciones, pues cuando un señor toma una amante lo que busca es una relación excitante y lujuriosa. Le había advertido sobre la concepción y le había desglosado la variedad de métodos anticonceptivos que existían, pues una amante embarazada no puede proporcionar la principal exigencia para la que existe: sexo.

La sola palabra hacía sudar de agobio a Lauren. ¿Cómo iba a satisfacer las necesidades de Marcus si con solo pensar en los actos íntimos que le había descrito Hannah le entraban ganas de esconderse bajo la cama de vergüenza? ¿Cómo iba a seducirle con sensualidad si no era capaz de reconciliarse con su propia imagen desnuda ante el espejo?

Era demencial. Ella no estaba capacitada para desempeñar ese papel en la vida de Marcus. Ella no era lo suficiente mujer para hacer todas esas cosas. No era mundana ni descarada. No tenía la más mínima experiencia ni audacia.

Las imágenes de lo que podría pasar entre ellos si conseguía seducir a Marcus comenzaron a desfilar por su mente, y el cuerpo entero se le estremeció. Se apoyó contra la pared del pasillo, incapaz de seguir andando ante la fuerza de las emociones y reacciones corporales que sentía al recordar cómo la había medio desnudado en el lago, cómo la había besado en los pechos o cómo había acariciado su zona más íntima.

Para ser sincera, las pocas veces que había intimado con Marcus, había sido su mala conciencia la única que había impedido que se entregase a él, pues su cuerpo parecía encontrar sin problemas el modo de entregarse a la lujuria. Quizá no era necesario más que eso, pensó: el deseo de entregarle todo cuanto él reclamase, de besarlo y dejarse llevar por las emociones y los

instintos.

Quizá sí que podía hacerlo. A lo mejor no era tan decente ni tan recatada como se empeñaba en creer.

Toda su vida se había obligado a mantener la compostura. Había sido un dechado de virtudes porque era lo que se esperaba de ella y porque tampoco se había planteado que pudiera ser de otra manera. Había soñado con los besos de Marcus porque no sabía que podía aspirar a mucho más que eso, porque no conocía los vericuetos de la pasión. Pero ya no era ni tan ignorante ni tan moralista.

Nadie esperaría que siguiese siendo un modelo de conducta cuando se supiese lo que había hecho su padre. Y si para ese momento ya tenía una posición como la amante del vizconde de Collington, poco podría hacer el *beau monde* para zaherir sus sentimientos.

Solo había una cosa a la que no estaba dispuesta: manipular a Marcus. No estaba en su naturaleza y no quería jugar sucio con él. Tendría que encontrar otro modo de convencerlo para que aceptase sus condiciones. Tenía que haber un modo de persuadirlo para que le diera una oportunidad de permanecer en su vida. Lo encontraría.

Capítulo veintidós

Cuando volvió de casa de *lady* Killian, Lauren tuvo que hacerlo de la misma forma en que había salido: por la ventana de la biblioteca, que era la estancia más cercana a la escalera.

Tras la charla que había mantenido con Hannah, la sensación de estar encerrada en aquella casa había comenzado a agobiarla hasta el punto en que había sido perentorio salir a tomar el aire.

Era bien consciente de que había prometido a Marcus no acudir a su cita semanal en casa de la mejor amiga de su madre, que incluso se había comprometido, en presencia de lord Riversey y de Megan, a respetar el plazo de una semana más para permanecer oculta en el apartamento de Charing Cross, pero también había concluido que necesitaba saber en qué posición se encontraba respecto a las posibles habladurías que pudieran haber comenzado a propagarse. Por no mencionar que el hecho de satisfacer las demandas de Marcus no se hallaba en un puesto destacado de su actual lista de prioridades. Incluso se podría decir que le complacía todo aquello que fastidiase de algún modo a ese arrogante cabezota.

Así que le había echado valor y se había puesto su mejor traje de paseo, obviando los ejemplares mucho más nuevos y elegantes que le había regalado él, para encaminarse a casa de *lady* Killian a tomar el té, como todos los sábados.

La velada había tranquilizado todos los temores de Lauren. Nadie sabía nada de su padre ni de su paradero, y todo el mundo creía que la solitaria señorita Malone seguía en su casa.

Pensó que era muy triste que una joven pudiese desaparecer sin que nadie lo notase. Cualquiera podría pensar que una muchacha que está sujeta a las estrictas normas de los cánones sociales vigentes, una mujer de noble rango y edad casadera como ella, sería objeto de una estrecha vigilancia por parte de

vecinos, amigos y conocidos; en su caso, parecía que todo ese conjunto de gente estaba demasiado ocupado para notar su ausencia.

¿Por qué se quejaba? Para el común de la gente, ser invisible sería una completa bendición, y, si se analizaba la situación actual, en su caso era todavía más beneficioso. Pero en el fondo, le picaba un poquito en el orgullo saber que nadie la había echado en falta.

Lo que resultaba bastante extraño era que su padre no hubiera salido ya en las portadas de los periódicos y panfletos. ¿Cómo era posible que lord Bedford aún no hubiese cumplido su amenaza de encerrarlo en Marshalsea? No parecía que Growden fuera del tipo paciente; no lo pareció aquella noche cuando habían llegado a utilizarla a ella para amenazar al vizconde. El ultimátum había sido clarísimo, y tampoco el duque de Bedford había mostrado piedad ante el díscolo comportamiento de lord Holbrook. Entonces, ¿cómo era que aún no había estallado todo el escándalo?

Salió con sigilo de la biblioteca y se dirigió sin demora hacia las escaleras; oyó que había algo de alboroto en la cocina, pero no se paró a escuchar por temor a que alguien la descubriese con un vestido de calle que no podría explicar; era primordial volver a su habitación sin ser vista.

Subió las escaleras sin hacer el más mínimo ruido e incluso pensó que se le daba bastante bien aquello de las escapadas furtivas cuando cerró la puerta tras ella sin el menor incidente. En ese momento, Hannah se levantó presurosa del asiento.

—¡Gracias a Dios que habéis vuelto! —exclamó la mujer con un exagerado alivio que preocupó a Lauren de inmediato.

—¿Por qué? ¿Qué sucede? ¿Le ha pasado algo a Marcus? —Había pasado toda la tarde con un mal presentimiento y ahora todos esos temores la asaltaron sin orden ni concierto.

—Oh, no, *milady*. Nada de eso —respondió Hannah mientras sacudía las manos—. Pero... salí un momento de vuestra habitación, y esa metiche de Crista subió a preguntaros si queríais un té. Como no os encontró, en lugar de buscarme a mí, acudió a Truller y todos empezaron a buscaros.

—¡Ay, Dios! —Lauren notó cómo el color abandonaba sus mejillas—. ¿Saben que salí?

—No, yo no se lo confirmé, pero como no podía dar fe de vuestro paradero —aclaró la doncella—, tuve que fingir que tampoco sabía dónde estabais. Intente calmarlos, pero Truller anda medio loco buscando una y otra vez por todos sitios.

—Ay, no. ¡No, no, no! —El pánico la invadió con una oleada de calor en las entrañas—. ¡Se lo dirá a Marcus!

—No, nada de eso —espetó Hannah con una seguridad indiscutible—. Bajaré y les explicaré que habíais salido a dar un paseo al atardecer porque estabais muy nerviosa y que todo está bien. Dijisteis que lord Collington no vendría hoy. De aquí a mañana se habrán calmado, y yo los convenceré de que, si se lo comunican al vizconde, solo conseguirán complicar las cosas entre ustedes. Tienen una gran fe en que su señor se va a casar con usted. No querrán hacer nada que lo estropee.

¿Los criados querían que ellos se casaran? Vaya... Si no estuviera tan preocupada en aquel momento, esa sería una bonita cosa por la que sonreír, pensó.

—Puede que tengas razón —respondió Lauren con el corazón en un puño. Una cosa era desafiar las órdenes de Marcus, y otra distinta que él se enterase—. Anda ve.

—Me llevará un rato, no quiero dejaros sola ahora que estáis tan alterada —agregó la mujer con el semblante preocupado.

—No importa —insistió—. Ve.

Suspiró y se sentó en la cama con un cansancio absurdo, pues no había tenido motivos para agotarse. Lo que ocurría era que estaba nerviosa. Muy nerviosa. Entre su inocente fuga y sus propósitos de convencer a Marcus, su mente estaba casi desquiciada.

Él se había marchado hecho una furia, y Lauren incluso dudaba que volviera a verlo en varios días. ¿Y si había ofendido tanto su sentido de la moralidad que no quería saber nada más de ella?

Estaba hecha un lío enorme y se sentía muy agobiada. Aquel vestido viejo y estrecho que le constreñía la caja torácica tampoco ayudaba. Se levantó y fue hasta el armario. Como no usaba corsé, porque el vestido ya le había parecido lo suficientemente ajustado, no tuvo ninguna dificultad para quitárselo. Cuando iba a tomar la camisa de organdí blanca y una preciosa falda de seda labrada en un tono tostado que usaba como atuendo de día, vio por el rabillo del ojo el *déshabillé* que Hannah le había elegido y que esa mañana tanto la había escandalizado.

Extendió la mano y acarició distraída la suave gasa envuelta en tiras de encajes y blondas. Era una pieza tan delicada y sensual que incluso ella debía verse espléndida con ella puesta. ¿Sería así? ¿Se vería bien con aquello?

Sin meditar ni por un segundo si era coherente o no, Lauren acabó de desprenderse de su ropa interior y cogió de la percha el finísimo camisón. Lo tomó por encima de su cabeza y dejó que cayese sobre su piel como una caricia. Era lo bastante amplio para que le bajase directo hasta los pies, y tan suave que se sintió muy reconfortada por la sensación de tenerlo encima. Solo sería un segundo, se dijo. Solo quería saber cómo se veía con él.

Abrió la otra puerta del armario y se puso ante el espejo, que estaba adosado al interior de la hoja. La imagen que le devolvió el cristal era tan erótica que se sintió conmocionada, como si mirase a una completa extraña. La luz del ocaso que atravesaba la ventana le daba a su piel un brillo anaranjado y proyectaba sombras sobre su rostro; ni siquiera parecía ella, sino una mujer más femenina, más adulta, más hermosa.

Sintiéndose un poco ajena a sí misma, se fue soltando las horquillas del pelo y lo dejó caer sobre sus hombros. Los rayos de sol se deslizaban por la superficie lustrosa de su melena, cuyo tono rojizo se veía más vivo y radiante. También sus ojos parecían diferentes: con un verde tan intenso que hubiera jurado que no eran los suyos. De modo que así se sentía la belleza... ¿Sería así como la veía Marcus?

Había mujeres en el mundo que observaban esta imagen delicada y etérea de sí mismas cada mañana, que podían disfrutar sin ambages de la perfección

de ese momento, porque era una constante en sus vidas y no tenían que cuestionarse qué sería de ellas si no la tuviesen.

Ella no era del tipo de quedarse mirando mucho rato al espejo más que para comprobar si le había salido alguna peca bajo el sol, pero, en aquel momento, deseó que el tiempo se estirase, que el sol nunca se escondiese tras el horizonte, para poder preservar siempre en su memoria aquella fascinante imagen de la mujer que podía llegar a ser.

Mientras, en la planta baja, el caos se había desatado cuando. Al llegar a su apartamento, Marcus Chadwick había sido informado por un desquiciado Truller de que la señorita Malone había desaparecido y que ni siquiera su doncella sabía dónde se encontraba.

Había pasado toda la mañana y la tarde descansando y reflexionando. Le dolía todo el cuerpo, como cada noche que practicaba boxeo con Gordon, pero esa vez su cansancio era más profundo, pues su mente tampoco había tenido un minuto de paz. Cuando había caído en la cama, a pesar del gran esfuerzo físico que había desarrollado, no había sido capaz de pegar ojo pues le costaba reconciliarse con el hecho de que se había comportado como un perfecto imbécil.

No solo se había engañado de forma gravosa durante meses respecto a la atracción que sentía por Lauren, sino que había desdeñado durante años todo el amor que, según su mejor amigo, la joven le profesaba. Por Dios, ¿cómo había estado tan ciego? Esa preciosa e inocente sonrisa que siempre le dirigía, los rubores cuando le dedicaba alguna palabra dulce o pícaro, la incondicional defensa siempre que Megan se ponía a atacarlo con cualquier reproche – porque Lauren siempre se había puesto de su parte en aquellas ocasiones, con una gran diplomacia, eso sí, pero de su parte, al fin y al cabo—. Ay, que tonto había sido. Podría haber honrado aquel cariño desde hacía años, y quizás de aquel modo nunca hubiera caído en las garras del desamor y la traición.

Con aquellas amonestaciones se había estado reprendiendo toda la noche, para llegar a la conclusión de que ya nada podía hacer por los errores del

pasado, más que compensarla. Durante años la había ignorado, y en la última semana se había comportado como un cretino, pero tenía años por delante para resarcirla de todos sus descuidos, tenía toda la vida.

Por eso estaba allí, para terminar de una vez por todas con los secretos, con las mentiras, y con la terquedad de la pequeña Malone. Pero, al no encontrarla, comenzó a atormentarlo la idea de que ella hubiera huido por la forma en que le había hablado la noche anterior, aunque el hecho de que Hannah continuase por allí le decía que la muchacha no había podido ir lejos. Además, toda su ropa, según los criados, seguía en su habitación.

—¿Habéis registrado bien la casa? —preguntó con un dejo de impaciencia que era irrefrenable.

—De arriba a abajo, milord —confirmó Truller.

—¿Y la señora Carsiston? —Tal vez habían salido a pasear juntas, aunque les había pedido encarecidamente a ambas que no se dejaran ver en la calle por los motivos que ambas conocían.

—Ella lleva desde el amanecer con una fuerte jaqueca, señor. —Iba a tener que empezar a preocuparse en serio por la salud de su tía. Lo de los episodios de sueño había empezado a dejar de ser gracioso y, si a eso se le añadía su cansancio y las constantes jaquecas, había que concluir que la buena señora empezaba a mostrar síntomas muy claros de senectud.

—Maldita sea. ¿Desde qué hora falta? —Empezaba a preocuparse en serio. Solo con pensar que pudiera haber salido sola a la calle se le ponían los pelos de punta. ¿Y si le pasaba algo?

—Eran las cuatro, ¿verdad? —Truller miró a la doncella a su lado a la espera de una confirmación que ella emitió con un asentimiento de cabeza—. Cuando Crista fue a llevarle el té y no la encontró. La buscó, y al no poder localizarla me informó a mí.

—Te dije que la vigilaras. ¿No te dije que la vigilaras? —preguntó elevando el tono de voz. Tenía ganas de estrangular a alguien.

—Lo siento, milord —respondió el mayordomo con arrepentimiento auténtico.

—Han pasado dos horas. ¿Por qué nadie me mandó llamar?

Creía haber dejado muy clara cuál era la importancia de Lauren para él. No podía entender por qué su mayordomo no había creído conveniente avisarle de su desaparición mucho antes. Era tan fácil como mandar a uno de los lacayos a buscarlo a Haverston Manor. No estaba a más de quince minutos de allí.

—Hannah insistió en que no era necesario —se atrevió a decir la criada llamada Crista sin elevar los ojos de donde los tenía fijados, en la puntera de sus propios zapatos—. Que la señorita no podía haber ido muy lejos.

—¿Dónde está Hannah? —Aquello ya empezaba a oler a triquiñuela. ¿Hannah justificando a su señora? Eso solo podía significar que habían urdido algún plan. La francesa había demostrado ser un poco descarada y conspiradora; seguro que sabía mucho más de lo que había contado.

—En la habitación de la señorita Malone —respondió Crista.

Marcus salió de la cocina, en donde había terminado por entrar al no encontrar a ni uno solo de sus sirvientes para recibirlo, con la impresión de que ya sabía a dónde había ido Lauren. Era sábado. Ella siempre iba a tomar el té con las amigas de su madre el sábado, y había sido la hora del té. Había prometido que no iría, pero claro, no se podía esperar que la muchacha renunciara sin más a su costumbre de salir en plan furtivo por las ventanas. ¿Cómo se le ocurría irse sola? ¿Acaso no pensaba en los peligros a los que se exponía? Le importaba un pimiento si Londres entero se enteraba de que vivía en su casa, pero su padre tenía socios peligrosos, y ninguna mujer cabal salía sin la compañía de su doncella o su dama de compañía.

Cuando accedió al vestíbulo vio el perfil de la doncella de Lauren intentando evadir su presencia, internándose en un pasillo.

—¡Hannah! —gritó.

La mujer se giró con un amago de culpabilidad pintado en el rostro.

—Buenas noches, milord.

—¿Buenas noches, milord? —Se acercó a ella y se irguió en toda su intimidante altura—. ¿Pretendes hacerme creer que no estabas huyendo de

mí?

—¿Por qué iba a hacer tal cosa, milord?

—Porque sabes más de lo que has reconocido. Sabes dónde está tu señora. Aunque yo también empiezo a sospecharlo...

—Pero, milord, *milady* se encuentra en su habitación.

—Mientes —siseó, cada vez más furioso.

—En absoluto, milord. Le juro por todo lo sagrado que mi señora está descansando en su habitación.

Marcus miró al resto de los criados y tomó a Hannah con fuerza por el brazo. La mujer parecía convencida de lo que decía, aunque había un rastro de incertidumbre en sus ojos que no le permitía creerle.

Por algún motivo, Hannah estaba preocupada, y lo más probable era que ni ella misma tuviera la más mínima idea de lo que había hecho Lauren. Solo la estaba cubriendo. Estaba convencido de que la mujer se dejaría cortar una mano antes que traicionar de algún modo a su señora. Esta sería una actitud loable si en ese momento no estuviera fastidiando sus intereses, que parecían ir por el camino contrario que los de la doncella.

—No te importara que lo compruebe, ¿verdad?

Y comenzó a arrastrarla por la escalera. La mujer no se resistía, pero intentaba zafarse del apretón de su mano, cosa que él no pensaba consentir. Había conseguido sacarlo de sus casillas, y lo único en lo que podía pensar era en encontrar a Lauren sana y salva. Sabía que había gato encerrado e iba a obligar a la maldita doncella a confesar que estaba mintiendo. Cuando llegó a la puerta de la habitación, se paró frente a ella y la miró con inquina.

—¡Muéstramela!

La mujer lo miró con ceño y con un aire de superioridad impropio de un subalterno. Abrió la puerta y dio un paso dentro de la habitación. Cuando la escuchó contener el aire, Marcus también dio un paso hacia el interior y la imagen que vio a continuación fue tan onírica y lo impresionó tanto que se quedó congelado en el sitio.

Lauren estaba frente a él con el asombro dibujado en su rostro. Su hermoso cabello del color de las cerezas maduras caía sobre sus hombros y le conferían un aspecto salvaje que contrastaba de forma ardiente con el verdoso camisón que llevaba. Aquella tela vaporosa y traslúcida no ocultaba ni un solo centímetro de piel, solo la acariciaba y envolvía. Marcus podía distinguir las curvas de sus generosos pechos, los distendidos pezones y el triángulo de vello oscuro bajo su vientre.

El cuerpo entero se le enardeció, su mente se nubló, y todo en lo que pudo pensar fue en llegar hasta ella y tocarla. Lauren se veía como la encarnación de la sensualidad, la virginidad y el pecado. Era un compendio de todos los deseos carnales que alguna vez hubiera tenido y despertó en él un ansia de posesión que jamás había experimentado.

—Hannah, salga —ordenó con una voz rasposa que ni siquiera reconoció.

La mujer dudó, tardó unos segundos en reaccionar pues esperaba alguna indicación por parte de su señora, quien se había quedado tan petrificada como él. Al fin, con un suspiro resignado comenzó a retirarse.

—Sí, milord —contestó la doncella antes de desaparecer y cerrar la puerta.

Capítulo veintitrés

Lauren sintió cómo todos los puntos sensibles de su cuerpo se estremecían y se despertaban. La sensualidad que había sentido al mirarse semi desnuda en el espejo se catapultó a un nuevo nivel ante la lujuriosa mirada de Marcus. No pudo hallar en su mente los motivos por los que él estaba allí, en su habitación y visiblemente anonadado, pero poco importaba.

El ansia que se dibujaba en su expresión la había dejado paralizada, incapaz de moverse. Aquellos ojos de color avellana recorrieron con avidez su cuerpo, deteniendo el escrutinio en sus generosos pechos, que ella sabía que eran visibles y que palpitaron ante la atención prestada.

La respiración se hacía más dificultosa por momentos mientras soportaba el calor y la inquietud que le producía la figura de aquel hombre con todos los músculos tensos, centrado por completo en su persona. El estómago se le contrajo con un espasmo insoportable y pensó que daría cualquier cosa porque corriera hasta ella y la abrazara.

—Marcus... —susurró con la intención de romper aquel silencio demoledor, dando un paso atrás hasta apoyarse contra la otra puerta cerrada del armario.

La mirada que había estado vagando por su cuerpo con hambre y admiración se elevó entonces hacia la suya con un rastro de sorpresa y conmoción, como si hubiera perdido por un instante la conciencia de sí mismo. Con pasos gráciles pero implacables, Marcus llegó hasta ella sin tocarla. Se paró a escasos centímetros y clavó los ojos de nuevo sobre sus senos, que quedaban escasamente tapados por el bajísimo escote del *déshabillé*.

—Dios te creó con el propósito de desquiciarme —murmuró él como ausente—. Me envió una diosa para volverme loco.

Con visible veneración, enmarcó sus pechos con ambas manos y los

sostuvo. Lauren jadeo conmocionada y tuvo que sujetarse a sus antebrazos por la increíble sensación de mareo que se apoderó de ella al notar el calor de aquellas palmas en su piel. Antes de poder asumir la crudeza de cómo la estaba tocando, la boca de Marcus aprovechó para fundirse con la suya.

Aquel beso no fue como ninguno de los que él le hubiera dado antes. No había ninguna premeditación; no había ni maestría ni seducción en ello. Lo que sentía devorando su boca era un contacto abrumador, desesperado, posesivo y altamente excitante.

La lengua de Marcus se introdujo en su interior y demandó una respuesta; la lamió y saqueó hasta que Lauren sintió que algo se encendía en su vientre con apremio. Elevándose de puntillas, se sujetó con más fuerza a los brazos para poder devolver los envites de su boca mientras notaba como la yema de los pulgares masculinos empezaba a pasearse por las cimas de sus pechos.

Parecía como si algo se rompiera en su fuero interno o su cerebro se desconectase; se vio inundada de un rabioso anhelo y una desesperación que le nublaron el juicio. El aroma de él impregno cada dificultosa inspiración de aire, añadiendo sensaciones embriagadoras a su ya descontrolada reacción. Quería estar más cerca, quería ser arropada por esos brazos fuertes y seguros, quería fundirse con él o de lo contrario desfallecería.

Comenzó a estirar los brazos para intentar abarcar los hombros firmes y anchos, mientras las manos amplias de él bajaban por sus costillas hasta constreñirle la cintura. Tan absorta estaba en las sensaciones que pensó que caía al vacío cuando, de pronto, se vio privada de aquel beso arrollador.

—Eres tan hermosa... tus besos hacen que pierda la razón.

Sin soltar su cintura, Marcus la elevó y dio un par de pasos hasta la cama, donde la depositó de rodillas. La cama era bastante alta, tanto que Lauren utilizaba un pequeño escabel de madera para subirse cada noche. La miro desde aquella posición, primero a los ojos y después de vuelta a sus pechos. Con una sonrisa lobuna, abrió la boca y aspiró dentro de ella uno de sus pezones, empapando la tela que lo cubría.

Un gemido de angustia se le escapó de los labios mientras las manos

inquisidoras de él hacían lo posible por apartar la gasa de su camisón e introducirse por debajo. Moldeó sus pantorrillas y fue ascendiendo por sus muslos en un torturador toque al tiempo que vagaba con su boca de un pecho al otro y los exploraba a conciencia. Al llegar a sus nalgas, Marcus las apretó y moldeó al mismo ritmo que marcaba la lengua impaciente, consiguiendo que todo su cuerpo se convulsionase por el placer.

Aquello era devastador. No imaginaba que la llama del deseo pudiera prender tan rápido, que aquella prenda, que ella se había negado a utilizar para manipular a Marcus, pudiera ser tan efectiva. Ahora ya no importaba si él había llegado allí por voluntad propia o inducido por artimañas femeninas, porque, tras los conocimientos adquiridos en los últimos días, a Lauren no le cabía la menor duda de que los actos presentes desembocarían en una relación sexual plena. Y lo deseaba, lo aceptaba, lo ansiaba. Quería ser su amante. Suya. Al precio que fuese.

El miedo, las dudas y la conciencia se habían evaporado en el calor de su cuerpo, en la descarnada entrega de sus besos, en las ardientes mareas de necesidad que la recorrían por entero.

Gimió y se retorció cuando los dedos de Marcus se introdujeron entre los globos de sus nalgas y bajaron por la hendidura hasta palpar la humedad entre sus piernas. Marcus respondió a su réplica absorbiendo su pezón más profundo, amamantándolo mientras horadaba con la yema de un dedo en la entrada de su feminidad.

—Dios mío —gimió con la completa seguridad de que iba a desmayarse por las sensaciones.

La conciencia iba y venía de la sorpresa al más absoluto paroxismo. Se sujetó con fuerza a los hombros y abrió los ojos fascinada por la marea de calor y excitación que le produjo aquel dedo al introducirse dentro de su abertura. Podía notar las caricias internas de la piel más dura y áspera, y el reflejo de lo que allí producía reverberó por todo su ser.

La boca parecía un pozo de fuego que no se cansaba de lamer y acariciar sus pechos mientras aquel dedo impío continuaba su exploración. Lauren

jadeaba y se retorció por el desfachatado toque de su mano, aunque no podía ver más que belleza en aquello que hacía; solazarse con el cálido aliento de la boca de Marcus recorriendo su piel y llegando hasta sus entrañas. Solo podía pensar en darle a él todo cuanto deseara de ella, en arañar cada minuto de placer que pudiera obtener de aquella noche.

Ni siquiera había contradicción entre sus férreos principios morales o su estricta educación y aquello que estaba haciendo, porque era Marcus quien la reclamaba, y ella le pertenecía por encima del bien o del mal; más allá del honor o la impudicia.

Ella era tan suave y adictiva como siempre había imaginado. Su cuerpo desprendía una fragancia que le embotaba la mente y lo dejaba fuera de juego. Solo podía pensar en obtener más de ella. Solo quería fundirse con su dulce cuerpo hasta hacerla tocar el cielo.

Lauren temblaba, se sujetaba a sus hombros mientras se retorció de placer por las caricias que él estaba prodigando en su sexo, por el ansia con el que devoraba la dulce carne de sus pechos. Adoraba esas hermosas y generosas colinas que se elevaban orgullosas ante sus ojos.

—Adoro tus pechos, adoro cada pulgada de ti —confesó mientras sus dedos abandonaban con renuencia el calor de sus húmedos pliegues para abrazar con fuerza sus caderas. Quería atarla a sí mismo con tantos lazos que nada nunca pudieran separarlos.

Buscó la mirada esmeralda que tanto adoraba y se la encontró buscando al mismo tiempo la suya. Los ojos tan brillantes y confundidos como si le hubiera dicho que el cielo era marrón. Ella ni siquiera era capaz de ver lo bonita que era; no parecía capaz de creer tampoco que pudiera adorarla. Así que se dijo que tenía que emplearse a fondo en abrir aquellos hermosos ojos a la realidad. Sin dejar de mirarla, fue dejando vagar las manos por toda la piel suave y deliciosa que se palpaba a través de la gasa, deteniéndose a besar cada punto de su cuerpo.

Le tomó la delicada barbilla con el dedo índice flexionado y la orientó

hacia él.

—Te adoro. Cada cosa que dices y haces. —Sonrió con toda la dulzura que ella le hacía sentir—. Incluso cuando te enfurruñas o te enfadas. Entonces solo te adoro más.

Las lágrimas asomaron de inmediato a los óvalos verdes, y Marcus dejó de contener las ganas de besarla, mas lo hizo esta vez con calma, para degustarla con absoluta tranquilidad. Los segundos se estiraron mientras saboreaba aquella boca que tenía un gusto a té negro de bergamota, su preferido, sin que ella dejase de demostrar en ningún momento cuánto disfrutaba de sus besos.

—¿Lo entiendes? —Se alejó solo unos segundos para comprobar que estaba consiguiendo que ella asimilase lo que intentaba demostrarle—. ¿Te das cuenta de cuánto me importas, Lauren? ¿Me crees?

—Sí, te creo —murmuró ella, absorta, mientras llevaba las manos hacia su cara para volver a acercarlo y seguir besándolo.

—No sé si algún día podré saciarme de ti —consiguió decir antes de que los labios ardientes y húmedos volviesen a poseer los suyos, justo antes de que aquel cuerpo pequeño y voluptuoso se impulsase contra el suyo propio con vehemencia.

No, no podría. Ni quería. Y al parecer ella sufría de la misma necesidad, pues era evidente que ni siquiera lo había oído, inmersa en sus pasiones y en la angustia por obtener más de él. Le encantaba cuando se olvidaba de la prudencia y se esforzaba por pegarse a su cuerpo, como en ese momento, o cuando se ponía de puntillas, pues era mucho más bajita que él, para poder ahondar en sus besos.

La comprendía, él mismo había tenido, a veces, la sensación de perder de vista la realidad y no recuperarla hasta tenerla encerrada en sus brazos y con la boca amoldando la suya. La urgencia y la desesperación tomaban el control sobre el hombre cabal que siempre había sido y lo empujaban sin remisión a un despliegue de pasión que nunca antes había sido tan intenso ni tan primitivo.

Y eso le ocurría también a Lauren. No era consciente, en realidad, de lo

que acababa de decirle, porque no veía más allá de la urgencia que agitaba su cuerpo.

Le concedió su demanda. La besó con más profundidad y le tomó las nalgas entre las manos para apretarla contra él cuando ella jadeó y le enredó los dedos entre el cabello. Por Dios que era la virgen más fogosa que existiera sobre la faz de la tierra. Aun teniendo en cuenta la estricta educación puritana que se inculcaba a la mayor parte de las mujeres, era una bendición comprobar que los instintos eran capaces de aflorar con el hombre adecuado.

Lauren no se mostraba cohibida ni indecisa. Por el contrario, sus manos no dudaban en acariciarlo, apretar sus hombros o clavar las uñas en su cuero cabelludo. Ella lo desarmaba con el contacto de su cuerpo semi desnudo y lo emborrachaba con las acometidas de su lengua atrevida y deliciosa. Era un regalo del cielo y aquella noche sería suya, para siempre.

No había pretendido llegar tan lejos cuando se acercó a besarla. No había tenido, de hecho, ninguna capacidad de decisión desde el momento en que había visto la fascinante figura de Lauren envuelta en aquella suave y delicada gasa que había querido llegar a ser un camisón sin conseguirlo.

Le había dicho que ella lo volvía loco porque así era como se sentía, como un hombre indefenso arrastrado a la más dulce de las torturas por una fuerza superior y divina, imposible de combatir. No había tenido deseos de luchar tampoco.

La amaba, necesitaba esta unión con ella, pero quería que entendiese primero que aquel acto de entrega mutua sería el comienzo de su vida juntos. De lo contrario, podría creer que solo estaba respondiendo al deseo carnal que ella le despertaba.

No era así como lo había previsto, pero, aunque se había jurado honrarla y respetarla por encima de todo, evitando la tentación de mancillarla, bien podría ser este el nuevo orden de las cosas. Lauren Malone sería suya. No importaba si primero lo era su cuerpo y después el resto de su persona, porque no había una posibilidad en el infierno de que ahora pudiera detenerse. No cuando al fin tenía entre sus brazos a la mujer a la que deseaba

con una fuerza tan arrolladora que lo había transformado en otra persona.

No era lo correcto, desde luego que no, pero había veces en que un hombre era solo un hombre, y no podía luchar contra los anhelos de su cuerpo y su corazón.

—Lauren, necesito... quiero... —Debía al menos intentar explicarlo, se dijo. Tenía que aclararle tantas cosas..., pero se sentía como un muchacho, nervioso y sobrepasado por la situación—. Quiero hacerte el amor... yo...

Ella no se asustó ni se sorprendió. Por el contrario, al ver que dudaba, llevó sus delicados dedos hasta taparle los labios, le miró con solemnidad y asintió.

—Yo también lo quiero —dijo sin ambages.

Una mezcla de ternura y devastador deseo se mezclaron en su mente ante la franqueza de aquella ofrenda. Ella deseaba hacer el amor y no lo escondía. No actuaba como el resto de mujeres que había conocido, que siempre medían sus palabras y el efecto que iban a causar antes de decirlas. No, Lauren Malone era sincera y honesta hasta la médula, aunque quizá no fuera consciente del gran paso que estaba a punto de dar.

—¿Comprendes lo que eso implica? ¿Sabes lo que te estoy pidiendo? —Ni más ni menos que todo. Si le entregaba su cuerpo esta noche, Lauren le estaría concediendo la llave de su vida.

—Significa que aceptas mi acuerdo.

Marcus se tensó como una vara y sintió deseos de poner los ojos en blanco ante la terquedad de la muchacha. ¡Maldita fémina! Tenía que volver a sacar a colación esa absurda propuesta. ¡Era tan terca! Tal vez tenía que adoptar una postura diferente para ponerle fin a aquella estúpida creencia de que ella podía comportarse como una mujer mundanal y libertina. Tal vez...

—¿De verdad crees que es eso lo que quieres? —preguntó mientras fingía estar considerando la posibilidad de aceptar.

Ella le miró con aquellos ojos verdes llenos de inocencia y asintió. Inocencia, eso era lo que ella representaba: dulzura, honradez y lealtad. Ella no sería tomada por una mujer de segunda, debía ser protegida, tratada con

dulzura. Sería su esposa. Su compañera. Le arrancó otro beso tan intenso que cuando la soltó ella parecía mareada.

—¿Estás segura de quererlo, pequeña? —preguntó con voz ronca mientras acariciaba con el pulgar la vena que palpitaba en su cuello—. ¿Quieres compartir mi cama?

Ella tragó en seco y parpadeó muy rápido, con el semblante más sonrosado que pálido. La muchacha ardía de deseo, igual que él, y saberlo solo conseguía que se le nublara más el juicio.

—Sí, Marcus.

¡Maldición! No era posible que ningún otro ser humano hubiera tenido que practicar nunca la hercúlea tarea de contención que él se estaba aplicando en ese momento. Solo podía pensar en poseerla, en cumplir lo que acababa de pedirle.

Pero el asunto era demasiado serio para tomarlo a broma: Lauren tenía que aprender a valorarse, pero también a evitar ideas peligrosas y descabelladas. Ella no podía continuar resolviendo los problemas de otros con una pistola en la mano y atracando carruajes, del mismo modo que no podía protegerle a él a costa de su propia reputación. Ella le amaba, ahora no le cabía la menor duda, y por eso estaba dispuesta a quedarse a su lado, incluso viviendo una vida humillante, en una posición deleznable como era la que proponía.

Se sentía muy agradecido por el sacrificio que estaba dispuesta a asumir por él, pero eso no quitaba que tuviera el deber de demostrarle lo equivocada que estaba. Tenía que hacerle ver que ella era demasiado delicada, demasiado pura e inexperta para eso. No tenía ni la audacia ni la decadencia necesarias.

Se alejó unos pasos para evitar la tentación de dejarse llevar y dar rienda suelta a sus instintos. Que Dios lo perdonara, pero la pequeña cabezota necesitaba una lección e iba a disfrutar impartíéndola. Dejó que una sonrisa perversa tirase de la comisura izquierda de su labio y cruzó los brazos por encima del pecho.

—Desnúdate —ordenó.

Tuvo que contenerse para no echarse a reír cuando su atrevida aprendiz de

amante lo miró con auténtica conmoción y su exuberante boca rosada dibujó una «o» de incredulidad; parecía que los ojos se le iban a salir de la cara. Sí, en otro momento lo hubiera hecho reír, pero ahora tenía un plan entre manos y tenía que representar la mejor actuación de su vida.

—¿Q-qué?

Marcus señaló hacia la tela semi transparente que la cubría y paseó el dedo arriba y abajo. ¡Por Dios que estaba hermosa en aquel momento, de rodillas en la cama y con aquella vaporosa tela cubriendo apenas su cuerpo! ¿Cómo demonios había tenido tanta suerte? Ella era la encarnación de toda la belleza y el erotismo que un hombre podía ansiar en la vida.

—Quiero que te desnudes para mí —anunció intentando mantener la neutralidad de su voz—. No es una petición descabellada para una amante, querida.

Por un breve instante, Lauren dejó caer los párpados e inspiró con fuerza. Fueron solo cinco segundos, en los que fue evidente que intentaba infundirse valor y contener todo un huracán de emociones. Y lo consiguió, porque de inmediato tornó hacia él una mirada desafiante, se sentó en la cama y con ayuda de un escabel, bajó hasta el suelo. «¡Oh, qué mujer tan valiente es mi pequeña pelirroja!», pensó.

Sin poder ocultar del todo el ligero temblor de sus manos, Lauren sujetó uno de los delicados tirantes y lo dejó caer hasta la mitad de su brazo. A continuación, tomó el otro y también lo deslizó por el sinuoso hombro hasta dejarlo caer. La prenda le quedaba lo suficiente holgada como para que la vaporosa tela se deslizase sin obstáculos hasta los pies, formando una pequeña nube de tela verde en el suelo.

Si había creído que la fina gasa mostraba más de lo que ocultaba, la siguiente visión le demostró que había sido un pobre ignorante. Se le cerró la garganta cuando contempló la exquisita figura que superaba con creces cualquier fantasía que hubiera podido tener hasta la fecha.

Ella era pequeña, pero parecía que había kilómetros de piel de alabastro que adorar ante sus ojos. Se le encogió el estómago y notó que también le

temblaban las manos mientras ella daba un paso vacilante hacia él. Debería decir algo, debería actuar, pero estaba paralizado por la belleza que tenía ante sí.

Su miembro, ya terriblemente excitado, dio un tirón cuando Lauren llegó hasta su posición y comenzó a desabrocharle el pañuelo en el cuello con la clara intención de desnudarlo a él también.

—Señor... —En aquel punto fue Marcus quien cerró los ojos sin poder evitarlo. Ella le fundía la sangre con aquellos pequeños arranques de atrevimiento.

Lauren se deshizo del pañuelo, luego fue desabrochando con lentitud el chaleco largo y después la camisa mientras Marcus pensaba que no iba a ser capaz de soportarlo. Cuando pudo abrir el espacio entre los botones, la joven frunció el ceño y acarició la marca de un hematoma que comenzaba a formarse en su pectoral izquierdo, donde Gordon lo había golpeado fuerte la noche anterior.

—Penitencias de boxear —murmuró con una voz desconocida.

Lauren lo miró, y habría podido jurar que sus ojos brillaban como dos gemas. Acabó de desabrochar el último botón sin llegar a sacarle la camisa del pantalón. La abrió y dirigió su boca hacia la zona dañada. Lo besó con ternura en el pecho al tiempo que sus manos se posaban en su bajo vientre.

Maldición, iba a morir de placer y de ansiedad. Casi no podía refrenar las ansias de tomarla fuerte entre sus brazos y llevarla a la cama, pero dejó que ella siguiera recorriendo la amplia superficie de su torso con la boca mientras sacaba los faldones de la camisa.

Cuando lo hubo librado de las prendas, que yacían en el suelo, las traviesas manos se dirigieron a la lazada de sus ceñidas calzas. Con aquellas manos tan inocentes cerca de su masculinidad, Marcus no fue capaz de mantenerse quieto por más tiempo. Le tomó la cara entre sus manos y la besó con brío, con todo el deseo contenido que había luchado por controlar hasta ese momento. Le inmovilizó la cabeza y escuchó su gemido mientras él devoraba su boca, casi como un demente.

Llevó una de las manos hasta su nuca y enredó con fuerza los dedos entre el cabello de fuego, sin permitir que ella pudiera alejarse de su beso. Mientras, con el brazo libre la rodeó por la cintura y la pegó a su cuerpo. La piel desnuda de Lauren al chocar contra su pecho, también desnudo, fue como un soplo de aire fresco en medio del fuego que parecía consumirlo.

Necesitaba probar cada pulgada de esa piel fresca y suave. Necesitaba sentirla bajo su cuerpo. Necesitaba estar muy profundo dentro de ella.

Con la mano firme en su cintura, la fue empujando sin dejar de besarla hasta que las corvas de sus piernas tocaron el borde del colchón, al tiempo que notaba cómo Lauren movía sus pequeñas manos de forma frenética por su espalda, sus hombros, su cuello.

Hincó una rodilla en la cama y la empujó hacia la superficie con su propio cuerpo, que dejó descender con lentitud sobre el suyo. Cuando la tuvo tumbada, se incorporó y la observó haciendo un esfuerzo sobrehumano por recuperar el control.

Ahora. Tenía que decirlo ahora. Tenía que tomar a la mujer que amaba solo cuando ella fuera consciente de que la tomaba para toda la vida.

—No mi amante, Lauren —le susurró mientras recorría con los labios cada pulgada de piel a su alcance—. Mi esposa, la madre de mis hijos, mi alma.

Buscó de nuevo sus ojos y encontró que lo miraba conmovida, con las lágrimas sobrepasando rápidamente la barrera de sus párpados mientras el sensual cuerpo se contraía bajo el suyo.

—P-pero...

Marcus no le permitió objetar. La besó con ternura una vez más hasta que su cuerpo perdió todo rastro de tensión.

—Tú me amas, Lauren —declaró solemne mientras ella abría los ojos con sorpresa—. Quieres lo mejor para mí y te empeñas en creer que las opiniones de los demás son importantes, pero te equivocas y con ello me niegas lo que más anhelo.

—¿Lo que m-más anhelas? —murmuró ella con emoción contenida

mientras las lágrimas seguían desbordando sus dulces ojos verdes.

—De nada me sirve que todos me respeten y hablen bien de mí si no puedo tenerte a mi lado. Puedo soportar que me odien, pero no podré vivir si me abandonas. Te elijo a ti, Lauren. Te quiero a ti.

Lauren dejó escapar un sollozo y enterró la cara en su cuello. Marcus permitió que ella liberase la emoción durante unos segundos, pero de inmediato la obligó a enfrentar de nuevo su mirada. Esta vez tenía que entenderlo, no podía permitir que se escondiese de sus sentimientos ni que buscara justificaciones para negarse el uno al otro.

Marcus arrastró la palma abierta por los costados del torso femenino y después por sus brazos hasta coger sus manos y elevarlas por encima de la cabeza, donde las mantuvo sujetas. Le besó la mandíbula, las mejillas, la frente, incapaz de manejar la ternura y la lujuria combatiendo dentro de él.

—¿Me castigarás eternamente, dulce Lauren? —murmuró contra la fina piel tras su oreja al tiempo que sentía que su cuerpo no aguantaría mucho más el hambre reprimida. Ella seguía estando desnuda y dispuesta bajo su cuerpo, y eso su mente perversa no lo olvidaba ni por un instante—. ¿Me seguirás negando el derecho a llamarte esposa? ¿O me entregarás, esta noche, no solo tu cuerpo sino también tu corazón?

Capítulo veinticuatro

¿Su corazón? ¿Marcus estaba pidiéndole de verdad que lo amase?

En aquel momento su mente batallaba por encontrarle sentido a lo que ocurría, a lo que escuchaba. Era un sueño hecho realidad. ¿Cómo iba a negarle lo que siempre le había pertenecido? Su única razón de ser, el motivo por el que se despertaba cada mañana, cada sueño tejido de cada noche, era ÉL.

Quería pertenecerle más de lo que quería respirar, pero ¿él lo deseaba? Estaba tan conmocionada que no conseguía asumir las palabras que acaba de escuchar.

«Te elijo a ti. Te quiero a ti».

Santo Dios, era tan hermoso que dolía. Su corazón se estaba retorciendo en el pecho, su garganta estaba tan inundada por la emoción que no podía dejar salir las palabras. ¡La quería! ¡Marcus la quería! Una vocecilla apagada en su mente la instaba a responder, pero la emoción y las tumultuosas sensaciones que él despertaba con su boca la tenían hechizada, y era que Marcus no dejaba de devastar sus sentidos con cálidos y dulces besos que dejaba caer en sus mejillas húmedas por las lágrimas, en su cuello, su clavícula... creando un torbellino de felicidad y deseo que le obnubilaban la mente.

—¿O es que no me amas? —preguntó él elevándose un poco para enfrentar su mirada.

Lauren tragó en seco y se obligó a responder. La voz sonó tan angustiada y dificultosa como ella se sentía por dentro.

—Más que a nada.

Marcus sonrió triunfal y se aproximó hasta volver a acariciar sus labios. El roce no llegaba a ser un beso, pero era enloquecedor. Esa mezcla de felicidad y provocación estaban consiguiendo que su pulso latiese desbocado y que a

su mente le costase hilar pensamientos coherentes.

—Dilo. Di que me amas. Necesito escucharlo —suplicó él con la voz no menos afectada, antes de propinar un pequeño mordisco en su labio inferior que le alteró más la sangre.

—Te amo —susurró Lauren con los labios rozando los de Marcus, aspirando su aroma, embebiéndose de su sabor, queriendo más—. Siempre te amé.

Fue como si un gran peso abandonase su pecho. Tantos años conteniendo las palabras ante él. Tantos años diciéndolas cada noche en voz muy bajita antes de cerrar los párpados y entregarse a los brazos de Morfeo. No podía creer que él se las pidiese, que se las devolviese...

—Dios mío, que bien suena. No creí necesitar algo en la vida como te necesito a ti, pequeña —continuó confesando con la mirada cargada de anhelo y deseo—. Dime que serás mi esposa. Dime que te casarás conmigo, mi amor.

—Oh, Dios... —gimió cuando él empezó a deslizar los labios por su garganta. La piel le ardía allí donde él la besaba—. Sí, Marcus. Sí, claro que sí.

Jamás habría creído posible que el honorable y respetado vizconde de Collington la tuviera a ella como el mayor anhelo, que pudiese necesitarla tanto como para enfrentar el desprecio de la gente, pero era lo que acababa de decirle. Porque a él no le importaba que lo odiasen mientras estuvieran juntos. Y ni la mujer más loca sobre la faz de la tierra podía negarse a darle la felicidad al hombre que amaba más que a su propia vida.

—Aunque el mundo se hunda al día siguiente, Lauren. Promételo. — Marcus estaba llegando de nuevo a la delicada piel de sus senos, y Lauren notaba crecer el vértigo en su estómago.

—Aunque todo se vaya al demonio —aseguró ella conteniendo el aliento.

Marcus respondió con una ronca carcajada un segundo antes de tomar en su boca uno de sus pezones, al cual prodigó todas las caricias enloquecedoras que ya le eran tan familiares. Él era maravilloso cuando hacía eso. La hacía

flotar en un remanso de excitación que era casi intolerable, al compás que marcaba su lengua sobre la sensible piel.

Aquel placer era casi insoportable, y ni siquiera podía aliviar la creciente necesidad enredando sus dedos en la mata de pelo rubio de su castigador, pues Marcus le había inmovilizado ambos brazos por encima de la cabeza con una de sus manos, mientras la otra se paseaba con descaro por sus muslos y su vientre. Forcejeó y se retorció para liberarse, pero nada conseguía soltar aquella presa inquebrantable.

Era más, a Marcus le hacían gracia sus intentos, porque con un sonoro beso en el fruncido pezón que había estado castigando, le lanzó una mirada de superioridad y se lanzó a por el otro con la misma intensidad.

Lauren se arqueó y gritó al sentir el fuego abrasador de su lengua en aquella otra fracción de carne desatendida. Se le volvieron a saltar las lágrimas por la combinación de placer y frustración a la que él le arrastraba.

—¡Marcus! —Pretendía regañarlo, pero parecía mucho más una súplica que una reprimenda.

Él se rio sin dejar de besar y mordisquear su pezón, pero se movió de tal forma que uno de sus muslos quedó encajado entre los de ella. La presión de esa fuerte y poderosa pierna contra el centro de su placer fue devastadora, la hizo gritar y arquearse más, pero dos segundos después sintió que el toque la había reconfortado un tanto.

Sabía cómo enloquecerla, de eso no le cabía duda, pero empezaba a estar harta de no poder tocarlo, besarlo, de no poder tomar las cosas que necesitaba. Gruño y se contoneó con fuerza hasta que Marcus rompió en una carcajada y liberó sus manos. Lauren lo tomó entonces por el pelo y lo arrastró hacia arriba para poder besarlo y abrazarlo con todas las ganas que había estado reprimiendo.

—Pequeña leona —murmuró él entre beso y beso.

Podía sentir el pecho desnudo de Marcus y el roce del vello corto y crespo que se frotaba contra su piel, pero se le antojaba insuficiente. Comenzó a forcejear con sus piernas para intentar deslizar los pantalones masculinos,

pero no llegaba a ningún sitio.

—Espera, espera. —A Lauren le dio un palpito cuando la figura de Marcus se elevó sobre la suya y se plantó de rodillas entre sus piernas.

Lucía una sonrisa de pillo a juego con su alborotada melena que le daba el aspecto de un bribonzuelo; mas no era un crío quien le hacía arder la sangre con la limpia sensualidad de su mirada y la gracia varonil de sus movimientos. Él se veía tan fuerte y poderoso, tan rudo y angelical a un mismo tiempo.

Lauren se maravilló con la piel tersa y elástica de su torso, que estaba salpicada por algunos vellos dorados, los mismos que antes le habían hecho cosquillas. Su estómago era firme, aunque no parecía muy musculado. Sin embargo, su cintura se estrechaba según descendía a sus caderas con dos grandes surcos laterales que le hicieron secar la garganta. Parecía como si estuviera tallado por un artista.

Le fascinaron las diferencias que había entre sus cuerpos, aunque también pensó que había algunas similitudes. Tenía unos distendidos pezones de color más oscuro y se preguntó si Marcus sentiría el mismo placer que ella en esa zona. Sin mucha meditación por su parte, se incorporó hasta quedar sentada y capturó uno de ellos en la boca como acto de represalia.

Marcus farfulló una maldición y se tensó como una vara, pero su deseo de seguir disfrutando de aquel toque se hizo patente cuando la agarró con fuerza por la nuca para mantenerla allí.

—Por todos los cielos... —gimió con un tono tortuoso.

Animada por su reacción, Lauren siguió probando y lamiendo la carne que se había convertido en un guijarro en su boca. Casi se marea al pensar en sí misma siendo complacida de esa forma, en cómo sus pezones también se contraían y se convertían en una fuente de gozo.

Cuando dio por finalizado el festín y levantó la cabeza, se encontró con los ojos dorados clavados en ella.

—Eres más perversa de lo que hubiera podido soñar.

A Lauren ese calificativo le hizo arder las mejillas. No se tenía por una

mujer alegre en sus pasiones, pero era evidente que solo necesitaba la presencia de él para convertirse en la mujer ardiente que Marcus quería.

Sin preámbulos de ningún tipo, la enganchó por el trasero, la levantó de un tirón y la puso a horcajadas sobre sus caderas al tiempo que se adueñaba de nuevo de su boca. La lengua de Marcus la fustigó y arrasó sin medida, mientras una de sus manos mantenía el agarre en su nalga derecha y la otra viajaba hasta su pecho izquierdo, el cual fue torturado sin piedad hasta que ella comenzó a gimotear.

—Vas a volverme loco —la acusó mientras la dejaba caer sobre la cama e intentaba en vano liberarse de sus calzas de color café.

Cuando vio que no podía con ellas, maldijo en voz alta, se bajó de la cama y se desnudó en un pis pas, dejando que la mente de Lauren batallara con la increíble erección que emergió de dentro de aquellos pantalones. Hannah debería haber especificado algo sobre el tamaño, pensó. No lo veía factible.

No obstante, si Marcus quería tomarla era porque sabía cómo hacerlo. El hecho de que aquella cosa se viese tan hinchada y briosa no debía asustarla, se dijo. Así que volvió los ojos a su rostro y dejó aflorar una tímida sonrisa que a él le encantó, porque acto seguido mostró la suya.

—No tengas miedo —le aconsejó.

—No lo tendré —respondió, ganándose con ello una sonrisa genuina.

Esta vez, cuando Marcus se tumbó a su lado y se pegó a su cuerpo, Lauren pudo notar la cálida presión de su pene contra la cadera y aquello le hizo hervir la sangre.

—Eres preciosa. Tan dulce y suave... Te prometo que haré que te guste.

Con un codo apoyado en el colchón, se inclinó sobre ella sin cubrirla, mientras la otra mano vagaba por sus muslos y su vientre. Empezó a besar su frente, después su nariz y por último su boca al tiempo que la seducía para que abriese las piernas y le dejase continuar con las caricias en aquella zona que temblaba ante el toque de sus dedos.

Lauren cerró los ojos y se abandonó a las sensaciones, relajó sus piernas y las abrió para él, quién no tardó en colarse con un rápido movimiento hasta

cubrir con su palma el triángulo de vello.

—Eso es, mi amor, deja que cuide de ti.

Marcus deslizó un dedo entre los pliegues y la penetró sin ningún preámbulo. Lauren se tensó y dejó escapar un grito de sorpresa al tiempo que se agarraba con todas sus fuerzas a los hombros de él, donde fue bien consciente de dejar las marcas de sus uñas.

Aquel dedo invasor comenzó un vaivén delicioso dentro de su cuerpo, y Lauren arremetió con su lengua en la boca de Marcus para intentar aliviar la tensión, pero aquello solo consiguió enardecerla más. Se retorció y gritó de nuevo cuando un segundo dedo se unió al que ya la penetraba, dándole al placer un pequeño borde de dolor.

—Dios mío... —No podía seguir besando a Marcus y respirando. Le faltaba el aire, sus pensamientos se dispersaban por el inmenso placer.

—Shhhh —susurró él mientras descendía hasta el hueco de su cuello y le daba un pequeño mordisco allí—. Eres como un sueño, pequeña, tan húmeda y dulce que me haces perder el sentido.

Iba a desmayarse. En medio de aquel tortuoso caleidoscopio de emociones y sensaciones, Lauren solo podía pensar en que estaba cerca de ocurrirle algo grave. Notaba cómo perdía el control de sus brazos, de su mente, hasta que apenas podía sentir con claridad nada que no fuera la mano de Marcus entre sus piernas incendiando todo su cuerpo.

La creciente sensación de desazón y expectación fue aumentando dentro de su sexo, como si una gran ola estuviera a punto de barrer con ella. Se sintió conmocionada y asustada, mientras que parecía como si su corazón latiera, desenfrenado, allí donde Marcus la tomaba con sus dedos.

—Por favor, por favor...

Marcus estaba conmocionado por la respuesta de Lauren. Era tan dulce, tan fogosa. Su piel era la más exquisita seda en cualquier sitio donde su boca la probaba, donde sus manos la moldeaban.

Era magnífica. Nunca había experimentado mayor placer, ni siquiera en el más lascivo de sus encuentros sexuales anteriores. La dulce rendición del cuerpo de Lauren, su propia y salvaje demanda, lo tenían al borde de perder el control y cumplir con las exigencias de su dolorido miembro, que clamaba porque la tomara sin más dilación, que se hundiera en su inocente cuerpo y embistiera salvajemente en ella hasta llevarla al más absoluto éxtasis.

Cuando miró en sus ojos y vio toda aquella inocencia dibujada en ellos, se obligó a esperar, se obligó a prepararla. Quería que estuviese tan aturdida y enajenada por la pasión como él lo estaba.

En ese momento suplicaba, aunque era muy posible que ni siquiera supiera el porqué. Conocía esa sensación de desamparo que precede al orgasmo, ese momento de locura en el que crees que morirás si no consigues alcanzar la cima. Y él se lo estaba proporcionando. Él era quien la introduciría en las nebulosas y placenteras lides del amor.

Acarició su interior con mayor fruición y, cuando Lauren comenzó a elevar sus caderas de forma exigente, ya no pudo soportarlo por más tiempo; sacó los dedos de su interior y sin perder un segundo se posicionó con la cabeza de su erección en la entrada de su cuerpo y con un pequeño empujón se coló dentro, solo lo suficiente para que el estrecho canal se acostumbrase a su grosor.

¡Maldición, era tan estrecha que no iba a aguantar! No podía dejar de mirar cada matiz de su respuesta mientras sentía como sus tejidos se abrían para albergar la dura extensión de su miembro. Marcus notaba las fuertes pulsaciones de su carne y creyó que se consumiría de necesidad. La urgencia por llenarla estaba tomando con vehemencia las riendas de su cuerpo; veía como se contorsionaba en su delirio, como le suplicaba; y eso iba rasgando poco a poco su propia resistencia.

Con golpes cortos pero profundos, Marcus fue horadando un poco cada vez, hasta que la frágil barrera de su virginidad se rompió, y Lauren gimió con un fuerte sonido entre el placer y el terror. Dios, cuánto lamentaba que tuviera que dolerle.

—Lo siento, mi amor. Shhhh —murmuró—. Tranquila, no pongas resistencia. Pasaré enseguida.

La besó con ternura en los labios y secó con su pulgar el sudor que empapaba el nacimiento de su pelo y sus sienes.

—Mi amor —susurró Marcus mientras dejaba pasar unos segundos hasta que su cuerpo se acostumbrase a la invasión, al tiempo que acariciaba su rostro y su cuello—. ¿Estás mejor?

Sus ojos brillaban con todo el amor que él sabía que ella sentía, con todas las descarnadas emociones que formaban parte de aquella extraordinaria mujer que iba a ser suya. Su esposa.

—Sí, ahora... —respondió con el semblante afectado de nuevo por las turbulentas emociones—, ahora ya no duele. Es como... es... maravilloso estar unidos así.

Ella era la tentación hecha carne, una diosa; una mujer apasionada y dulce que lo acariciaba sin reservarse nada, sin vergüenza ni pudor. Y él lo adoraba.

Comenzó a seguir el pulso de su necesidad. Ya no podía retenerlo más. Necesitaba un mayor ritmo, una mayor penetración, y ella parecía más relajada, más dueña de sí misma, mirándolo ahora con una mezcla de confusión y cálido ardor.

Era tan estrecha, tan condenadamente estrecha y caliente, que no creía que pudiese aguantar mucho más, pero tenía que conseguir que ella llegase primero, así que introdujo una mano entre sus cuerpos y buscó el nudo de nervios que para ella era el centro sensitivo de su placer. La frotó con dulzura al principio, mientras Lauren se deshacía en gemidos y cuando fue consciente de nuevo de la urgencia de su propio cuerpo, incrementó la fuerza de sus caricias. Podía sentir cómo todo su cuerpo se estremecía, cómo sus venas se iban inflamando y su cuerpo clamaba por la liberación.

Con delicadeza acarició sus labios con los suyos mientras iniciaba aquel enloquecedor vaivén de sus caderas contra ella, con una cadencia tan antigua como el mismo tiempo, a la vez que abría los aterciopelados pliegues entre sus muslos para que pudiese sentir cada caricia.

—Dios mío, Lauren.

No quería acabar nunca. Aquella sensación de sus apretados músculos abrazando su erección como un puño era una pura agonía. Quería quedarse para siempre sepultado en su interior, pero su cuerpo demandaba una liberación que él llevaba demasiado tiempo negándole y sin poder evitarlo las embestidas de su cuerpo se fueron haciendo más rápidas y duras.

Ante el nuevo ritmo, Lauren arqueó la espalda y susurró su nombre. Las pequeñas manos le recorrieron los costados hasta alcanzar sus nalgas, donde la pequeña descarada se agarró con fuerza, empeñada en conseguir su éxtasis. Con una mezcla de orgullo y desesperación, Marcus incrementó la fuerza de sus penetraciones, hasta que ella se rompió en torno a él, sollozando y repitiendo su nombre como una letanía.

Sintió cada pulso y cada contracción de su pequeño cuerpo, y aquello fue lo único que necesitó para alcanzar su propia culminación. Un millón de dardos se clavaron en cada una de sus terminaciones nerviosas mientras un dolor sordo mezclado con la más pura agonía de placer se extendía como una ola por su cuerpo. Todavía podía notar los delicados músculos de Lauren contrayéndose a su alrededor, alargando el placer de ella.

Se mecieron juntos mientras su simiente se derramaba dentro de aquel precioso y desmadejado cuerpo que lo acogía con ternura. Y él dio gracias a Dios porque la hubiera puesto en su camino.

Cuando sus respiraciones se tranquilizaron y aquella sensación de plenitud comenzó a remitir, se levantó y fue a por un paño para limpiar de ella los restos de su primera vez; después se tumbó a su lado. La pobre estaba casi dormida, extenuada por la tortura a la que él la había sometido. La sujetó por la cintura y pegó la espalda femenina contra su pecho. Flexionó las piernas, llevando las de ella también hacia arriba, y con una mano le despejó la larga melena de su cuello. La besó con delicadeza y deslizó la mano hasta posarla sobre su vientre, donde pensó que quizá ya hubiera concebido a su hijo.

—Te amo, pequeña Malone.

Lauren se giró hacia él para pedir un último beso, a pesar de que sus

párpados se cerraban por voluntad propia. Marcus le acarició la boca durante unos segundos y comprobó que se quedaba dormida. La colocó y la abrazó con fuerza. Minutos después él mismo se dejaba mecer por el sueño entre los brazos de su amada.

Capítulo veinticinco

El sol más brillante dio los buenos días a Lauren mientras sus párpados se agitaban con ahínco para salvaguardar sus pupilas del exceso de luz.

Estaba tumbada sobre su lado derecho, de cara a la ventana que dejaba entrar toda aquella flamante alegría de un maravilloso día de primavera. Se puso bocarriba con medio cuerpo inclinado sobre los abundantes almohadones y se desperezó. Su cuerpo le respondió con pesadez y un ligero encogimiento en una zona desacostumbrada de su anatomía, que de inmediato le disparó la memoria.

El primer pensamiento fue buscar a Marcus. Abrió los ojos y paseó la mirada por la habitación hasta encontrarlo. Estaba sentado en el sillón que había junto al armario. Sus piernas, enfundadas de nuevo en las calzas, estaban flexionadas y abiertas; estaba inclinado hacia adelante, con los codos apoyados sobre las rodillas y sus manos enlazadas en medio.

No llevaba camisa y se veía endemoniadamente guapo con el pelo revuelto y lo que se intuía como una sonrisa somnolienta. Aunque la luz creaba un juego de sombras que le dificultaba la visión de los detalles, Lauren estaba convencida de que tenía los ojos puestos en ella, si bien no lograba descifrar del todo su expresión. El tono, cuando habló, le dijo todo lo que necesitaba saber:

—Buenos días, preciosa.

Lauren se vio inundada de una alegría desconocida para ella. Era una sensación cálida y dulce que despertaba cada fibra de su ser, un conocimiento profundo acerca de la pertenencia a ese hombre, a ese momento.

Había soñado mil veces con despertar a su lado, con que su voz fuese el primer sonido de cada mañana. Y ahora había ocurrido. Su garganta se cerró de tal manera por la emoción que no le pudo responder como correspondía a aquel «Buenos días», pero, en cambio, le obsequió con la sonrisa más

radiante que hubiera lucido en su vida.

Una paz infinita la abordó mientras Marcus se ponía de pie y se acercaba por el lado izquierdo hasta la cama. Lauren se removió para dejarle sitio y la consciencia de su desnudez la golpeó en ese momento, hecho que provocó que se sonrojase. Cogió con fuerza la sabana que la cubría y la elevó hasta la garganta.

—¿Hasta ahora no has recordado del todo? —preguntó Marcus con una sonrisa traviesa al tiempo que se sentaba frente a ella en el borde del colchón.

Lo cierto era que solo había pensado en lo maravilloso que era encontrarlo cerca nada más despertar, pero no había reflexionado sobre los motivos de esa cercanía: se había entregado a él, habían hecho el amor porque la amaba. ¡Marcus la amaba!

Lauren no sabía cómo manejar aquella amalgama de emociones que cruzaban desde la vergüenza hasta la dicha más absoluta, así que se inclinó hacia él y enterró la cara en su pecho.

«Oh, qué bien huele».

Marcus rompió a reír y la abrazó con fuerza. Se quedaron así durante largos segundos mientras ella encontraba de nuevo la calma y se solazaba con las caricias de aquellos dedos reconfortantes en su espalda desnuda.

—Ahora lo recuerdo todo —dijo elevando la mirada hacia él.

Marcus asintió y le cogió la cara entre las manos para darle un beso fugaz en los labios.

—¿Y te sientes reconciliada con ello? —inquirió con calma, pero con un ligero borde de incertidumbre en su voz.

—¿Quieres decir que si me arrepiento? —preguntó a su vez con una sonrisa tan radiante que era respuesta más que suficiente. Cuando Marcus asintió, ella se estiró para darle otro fugaz beso—. Creo que es lo más bello que me ha pasado en la vida.

Aquello terminó de disolver todas las dudas de Marcus, quien esta vez se recreó en un tercer beso mucho más concienzudo. La lengua masculina

irrumpió dentro de su boca con suavidad, pero con un rabioso anhelo que pronto removió la pasión que todavía tenía tan vívida en su memoria. Cuando aquel interludio terminó, su pulso latía acelerado y todas las zonas sensibles de su cuerpo habían despertado por completo.

—Entonces, ¿estás bien? —preguntó él con una ternura que casi le saca un suspiro de colegiala.

—Sí. He de decir que me siento bastante... reconciliada con lo que hicimos ayer.

No dejaba de sorprenderla, pero era cierto. Se sentía en paz consigo misma, ¡se sentía amada! Y tenía la conciencia muy tranquila. Si hubiese seguido los consejos de Hannah, si hubiese tenido la intención de seducir a Marcus, entonces se sentiría culpable, o apesadumbrada, pero no había sido ese el caso. Ella no había tenido ningún control sobre lo ocurrido; la sola visión de él la noche anterior en su alcoba le había robado la razón. Y, por lo poco que conocía de la faceta lujuriosa de Marcus, tampoco había tenido mayor capacidad de resistir sus instintos y emociones.

Desde luego que no se arrepentía de nada. Por el contrario, estaba fascinada por el inmenso y agotador placer que había experimentado la noche anterior.

—Lo que no esperaba —dijo frunciendo un poco la nariz, cayendo en la cuenta— es que fuese a cansarme tanto. Quiero decir que es una... actividad bastante... afanosa, pero no imaginaba que fuera a agotarme así. No recuerdo el momento de haberme quedado dormida.

Marcus rio ante eso, se tapó la cara con las manos y acto seguido las dejó caer sobre su regazo con la sonrisa aún pintada.

—Es que te dormiste casi al instante —explicó con una expresión entre frustrada y divertida—. Si yo fuera un hombre menos confiado habría pensado que te habías aburrido soberanamente.

—Oh, pero no fue así en absoluto —protestó Lauren, sujetando con tesón la sábana, apurada porque quería abrazarlo, pero no podía soltar la tela. Por nada del mundo quería que creyese que no había disfrutado, ¿cómo podía

haber sido tan desconsiderada?—. Te juro que me gustó muchísimo.

—De eso estoy seguro, pequeña —aseguró, al tiempo que su expresión se volvía más intensa—. No me perdí ni uno solo de los gemidos y suspiros que me demostraron que fui perfectamente capaz de darte placer. —Aquellas afirmaciones debieron subir el tono rosado de sus mejillas un par de grados, pero era tal la satisfacción en los ojos de Marcus que no pudo menos que sentirse un poco orgullosa—. Tengo que decir que nunca me había sentido tan satisfecho de mis aptitudes como amante. Contigo he sentido cosas que no había sentido antes, cielo.

Antes. Porque había habido otras antes.

Aquella sencilla declaración trajo a su memoria la desolación que sintió en el parque de Saint James cuando descubrió que Marcus había estado enamorado y que le habían herido hasta el punto en que había renunciado al amor.

No pudo evitar que la tristeza la embargase por un momento al recordar la estela de aquella mujer y el daño que había causado en el corazón del joven muchacho que él había sido.

—Eh, ¿qué sucede? —preguntó Marcus con el ceño fruncido al ver ella había apartado la mirada con amargura.

—Anoche dijiste que me amabas —le recordó ella.

—Es que te amo. ¿Qué pasa? ¿Por qué lo dudas? —Se notaba que la preocupación empezaba a socavar su confianza. Llevó una mano hasta su barbilla y la obligó a mirarlo.

—No es que lo dude. —Lo tranquilizó ella con premura, conteniendo al gesto instintivo de acariciar su cara—. Pero... me dijiste que no creías en el amor, que habías aprendido a no confiar en nadie.

—Oh, cariño —suspiró aliviado—. Eso fue una estupidez. Yo... he cometido tantos errores contigo, Lauren. Dios mío, me he comportado como un imbécil desde el primer día.

Maldita fuera aquella sábana que le impedía abrazarlo. Lo que menos deseaba Lauren en aquel momento era subrayar los errores que Marcus, o

ella, hubieran podido cometer. Quería reconfortarlo, así que se esforzó por aclararle que no tenía ningún reproche que hacerle.

—No digas eso. Estabas herido. Y es por eso que me he puesto triste, al pensar en lo que esa mujer te hizo. Debió ser muy duro que te rechazase cuando tú la amabas tanto.

Marcus dejó caer la cabeza sobre su hombro con patente frustración, haciéndole cosquillas en el pecho con la respiración. Lauren sujetó fuerte la sabana con una mano y pasó el brazo libre alrededor de sus hombros. Era un incordio su actual situación de desnudez, que no hacía más que sumarse a su falta de tacto.

¡Era estúpida! ¿A quién se le ocurría sacar a colación a su antiguo amor! ¡Tonta, tonta y mil veces tonta!

—No fue así —aclaró él.

—No importa —se apresuró a decir—. No quiero que ella te pese más en el corazón, Marcus. No quiero que nos estropee este momento. Siento haberla recordado. Por favor, olvídale.

—No, cariño —dijo él al tiempo que se separaba y la observaba con decisión—. Tienes que saber. He hecho un lío de todo esto y por Dios que voy a solucionarlo.

Gracias a la divina providencia, Marcus era un hombre observador. Con mucho cuidado, rodeó con el brazo izquierdo su cuerpo y tomó el borde de la sábana, pasó el brazo derecho por detrás de su cintura y tomó ese pico, la rodeó con él y lo llevó hasta el borde que ella sujetaba contra el pecho; por último, lo enganchó en ese borde, como ella hacía con los paños grandes de lino o algodón con los que cubría su cuerpo al salir del baño. De esa manera sus manos quedaron libres, y su torso cubierto de una forma más decente.

Lauren suspiró de alivio y le dedicó una sonrisa que era producto del agradecimiento y de la absoluta adoración que sentía por él.

—Muchas gracias —dijo.

—Por nada —contestó él.

Marcus se removió inquieto, consciente, supuso ella, de que tenía que cumplir con su cometido de explicarle lo ocurrido con la señorita Badstone. Lauren casi prefería no saber, pero no tendría la cobardía de negarse a escucharlo. Si él necesitaba desahogarse y aclarar las cosas, ella aguantaría cualquier confesión.

—Te escucho —dijo para animarle.

—¿Por dónde empiezo? —Era una pregunta retórica, obviamente—. Lo primero que has de entender es que yo no amaba a Alexia. Ya sé que te dije que sí, y antes lo creía, pero ahora que me doy cuenta de lo que siento por ti, tengo que concluir que aquello solo era un encaprichamiento. Con ella jamás me planteé que fuera una ofensa a mis principios convertirla en... bueno...

—Tu amante —concluyó Lauren, sin poder evitar el profundo alivio al saber que el corazón de su amado no había pertenecido a esa otra mujer.

—Sí. Exacto. Lo cierto es que ahora me avergüenza reconocer que ella se había convertido en una conveniencia. Lo hacía todo tan fácil que yo creía que la adoraba, pero no era así.

—¿Te culpas por lo que ocurrió? Dijiste que ella tampoco te quería, que buscaba un título a toda costa.

Marcus quedó callado y dejó vagar la mirada por la habitación. Lauren no dijo ni una palabra, pues parecía evidente que él estaba reflexionando y no quería meterle prisa. Era una parte muy dura de su pasado, y ya debía estar siendo bastante difícil recordarla como para tener presiones externas.

Pasados unos segundos, Marcus volvió a mirarla y continuó con sus recuerdos.

—No me siento culpable. Ella nunca me quiso. Todo el tiempo estuvo aprovechando mi sustento para conseguir su auténtico propósito. Quería casarse con un aristócrata e hizo todo cuanto fue necesario para garantizárselo. Eso no quita que yo me dé cuenta de que me creí dueño de su vida sin que tuviera intención de casarme con ella.

—Entonces, ¿qué es lo que te impide olvidar?

A Lauren, no podía explicar el motivo, no le importaba lo más mínimo si

aquella mujer se había sentido valorada o no. Ella, desde luego, no había apreciado a Marcus si lo había engañado con otros hombres a fin de obtener un título. Lo que si le preocupaba, y mucho, eran las sombras que reposaban en el fondo de los ojos castaños de él. Quería hacerlas desaparecer.

—No es a ella a quien no puedo olvidar, sino aquello que me arrebató. Algo que no sabía que quería, pero que me dolió mucho perder.

Marcus la miró a los ojos con tanta profundidad que le dio la sensación de que veía a través de ella, que estaba muy lejos del momento presente, absorto en la viveza del recuerdo. Su rostro mostraba líneas de tensión que antes no habían estado ahí. Su tono de voz era desilusionado pero resolutivo. Le tomó una mano entre las suyas para infundirle ánimo, pues era evidente que le costaba llegar al punto de la cuestión.

—Quería ser aristócrata a toda costa. De modo que mientras yo financiaba su manutención, ella se esforzaba al máximo por encontrarme un sustituto. Era tal su empeño que... —Marcus se detuvo a tragar saliva, aunque parecía que intentase tragar también su pena—. Que cuando supo que estaba embarazada, se fue a un curandero para que le sacase al bebé.

Lauren sintió cómo su cuerpo se quedaba frío de repente. Una especie de neblina le ocupó la mente y le impidió asimilar durante largos segundos lo que había oído.

—No...

Era inconcebible. No podía comprender que una mujer matase a su propio hijo. Había escuchado cosas parecidas, pero nunca había creído posible que una persona normal y corriente tuviese el propósito de poner fin a la vida de un ser inocente.

Buscó la mirada de Marcus, esperando una negación, deseando con todas sus fuerzas haber entendido mal, pero solo encontró resignación.

—Era tu bebé —musitó.

Él solo asintió.

«¡Santo Dios! ¡Qué aberración! Oh, ¡cómo debe haber sufrido Marcus al conocer la muerte de un bebé al que quizás ya quería!», pensó horrorizada.

—Me envió a buscar el curandero que le practicó el aborto —siguió explicando—. Yo ni siquiera sabía que ella estaba encinta. No me enorgullece decir que la dejé allí tirada y desvalida. Cuando supe lo que había hecho, el dolor y la rabia fueron tan grandes que dejé de verla como a otro ser humano. Para mí era un monstruo y me marché de allí sin importarme lo que le ocurriese.

—Santo Dios, Marcus. Es horrible. Oh, por favor, ¿cómo pudo hacerlo? Debiste sentirte tan herido. Lo siento, lo siento mucho.

Lo abrazó con todas sus fuerzas. Quería reconfortarlo, aunque ya hubiese pasado mucho tiempo. Algo así podía marcar a una persona para toda la vida, y era evidente que a él le había afectado durante años aquella traición.

—Supongo que me volví un cínico a raíz de aquello. Pensé que lo mejor era no confiar en nadie. Me convencí de que podía vivir al margen de mi corazón —continuó diciendo él, sin romper el abrazo—. Lo tenía todo planeado. Un matrimonio de conveniencia, un heredero... Solo lo necesario. Pero entonces apareciste tú.

Al decir esto último, Marcus se separó y la miró con otro semblante muy diferente. A Lauren la invadió una ternura inmensa al comprobar cómo las líneas de aquel apuesto rostro se suavizaban al recordarla a ella. Sus ojos se llenaron de una luz diferente, y la atractiva sonrisa volvió a asomar en su boca. Lo miró fascinada por la transformación, aunque no pudo evitar aclarar:

—Yo siempre estuve ahí.

—Pero yo no te veía. Tuviste que caerme literalmente encima para que me diera cuenta de que ya no eras la niña que yo creía.

¿Caerle encima? Lauren se esforzó por recordar si la noche en que Marcus y lord Riversey las sacaron del jardín de Growden, ella había tropezado sobre él, pero solo recordaba la presa de aquella mano en su muñeca, tirando de ella hacia el carruaje. Lo que ocurrió después en su habitación tampoco podía considerarse como «una caída sobre él». Sus pensamientos eran confusos, las emociones demasiado intensas y contradictorias.

—¿Estás usando una de esas metáforas de los poetas?

Con aquella pregunta obtuvo una respuesta que no había buscado, pero que recibió con mucho agrado. Marcus volvió a reír y recuperó su habitual jovialidad y energía. Ya no se veía como un tipo gris y apesadumbrado, sino como el hombre alegre y despreocupado que siempre había pensado que era.

Le dio un golpecito en la nariz con el dedo y chistó con fingido disgusto.

—¿Es que no recuerdas aquel momento? —le preguntó—. Y yo pensando que había nacido una conexión especial entre nosotros ese día...

—¿Cuándo? —interpeló, cada vez más confusa y malhumorada. ¿De qué estaba hablando? ¿Y por qué ella no lo recordaba?

—Ocurrió un día de navidad. Te rescaté cuando te caías de una escalera. A pesar de mi mejor esfuerzo, terminaste en el suelo, debajo de mí. Aquel fue un momento revelador, sin duda. Aunque al parecer solo lo fue para mí.

Aquel recuerdo en concreto era uno que Lauren había revivido una y otra vez en su memoria. Era uno de los muchos momentos que había atesorado en los cuales Marcus había sido dulce con ella. Por supuesto que lo recordaba.

—No te atrevas a hacerte el ofendido —lo regañó, adoptando su pose más altiva—. Lo que tú consideras una revelación, para mí fue otra de las maravillosas veces que estuve cerca de ti. Por si no te lo habías planteado, yo ya te quería bastante por entonces...

En aquel punto la invadió la vergüenza. Todavía se le hacía raro hablar de sus sentimientos de una forma tan abierta con él. Por suerte, Marcus había demostrado ser muy considerado y comprensivo, y de inmediato la abrazó para reconfortarla.

—Siempre supe que eras más lista que yo —añadió a la ligera mientras se separaba de nuevo—. Ya ves, hasta necesité que estuvieses aprisionada debajo de mí para ver lo bonita y sensual que eras.

Aquellas palabras le produjeron vergüenza y alivio a un mismo tiempo. Para Lauren no era frecuente recibir halagos, pero era evidente que tendría que acostumbrarse, pues Marcus no escatimaba a la hora de expresar lo que opinaba de ella, y tenía que reconocer que le gustaba la forma en que la veía.

Como si hubiera estado escondido en un rincón, un conocimiento diferente

apareció en su cabeza y la dejó tan conmocionada como entusiasmada.

—¡Entonces yo ya te gustaba! —gritó, al tiempo que sujetaba a Marcus por los antebrazos—. Antes de aquella noche. En mi casa. Cuando me dijiste que íbamos a casarnos —siguió explicando con un poco más de euforia de la que le gustaría sentir. Aunque no podía remediarlo. Era un gran descubrimiento—. ¡Yo te gustaba como mujer! ¿No es eso lo que has dicho? ¿Que todo cambió aquel día...?

Por absurdo que fuera, aquella temporalidad de las cosas le parecía sumamente importante, porque si Marcus sentía atracción por ella en aquel momento, quizá no solo hubiera actuado movido por el honor y la bondad innata en él.

Marcus sonreía de oreja a oreja, a claras luces divertido por su entusiasmo. Se soltó de su agarre y llevó las manos hasta su rostro.

—Pero mira que eres tozuda... —la acusó mientras se aproximaba a su boca y comenzaba a besar la barbilla, las comisuras, la nariz; sin llegar al punto que, de repente, latía con vida propia—. ¿Acaso no te demostré aquella noche cuánto te deseaba? ¿No recuerdas cómo perdí la cabeza? —siguió preguntando entre beso y beso—. Dios mío, cariño, solo tengo que tenerte cerca para sentirme como un hombre desvalido, hambriento por ti.

El pulso le latía desbocado, su cuerpo despertaba con cada roce de sus labios. Aquel tono ronco y susurrante le provocaba miles de estremecimientos en tantos lugares, que casi parecía que fuese a echarse a temblar. Quería más. Necesitaba más.

—Me deseabas... —afirmó complacida.

—Te deseaba tanto que creía que me volvería loco si no te tenía. — Marcus continuó besando la línea de su mandíbula mientras las manos masculinas vagaban por sus hombros—. Y te amaba. Pero era tan tonto que no lo sabía.

El placer sensual de las caricias se vio amplificado por la confesión. Si alguna vez había soñado con un momento tan perfecto, no lo recordaba. Incluso en sus fantasías, la felicidad no había sido tan intensa, ni era

consciente entonces de lo placentero que sería el toque de Marcus. La dualidad de ambas cosas le estaba robando la razón.

—¿Lo supiste anoche?

Marcus se alejó unas pulgadas para mirarla a los ojos.

—Lo supe cuando me di cuenta de que no quería verte por las noches como un amante furtivo. Lo quiero todo, Lauren. Quiero tu amor, tu compañía. Quiero que tengas a mis hijos. No me conformaré con menos.

Los ojos se le llenaron de lágrimas en lo que dura un suspiro. Estaba claro que Marcus Chadwick tenía un don para decir las cosas y hacer que el alma de una mujer se zarandease.

—Nunca he querido otra cosa en mi vida —contestó ella con voz temblorosa.

Por profundas que fuesen las emociones de ambos en aquel momento, no tuvo la menor duda de que la lujuria había tomado el mando en la mente de Marcus. Sus ojos brillaban con aquel tinte diferente, su expresión era dura, subyugada. Había llegado a reconocer el momento en que su cuerpo estaba tenso por el deseo; la respiración ligeramente más marcada.

La demostración llegó de forma pausada pero intensa.

Con la mano derecha la tomó por la nuca y la acercó a su rostro. Sin llegar a besarla, llevó la mano izquierda hacia el nudo con el que se sostenía la sábana y lo deshizo. Dejó vagar el dorso de los dedos por la curva de uno de sus senos, sin apartar por un segundo aquella mirada que era tan intensa que la hacía arder por dentro.

Estaba a punto de suplicar que la besase cuando, por fin, Marcus concluyó:

—Quiero hacerte el amor como se le hace a una esposa y a una amante. Lo quiero todo, Lauren. Todo de ti.

Acto seguido la besó como ella había gritado en silencio por ser besada, la provocó, la amó. Y Lauren se lo entregó todo, y, a cambio, lo recibió todo.

Capítulo veintiséis

Habían pasado varias horas desde el amanecer cuando Marcus se bajó de la cama y se dispuso a vestirse delante del espejo. Ahora ya estaba decentemente tapado, pero Lauren había disfrutado de cada parte del proceso. Qué bellos eran los hombres, y qué diferentes. Allí donde una mujer era redondeada y suave, él lucía robusto y anguloso. La fuerza y la masculinidad se plasmaban en cada músculo, en cada magra porción de carne tersa. La contemplación de la apostura de Marcus Chadwick era un espectáculo, uno que le hacía latir el corazón de una forma cadenciosa y cantarina. Debería sentir pudor, pensó, pero por alguna misteriosa triquiñuela de su cerebro, aquella escena se le antojaba natural; de modo que no disimuló su apreciación por la visión que se le ofrecía.

—Voy a bajar a ordenar el desayuno —anunció mirándola a través del espejo—. Eso si has acabado de admirar mi varonil figura.

Una cosa era no sentir pudor, y otra que él se percatase de su muestra de descaro. Se le encendieron las mejillas y se tapó el rostro con la sábana para ocultar su vergüenza, aunque inmediatamente la bajó y lo miró con una desaprobación que era fingida. Marcus rio en voz alta, con aquel sonido adorable que era a la vez desenfadado y tranquilo.

—No seas tonta —dijo él—, me encanta que me mires de esa forma.

Desde luego que le encantaba: si solo le había faltado encenderle unas velas en un altar. Pero es que él a su vez era tan encantador... ¡Tan perfecto! Iba a ordenar el desayuno, y se iba a quedar a compartirlo con ella. ¡Cuánto le apetecía! Bajar y encontrarlo sentado en el comedor con un delicioso banquete de la señora Grunter esperando...

«Oh, oh»

Cuando fue consciente de que todo el mundo en aquella casa iba a descubrir, si no lo sabían ya, que Marcus había pasado la noche con ella, la

valentía y el descaro se fueron por la ventana. Se tapó la cara con las manos y se giró sobre los almohadones.

—¿No puedes fingir que has entrado por una ventana? —farfulló entre las sabanas.

Supo que Marcus se había sentado en la cama al notar cómo se hundía el colchón.

—¿A qué viene eso? —inquirió.

—¡Van a pensar que soy una... descocada! —dijo con la voz amortiguada por las almohadas—. Si ya creían que soy tu amante, hoy no les cabrá ninguna duda.

—¿Cómo has dicho? —Lauren se puso rígida por el tono airado y suspicaz de la pregunta. Se giró y comprobó que lucía un semblante tendente a la ira—. ¿Quién lo creía? ¿Alguien te ha acusado de ello?

—Noooooo. —Lauren se arrodilló ante él, ignorando por completo su desnudez—. Te juro que todos me tratan con absoluto respeto y cariño. ¡Nadie me ha ofendido!

—¿Entonces de quién proviene la creencia de que eres mi amante? —insistió con un semblante serio que prometía represalias.

Menuda boca tenía. No es que se sintiese muy feliz con los comentarios del lacayo, pero tampoco podía culparlo por pensar lo que ellos habían dado a entender con su falta de decoro. Lo que menos deseaba era provocar una escena en aquella casa donde la habían tratado tan bien.

—Si te estás plateando encubrir al culpable, te aconsejo que lo pienses de nuevo —conminó con aquella voz tan grave y autoritaria, la misma que tenía la noche que las atrapó intentando robar los pagarés.

Lauren suspiró con fatiga y se dijo que llegados a aquel punto lo único que podía hacer era apelar a la misericordia de Marcus. Estaba claro que ocultar los hechos no era una opción.

—Escuché que uno de los lacayos se... cuestionaba la naturaleza de nuestra relación —dijo con suavidad.

—¿Quién? —preguntó él cada vez más enojado.

—No puedes culparlos por creer que teníamos una relación íntima, cuando te recuerdo que no nos hemos escondido para ser exactos. Nuestra conducta ha sido terrible —argumentó.

—Lauren —agregó él con un rastro de resignación—, mis empleados tienen el deber y la obligación de no airear los asuntos de su señor. Es una ley en esta casa. Y si alguien está cuestionando mi vida personal tengo que saberlo. Te pido, por favor, que no lo protejas.

Aunque estuvo a punto de hacer un puchero, tenía que reconocer que, en ese aspecto de la conversación, Marcus tenía razón. Y aunque no la tuviera, él era quien dictaba las normas en su casa. Fin de la cuestión.

—Fue Anthony, el lacayo. —Se cuidó mucho de mencionar a Truller como interlocutor. El mayordomo se había desvivido por agradecerla desde que llegó y la había defendido en aquella discusión—. Pero sé a ciencia y conciencia que siente un gran aprecio por mí.

—Pues que no te aprecie tanto —dijo Marcus pensativo al tiempo que caía en la cuenta de su estado de desnudez.

La mirada se tornó completamente posesiva y sensual mientras vagaba por sus pechos. La mano que reposaba sobre la cama se acercó con lentitud hasta acariciarle el muslo.

—¿Vas a despedirlo? —preguntó con la voz casi temblorosa por la vertiginosa marea de excitación que la recorrió de nuevo.

—Ahora mismo no puedo pensar... —respondió Marcus.

Inclinándose sobre ella, la obligó a tumbarse por completo en la cama y se colocó encima, con ambas palmas apoyadas en el colchón a ambos lados de su cabeza. Se aproximó a su boca con lentitud, pero con una mirada absolutamente depredadora que le hizo encoger el estómago.

—Te deseo como si nunca te hubiese tenido... ¿Qué es lo que me haces?

Aunque hubiera podido pensar alguna respuesta para semejante pregunta, Marcus no le dio tiempo a responder. Con un rápido movimiento, le tomó el

labio inferior entre sus dientes y lo lamió. Acto seguido introdujo la lengua dentro de su boca y la saboreó por un instante efímero. Se separó de forma un tanto brusca y la miró con intensidad, pero en seguida volvió a por más. Una y otra vez.

Esa forma de besarla era desquiciante. No le daba profundidad, no le ofrecía ningún consuelo para la angustiante necesidad que empezaba a brotar en ella. Marcus se empujaba contra su cuerpo y la volvía loca con aquellos muerdos lujuriosos y las lamidas que nunca llegaban a convertirse en la fusión de sus bocas que ella anhelaba.

—¿Me estás castigando? —preguntó.

Marcus relajó un poco la tensión de su cuerpo y dejó caer la frente sobre la suya.

—Me estoy conteniendo —reconoció con un suspiro—, pero te juro que es peor que difícil.

—No te contengas —sugirió con la voz afectada por la misma urgencia que él sentía.

Marcus le hizo caso y, al fin, le permitió saborear un beso completo. Todo su cuerpo despertó como si hubiera estado anhelando aquello durante toda una vida. El saqueo a su boca era delicioso, dulce pero demoledor... Y breve, demasiado breve.

—No puedes permitirte otro asalto, mi amor —expuso él con evidente fastidio—. Maldición, haces que un hombre se olvide de su caballerosidad.

Podía decirse que Marcus abandonó de un salto la cama, dejándola tumbada, desnuda y desorientada sobre el colchón. Tras una última mirada, se giró, cogió su chaqueta del respaldo del sillón y carraspeó mientras se la ponía, de espaldas a ella.

—Será mejor que vaya a ordenar ese desayuno. Le pediré a tu doncella que suba para ayudarte a vestirte. —La miro de reojo y suspiró fatigado—. ¿¿¿Quieres cubrirte???

Lauren salió de su estado de confusión y se incorporó sobre la cama, tomó la sabana y se cubrió con ella. Entonces Marcus se acercó de nuevo y le dio

un casto beso en la frente.

—Te espero abajo. —Le susurró con los labios pegados a su piel antes de darle un segundo beso en la sien. Después se incorporó y con una sonrisa conciliadora salió de la habitación.

¡Pues vaya! Era de lo más cruel hacerle una cosa así. Era descortés o maleducado o incluso grosero dejar a una chica con ganas de ser besada. Lauren se sintió como una niña fastidiada a la que le han prohibido acudir al parque a jugar. Pero, según el propio Marcus, lo había hecho por su bien, porque creía que no aguantaría otra de sus sesiones amatorias. Y, a decir verdad, reconocía que aquellos encuentros la dejaban exangüe y con una somnolencia tan dulce como inevitable.

No podía culpar a Marcus por creer que ella no tenía la fortaleza para un nuevo «asalto», como lo había llamado, pero le demostraría que era tan fuerte como cualquiera y que podía responder a sus demandas como esposo.

«Ay, Dios».

Su esposo. Marcus Chadwick iba a ser suyo. Nada más que suyo, para siempre. Y además la amaba. ¿Podía la vida ser más bella?

Con los ánimos más apaciguados se levantó y buscó por la habitación la *déshabillé* que había desencadenado la esplendorosa explosión de deseo en Marcus; la encontró encima de un escabel forrado en seda granate, donde ella la había dejado caer.

Desde luego no iba a ponérsela en ese momento, porque como camisón, aquella prenda no tenía ninguna razón de ser. Su única función era la de despertar las pasiones masculinas, y, sin duda, era una creación de lo más efectiva.

Su estómago le advirtió de que la única prenda que admitiría sería un vestido mañanero con el que bajar a desayunar. No comía nada desde la hora del té en casa de *lady* Hardgrave, donde, al menos, había hecho aprovisionamiento de ricas pastas belgas para el ejercicio que acabó realizando a la hora de la cena.

Se puso detrás del biombo que separaba la zona de aseo de la habitación e

hizo sus abluciones matutinas. Tomó el camisón corriente que usaba a diario y justo en ese momento escuchó unos ligeros golpecitos en la puerta que debían ser de Hannah.

—Pasa —ordenó.

Podría decirle a su doncella que fuese tras el biombo y la ayudase a vestirse, pero decidió ponerse el camisón y salir a recibirla. La encontró con la mirada perdida en el *déshabillé* y los ojos llenos de lágrimas.

De repente, parecía más mayor, más cansada. Elevó la vista hacia ella y le pareció que sus ojos no podían ocultar una pena infinita, como cuando su madre falleció y tuvo que subir a pedirle que saliera de la habitación, donde se había atrincherado, y aceptase el infeliz suceso. No había olvidado ni uno solo de los detalles de aquel día, y Hannah lucía entonces la misma expresión derrotada y compasiva que ahora.

—¿Qué te pasa? —preguntó con cierto temor.

Hannah cerró los ojos y meneó la cabeza al tiempo que posicionaba sus manos en un gesto defensivo, cuya finalidad era calmarse a sí misma.

—Nada. No me hagáis caso, *milady*. Me ha dicho el... lord Collington que precisabais mi ayuda —explicó al mismo tiempo que se dirigía rauda hacia el armario.

Con gesto nervioso empezó a sacar enaguas y ropa interior. Las dejó sobre el sillón y volvió de nuevo a las puertas dobles para buscar un vestido. Parecía alterada, y no había que conocerla de toda la vida para darse cuenta de que intentaba soslayar algo. No era frecuente que se comportase así. Era una mujer mundana y práctica, que no se ocultaba de las cosas, por desagradables que fuesen.

—Hannah me estas preocupando de verdad. —Fue hasta ella y la obligó a parar su frenética tarea de sacar el vestido de la percha—. Dime qué te pasa.

Con gesto derrotado, la mujer dejó caer las manos y permitió que ella llevase el vestido hasta el sillón. Lauren lo puso de cualquier manera y se giró para enfrentarla, mientras Hannah se desplazaba unos pasos hacia la mesilla de noche, donde se quedó mirando una palangana de cerámica en la cual

Marcus había depositado los paños con los que la había limpiado la noche anterior.

Las mejillas de Lauren enrojecieron de inmediato, pero no dijo nada. No tenía sentido intentar ocultar lo que era evidente, y además no tenía por qué sentirse incómoda en presencia de esta mujer que era casi como una madre para ella.

—Me... preocupa que llegue el día —aclaró su doncella— en que me reprochéis por haber buscado una alternativa tan... sórdida.

—¿Reprocharte? —preguntó confusa. Quizá fuera que aún no podía asimilar todo lo que le había ocurrido en las últimas doce horas, pero le costaba entender el significado de lo que escuchaba.

—Nadie está preparada para esta vida —dijo al tiempo que se volvía de nuevo hacia ella—, pero vos... sois... tan frágil. Me pregunto si podréis lidiar con los sinsabores que vendrán. Y al mismo tiempo me digo que sois valiente y que no me he equivocado. —La mirada de la mujer volvió a perderse en el infinito—. Cualquiera vida es mejor que terminar en la calle.

Hablaba con tanta pena... Parecía tan derrotada que la invadió un sentimiento de solidaridad apabullante. ¿Qué le habría ocurrido para que sus palabras fuesen tan tormentosas? Ella estaba preocupada porque creía que Lauren algún día se volvería en su contra por haberle recomendado convertirse en la amante de Marcus Chadwick, pero lo cierto y verdad era que jamás podría enfadarse con Hannah por haber buscado una solución, cualquiera, que le hubiera permitido permanecer cerca de Marcus. Entre las muchas cosas que no entendía de aquella situación, estaba la afirmación de la mujer referida a terminar en la calle. ¿Por qué creía que iba a suceder tal cosa si ellas tenían un plan de huida muy bien urdido? Se centró en eso, para empezar.

—Pero nosotras no íbamos directas a la calle. Te recuerdo que íbamos a casa de la señorita Derrington... —argumentó en un intento de calmarla.

—¿Dos mujeres jóvenes solas y sin recursos cruzando el reino? —interrumpió la mujer con escepticismo—. Seríamos como corderos en un

bosque plagado de lobos. Hubiéramos... corrido con muchos riesgos. No sabéis cuanta maldad puede llegar a albergar la gente en su interior. No podía consentir que acabaseis... —Hannah se detuvo como si hubiera estado a punto de decir una barbaridad, y a Lauren no le cupo ya ninguna duda de que había una parte de experiencia personal en aquellas advertencias—. Yo solo espero no haberos hecho más infeliz.

«Ay, Dios, qué torpe». Estaba dejando pasar angustia a la pobre mujer sin ningún motivo. Se estaba entreteniendo en absurdas hipótesis que ya no tenían sentido y que era evidente que hacían sufrir a Hannah. Se acercó hasta ella al tiempo que explicaba:

—Pero, Hannah, no tienes por qué preocuparte. Ahora todo es... todo ha cambiado. Marcus me ama —confesó con una sonrisa que pretendía apaciguar las sombras en los ojos de su amiga—. Me dijo que me ama, ¿entiendes? Vamos a casarnos.

Hannah tardó varios segundos en asimilar las palabras, pero después se desinfló. Literalmente. Como si hubiese estado horas conteniendo el aire dentro de ella, su rostro se contrajo de una forma extraña, los ojos se le llenaron de nuevo de lágrimas y su cuerpo perdió todo rastro de tensión. Casi pensó que se iba a desmayar cuando notó que se dejaba caer sobre el borde de la cama, donde permaneció sentada al tiempo que se llevaba las manos hasta cubrirse el rostro.

—¡Hannah! —Se acercó y le pasó una mano por el hombro—. ¿Pero qué te sucede? ¿Te encuentras mal?

Pasaron unos angustiosos segundos en los que, sin el más mínimo ruido, el cuerpo de la mujer sollozaba y se contraía en un llanto silente que a Lauren la conmovió hasta lo más profundo de su corazón. Empezaba a sentirse fatal por su amiga, pero no sabía cómo consolarla. Al fin, Hannah se recompuso lo suficiente para controlar aquel desconsuelo estremecedor, aunque su respiración seguía siendo agitada. La miró por un instante infinito y se levantó de forma algo brusca para abrazarla.

—Gracias a Dios. ¡Gracias a Dios! —murmuró Hannah con la voz casi

rota contra su hombro.

—¿Por qué estás así, Hannah? Por favor, cuéntamelo —suplicó—. No soporto verte así. De verdad que no te culpo de nada. Tú siempre me has protegido, siempre has cuidado de mí. Y todo se ha resuelto felizmente.

—Yo... tenía tanto miedo. —La confesión fue acompañado de una ligera tranquilidad en el semblante de su interlocutora—. Cuando llegasteis esa mañana tan ofuscada y dispuesta a marcharos... Me daba pánico pensar que nunca pudierais llegar a esa casa de señoritas, que acabarais sin una guinea y en la calle. Pensé que la protección del apellido Chadwick os mantendría segura, aunque fuera en ese detestable papel.

—Pero Marcus jamás lo hubiera aceptado... —añadió Lauren con una sonrisa amable.

—Esa esperanza siempre anidó en mi interior. Pero... a veces los hombres aceptan la solución más fácil. En cualquier caso, estaríais mejor bajo su protección que intentando sobrevivir en ese mundo de chacales —insistió.

—Mundo de chacales... —repitió Lauren pensativa. No sabía de qué hablaba su doncella, pero el rencor y la aflicción eran bien patentes en su tono de voz—. Ya no tienes que preocuparte por eso, Hannah. Marcus y yo nos amamos, y he terminado por entender que una no huye de la persona a la que ama y que la ama porque eso solo puede traer más dolor. Si mi padre termina siendo motivo de escándalo, lo afrontaremos juntos. Te quiero, Hannah, y nunca te hubiera reprochado tu ayuda, fuera cual fuera el final.

Eso no ayudó mucho a tranquilizar a la pobre mujer, que, con los nervios a flor de piel, rompió a llorar otra vez al tiempo que le daba las gracias y le pedía perdón por haberlo liado todo. A Lauren le sorprendía mucho esta actitud de alguien que siempre se manejaba con esa fachada de seguridad y dominio de sí misma: en el fondo, Hannah era tan frágil como ella.

Mientras salía de la habitación, una vez vestida, se percató de que por mucho que había intentado ahondar en las emociones que habían llevado a la mujer primero a aquella explosión de arrepentimiento y después a una exacerbada alegría, no había conseguido ni un solo pedazo de información.

Ella tan solo había reconocido que temía el destino que podría sobrevenirle a Lauren si huía de la protección de Marcus Chadwick y de su familia, pero no le cabía duda de que Hannah había hablado por experiencia propia. ¿Qué le había ocurrido antes de vivir con los Malone para temer tanto por ella?

Se hallaba inmersa en aquellas reflexiones y análisis cuando escuchó con meridiana claridad una voz familiar, y además en su tono más belicoso:

—¿Cómo te atreves? —gritaba Megan imbuida de furia—. ¿Tú quién te crees que eres para traerla aquí como amante? Maldito hipócrita. Exijo verla ahora mismo. Si crees que se va a quedar aquí un solo minuto más, es que estás loco de remante.

«Oh, oh».

Capítulo veintisiete

Aunque pudiese resultar sorprendente, Marcus Chadwick estaba tan divertido como fastidiado por la estrepitosa aparición de su hermana. Tenía que reconocer que disfrutaba como un niño haciéndola rabiar, contemplando aquel temperamento tan familiar y cercano; pero a ningún hombre hecho y derecho le gustaba que una chiquilla le gritara y lo reprendiera en su propia casa, y mucho menos cuando estaba teniendo uno de los mejores días de su vida.

Él estaba tan tranquilo y feliz; dichoso, ¡exultante!, sentado en su comedor con el periódico en la mano y un succulento desayuno esperando en el aparador cercano a que Lauren se vistiese y bajase. Se regocijaba en su suerte, pues aquella mañana se sentía como si hubiera encontrado el camino de vuelta a casa después de una dura batalla fuera del hogar. Así debían sentirse los pobres soldados de la corona británica que enfrentaban a las tropas de Napoleón cuando podían retirarse del conflicto, pensó, con aquella gloriosa sensación de calma y satisfacción.

En esas se hallaba, cuando escuchó a Megan gritándole al mayordomo, quien había tenido la mala fortuna de atender la puerta. Decía algo así como que venía a «rescatarla», que aquello era un ultraje y que estaba terriblemente ofendida.

No había que ser un genio para saber cuál era el motivo por el que estaba montando una tragicomedia en su recibidor, pero por si le quedaba alguna duda, ella lo acusó, nada más entrar al comedor, de querer tener a Lauren como amante.

Lucas Gordon no se había equivocado al vaticinar que su querida hermana entraría en crisis nerviosa si a él se le ocurría aceptar la propuesta de Lauren. Claro que... no la había aceptado. Entonces, ¿qué hacía la chiquilla gritando en su comedor como un basilisco?

Estiró el cuello para buscar a su mejor amigo, que se había quedado rezagado con cara de resignación en la puerta de la estancia.

—¿Pero tú qué demonios le has contado? —preguntó Marcus temiendo que Megan hubiese sacado las cosas de contexto.

—¿Yo? Absolutamente nada —respondió Gordon al tiempo que rodeaba a su enfurecida prometida y se dirigía con la nariz estirada hacia el aparador.

—Oh, sí, tranquilo —dijo Megan con un rencor que no se esforzaba en ocultar—. Este traidor se lo ha tenido bien callado. Está muy claro dónde tiene sus lealtades.

—He tenido que seguirla en otro carruaje —explicó su amigo con una despreocupación que no concordaba en absoluto con su siguiente anuncio—. Dice que ya no hay boda. Espero que estés contento.

Marcus lo miró con escepticismo. No debía estar muy preocupado cuando estaba sirviéndose en el plato todo tipo de vituallas. Ese maldito tragón no estaba ni siquiera contrariado por la ira de Megan. Aunque no era de extrañar, estaba claro que todo aquel numerito no era más que una fanfarronada de la muchacha; lo de anular la boda, por supuesto; el encono hacía él era muy real.

—Y si pudiera dejar de ser su hermana, lo haría —añadió ella mientras lo fulminaba con la mirada—. Sois todos unos bárbaros, unos insensibles, unos embusteros, unos...

—Si Riversey no te ha ido con el cuento, ¿entonces quién? —interrumpió.

Era evidente que Lauren no había sido. A Marcus le dio una punzada en el estómago cuando una alarma se encendió en su cabeza.

—Tu lacayo, que es un tipo de lo más bocazas, tiene una aventura con la doncella de mamá —dijo Megan, confirmando sus sospechas de que el chisme ya había salido de aquellas cuatro paredes.

—Anthony... —farfulló.

El maldito estúpido no solo había herido a Lauren con sus insidiosos comentarios, sino que además había tenido la poca cabeza de filtrar la

información fuera de la casa. Estaba en la calle, en la ruina, ¡en la indigencia! si de él dependía. La ira que había comenzado a crecer de manera vertiginosa dentro de él se frenó de repente cuando la figura sofocada de Lauren apareció en la puerta del comedor.

—¡Megan! —gritó casi sin aliento, apoyando un antebrazo en el marco de la puerta.

La muchacha debía haber escuchado parte de la conversación y había bajado corriendo las escaleras, lo cual no debía ser fácil con aquel aparatoso vestido que llevaba. A Marcus le sobrevino una alegría que no esperaba al comprobar que era uno de los preciosos trajes que él le había regalado. Uno de un color verde, de esos con nombres raros solo aptos para mujeres, que le había recomendado la mismísima señora Worterson, la dueña de los almacenes, y que le sentaba muy bien. A decir verdad, se veía mejor que nunca. O quizá era que, ahora que la sabía feliz, la veía más radiante que nunca.

Sus mejillas estaban sonrosadas por las prisas, la respiración algo agitada por el mismo motivo, y a pesar de ello, lucía una semi sonrisa preciosa.

Megan se giró rápidamente y se lanzó a abrazar a su amiga como si ella acabase de volver de un encuentro con la muerte.

«Por el amor de Dios. ¡Será melodramática!», pensó Marcus fastidiado. A Megan le encantaba exagerarlo todo, pero era más prudente cuidarse de decírselo.

—Ay, cariño, tranquila. Ya estoy aquí. ¿Estás bien?

—Sí, claro que sí —respondió Lauren con una expresión que era a un tiempo apurada y alegre—. No es lo que piensas. No quería escuchar, pero... Tu hermano y yo no somos... quiero decir que ya no... ¡Vamos a casarnos!

Megan la miró con los ojos como platos y luego su cabeza giró bruscamente para buscar a Gordon.

—¿Y entonces por qué dijiste que ellos iban a ser amantes? —preguntó ofuscada.

—Serás bocazas —terció Marcus.

Al parecer, el lacayo no había sido el único desacertado en aquel tráfico de información.

—Lo que yo dije —explicó el marqués con parsimonia mientras se sentaba — fue que la posibilidad estaba sobre la mesa. Si no hubieses salido como una loca en pos de tu carruaje, acusándome de ocultarte cosas y anunciándome a voz en grito que ya no te casabas conmigo, te habría aclarado que la señorita Malone lo había propuesto y que tu hermano, con la cortesía que lo caracteriza, se ha negado.

Y con esa sucinta explicación y una cara de complacencia que daban ganas de borrarle a puñetazos, lord Riversey pinchó una salchicha en su tenedor y siguió a lo suyo.

—¿Que tú qué...? —preguntó su hermana a Lauren, quien no tardó en sonrojarse y desviar la mirada.

Puede que toda la escena fuese entretenida, incluso cómica, pero no estaba dispuesto a que Lauren pasase un mal rato por culpa de esos dos metomentodo, en el que tenía que ser un día feliz para ella. Se levantó haciendo todo el ruido posible para que ambas lo mirasen.

—Si vais a someter a mi prometida a un tercer grado —dijo al tiempo que llegaba hasta ellas y tomaba a Lauren por los hombros—, dejadla al menos que desayune como las personas civilizadas. ¡Buenos días, querida! —dijo, dejando caer un beso en su mejilla y llevándola hasta una silla—. Deberías atar en corto a tu novia, Riversey, no es bueno para la familia que vaya montando escenitas desde la hora del desayuno.

—Ahora soy un hombre sin compromisos. Me han plantado.

—¿Es que no te tomas nada en serio? —espetó Megan furiosa mientras se dirigía a sentarse ella también lo más lejos posible de Gordon—. Y yo no monto escenitas. Lo que ocurre es que me tenéis a oscuras. Si no os empeñaseis en ocultarme cosas, esto no habría ocurrido.

Riversey se levantó con el plato en la mano y, con la agilidad de un chaval, dio la vuelta a la mesa para situarse en la silla junto a la de ella. Le echó un brazo por encima del hombro, gesto al que la muchacha intentó

resistirse en vano: aquel brazo pesaba un quintal.

—Claro que sí, amor. —Gordon estaba desplegando sus dotes persuasivas, y parecía que surtían efecto. Con aquel tono meloso ya había conseguido que la joven le prestase toda su atención—. Pero no puedo competir con tu temperamento. Eres como un vendaval, tan indómito que uno solo puede sentarse a contemplarlo.

—Genial, se nos ha colado lord Byron a desayunar —bufó Marcus. Le costaba no voltear los ojos en blanco cuando aquellos dos se hacían arrumacos.

Para su sorpresa, aquella basura sensiblera había conseguido enfriar el encono de Megan, que ahora se esforzaba por reprimir la mirada de adoración que solía ponerle a su prometido. Era un hecho que Gordon sabía lo que hacía, la conversación cambió rápidamente de tono.

—No te hagas el inocente —decía ella, mientras él le atusaba el pelo como a una niña enfurruñada—. Sé que disfrutas con estos líos, y no deberías haberme dejado pensar que mi hermano estaba dispuesto a semejante barbaridad. Y, además, no te ha preocupado lo más mínimo que quisiera anular la boda.

—Ah, pero tú nunca has querido anularla, mi amor. Te conozco. Sé que se te dispara el temperamento y dices cosas que en realidad no sientes. Pero, en realidad, no podrías vivir sin mí.

—Eres un arrogante insoportable —farfulló ella cada vez más cerca de dejarse robar un beso.

—Y tú una brujilla irresistible...

—¡Basta, por Dios! —Si se daban un beso delante de ellos juró por los cielos que los echaría a patadas del comedor.

Observó la escena desde el aparador, donde se había dirigido para servir el desayuno al resto de comensales, visto que el señor marqués ya había comenzado a disfrutar del suyo. En aquel momento, Gordon sonría de nuevo con suficiencia, Megan parecía acalorada, y Lauren los miraba fascinada. Vaya tres...

Echó una buena ración de huevos revueltos y jamón ahumado en un plato para Lauren y sirvió otro para su hermana.

—¿Ya habéis puesto fecha para la boda? —preguntó Lauren, quien se veía muy dispuesta a desviar la atención.

—No cambies de tema, bonita —espetó Megan con cara de pocos amigos, olvidando por completo al zalamero de su prometido—. ¿Cómo es eso de que la idea fue tuya?

—Megan... —le advirtió Marcus.

—No, tranquilo —interrumpió Lauren, aceptando el plato que él le sirvió, aunque solo lo depositó en la mesa y ni lo tocó—. Yo... estaba muy triste con la idea de que tenía que marcharme de aquí, aunque cuando supe que en esta casa habían... vivido otras mujeres, la verdad es que sentí muchas ganas de irme...

Aquellas palabras le merecieron a Marcus una mirada asesina de su hermanita, aunque por suerte no tuvo que escuchar la consecuente reprimenda, pues parecía demasiado interesada en lo que se le estaba contando.

—Sí, estaba un poco furiosa —continuó Lauren, a quien era evidente que le estaba costando explicar su conducta—, pero también entendí, o... creí más bien, que esa podía ser una salida para mí. Si Marcus aceptaba mi propuesta, yo no tendría que irme lejos.

—¿Y no podías aceptar su oferta de matrimonio? —inquirió Megan, cruzando los brazos, enfadada.

—Ya sabes que no. Bueno... antes no. Sigo sintiendo pavor de lo que la gente dirá cuando se enteren de lo ocurrido con mi padre. —El rostro de Lauren se ensombreció, y Marcus sintió una punzada de culpabilidad en el pecho. No le había contado lo de los pagarés todavía, motivo por el que ahora, a la mirada fulminante de su hermana, se unió la de su cuñado—, pero anoche me di cuenta de que, si quieres de verdad a una persona, lo peor que le puede pasar es perderte. Así que me quedaré y afrontaré el escándalo.

Por la tensión que irradiaba del cuerpo de su hermana, estaba claro que

estaba a punto de largar todo lo que sabía, y eso solo podía ocasionar una nueva discusión entre Lauren y él. No tenía ningún interés en ocultarle el hecho de que se había hecho cargo de las deudas de su padre, pero no era el momento para debatirlo, y menos en presencia de esos dos cotillas liantes. Acabó de llenar su plato y fue a sentarse junto a su prometida, al tiempo que tomaba el mando de la conversación para evitar que fuese Megan quien empezase a reprocharle su falta de sinceridad.

—La cuestión —barbotó en voz alta— es que Lauren, inducida por mi comportamiento errante y absurdo de los últimos días, había decidido proponer un acuerdo poco... ortodoxo para que pudiéramos estar juntos sin someterme a un matrimonio que ella creía que no deseaba... Lo que sucede es que sí lo deseaba, lo deseo con todas mis fuerzas. —Eso último lo dijo con la mirada fija en su prometida, sentada a su lado, que se mordía el labio inferior en un gesto tan encantador como sensual—. Así que, a pesar de tu falta de fe en mí, hermana, me negué. Y... bueno, comprendí que solo podía aceptar que Lauren fuese mi esposa. No me conformaría con menos. Es evidente que todavía tenemos muchas cosas que hablar, muchos malentendidos que aclarar, pero lo importante es que los dos somos conscientes de que cualquier cosa que suceda la afrontaremos juntos. ¿Verdad, cariño?

Lauren asintió, y Megan le dirigió una última mirada admonitoria. Estaba claro que le mandaba un ultimátum sobre la necesidad de sincerarse del todo con la joven, y desde luego que pensaba seguirlo, pero no en aquel preciso momento.

—Entonces, ¿ya podemos desayunar tranquilos y celebrar el compromiso de la honorable señorita Lauren Malone y el vizconde de Collington? —preguntó Gordon.

—¡Tú ya estas desayunando! —bufaron al unísono Marcus y Megan.

Lauren rio, Gordon bufó, y Megan se levantó para abrazar a su amiga y empezar a organizar lo que ella denominó «una boda doble».

Había sido del todo imposible convencer a Megan Chadwick de que no era

necesario que toda la casa se movilizase para empaquetar las pertenencias de Lauren y trasladarlas a Haverston Manor. Sus palabras exactas aún resonaban en su cabeza: «*Una cosa es que hiciera la vista gorda para que vosotros dos entraseis en razón, y otra que haya perdido del todo la cabeza como para permitir que sigáis en este concubinato inmoral*».

Así que llevaban toda la mañana doblando ropa junto a Hannah y llenando los baúles con el nuevo guardarropa que «su prometido» le había regalado como ajuar de novia. Esa sería la versión que escucharían los condes de Haverston, quienes ya habían sido avisados mediante misiva de su hija menor, de que iban a acoger durante unos días a la querida señorita Malone.

Marcus había confesado que había manifestado a su padre, con anterioridad, su intención de casarse con Lauren, por lo que al conde la noticia no lo cogería por sorpresa, pero a *lady* Haverston... Lauren y Megan dudaban mucho que se tomase a bien haber sido ignorada en toda aquella cuestión.

—Podríamos dejar parte de los vestidos —planteó Lauren—. De verdad, no veo la necesidad de andar cargando tantos baúles. A fin de cuentas, en pocas semanas nos trasladaremos de nuevo aquí.

—¿En pocas semanas? —inquirió Megan confundida.

—Bueno... no podemos esperar mucho para casarnos —agregó ella un poco avergonzada, refiriéndose a la posibilidad de estar encinta.

—Pero ¿cómo se te ocurre que vas a vivir aquí? —Hannah dejó de doblar ropa y se quedó observándolas a ambas. Megan había pasado de la confusión al enojo en cuestión de segundos y la miraba ahora como si ella se hubiera vuelto loca—. No puedo creer que te agrade la idea de vivir como vizcondesa de Collington bajo el techo que ese estúpido de mi hermano compró para su amante.

—La verdad es que no me lo había planteado de ese modo—reconoció, algo avergonzada por el rapapolvo—, pero no me gustaría que tu hermano tuviera que adquirir otra vivienda.

La franqueza de Megan a veces se clavaba como puñales en el pecho,

pero, aunque le fastidiase admitirlo, tenía razón. No, no le agradaba lo más mínimo formar una familia bajo aquel techo.

Al ver su expresión dolida, a su amiga se le bajaron los humos tan rápido como se le habían subido. Con un suspiro resignado, se acercó a ella y la tomó de las manos.

—Cariño, tienes que dejar de comportarte como si los demás estuviésemos a tu lado por caridad. Mi hermano tiene dinero para pudrirse y puede permitirse siete mansiones más grandes que esta. No solo no puedes vivir aquí, sino que nadie debe saber nunca que has estado en esta casa. La relación de Marcus no fue un secreto hace años cuando estuvo con esa mujerzuela. ¿Entiendes?

«Oh, claro».

No había pensado en eso. Todo el mundo en Londres, menos ella al parecer, debía saber que aquella casa era una propiedad del vizconde de Collington para... como fuera que llamasen al sustento de sus amantes.

—Entiendo...

—Pero no estés triste. Marcus te quiere. Se va a casar contigo, y por supuesto viviréis en una mansión preciosa junto a la que Lucas va a comprar para nosotros.

Hannah se echó a reír y continuó con el embalaje de sus vestidos, pero a Lauren le quedaba una especie de resquemor ante la regañina de Megan. Era como si intentase andar todo el tiempo en unos zapatos que no eran los de su talla. Megan se sentía bastante cómoda en el escalafón social al que pertenecía, pues nunca se había apartado de él, pero Lauren ya no sabía dónde se situaba ella.

—Yo... no quiero avergonzarlo.

—Tú siempre serás un motivo de orgullo para nosotros, Lauren —sentenció su amiga—. No te das cuenta de lo mucho que vales y tienes que dejar de verte así, como si tuvieras que dar las gracias porque formemos parte de tu vida. Marcus no podría avergonzarse de ti porque te admira, te adora. Y yo también te adoro.

A Lauren se le vinieron unas palabras similares a la mente, pronunciadas hacía poco más de una semana. Marcus le había dicho que los condes la adoraban y que su hermana le idolatraba cuando ella había enarbolado la reputación de los Chadwick para rechazar su propuesta de matrimonio. También se había ofendido terriblemente cuando le había espetado que tenía el orgullo suficiente como para no permitir que un hombre se casase con ella por caridad.

¿Tan terca había sido? ¿Tan equivocada estaba? A fin de cuentas, ella misma nunca había puesto condicionantes a la amistad que sentía hacia aquella familia, nunca había esperado nada de ellos porque los quería tanto que no los juzgaba o cuestionaba, los aceptaba como eran. ¿Por qué no se le había ocurrido pensar que la situación sería igual a la inversa?

—Somos tu familia —insistió Megan— y a la familia no se la mete en una urna de cristal, Lauren. Luchamos juntos.

Eso era justo lo que había estado haciendo. Proteger a los Chadwick para que no se viesan «infectados» por la ponzoña de su vida. Incluso había protegido a su padre, para que no sufriese las consecuencias de su conducta dolosa. Y mientras tanto, se había olvidado de sí misma, hasta el punto que había estado muy cerca de huir de Marcus, desaparecer de la faz de la tierra y abandonar todo aquello que amaba, sin darse cuenta del tremendo dolor que les hubiese causado a aquellos que también la amaban.

—Lo siento —murmuró con la vista perdida en los ojos castaños de su mejor amiga, tan parecidos a los de Marcus, tan familiares, tan reconfortantes—. No me daba cuenta...

—Olvídalo. Eso ahora no importa. —Megan le tomó las manos y le dedicó una sonrisa llena de felicidad—. Vas a ser la esposa de Marcus, y mi hermana. Oh, ¡no puedo ser más feliz! Aprenderemos juntas a ser una familia, Lauren. Lo haremos juntas.

Se obligó a contener las lágrimas cuando su amiga la abrazó, pues, aunque eran de felicidad, no sabía si podría parar una vez que las dejase salir. Ya tendría tiempo de equilibrar sus emociones, más adelante, cuando su mente y

su corazón se reconciliaran con esta nueva realidad que todavía le parecía tan ajena.

Pronto sería la vizcondesa de Collington y, ante el mundo, tenía que conservar la actitud y el porte elegante y distinguido que se exigiría de ella. Formación no le faltaba, después de años de clases de conducta para señoritas: sabía cómo comportarse, cómo conducirse en la vida, no tenía que preocuparse por ello; pero sí que debía, como había señalado Megan, dejar de verse como la amiga arrimada y caída en desgracia que había llegado a creer que sería.

Puede que su padre protagonizase un escándalo muy pronto, puede que hablasen de ella y que la cuestionasen, pero aquellos dañinos comentarios no llegarían a sus oídos, porque nadie osaría a ofender al conde de Haverston, consejero e íntimo amigo del rey, y su suegro, para más señas. Con el tiempo, se olvidarían de ella. Y mientras tanto, habría ganado una vida junto al hombre que amaba y a la hermana que siempre sintió como suya.

Habían llamado a una de las criadas para que ayudase a Hannah a terminar de embalar las cosas, porque habían decidido que todas y cada una de las pertenencias de Lauren iban a ser empaquetadas y enviadas a Haverston Manor, donde debían estar.

En ese momento, cuando todo podía considerarse resuelto, Megan Chadwick aún tenía que batallar con su conciencia por haber permitido e incluso apoyado que su mejor amiga hubiera permanecido bajo el techo de un hombre soltero. Había sido una apuesta más que arriesgada, incluso temeraria, teniendo en cuenta los errores a los que había inducido a la pobre muchacha. ¡Amante! Había pensado convertirse en amante... Madre de Dios, casi se va todo al demonio.

Cuando aquella mañana la doncella de su madre le había dicho que su hermano tenía una nueva «querida» y que era una señorita distinguida de la alta sociedad, cuyo nombre no le habían revelado, sintió que se le caía el mundo encima. No podía ser verdad, pensó entonces, su hermano no podía

haber caído tan bajo, y ella no podía haber auspiciado semejante barbaridad con su condescendencia al dejar que aquellos dos tortolitos resolviesen solos su idilio.

Después había llegado Lucas, y ella lo había interpelado, quizá con demasiado ímpetu, y Lucas no lo había negado. Puede que se hubiese precipitado un poco, lo reconocía —nunca en público, por supuesto— pero es que había entrado en pánico y solo había pensado en impedirlo a toda costa.

Gracias a Dios que todo había quedado felizmente aclarado y que su hermano se había comportado como el hombre de honor que era. Pero pensar a lo que había estado dispuesta su amiga... la enfurecía. Y no era culpa suya. La sociedad londinense era tan dura juzgando que Lauren solo había ido adoptando el concepto de sí misma que las falsas amistades de sus padres le habían ido marcando cuando *lady* Holbrook murió y el poco esplendor que tenía la familia se opacó por la disipación de su padre. Todos la habían marginado y la habían obsequiado con consejos hirientes para que se «adaptase» a sus nuevas circunstancias, como si ya no fuese digna de compartir la misma estancia con ellos.

Ella y su familia, por supuesto, no habían entrado en aquel insidioso juego, pero, al parecer, no habían sido un refuerzo lo bastante fuerte para que Lauren no acabase creyendo todas aquellas patrañas. Los odiaba a todos esos hipócritas petulantes que se atrevían a juzgar a los demás, pero se juró que les iba a demostrar cuán fuerte podía brillar la pequeña Malone.

Lauren había prometido enmendarse. Después de aquel momento de catarsis en su habitación, le juró que no volvería a dejarse amilanar por lo que los demás pensasen de ella y que haría justo honor al título de vizcondesa que le aguardaba. Así que, después de poner en claro que no tenía que volver a ocultar sus sentimientos ante nadie, quedaron en ir a dar una vuelta por la casa y acercarse a la biblioteca para ver a sus respectivos prometidos.

Estaban terminando el paseo por el jardín, donde Lauren se había lamentado de tener que abandonar las plantas que había cultivado durante su estancia, cuando escucharon a través de la cristalera las voces afanadas de

Marcus y de alguien más. Megan le recomendó a su amiga que guardase silencio y se acercaron lo justo a la entrada de la biblioteca para poder seguir la discusión que se estaba desarrollando. Le costó varios segundos reconocer la voz de quien hablaba, pero fue evidente que Lauren la había reconocido a la primera, pues se quedó blanca como un papiro.

—Las cosas se han complicado. Necesito liquidar algunas deudas. Y, por otro lado, le di mi consentimiento para que se llevase a Lauren con una finalidad. No se la cedí como su concubina. No está cumpliendo su parte del trato.

A Megan le dio un vuelco el corazón cuando escuchó las palabras de lord Holbrook, lo cual no debía ser nada comparado con lo que tenía que estar sintiendo su amiga. Lauren parecía congelada en el sitio, más sorprendida que dolida, aunque se temía que no tardaría en descubrir más de lo que le gustaría haber sabido.

—Yo me comprometí a hacerme cargo de los pagarés, no a financiar sus deudas de por vida. —Ese era un dato que su amiga no conocía y lo acusó con un ligero parpadeo de incredulidad, aunque no mostró mayor signo de emoción que ese—. No me explico cómo puede tener el descaro de venir a pedirme más dinero.

—¡Es que lo necesito! Ya sabe cómo se las gasta esa maldita gente. —El tono del vizconde de Holbrook oscilaba entre la desesperación y el despotismo. Era sorprendente que un hombre, incluso cuando estaba al borde del abismo, pudiera mostrar semejante petulancia.

—Ese no es mi problema. No debería haber seguido gastando.

—Pero usted no va a permitir que el nombre del padre de su prometida quede en entredicho, ¿verdad? ¿O es que no me equivocaba al pensar que solo se la llevó para usarla?

No tenía que asomarse a la ventana para saber que Marcus se había abalanzado sobre el hombre mayor y que Lucas había intervenido para detenerlo.

—¡Quieto! —Se oyó ordenar a Lucas entre dientes—. No entres en

provocaciones. Es un hombre bastante mayor. Lo harías papilla. Este no es el modo...

Pasaron unos segundos de silencio en los que Lauren comenzó a retorcerse las manos sobre la falda. Su expresión de conmoción había desaparecido y ahora lucía un semblante de auténtica vergüenza y preocupación. ¡Hombres! Siempre con secretos, siempre inmersos en luchas de poder. Lauren debía estar tan horrorizada por la actitud de su padre como por las cosas que Marcus, a claras luces, le había ocultado.

—Lauren será mi esposa. De eso no le quepa la menor duda. Si se le ocurre volver a insinuar una calumnia de esa magnitud, le aseguro que dejará de preocuparle lo que Growden puede llegar a hacerle —aseveró su hermano—. Y ahora váyase de mi casa, o haré que lo echen. Bueno, que demonios, Riversey y yo lo sacaremos a patadas si no desaparece de mi vista en un segundo.

—Se arrepentirá de esto, Collington —amenazó el vizconde—. Cuando toda la ciudad se entere del escándalo le pesará no haberme respaldado.

—Me importa muy poco lo que le ocurra, Holbrook. Y de que nadie moleste a Lauren ya me ocuparé yo. Ella no sufrirá la vergüenza de sus miserias, se lo aseguro. ¡Fuera de aquí!

Megan esperó con el corazón en un puño a que lord Holbrook saliera de escena, y al parecer lo hizo, porque lo siguiente que escuchó fue en referencia a su marcha.

—Si no llega a irse, yo mismo lo hubiera masacrado —anunció Lucas—. Es una escoria.

—Pero bien que me los has impedido a mí —protestó Marcus.

—Hay otras formas... Lo sabes.

Se hizo el silencio durante varios segundos que se hicieron eternos. La tensión del momento se reflejaba en la insinuación de Lucas, en su tono; y, sin duda, en la cara de incertidumbre de su amiga. ¿De qué estarían hablando?

Megan tuvo que sujetar a Lauren para que no se asomase al borde de la

ventana; para la muchacha, la impaciencia era más difícil de contener, aunque ni ella misma sabía cómo se aguantaba las ganas de echar un vistazo.

—Está bien —aceptó Marcus—. Encárgate de organizarlo todo para esta noche.

«Ay, madre, ¿pero qué van a hacer?».

Capítulo veintiocho

Hay ciertos límites en los principios morales de cualquier persona. Un hombre podía pensar que anteponía la humanidad y la vida por encima de cualquier otra consideración, pero, un buen día, la realidad venía a poner las cosas en su sitio, y, de repente, descubría que prefería que una persona estuviera muerta a que estuviera viva.

Era lo que el vizconde de Collington había estado sintiendo en los últimos minutos. Había tenido ante sí al hombre que había desencadenado todo el sufrimiento de Lauren. De acuerdo que también había puesto en marcha los acontecimientos que habían desencadenado en su actual compromiso, pero no tenía la más mínima intención de valorar aquella parte.

El tipo era basura. Simple y llanamente.

En todos sus años como adulto, nunca nadie le había provocado tanta ira como para abalanzarse sobre su persona. De niño sí que le había ocurrido alguna vez; Eton College era un lugar donde un muchacho tenía que aprender a defenderse, y, por aquel entonces, Marcus había sido un zagal inquieto y temperamental. Con los años había conseguido controlar el genio y la necesidad de defender las causas perdidas, motivo por el que se había metido en más de una pelea; en la actualidad, sus batallas las libraba en el parlamento, desde donde luchaba por el progreso, pero también por las libertades y derechos de los que no tenían posibilidad de elevar la voz.

Pero claro, un hombre podía ser mesurado siempre y cuando no lo ofendieran en aquello que más quería.

En esa concreta ocasión, habría podido arrancarle la maldita cabeza a ese hijo de perra por insinuar que estaba amancebándose con Lauren, y mucho más aún por la falta de preocupación que mostraba ante eso. ¡Por el amor de Dios, era su hija!

Si ambos no guardasen un parecido razonable, incluso podría dudar de que

así fuera; Lauren era una Malone, no cabía duda alguna; su madre, que Dios la guardase, había sido una mujer decente, que además tardó bastante tiempo en concebir. Pero, entonces, ¿qué había llevado a aquel ser abominable a despreciar a su propia sangre?

Fuera como fuese, tuviese motivos o no, merecía que alguien le estrellase el puño en la cara. Se había librado porque Riversey lo había detenido, pero aún ardía en deseos de salir a la calle a buscarlo y terminar con sus manos lo que su mente había imaginado que le haría.

Sabía que no conseguiría nada golpeándolo. Aquello solo lo dejaría aturrullado y dolorido un par de días, y luego volvería a las andadas. No, golpear no lo llevaría a nada. Tenía que tomar cartas en el asunto. Tenía que hacer caso a Gordon.

«Hay otras formas... Lo sabes», había dicho su buen amigo.

Sí, las había; no era la primera vez que el marqués sugería tomar medidas drásticas contra su futuro suegro, mas ahora la idea no le parecía tan desmedida como la primera vez que la escuchó.

No podía permanecer impasible mientras aquel hombre les arruinaba la vida, y era evidente que no tardaría en hacerlo. Nada había más peligroso en el mundo que un hombre que no tiene nada que perder, pues ninguna ley ni honor puede refrenar la consecución de sus deseos más despreciables.

—Está bien —aceptó Marcus, con resignación—. Encárgate de organizarlo todo para esta noche.

Si querían actuar, debían hacerlo con premura. Durante aquella semana no había dejado de vigilar las idas y venidas del padre de Lauren, lo que había venido a refrendar su opinión inicial de que el hombre no dejaría de acumular deudas. Había visitado varios clubes de juego e incluso había vuelto a recibir a varios jugadores conocidos en su casa, pero por lo visto había conseguido vadear las dificultades. Hasta aquel momento.

El hecho de que hubiera recurrido a él daba cuenta del nivel de desesperación que debía haber alcanzado, por lo que solo cabía esperar que fueran varios los acreedores que estaban dispuestos a enviarlo directo a

Marshalsea o a cualquier otra prisión del reino.

—Primero tenemos que visitar a un tipo que...

Detuvo las palabras de su amigo levantando una mano cuando distinguió un movimiento por el rabillo del ojo. Desvió la mirada hacía la ventana entreabierta y lo vio: el pico de una falda de un verde apagado indefinible que desapareció en seguida.

Lauren.

Iba a ser un día glorioso, se dijo. Y lo hubiera sido si hubiera tenido la prodigiosa idea de cerrar la casa a cal y canto; pero no. Primero habían aparecido Megan y Riversey con sus reproches y su alboroto. Después, alguien había dejado entrar a aquella sabandija de Holbrook, que solo había venido a amenazarlo y a sacarlo de quicio. Y, para rematar, Lauren debía haber escuchado gran parte, si no todo, de la conversación que acababan de tener.

Cerró los ojos y dejó caer la cabeza hacia atrás con un fuerte suspiro de resignación, maldijo en los tres idiomas que conocía y se levantó del sillón donde se había desplomado cuando había conseguido perder de vista al indeseable de Holbrook. Con paso firme se dirigió hacia la ventana, la abrió de par en par y se quedó mirando a las dos muchachas que le observaban con distintos grados de contrición y sorpresa.

Su padre era un ser horrible. No es que esperase ya nada bueno de él, pero era muy lamentable comprobar cómo en cada ocasión que tenía conseguía caer más bajo.

No podía sentirse más avergonzada. Lord Riversey y Megan habían presenciado cuán poco aprecio sentía su progenitor por ella; la había vendido e insultado sin ningún miramiento delante de terceros, con el único objetivo de conseguir más crédito para sus vicios. Por eso la había dejado con tanta ligereza en manos de Marcus una semana antes, porque este se había comprometido a hacerse cargo de los pagarés. ¡Qué humillante!

Su corazón se saltó un latido cuando, de repente, las puertas dobles de la ventana se abrieron y la formidable figura de Marcus se perfiló entre ellas. En su rostro no había reproche ni enfado por pillarlas espiando; al contrario, toda la furia que había escuchado antes proveniente de él había desaparecido por completo. Su expresión era... inescrutable, o lo fue hasta que su boca dibujó una mueca de aflicción. Entonces, se acercó a ella y la abrazó con fuerza.

—Siento que hayas tenido que escuchar eso —explicó.

Lauren se dejó reconfortar por aquellos fornidos brazos y se obligó a aparcarse la sensación de desasosiego que le provocaban las acciones de su padre. Tenía que dejar de culparse por todo lo que hacían los demás, pensó. Ella no era responsable; se había comportado con honor, y, además, estos eran sus amigos. No había nada que lamentar.

—No te preocupes por mí. Estoy bien —contestó, convencida de ello.

Marcus se alejó unos centímetros para comprobar en su rostro que no le estaba mintiendo, y esto lo supo porque fruncía el ceño con desconfianza. Debió decidir que decía la verdad, porque dibujó una sonrisa complacida y le dio un beso en la frente.

—Esa es mi chica —añadió él empujándola por los hombros hacia el interior—. Venga, pasad dentro. No deberíais escuchar conversaciones ajenas.

—¿En serio vas a regañarnos? —preguntó Megan con patente incredulidad al tiempo que entraba en la biblioteca con paso airado—. Más bien podrías explicarnos qué es lo que habéis planeado para esta noche, porque si...

—Cariño... —La advertencia de Lord Riversey fue atronadora y tuvo un efecto inmediato sobre su amiga, que perdió toda la gallardía en un segundo—. Templa.

No tuvo que decir más. Lady Chadwick, con todo lo guerrillera que podía llegar a ser, se limitó a cruzarse de brazos con gesto enfurruñado y a sentarse junto a su prometido.

—Habéis vuelto a hacerlo —farfulló la joven en voz baja pero audible.

Lord Riversey le hizo un gesto para que callase y se esforzó por parecer

invisible, aunque Lauren no podía dejar de ser consciente de la presencia de aquellos dos mientras Marcus la llevaba hacia el rincón para buscar un poco de privacidad.

—Debería haberte hablado de los pagarés —reconoció.

—Sí. Deberías haberlo hecho —concordó ella—. Es algo que me ha tenido bastante preocupada. ¿Por qué no me lo dijiste?

Durante días se había preguntado cuándo vendrían a por su padre para encerrarlo en la cárcel, cuándo estallaría el escándalo, cuándo se convertiría en una muñeca rota.

—Pensé, y veo que no me equivoqué —se justificó Marcus—, que no tardaría en volver a tener problemas. Y... la verdad es que no quería que te casases conmigo por agradecimiento.

Lo meditó por unos segundos y se dio cuenta de que si hubiese sabido que Marcus había asumido las deudas de su padre y que la temida debacle no iba a producirse, tampoco hubiera cambiado su respuesta y así se lo hizo saber:

—No lo hubiera hecho. Aunque mi padre no hubiese sido un escándalo en potencia... creo que no podría haber aceptado casarme contigo en las condiciones que proponías. Me hubiera marchitado de pena pensando que nunca podrías quererme.

El arrepentimiento se dibujó en la cara apuesta y aristocrática de su prometido.

—Siento haber tardado tanto en darme cuenta... Tendrás que asumir que eres la parte inteligente de esta pareja —añadió con humor.

Lauren sonrió ante eso y le acarició la mejilla. Tenía que reconocer que era fácil hablar con Marcus, incluso discutir, desde que sabía que él la amaba. Aunque, a decir verdad, él siempre la había tratado con franqueza y con mucho tacto. Era una bendición encontrar a la persona con la que sentirse tan cómoda siendo una misma.

—No me gusta que me ocultes cosas —explicó, pues a pesar de su complacencia, no quería que hubiese secretos entre ellos—. Deberías habérmelo contado antes...

—Lo sé. He ocultado demasiadas cosas en estos días y te juro que no me he sentido cómodo con ello. Anoche me propuse sincerarme contigo en todo, pero...

—¿Se te olvidó esta parte?

—Me... entretuve.

Por la sonrisa pícaro y el brillo que se encendió en sus ojos, Lauren no tardó en recordar el motivo por el que Marcus se había distraído. Enrojeció y miró hacia el sofá donde estaban sentados lord Riversey y Megan, con una sonrisa de oreja a oreja, como quienes asisten a una comedia en Drury Lane. Marcus se dio cuenta de su apuro y carraspeó para disolver la atmosfera.

—En virtud a este acuerdo de no ocultarnos cosas, te diré que creo tener la solución para el problema que supone tu padre, pero no estoy convencido de que te agrade —anunció, tomando una actitud más seria—. ¿Puedo pedirte que me des de plazo hasta esta noche para explorar distintas opciones?

Lo miró por unos segundos a los ojos y asintió. Su confianza en él era total y absoluta. Sabía, por encima de todas las cosas, que no haría nada que pudiera herirla o avergonzarla. No entendía por qué no podía contárselo ahora y había una parte de ella que se moría por preguntar, pero en base a la fe que le tenía, le concedería ese plazo.

—Está bien... Confío en ti.

—Gracias, mi amor. —Tras esto, le dio un suave beso en los labios y se giró hacia el auditorio—. Megan y tú deberíais partir ya hacia Haverston Manor. Mi madre os espera para la hora del almuerzo. Gordon y yo tenemos que hacer algunas gestiones ahora. —Volvió a girarse hacia ella—. Te prometo que esta noche todo quedará resuelto. Si no llegamos a cenar, no os preocupéis. Te aseguro que antes de que te acuestes esta noche te lo explicaré todo.

Lauren se sobresaltó cuando escuchó que alguien golpeaba en la puerta. Cuando Marcus dio su permiso para que entrase quienquiera que llamase, se encontró de frente con el lacayo a quien Marcus fulminó con su mirada de Apolo.

«Esto no puede acabar bien», pensó.

Le había dicho a Truller que, en cuanto Anthony volviese de sus recados, lo mandase a la biblioteca y, aunque no era el mejor momento, allí estaba el lacayo que había estado a punto de convertir a su prometida en la protagonista de un escándalo de proporciones mayúsculas.

—Milord, me envía Truller.

—Sí, yo mismo había solicitado tu presencia —confirmó Marcus, al tiempo que se prometía a sí mismo actuar con mesura.

—A vuestra disposición, milord.

Aunque parecía un tanto desconfiado, estaba seguro de que el joven no tenía ni la más remota idea de por qué estaba allí. De saberlo, estaría más asustado que expectante. Bien, iba a averiguarlo enseguida.

—En primer lugar, Anthony, déjame presentarte a mi prometida. Esta es la honorable señorita Lauren Malone —anunció.

—La... conozco, señor. —La desconfianza del lacayo iba en aumento.

—Sí, pero, por algún motivo que se me escapa, te has formado una idea errónea de la posición que la señorita Malone ocupa en mi vida, y no solo lo has pensado, sino que lo has propagado por media ciudad.

Por el tono ceniciento de su rostro, ahora sí sabía de qué asunto estaban hablando. Esta era la cara de un empleado embargado por el miedo.

—Milord, yo...

—Milord nada —replicó airado. El turno para las diplomacias había acabado—. En este mismo momento quiero que cojas tus cosas y salgas de mi casa. Estás despedido, sin referencias.

—Marcus... —suplicó Lauren detrás de él. Tenía una mano prendida de su chaqueta y hablaba con un tono tan lastimero que casi sintió ganas de retractarse.

Sabía que despedir a un empleado sin referencias era tanto como negarle el sustento. Nadie lo contrataría sin un documento que referenciase su trabajo

anterior y el grado de satisfacción de sus empleadores, pero estaba tan enojado por su actitud irresponsable que no podía evitar el afán de vengarse.

—¿Eres consciente del perjuicio que ha podido provocar a la señorita Malone tu falta de discreción y lealtad hacia esta casa? —Lo dijo en un tono que oscilaba entre la palabra y el grito.

—Lo lamento muchísimo, milord. Tiene usted sobrados motivos para despedirme. He sido indisciplinado e indiscreto —dispuso el lacayo con auténtico arrepentimiento para, acto seguido, dirigirse a Lauren—. Mi señora, me disculpo con usted. Jamás quise causarle ningún mal.

—Fui muy preciso —insistió Marcus— cuando te contraté, Anthony, respecto a las cualidades que se exigirían en el desempeño de tu trabajo: lealtad, respeto, circunspección...

—Desde luego, milord —concordó Anthony, asumiendo el inevitable final—. Lo lamento.

Estaba más que claro que tenía el deber y la obligación de despedirlo, y que, además, por la ingratitud con la que había tratado a Lauren, esta defenestración debía ser ejemplar, pero... sentía la cabeza de Lauren apoyada contra su espalda, justo detrás, todavía con la mano prendida en su chaqueta, sin decir una palabra, pero con tal tristeza y solidaridad hacia aquel muchacho, quien no era mucho mayor que ella, que casi podía oír su muda súplica.

—Por algún motivo, que no consigo explicarme, te has ganado el afecto de mi prometida. Así que dejaré que sea ella quien decida cómo habremos de proceder contigo.

Por la súbita tensión que notó en el cuerpo de la muchacha, estaba seguro de que no había esperado aquel giro de los acontecimientos. Lo cierto era que le daba lástima hacer algo que la hiciese sufrir; la pobre ya había tenido demasiadas impresiones por un día. Por otro lado, Lauren iba a ser la vizcondesa de Collington, y debía empezar a hacerse a la idea, a comportarse como tal. Ella sabía lo que Marcus pensaba de aquel asunto, cómo le habían molestado las acciones de ese lacayo chismoso, y esperaba que, en base a ese

conocimiento y a sus propios sentimientos respecto al servicio de aquella casa, tomase una decisión razonada y cabal.

Se giró hacia ella y le enmarco la cara entre las manos con cariño.

—¿Qué me dices, Lauren? ¿Te parece que Anthony debería permanecer en esta casa?

Ella le miró con aquellos ojos, más redondos que almendrados, tan verdes como el musgo y tan dulces que le hacían encoger el corazón. De algún modo, Lauren se sentía agradecida con aquel voto de confianza y así se reflejaba en su rostro. Le dedicó una sonrisa sosegada y asintió. Marcus la soltó y permitió que ella avanzase un par de pasos hacia el muchacho que la miraba con auténtica expectación. Lauren se tomó unos segundos para ordenar sus pensamientos y habló:

—Mentiría si dijese que no me han dolido las insinuaciones que te he escuchado sobre mí, Anthony. —En su descargo, había que reconocer que el joven parecía más que arrepentido cuando escuchó esas palabras—. Pero no creo que las dijese con maldad. Del mismo modo, sé lo importante que son para lord Collington las lealtades, no solo en su familia, sino también con todos aquellos que lo rodean. Sé de su absoluta confianza en todas las personas que trabajan en esta casa y también conozco la decepción que le han supuesto tus acciones. Con honestidad, no puedo pedirle que no te castigue por incumplir las normas que él te pidió que observaras, pero tampoco creo que tu falta sea tan grave como para dejarte sin referencias. Lamento decirte que apruebo su decisión de despedirte, pero al menos deberías tener la opción de encontrar otro empleo.

Se giró hacia él, buscando su aprobación y no pudo menos que dársela. Era una mujer piadosa, pero con aquella decisión le demostraba que respetaba los preceptos que él había decidido que imperasen en su vida y en su casa: lealtad y discreción.

—Sea —concordó—. Le diré a Truller que escriba una carta de referencias para ti. Espero que hayas aprendido la lección.

—Por supuesto, milord —dijo el lacayo mientras se retiraba—. Gracias,

milady.

—Bien hecho, mi amor. —La refrendó en voz bajita al tiempo que dejaba caer un beso sobre su coronilla—. Ha llegado el momento de ponernos en marcha.

Cuando los cuatro salieron del salón, Marcus vio que la puerta del comedor estaba abierta y se asomó. La buena de la tía Agatha había bajado a desayunar y se veía que ahora estaba echándole un sueñito al tentempié. Marcus le propuso a su hermana que la despertase e invitase a comer con ellas en Haverston Manor.

—Explícale a madre que la señora Carsiston ha actuado como dama de compañía de Lauren, pero... evita en la medida de lo posible decirle que ellas se han hospedado aquí. —Nada más escuchar esa petición, su hermana pequeña arrugó la nariz con suspicacia.

—Sabes que madre nos someterá a un interrogatorio —respondió ella—. Averiguará hasta el menú de los desayunos, Marcus.

—Por todos los... Tienes razón. Mejor subid a por vuestras chaquetas. Yo le diré a la señora Carsiston que sus servicios ya no serán necesarios. Seguro que se alegrará cuando se entere del motivo.

Sonrió para sus adentros. La mujer estaría encantada con el compromiso. Había notado su mirada reprobatoria infinidad de veces, pero por algún motivo había decidido no afrontar una guerra abierta contra él. Puede que hubiese decidido que al menos, si se contenía, podría velar por el decoro en aquella «atípica» relación de amistad que él había fingido tener con Lauren. Porque, claro estaba, ella no reconocería ni en un millón de años que había pasado la mitad de su tiempo como carabina, dormida como una marmota. Y hasta en Japón sabían que no sería Marcus Chadwick quien desvelase la falta de aptitudes de la señora para el puesto...

Congratulado por el éxito que habían tenido todos sus desvelos, se acercó hasta Lauren de nuevo antes de que subiera al piso superior y le tomó la cara entre las manos.

La observó por un instante y, obviando al público presente, la besó como

llevaba deseando hacerlo desde que la había visto entrar en el comedor esa mañana.

Lauren gimió cuando él se adueñó de sus labios, pero en ningún momento se opuso a ser besada. Por el contrario, unió las manos a las suyas e hizo aquella cosa adorable de ponerse de puntillas; así él no tenía que inclinarse tanto para disfrutar de su boca.

Nunca se cansaba de besarla. Nunca le parecía suficiente. Pero, por muy entusiasmado que estuviese con los placeres que ofrecían aquellos labios rosados, tenían público. Y cosas que hacer. Así que, con todo el pesar de su alma, finalizó el beso y se apartó de ella.

—Te veo esta noche, querida.

Sin pararse a comprobar el grado de afectación de Lauren ante aquel arrebató suyo de pasión, agarró del brazo a su futuro cuñado, quién era obvio que había disfrutado del espectáculo, y se marchó con él camino a los muelles.

Capítulo veintinueve

Decidieron viajar en el carruaje de Gordon y dejar el de Megan para que las damas volvieran a casa, aunque aquel carruaje negro, brillante y con el blasón de los Riversey no era el mejor vehículo para dejarse caer por las dársenas.

—¿A dónde vamos? —preguntó Marcus.

—Ah, pues tú me dirás —apuntó su cuñado con tono suspicaz—. ¿Cuáles son esas opciones que vas a explorar?

—No te hagas el listo —refunfuño Marcus—. Ya sabes que no tengo ni idea de lo que hay que hacer a partir de aquí. Lo que sí tengo muy claro es que no voy a mover un dedo si no pueden garantizarme la seguridad de Holbrook, y no iba a decirle a Lauren que mis planes incluyen un viaje por el Atlántico sin tener atados todos los cabos. Si no conseguimos lo que nos proponemos, entonces Holbrook permanecerá en Londres.

—¿Es que piensas pagar sus deudas eternamente?

—Ni por asomo. Tendría que contemplar la opción de dejarlo entrar en la cárcel y aguantar el chaparrón, pero eso no sucederá si tu plan funciona, que va a funcionar. Y ahora, dime cuál es el plan.

Gordon se recostó en el asiento y sacó un puro fino de la cigarrera de metal que llevaba en el bolsillo de la chaqueta. No tenía cómo encenderlo así que se limitó a olfatearlo, como solía hacer Marcus con los de su padre, aunque el marqués sí gustaba de fumar ocasionalmente.

—Iremos al West Indian —explicó—. Allí podemos contactar con un tipo que, según tengo entendido, ha ayudado a varios proscritos a huir a las colonias. ¿No has oído hablar de James Oglethorpe?

Claro que lo conocía. Oglethorpe había sido miembro del Parlamento y general del ejército hacia casi un siglo. Fue un hombre que se preocupó por las condiciones de vida de los presos británicos y luchó para que se liberase

de las cárceles a los ciudadanos que habían ingresado por pequeñas deudas económicas. Fue tanta la presión que ejerció sobre el parlamento y sobre el monarca, Jorge II, que consiguió que se modificaran las leyes y se pusiera en libertad a algunos de aquellos deudores de poca ralea.

Fue una noble encomienda la suya, aunque no obtuvo los resultados esperados. Y era que los ingleses no estaban dispuestos a dar trabajo a un moroso recién salido de prisión, por lo que muchos de ellos se dedicaron a delinquir. Oglethorpe planteó entonces una solución ingeniosa y filantrópica: fundarían una comunidad en el Nuevo Mundo.

De las trece colonias británicas que aún estaban bajo el dominio de Inglaterra, puso el ojo en aquella que llevaba el nombre de su monarca y con ello consiguió que Jorge II firmara una carta real y la concesión de tierras en Georgia para el establecimiento de este contingente de cien colonos, allá por 1732.

—Claro que sí —confirmó Marcus—. Fundó una comunidad de morosos en Georgia.

—Una vez que consiguió liberar a todos aquellos deudores de las cárceles, se dio cuenta de que nadie los iba a contratar, así que decidió que bien podían empezar de cero en el Nuevo Mundo con el beneplácito de Jorge II.

—Sí, sí, pero eso fue hace mucho tiempo y de aquella gente no se volvió a saber nada.

—Según Tarsthon, un tipo que conozco de vista, aún existe ese tráfico de viajeros, o al menos él ha creado un pequeño imperio ayudando a salir a gente de Londres hacia las colonias. Suele transportarlos en *wherry* hasta Tilbury, y de allí los saca por el Támesis hacia mar abierto.

De vista, decía. Para conocerlo de vista, sabía muy bien en que aguas «navegaba» el tal Tarsthon, pensó Marcus. Claro que... él era el menos indicado para escandalizarse por las amistades, poco deseables pero sumamente útiles, que su cuñado se había granjeado gracias a su detestable costumbre de visitar los clubes de juego; a fin de cuentas, iba a necesitar de dichas amistades para solucionar su actual entuerto.

—¿Cómo pretendes que el padre de Lauren atraviese Londres en un *wherry*? —dijo al caer en la cuenta de que los *wherrys* eran pequeños botes a remo que recorrían el Támesis con viajeros. Un viaje hasta Tilbury podía suponer varios días, y en ese intervalo cualquiera podría reconocer a Holbrook.

—¿He dicho yo que vayamos a hacerlo así? —preguntó Gordon con un tono impaciente—. Nosotros nos encargaremos de enviar a tu suegro en un carruaje hasta Tilbury y los socios de Tarsthor se encargarán de meterlo en un barco de vapor que lo lleve a Georgia.

Bien, eso sonaba mucho más plausible. Tendría que contratar a un par de tipos que se encargasen de transportar a Holbrook hasta la cercana población, pero eso no sería ningún problema, habida cuenta de las fluidas relaciones de su cuñado con la baja estofa londinense.

—¿Y ese tipo estará dispuesto a ayudarnos?

—Y te costará mucho menos que liquidar las deudas de Holbrook. La gente hace cualquier cosa por dinero, Collington.

Eso Marcus lo sabía muy bien. Por dinero, por posición social, por el poder... La gente era capaz de cosas horribles con tal de obtener sus deseos más elementales. Era una cualidad humana que detestaba, pero que comprendía. En un paralelismo muy básico de los límites morales, él estaba dispuesto a enviar al padre de Lauren a miles de millas de distancia con tal de ofrecerle a ella el futuro que se merecía. Haría cualquier cosa para que Lauren no tuviese que sufrir nunca el rechazo de la sociedad o cualquier otro revés en su vida; ya había soportado suficiente.

—Está bien, pues a West Indian, entonces.

Una instintiva vocecilla le decía a Lauren que se marchara de allí. Su cuerpo estaba reaccionando de forma muy notoria a la turbación que la invadía: una presión muy fuerte se cernía en torno a su estómago, un ligero rastro de sudor perlaba su frente y el temblor que la recorría de dentro hacia

fuera era mucho mayor que cuando le había propuesto a Marcus ser su amante. Y era que nunca había sido muy ducha afrontando conversaciones difíciles, y la que se avecinaba prometía ser épica.

Se hallaba parada como una estatua frente a la puerta de Holbrook House. Llevaba al menos cinco minutos con una mano prendida a la cerca de madera blanca sin atreverse a dar los escasos pasos que la separaban de la puerta principal. Se debatía entre aquel instinto de auto conservación que le gritaba que se diese la vuelta y su determinación por enfrentarse de una vez y para siempre a la persona que más daño le había causado en toda su vida.

Había estado toda la tarde reflexionando. Los planes de Marcus podían incluir varias posibilidades: la primera de ellas, seguir asumiendo las deudas de su padre, lo que de ningún modo estaba dispuesta a consentir; la segunda, alejarlo de Londres, quizá a una finca en el campo, donde podía que no volviera a verle; y... bueno, no se le había ocurrido ninguna más, pero en cualquiera de esos dos casos, creía que tenía ciertas cosas que aclarar con su progenitor.

Desde que había escuchado la conversación que este había mantenido con Marcus por la mañana, un quemante desasosiego se había instalado en su cabeza y no la había dejado en paz durante el resto del día.

Estaba indignada. No había otra forma de decirlo. Había pasado toda la tarde hirviendo a fuego lento por las palabras de desprecio de su padre, hasta el punto que no había prestado atención a casi nada de lo que había ocurrido a su alrededor desde el momento en que *lady* Haverston le había dado la bienvenida a su hogar.

El encuentro con la madre de Marcus no había sido tan duro como ella había pensado, pero claro, eso tenía mucho que ver con la sarta de mentiras que Megan había contado. Bueno, a decir verdad, su amiga tampoco era que hubiera mentido. No literalmente.

Lo que había hecho había sido omitir ciertas partes del relato bastante trascendentales. Para *lady* Haverston, Lauren acababa de abandonar Holbrook House aquel mismo día ante la descontrolada afición al juego de su padre,

quien estaba siendo coaccionado por unos jugadores profesionales para liquidar unas importantes deudas. Lord Riversey, Megan y Marcus, supuestamente, habían tenido conocimiento de aquel desastre a primera hora de la mañana y por eso habían decidido ofrecerle cobijo a Lauren hasta que todo se solucionase.

Nada sabía la pobre mujer de su estancia en el apartamento de soltero de Marcus, ni de su actual compromiso con él. Nada se le había dicho de la contratación de la señora Carsiston, inútil en todo extremo, para salvaguardar su reputación y su honra, y, por supuesto, nada se había mencionado de la fórmula utilizada por su hija y por ella misma para obtener el dinero con el que liquidar aquella primera deuda de lord Holbrook.

Sin embargo, por muy bien que adornase Megan sus relatos y por muy bien que creyese haber conducido la situación, *lady* Haverston las había mirado con más suspicacia que comprensión, lo que le había dado a Lauren una buena medida de la que les esperaba cuando la mujer descubriese el gran entuerto en el que se habían metido.

Pero eso sería después.

En ese momento tenía por delante otro enfrentamiento mucho más peliagudo y difícil de afrontar: su padre.

Avanzó hacia la puerta y golpeó varias veces con los nudillos, pero nadie salió a recibirla pasados unos minutos. Sabía que no había nadie del servicio que pudiera abrirla, pues lord Holbrook había despedido a todos ellos hacía tiempo. Empujó la puerta y, tal y como esperaba, esta cedió; su padre nunca se preocupaba de cuestiones tan sencillas como la seguridad, a pesar de que era muy obvio que la necesitaba más que nadie.

Lo encontró, como cabía esperar, sentado en una gran butaca de cara a la chimenea apagada. Lucía desaliñado y sin afeitarse, con los faldones de la camisa por fuera y el pelo alborotado. La miró con el desdén habitual y levantó el vaso vacío hacia ella como si le ofreciese un brindis.

—La hija pródiga ha vuelto.

Lauren no pudo evitar una sonrisa amarga por el uso de aquella parábola

bíblica. En realidad, todo el cuadro que tenía ante su vista era bastante lamentable.

—¿Y dónde está la misericordia y la humildad del padre? —preguntó a su vez, serena, recordándole que, en aquel ejemplo de Jesús de Nazaret, el padre recibía con los brazos abiertos al hijo que lo había abandonado para darse la gran vida.

—Tú no te mereces nada de eso. A no ser que te haya enviado ese presuntuoso de tu prometido para aceptar mi oferta.

¡Qué valor tenía! Todavía estaba empeñado en lograr que fueran otros los que solucionasen sus dificultades. Y todavía la culpaba de cualquiera que fuera el pecado que había cometido contra él. Se había preguntado una y mil veces cual era el origen de la inquina que su padre sentía por ella, esa que lo llevaba a pensar que no merecía ni siquiera una miserable sonrisa.

—¿Oferta dice? Yo lo único que he escuchado han sido amenazas y exigencias sin fundamento. No, padre, no he venido a solventar sus problemas. Marcus no va hacerse cargo de nada. Yo no lo permitiría.

—¡Eres una estúpida! —gritó, mientras se levantaba iracundo—. ¿No ves que él puede solucionarlo todo? Tiene el poder y el dinero para hacerlo. Podría sacarme a toda esa gentuza de encima.

—Pero no lo hará —dijo Lauren sintiéndose más fortalecida en su decisión de enfrentarlo. No iba a dejarse intimidar por sus voceríos—. Él no tiene ninguna obligación hacia usted. Ni yo tampoco.

—Una semana viviendo en concupiscencia con ese bastardo y ya te has convertido en una pelandusca desvergonzada.

A pesar de toda su convicción en lo que estaba haciendo, Lauren no pudo evitar el dolor lacerante que sintió en el pecho por aquellas palabras. El desprecio que manaba de su progenitor era tan profundo que casi podía notarlo contra la piel, y era una sensación horrible, que le dejaba mal sabor de boca. No permitió, sin embargo, que sus ojos o su semblante reflejaran la inmensa pena que sentía.

—Insultarme no conseguirá que logre su objetivo. Dejé de importarme el

día que murió mi madre y perdí cualquier clase de fe en usted. Si hice lo que hice, si conseguí aquel dinero, no fue para salvar su alma miserable, sino para no causar más vergüenza al recuerdo de ella.

El rostro de su padre se iba poniendo cada vez más rojo, hasta el punto en que parecía que iba a explotar. Al escuchar su respuesta, avanzó hacia ella con los puños muy apretados; la intención de golpearla dibujada en cada dura línea de expresión.

—Si se le ocurre ponerme un dedo encima —anunció—, me aseguraré de que él se entere; no creo que le gusten las consecuencias. Ya ha visto que esta mañana estaba dispuesto a cruzarle la cara solo por insultarme. Imagine lo que le haría si me pega.

Reuniendo todo el coraje que le quedaba, se dio la vuelta para marcharse. Había llegado allí con la firme intención de averiguar cuál había sido su pecado, qué ofensa tan imperdonable le había causado a aquel hombre para que nunca la hubiese tratado con afecto, pero decidió que no le hacía falta saberlo, porque nada de lo que le dijese podría justificar tamaño odio. Justo cuando estaba a punto de asir la manilla de la puerta se detuvo, se giró y le dijo:

—Nunca volveré a verle, padre. Ni lord Collington ni yo volveremos a preocuparnos por su destino. Si le queda algo de inteligencia en ese cerebro amargado y podrido que tiene, le aconsejo que desaparezca de Londres, porque no le quepa duda que nadie impedirá ahora que acabe con sus huesos en la prisión de deudores.

—¡Maldita perra traidora! Eso te pondría las cosas más fáciles, ¿eh? Qué valiente te han vuelto cuatro revolcones en la cama de un vizconde. Para eso es para lo que valéis las mujeres. Un varón nunca me hubiera traicionado así.

Haciendo un esfuerzo sobrehumano por no alterarse, Lauren cerró los ojos y se llevó una mano a la sien. Era una pérdida de tiempo, lo sabía, pero aun así no pudo evitar preguntar:

—Esa es toda mi falta, ¿verdad, padre? Todo ese odio... todas las veces que me mandasteis a callar porque os molestaba mi voz, cada vez que me

dejabais con los criados en vuestros paseos porque no sabía comportarme. Lo único que yo hice fue nacer niña, ¿no es cierto?

—¡Lo destruiste todo! —gritó el vizconde al tiempo que se llevaba las manos al cabello con un gesto desesperado y se dejaba caer de nuevo en el sillón—. Ella... ella no se habría vuelto contra mí si hubieras sido un chico.

Por primera vez desde que había cruzado la puerta de Holbrook House, Lauren se sintió completamente perdida. ¿Estaba su padre insinuando que su madre lo había rechazado por el hecho de que ella fuera una niña? Eso no tenía ningún sentido y, además, era incierto. *Lady* Holbrook nunca se había rebelado contra su marido. Por el contrario, había sido una esposa entregada y cariñosa, que se había tomado todas las molestias imaginables para agradarlo y agasajarlo constantemente.

—¿Vuelto contra usted?

—¡No dejaba de hablar de ti —continuó gritando, con la cabeza entre las manos— y de consentirte todo el tiempo! ¡Dormía junto a tu maldita cuna, y tú no hacías más que llorar y esclavizarla!

Nunca, ni aunque hubiese vivido mil vidas, podría haber imaginado tal despropósito. Sintió cómo los ojos se le abrían como dos platos. ¿Le reprochaba que su madre hubiera cuidado de ella cuando era un bebé? Era demencial, absurdo. Nadie en su sano juicio podía sentir rechazo hacia su propio vástago por compartir el amor de su cónyuge, ¿verdad? No sabía qué pensar, pero la evidencia estaba allí delante. Su padre le estaba reprochando que le hubiera arrebatado el cariño de su madre; no con esas palabras, pero...

Lauren recordó la infinidad de veces que había pensado que su padre era una persona por completo distinta en presencia de su madre. Siempre se mostraba solícito y encantador con ella, a pesar de que todo el mundo lo tenía por un hombre hosco y maleducado. Tal vez aquella dualidad que siempre había visto en él era el producto del inmenso amor que sentía por Aileen Malone. Tenía sentido; un sentido retorcido, nacido del egoísmo más puro y exacerbado, pero sentido, al fin y al cabo. Lord Holbrook había volcado todo su mundo en su esposa, y, cuando Lauren había llegado, él se había sentido

desplazado y abandonado porque había tenido que compartir ese amor. ¡Qué injusto que la hubiera odiado por eso!

—Ella hubiera amado igual a un niño que a mí...

—Pero al menos yo tendría un heredero... —musitó su padre como ausente, como si se hubiera desinflado después de aquella confesión.

Malditas líneas de sucesión. Los hombres podían llegar a obsesionarse con el linaje y la descendencia. Lo justificaban todo en base a un deber supremo de mantener la pureza de su estirpe a través de un título nobiliario que no era más que un papel firmado por algún rey que había muerto siglos atrás. Estúpidos; eran tan estúpidos...

—Doy gracias a Dios de no tener un hermano puesto que usted no le habría dejado más que ruina y odio. Así, al menos, el título volverá a la corona y no le destrozará la vida a nadie más.

Agotada, Lauren dio por finalizado aquel capítulo de su vida. No había nada que recuperar, no había nada que entender. Su padre la había repudiado casi en el mismo momento en que nació, por los motivos más equivocados y egoístas que se pudieran imaginar, y, contra aquello, nada podía hacer. Resignada, volvió a girarse y abrió la puerta para marcharse. Lo que encontró de frente le hizo contener el aliento. Detrás del cañón del revólver que le apuntaba a la cabeza, reconoció el rostro del hombre que semanas atrás los había amenazado: Growden.

Capítulo treinta

Corría como alma que lleva el diablo. Las patas de su caballo golpeaban el suelo adoquinado con un estridente ruido de metal contra piedra; un sonido rítmico que solo aumentaba la tensión que crecía en la boca de su estómago.

Gracias a Dios que había tenido la suspicacia suficiente para desconfiar de aquella mirada intranquila en los ojos de Lauren. ¡Oh, cuánta razón había tenido al pensar que algo no andaba bien! La conocía tanto como las líneas que cruzaban la palma de su mano. Aquel nerviosismo no era debido al hecho de tener que enfrentar a su futura suegra, no; había algo más, un rastro de decisiva conciencia que no le había pasado desapercibido.

Apenas se había retirado a su cuarto para descansar tras la cena cuando había vuelto a escuchar abrirse la puerta de la habitación contigua a la suya: la que ocupaba Lauren. Podría haberla detenido en aquel preciso instante. Podría haberle exigido que le explicase sus intenciones y la hiciese partícipe de ellas, pero había intuido que ella se haría la loca y le diría que solo había salido a por un vaso de leche para ayudarse a dormir. Porque eso era lo que hacía siempre: protegerlos.

Así que Megan la había seguido, pensando que podía estar tramando alguna necedad, y el tiempo no había tardado en darle la razón. Lo que no se le habría pasado por la mente ni en un millón de años había sido que acudiría a ver a su padre, sobre todo cuando le había prometido a Marcus esperar sus noticias en casa.

«Por favor, por favor, que hayan vuelto, que hayan llegado ya», suplicó con los puños bien apretados en las riendas.

Solo faltaban dos manzanas para llegar a Haverston Manor, pero era como si unas manos invisibles estirasen el tiempo y las millas que la separaban del hogar. Incluso el camino de ida, cuando había tenido que avanzar a un paso lento, escondida entre las sombras, había parecido más corto. Después de lo

que había presenciado, era consciente de que cada segundo que pasaba la vida de su mejor amiga corría peligro.

Por fin, atisbó las columnas verdes de la fachada de la vivienda de dos plantas en Howland Street, iluminadas por la abundancia de faroles que recorrían el acerado como dientes perlados brillantes. Las luces del salón principal estaban encendidas, lo cual tenía que significar que Marcus y Lucas ya había regresado de sus pesquisas, pues lo lógico era que sus padres estuviesen ya acostados. Tenían que ser ellos.

«Por favor, por favor».

Con la respiración tan agitada como la de su montura y, sin casi apoyar el pie en el estribo para bajar, se deslizó de su silla de amazona tan rápido que casi cayó de bruces contra el suelo. Se agarró con fuerza a las bridas, lo suficiente para recuperar el equilibrio y asentarse sobre sus pies, tomó una honda inspiración y partió rauda hacia la puerta principal.

Era una locura dejarse ver llegando a solas en medio de la noche, pero lo último que sus ojos habían registrado a través de la ventana de la biblioteca de Holbrook House era a un par de tipos altos y fornidos apuntando con un arma a Lauren, por lo que la etiqueta y el decoro no estaban entre sus prioridades ahora.

«Aguanta, Lauren, aguanta».

Volvió a estremecerse ante la imagen que había quedado grabada en su cerebro mientras esperaba que el mayordomo le abriera la puerta.

—¡Lady Chadwick! —dijo este cuando vio que era ella quien había llamado.

Dumpton la miró con los ojos abiertos de par en par, pero no se preocupó en explicarle por qué acudía a esas horas y en tal evidente estado de conmoción. Fue corriendo hasta el salón y se quedó petrificada cuando pisó el vano de la puerta: la familia al completo estaba reunida. Maldición. Esto no lo había previsto.

—Cariño —saludó su madre, con extrañeza—, íbamos a ir a buscaros justo ahora. Tu hermano y lord Riversey deseaban veros. ¿De dónde sales?

Megan miro con nerviosismo a todos los presentes en la sala. ¿Cómo iba a contarles a todos que...? La pregunta murió en su mente antes de ser formulada. No había más que una opción:

—Lauren está en peligro —anunció agitada. Sus padres se pusieron en pie de inmediato, mientras que su hermano se quedó como congelado en el sitio—. Ha ido a casa de su padre, y han aparecido dos tipos... Creo que uno de ellos es Growden.

—¡Gordon! —Su hermano gritó la orden al tiempo que su cuerpo entraba en acción y cruzaba el salón en dirección hacia la puerta, casi sin pararse a comprobar si su cuñado lo seguía.

Sobraba comprobarlo, porque no solo su prometido, sino también su padre, cazaron al vuelo las intenciones de Marcus. Ambos se precipitaron en pos de él hacia la salida. No habían formulado ni una sola pregunta. No hacía falta. Sabían dónde estaba Lauren y que necesitaba su ayuda, y eso era todo lo necesario. Bueno... casi.

—Espera, ¡Marcus, espera! Tenéis que coger armas. Ellos van... —Megan se estremeció cuando su hermano se giró hacia ella y pudo ver el auténtico terror que mostraban sus ojos—. Armados.

Se oyó un gemido apagado que provenía de su madre, quién a todas luces era incapaz de comprender el desarrollo de los acontecimientos. Sin embargo, en un alarde de inteligencia, no se había puesto a preguntar como una histérica a qué venía todo aquel espectáculo.

—No creo que le hagan daño. —Megan intentó tranquilizar a Marcus, que había pasado del blanco papiro a un semblante enfurecido—. Solo querrán amenazar a su padre con hacérselo, como la última vez. Esos tipos solo quieren el dinero.

Marcus cerró los ojos en un intento de calmarse y se dirigió hacia la biblioteca donde tenían el armero. Salió unos segundos después con la determinación pintada en su mirada y tres tipos de revolver diferentes. Metió uno en el borde de su pantalón, a su espalda y lanzó los otros dos hacia su padre y hacia Lucas.

—¡Dejadme ir con vosotros! —suplicó Megan, viendo que la dejaban atrás sin ningún miramiento.

—¡No! —Cuatro voces distintas pronunciaron la negativa, pero solo la de su madre continuó argumentando —. Ni se te ocurra pensar que vas a ponerte en peligro tú también. Ven aquí. Te tocará esperar, igual que a mí.

—Pero... —La ignoraron por completo, y Megan se dio por vencida cuando vio salir las robustas espaldas de los tres hombres por la puerta sin que se le hubiese ocurrido aún ningún argumento de peso para que tuvieran que llevarla.

Maldición. A veces, odiaba ser una chica.

—Tranquila, cariño. Ellos lo arreglarán. —Su madre se acercó a ella y le pasó un brazo por el hombro—. La traerán de vuelta. No me imagino a tu hermano permitiendo que nada le pase a esa muchacha.

—Ellos son muy peligrosos, mamá.

—Lo sé, cariño. Pero creo firmemente en tu tesis de que solo buscan dinero. Y de eso, gracias a Dios, estamos bien provistos.

Megan levantó la vista, que había estado vagando por el suelo, hacia la de su madre. Era una mujer formidable. Tan confiada, tan valiente... Se mostraba impertérrita y a la vez comprensiva, a pesar de que no debía tener mucha idea de todo lo que acababa de ocurrir.

—Gracias por animarme, mamá —dijo Megan un poco más aliviada por el afecto recibido—. Y... por no hacer preguntas.

—Considéralo un periodo de gracia, mi amor. No creas que durará eternamente.

Lo dijo con ternura y una sonrisa afectuosa en su rostro, sin ningún tipo de admonición ni amenaza, casi como si le hubiera dicho a un niño que, si no comía los brócolis en el almuerzo, los tendría en la cena. Y su madre era de las que se los pondría en la cena, los siete días de la semana, hasta que se los comiese. O sea que cabía esperar un severo interrogatorio. No en ese momento. En breve. Cuando todos sus seres amados volvieran a estar a salvo.

—No creo que vayan a hacerle daño.

Gordon intentaba animarlo. Y una voz cabal dentro de su cabeza le decía que así era. Pero había un tipo detrás del sillón donde estaba sentada Lauren, con un revolver apuntando a su cabeza. Y por muy racional que estuviera intentando ser Marcus, todos los nervios de su cuerpo estaban alterados, hechos añicos, intentando dar con la solución más segura para ella, mientras observaban agazapados toda la escena a través de la ventana y los setos que los separaban de la acción.

—Recuerda —insistió su amigo—, solo quieren el dinero.

—Eso espero —farfulló Marcus entre dientes—. Lo que me preocupa es cómo vamos a entrar ahí sin formar revuelo y ponerla a ella en peligro. Ese Growden es un tipo de los bajos fondos. Si se ve acorralado, puede recurrir a la violencia.

—Por esa ventana desde luego no. Y el tipo de la puerta nos bloquea la entrada principal. ¿Qué tal si buscamos otra que esté abierta y nos colamos dentro? —propuso Gordon.

Su padre, que había estado en completo silencio observando la calle y los alrededores, se elevó para otear por encima del seto unos segundos y volvió a agacharse.

—Lo haremos así —anunció lord Haverston—: la única forma de entrar sin poner en peligro a la pequeña Malone es siendo anunciados. Vamos a presentarnos en la puerta y vamos a exigir que nos dejen ver a Growden.

Gordon miró a August Chadwick con una cuarta parte de asombro y tres cuartas partes de admiración, mientras que Marcus intentaba analizar las consecuencias que podía tener ese curso de las cosas. No lo veía claro.

—¿Crees que nos dejarán entrar así sin más? —pregunto con manifiesta desconfianza.

—Si salimos de entre los setos, lo más seguro es que no, pero si llegamos los tres en un carruaje con aspecto de no aceptar un no por respuesta, te aseguro que el tipo al menos preguntará a ese criminal si acepta la visita —auguró su padre, al tiempo que le propinaba un apretón en el hombro—.

Tienes tanto poder como seas capaz de proyectar.

Marcus sopesó la propuesta unos segundos más. No había forma de entrar sin ser vistos. Y aunque lo consiguiesen, le parecía una línea de actuación muy arriesgada, porque en cuanto esos tipos tuviesen constancia de su presencia en la casa, utilizarían a Lauren como escudo humano; no quería verla pasar por eso, así que parecía obvio que iban a seguir el plan de su padre.

Le devolvió el apretón en el hombro con todo el agradecimiento que se podía reflejar en ese gesto y dejó que las distintas posibilidades que le ofrecía la citada estrategia pasaran por su mente. Habían dejado el carruaje a solo dos manzanas. No tardarían más de diez minutos en volver como auténticos recién llegados y, con un poco de suerte, convencer al tipo de que los dejase entrar y a Growden de que dejase en paz a su prometida.

—Bien. Tenemos un plan.

Los minutos se estiraban como el vidrio candente en manos de un soplador, mientras Lauren Malone empezaba a dudar de que su padre pudiera resolver aquel conflicto de forma satisfactoria.

No solo había vuelto a apostar contra Growden, dos noches atrás, en la timba que organizaba un tal lord Richmond en Dartford, sino que, al parecer, había hecho trampa. Cómo había tenido su padre los recursos para llegar hasta allí y participar en una timba era algo que se le escapaba del entendimiento, pero lo que sí era capaz de discernir era que Growden no solo le reclamaba a su padre una nueva deuda adquirida, sino una satisfacción por haberlo burlado.

Él lo negaba una y otra vez. Aseguraba que jamás hacía trampa y se indignaba hasta tal punto que a Lauren no le cabía la menor duda de que decía la verdad. Pero eso poco importaba. Growden no se mostraba ni conciliador ni dialogante. Quería el dinero y quería infringirle dolor a su padre, motivo por el cual ya le había propinado un par de puñetazos.

A ella de momento la dejaban en paz. Al parecer, habían escuchado gran

parte de la conversación anterior entre padre e hija, por tanto, eran conscientes de su escaso valor como elemento de extorsión. Aunque, en palabras de su captor: “a nadie, por muy enemistado que esté, le gusta ver los sesos de su primogénita esparcidos por el suelo”.

Para su sorpresa, Lauren no se había desmayado al escuchar eso. A decir verdad, estaba consiguiendo mantener una compostura inexplicable, que en absoluto era fingida. Una sensación de fatalidad la invadía, pero no era capaz de ponerse nerviosa por ello. Qué curioso. En aquel momento lo único que le preocupaba era salir de allí con vida para poder disculparse con Marcus por no haber seguido sus indicaciones.

Ya debería haber vuelto a su casa. O tal vez no. Ojalá que no. Todavía había tiempo para que eso se resolviera y que Marcus no tuviera que sufrir la angustia de no saber dónde estaba ella.

Estaba tentada de hablar. Podía decirle a Growden que ella conseguiría el dinero, como lo hizo la última vez; que lord Collington era su prometido. Podía incluso sugerir que pidieran un rescate por ella, pero algo le decía que no la dejarían salir de allí para encontrar el dinero y que tampoco iban a añadir el delito de secuestro a todo lo demás.

Growden se dirigió hacia la mesa aparador y se sirvió un vaso de whisky.

—Para comprar buenos caldos sí que te llega el dinero, ¿eh, Holbrook?

Ese era otro de los grandes misterios de la existencia de su padre. En la casa siempre había licores fuertes, aunque no hubiese leña ni comida. Jamás había sabido de dónde salían.

—Te diré lo que haremos... Como no tienes una miserable libra, según tú... y tu hija, aquí presente, al parecer no te importa lo suficiente para conmoverte por ella, voy a intentar la jugada contraria. —El matón se echó el vaso a la boca y bebió el contenido de un solo trago.

Acto seguido, lo lanzó por detrás de su espalda hasta estrellarlo contra la pared, pero no se hizo añicos, sino que, como un carámbano, solo se desportilló y cayó al suelo con un estruendoso ruido de cristal pesado.

—Mutilar a este duende pelirrojo no nos llevará a nada, ¿verdad, viejo? —

continuó el extorsionador en tono de guasa—. Tú no te sacrificarías por tan noble causa, pero... alguno de los dos tiene que saber dónde se guardan los fondos para abastecer tu bodega, ¿verdad? Tal vez ella tenga mejor corazón que tú y no quiera ver cómo te agujereo todos los miembros. Y puede que tú te... incentives después de un par de balas. ¿Qué me dices?

Lauren miró horrorizada al tipo que tenía enfrente y que, a pesar de su aparente tranquilidad, estaba demostrando que perdía la paciencia por momentos. Estaba a punto de gritarle que los soltara y que ella conseguiría el dinero cuando unos golpes en la puerta rompieron el silencio.

—Pasa —ordenó Growden sin perder su expresión burlona.

Otro hombre alto y fornido, con la cara un poco deforme, como si hubiera sido golpeada en repetidas ocasiones, y los ojos hundidos de un azul casi blanco, asomó la cabeza por la puerta entreabierta.

—Fuera hay un tipo que pide verlo —anunció con voz cavernosa y una horrorosa dicción.

Growden puso cara de fastidio y se giró hacia ella, pero mirando muy por encima de su cabeza.

—¿A ti te parecen horas de visita? —preguntó con voz y expresión burlonas al tipo que le apuntaba a ella a la cabeza y que a Lauren le había parecido desde el principio el más peligroso.

—¿Y a ti no te sorprende que te visiten aquí?

Growden se giró hacia el secuaz con cara deforme en busca de respuestas. El hombre se encogió de hombros y contestó:

—Dice que lo conoce. Que lo visitó la semana pasada.

Lauren tardó mucho menos que Growden en llegar a la conclusión de que aquel visitante era el que había liquidado, una semana atrás, los pagarés de su padre. Es decir, Marcus.

Había venido a por ella. Por alguna milagrosa casualidad de la vida, había conseguido averiguar dónde estaba y había acudido en su ayuda. Si antes se había sentido culpable por haber salido sola de casa sin escolta, ahora se

sentía realmente mortificada. ¿Estaría enfadado con ella por desobedecerlo? ¿Y si se ponía también en peligro? No podría perdonarse que algo le ocurriera.

—Hazlo pasar —sentenció el jefe de aquel trío mafioso, que no era otro que el hombre que le apuntaba a la cabeza, tal y cómo Lauren había sospechado.

Capítulo treinta y uno

Mientras el matón de facciones deformes acudía de nuevo a por el visitante, Growden agarró a su padre por el pecho y lo puso de pie, apoyado contra la chimenea, que le quedaba a Lauren a su izquierda.

—Quédate aquí, donde pueda verte —le dijo, y acto seguido se puso junto a su cómplice, justo detrás de ella.

—No olvides a lo que hemos venido —advirtió el que Lauren consideraba el jefe con una voz nasal. ¿Cómo lo había llamado su padre? ¿Durason?

—Ese lord tiene algún interés en Holbrook —cuchicheó Growden—. Veamos a ver qué nos ofrece esta vez.

—Sí, pero no nos vamos de aquí sin lo acordado.

¿De qué estarían hablando? ¿Acaso no querían saldar la deuda pendiente? ¿Qué más podían estar buscando?

Los pensamientos de Lauren quedaron diluidos en una nebulosa de nuevas preguntas no formuladas cuando la puerta se abrió frente a ella y pudo observar la figura varonil y atractiva de su prometido. Su corazón se saltó un latido, como cada vez que se encontraban.

Marcus entró en la estancia con paso firme y porte orgulloso. Él siempre derrochaba apostura y buenos modos, pero esa noche parecía algo más, parecía realmente envalentonado. Y lo mismo podía decirse de sus acompañantes, que, para eterna vergüenza de Lauren, eran ni más ni menos que el marqués de Riversey y el conde de Haverston. Tres gallos de corral con las plumas hinchadas, eso era lo que parecían.

Mortificada, mortificada, mortificada. Podía repetirlo en su mente toda la noche y no se acercaría al pudor y el arrepentimiento que sentía en aquel momento. ¡Qué bochorno que el padre de Marcus tuviera que sorprenderla el día que se formalizaba su compromiso, en aquella terrible tesitura! Si era que aún podía considerarse prometida...

Que Marcus estuviera o no enfadado, era una cuestión difícil de dilucidar. Su expresión era indescifrable, flemática en el mejor de los casos; parecía no importarle la escena que tenía ante sí. ¿Habrían escondido el arma con la que le habían estado apuntando? Porque Marcus no parecía verse afectado por ese hecho.

Claro que quizá estuviera fingiendo que no le importaba nada de todo aquello para que su negociación con Growden y su jefe estuviera más igualada, en cuyo caso, lo mejor sería que mantuviera la mente fría y no se inmiscuyese en la conversación.

Ellos ya se conocían. Marcus había pagado los anteriores pagarés, pero quizá no había desvelado la naturaleza de la relación que lo unía a su familia.

Lo que sabía, con una seguridad indefectible, nacida de su mismo corazón, era que a Marcus sí que le importaba todo aquello. Le importaba ella, y había venido a salvarla. Si quería fingir que no se conocían, entonces ella miraría a un rincón del techo y mantendría la boca cerrada a cal y canto.

—Mi estimado vizconde de Collington —saludó Growden—. Empiezo a pensar que se ha encomendado usted la poco honrosa tarea de ángel de la guarda de nuestro... cliente, aquí presente.

—Él la defiende a ella —ladró su padre con un manifiesto desprecio al tiempo que la mirada de Lauren volaba hacia su izquierda para fulminarlo.

Maldito fuera. ¿Por qué había dicho eso? ¿Por qué tenía que ensuciarlo y complicarlo todo? Se produjo un silencio dilatado que le puso a Lauren los pelos de punta. No podía ver la expresión de sus captores, pero podía jurar, bajo pena de muerte, que los rostros de los otros tres hombres no mostraron acuse de recibo.

—La señorita Malone es mi prometida, señores —confirmó Marcus con una absoluta calma—. Y a decir verdad, Growden, le agradecería que le dijese a su socio que deje de apuntarle con esa arma a la cabeza.

O sea que el arma seguía ahí. Menuda compostura la de su prometido. Si alguien le apuntará a él, Lauren entraría en pánico.

—La señorita Malone es nuestro rehén, Collington. Por ahora.

Marcus se quitó los guantes con aire displicente y se los pasó a lord Riversey, que estaba a su izquierda. Lord Haverston lo flanqueaba por la derecha.

—Está bien. Dígame de cuánto se trata esta vez y arreglemos este desagradable asunto —dijo mientras introducía la mano con gestos lentos y medidos para sacar una chequera.

Detrás de ella, se oyó un chasquido de lengua, y la siguiente voz que escuchó no fue la de Growden. Fue la de... ¿Dinton, quizá?

—Verá lord...

—Collington —aclaró Marcus con los ojos entrecerrados por el cambio de interlocutor.

—Collington —reafirmó el jefe, cuyo nombre se le resistía—. La cuestión no es tan sencilla. Llevo bastantes meses soportando los pésimos periodos de pago de este hombre. Esta vez su deuda no es alta en exceso, teniendo en cuenta los antecedentes, pero... resulta que además ha hecho trampa.

—Yo no he hecho....

—¡Cállate! —La protesta de su padre fue interrumpida por la orden de Growden y por el sonido de un arma siendo amartillada que, por la dirección de la mirada de los presentes, no le apuntaba a ella.

—La cuestión es que me he cansado de tratar con este tipejo, pero mi ambición no me permite librarme de él sin descubrir de dónde proceden sus fondos.

—Puedo garantizarle que no proceden de mí —aseguró Marcus.

—Eso ya lo sospechaba. Lo suyo fue una intervención puntual, ¿verdad? No crea que no lo investigué cuando la semana pasada fue a liquidar sus pagarés —añadió el extorsionador—. No he llegado a sostener un negocio tan lucrativo siendo descuidado, ¿sabe? No, los fondos de Holbrook proceden de otra fuente más... abolenga. ¿Verdad, viejo amigo?

La cara de su padre se tornó de un color tan blanco que pareció que iba a desmayarse. Comenzó a negar de manera frenética con la cabeza al tiempo

que su cuerpo se tornaba rígido.

Qué cosa tan rara. ¿A qué se debía ese cambio?

—En verdad no veo cómo puedo ayudarle en eso. Por la cara de ese pobre demonio veo que no han sido capaz de sacarle la verdad a puños. —Marcus se refería a que su padre tenía un labio ligeramente partido y con restos de sangre reseca—. Mi prometida y yo...

—Su prometida —interrumpió el hombre de voz nasal. ¿Duensen?— Es la única que puede conocer el paradero de su alijo. Ya sabemos que esta escoria no va a decirnos dónde está, pero ella...

Lauren notó cómo el frío cañón de la pistola le rozaba la sien. Si tan solo supiera de lo que estaban hablando. No tenía ni la más remota idea de ningún alijo, y era que además le parecía descabellado e inverosímil que su padre tuviese un solo penique. Era ridículo, pero no era gracioso. El escalofrío que la recorrió desde la frente a los pies no era divertido, ni la angustia que vio reflejarse fugazmente en los ojos de Marcus lo era tampoco. Esos tipos estaban amenazándola por algo que no era real, y así se lo hizo saber.

—No existe ningún alijo —dijo, sacando la voz de sabía Dios dónde—. Mi padre no tiene ninguna fuente de ingresos. Ustedes deben estar equivocados.

Otro chasquido de lengua acompañó a una ligera presión del arma que le rozaba la sien. Después el frío metal desapareció, y el tipo se puso en movimiento hacia su derecha, hacia el escritorio de su padre, donde se apoyó con total disipación. ¿Por qué no conseguía recordar el nombre?

Lauren giró la cabeza a su izquierda para buscar a Growden y comprobó que él todavía estaba apuntando a su padre, con la vista fija en él. Esto quería decir que después de casi media hora, ninguna pistola la apuntaba a ella.

El tipo de la voz nasal era mucho más alto que su socio, aunque no tanto como lord Riversey o Marcus. Era de complexión atlética y no tenía un rostro desagradable. Podría incluso ser apuesto si no fuera por el filo de peligrosidad que emanaba de sus ojos oscuros y la fea cicatriz que cruzaba la mitad exterior de su mejilla izquierda.

—Mi querida señorita —dijo ¡Dirdenson! ¡Eso era! Ahora que había vuelto a ver su rostro el nombre le había venido como por arte de magia—. No pretenderá hacerme creer que su padre tiene la portentosa cualidad de convertir las piedras en dinero. ¿De dónde salen los fondos para comprar whisky caro? ¿Cómo puede estar un día desplumado y tres días después presentarse con quinientas libras en mis partidas?

—Sea lo que sea, le garantizo que ella lo desconoce. —Marcus salió en su defensa, y Lauren se lo agradeció con un ligero asentimiento, aunque en aquel momento su cabeza estaba intentando encontrar una explicación razonable a las preguntas de su interlocutor.

¿Cómo lo lograba su padre, realmente? Porque licores nunca faltaban, y no habían sido pocas las ocasiones en que se había preguntado de dónde salía el dinero con el que se iba casi cada noche a los clubes de juego. Se había dicho a sí misma que en aquellas veladas su padre podría limitarse a mirar, pero, entonces, ¿cómo acumulaba esas deudas? ¿Con qué dinero comenzaba las partidas?

—Dudo que una herencia familiar en pepitas de oro pueda mantenerse oculta toda una vida.

«Una... ¿qué?»

Las palabras de Dirdenson le cayeron a Lauren como un jarro de agua fría. Una herencia. En pepitas de oro. Menuda bobada.

Lauren paseó la mirada, entre divertida y espantada, por sus rescatadores, los cuales miraban a Dirdenson con distintos grados de conmoción. Después llegó hasta la columna de la chimenea donde estaba apoyado su padre, con los ojos y los puños cerrados con fuerza contra ellos. Respiraba con dificultad; su cuerpo vapuleado por fuertes inspiraciones.

Él parecía... furioso, desesperado. Estaba así porque... era... ¿verdad?

—Oh, Dios mío... —musitó, mientras un rayo de comprensión se abría paso en su cerebro.

Se quedó mirando a aquel hombre que estaba a punto de sufrir un infarto sin poder dar crédito a sus propias conclusiones.

—Vaya, vaya. Así que cuentas en las tabernas lo que no eres capaz de contar en casa, ¿eh, Holbrook? —ironizó el jefe de los extorsionadores.

—¿De qué está hablando? Explíquese, hombre —exigió el padre de Marcus, que se había quitado el sombrero de copa que llevaba debido a la impresión.

—Lord Haverston —saludó Dirdenson, dejando ver que lo había reconocido—, no le he agradecido que nos acompañe. Verá, su futuro consuegro se fue de la lengua hace un par de noches, tras salir de la timba de Richmond. Aseguró que su abuelo le había dejado esas pepitas y que ellas velaban por su buenaventura. Ya ve, de algún lado tenía que provenir toda esa fuente inagotable de fanfarronería.

Todo ese tiempo... ¿De verdad él había tenido una cuantiosa herencia durante toda la vida?

Por la expresión derrotada de su padre, Lauren se convenció de que todo aquello era cierto. ¡Él tenía oro! Y, sin embargo, había permitido que ella se jugase la vida por los caminos de Londres robando el dinero para pagar sus deudas.

—Decía que no había dinero para pagar a todos aquellos empleados —dijo casi en trance—, que no habría más leña, que buscásemos con qué preparar la comida... Dejó que la casa se desmoronase en torno a nosotros.

Buscó la mirada de su padre, y este se la mantuvo sin ninguna dificultad.

—Siempre lo solucionabas. —Se limitó a decir.

No lo negó. No se molestó siquiera en fingir que esos hombres estaban equivocados. Sabía que lo habían descubierto.

Un escozor ardiente se asomó a los ojos de Lauren. Todo aquel tiempo su padre había poseído una pequeña fortuna y jamás se había dignado a usarlo para ofrecerle una vida digna, un hogar seguro, un entorno confortable. Pero sí había continuado financiándose sus vicios, sí que había dosificado aquellas malditas pepitas, donde quiera que estuviesen, para perpetuar su vida de disipación y decadencia.

—¡Me puse en peligro por ti! ¡Puse en peligro a Megan!

Le gritó cuando la rabia y el dolor fueron más fuertes que la incredulidad. Las emociones barrieron con cualquier inconsistencia en los hechos que se le presentaban; por inverosímil que fuera, la verdad era la que tenía delante: su padre no solo la había ignorado y despreciado, sino que se había aprovechado de su buena voluntad. Siempre.

Para poder mantener su vicio enfermizo había delegado en ella las preocupaciones de la casa, porque ella lo solucionaba todo. Y cuando las deudas lo asfixiaron, dejó que ella robase para saldarlas. Incluso le dejó creer que podría terminar en la cárcel, para que de nuevo le sacase las castañas del fuego.

Sentía ganas de gritar de frustración. ¿Cómo había logrado ocultarlo todos esos años?

—¿Cómo pudiste? ¿Lo sabía mamá? —preguntó, venciendo el pequeño nudo que comprimía su garganta.

El hombre que había ayudado a concebirla, que podía ser llamado cualquier cosa menos padre, negó con la cabeza gacha.

—Cuando mi abuelo murió, tú ya habías nacido.

¡Como si eso fuera una justificación! Ella ya había nacido y por tanto su madre ya no era de fiar, porque había cometido el terrible pecado de amar a su hija. ¡Maldito demente! Lauren sentía deseos de chillar y patear. Era tan injusto, tan abominable. Parecía que su crueldad no tuviera fin.

Inspiró hondo y se esforzó en recuperar la compostura que se le escurría entre los dedos. No iba a romper a llorar, no por esa persona egoísta y malvada, y menos delante de todos aquellos observadores, que permanecían callados a la espera de que ella pudiese ofrecer una pista sobre la ubicación de las pepitas. Pero se iban a llevar todos un buen chasco porque no tenía ni la más remota idea de...

«No. No puede ser».

Una corriente de aire frío subió desde sus pies a su garganta cuando entendió que sí lo sabía. Si ese hombre tenía dinero...

Su mirada voló hasta el primer estante de la librería donde reposaba la caja

de madera que contenía el pliego con el retrato mortuorio de su difunta madre.

La imagen era tan tremebunda que nadie la tocaba nunca, ni siquiera para limpiar el polvo. Si su padre hubiera querido mantener alejado de manos indeseables cualquier efecto personal, lo habría depositado allí.

Volvió a desviar la vista al suelo y se obligó a concentrarse y dejar a un lado sus conflictivas emociones.

Sí, casi seguro que estaban allí, pero no podía soltarlo así sin más. Desde luego, prefería que se las quedasen Dirdenson y Growden, antes de que volviesen a las mañosas manos de su padre, pero solo a cambio de la seguridad de todos los presentes.

—Si les dijese donde están, nos dejarían marchar, ¿verdad?

—Lauren... —Marcus intentó advertirla, pero los gritos de su padre se impusieron por encima de todo sonido.

—¡Estúpida! Ni se te ocurra. ¡Son mías! ¡Son todo mi legado! —Podía decirse sin miedo a equivocarse que a lord Holbrook se le estaba escapando la poca cordura que le quedaba. Growden tuvo que abalanzarse sobre él para que no se lanzará a por ella, y ambos comenzaron a forcejear mientras él seguía gritándole—. No sabes dónde están, diles que no sabes dónde están, ¡maldita fulana!

Marcus había permanecido quieto y expectante durante todo el desarrollo de los acontecimientos. Había escuchado lo de la fortuna en oro sin inmutarse, había aguantado también la explosión emocional de Lauren sin intervenir, pero, al parecer, escuchar como la insultaban iba más allá de su capacidad de aguante. En dos pasos, alcanzó la posición de su padre, sacó un revólver de su espalda y le atizó con la culata en la base del cráneo.

Aquello fue suficiente para que dejara de gritar, y también para que perdiese el conocimiento. Como un plomo dejado caer desde altura, el peso de su progenitor arrastró a Growden al suelo con él, dejándolo en una postura complicada que Marcus aprovechó para apuntarle con la pistola.

Lauren miró hacia el frente y comprobó que, mientras tanto, lord Riversey

y lord Haverston habían sacado también un arma cada uno y apuntaban a Dirdenson, lo que le dio un giro drástico a la acción que se había estado desarrollando.

Ahora ellos controlaban la situación. O al menos las fuerzas se habían igualado, porque Dirdenson estaba apuntando en dirección al pecho de Marcus, aunque parecía más precavido que dispuesto a disparar.

Lauren soltó el aire que había estado conteniendo durante aquellos interminables segundos que había durado el intercambio de posiciones y dejó reposar su espalda contra el respaldo del sillón.

Estaban a salvo.

Capítulo treinta y dos

La situación aún no estaba resuelta. Marcus sabía que había conseguido cierta ventaja sobre sus adversarios; tenía a uno de ellos bajo la punta de su pistola, pero, tras la impresión inicial y por mucho que le apuntasen dos armas, Dirdenson mostraba una disposición clara a no rendirse. Sus siguientes palabras se lo demostraron.

—¿Qué hacemos ahora, señor vizconde? —preguntó, suspicaz—. Aún tengo a un hombre armado en el recibidor. Y otro más en el piso de arriba, buscando esas esquivas pepitas.

Maldición. Eso tenía bastante sentido. Aunque hubiesen interrogado a Holbrook, lo lógico era no poner todos los huevos en la misma cesta; claro que había alguien registrando la casa.

Miró hacia donde estaba Lauren, justo entre el hombre que lo apuntaba y él. Ella parecía preocupada, pero nada en su expresión le revelaba si era cierto que había un cuarto miembro del grupo arriba. Pasados unos segundos, se encogió de hombros al entender que buscaba una confirmación.

Por debajo de su cintura, Growden se había quitado de encima el peso de Holbrook y lo miraba con suficiencia. No hacía ningún amago de intentar recuperar el arma, pero, por si acaso, Marcus aprovechó que quedaba cerca de su pie y le dio una patada para alejarla.

—No me interesan esas pepitas, ni este hombre —dijo apuntando a Holbrook—. Nosotros nos vamos y ustedes se quedan buscando.

Dirdenson rio ante eso y señaló con la cabeza hacia Lauren.

—Ella sabe dónde están. Y no nos moveremos de aquí hasta que lo diga.

Maldita sea. ¿Por qué había tenido que fingir Lauren que sabía el paradero de esas estúpidas pepitas?

—¡Ella no sabe dónde están! ¿Acaso no ha visto que estaba tan sorprendida como el resto? Solo lo dijo porque estaba asustada —argumentó

dirigiendo a Lauren una mirada tranquilizadora.

Se encontró con un par de ojos verdes que lo miraban con aire.

«Ay, no. ¿A que resulta que sí lo sabe?»

—Eso dice usted, pero si alguien lo sabe, es ella. Y de aquí no se mueve nadie...

—Por el amor de Dios —interrumpió Gordon quien, había que decirlo, se había comportado de modo ejemplar... hasta ese momento—. ¿Cuántas malditas libras pueden costar esas pepitas? Le haré un jodido cheque, hombre. Tengo a mi futura esposa preocupada en casa y, sinceramente, empiezo a aburrirme de este numerito.

A Dirdenson no le gustó ni un pelo la abrupta interrupción. Su cara se puso de un tono más rojo y entrecerró los ojos con desprecio. Amartilló su revólver, que le apuntaba a él, y fulminó con la mirada a Gordon.

—Me importa una mierda si se aburre, lord Riversey. Les recuerdo que solo tengo que dar una voz para que lleguen los refuerzos, y les advierto que empiezo a hartarme de tanta soberbia.

—Le daré las pepitas —anunció Lauren, cogiéndolos a todos por sorpresa.

—Cariño... —comenzó a decir Marcus, pero ella lo detuvo con un gesto de su mano.

—Marcus, esta gente ha venido exclusivamente a por ellas. Ya ves que no piensan irse con las manos vacías. Yo... creo que sé dónde están. —Giró la cabeza hacia donde estaba Dirdenson y se dirigió a él—. Pero lo haremos como yo diga. Y usted cumplirá con su promesa de dejarnos marchar.

—No tengo ningún interés es ninguno de ustedes —aclaró el hombre con petulancia.

Ante la atenta mirada de todos, Lauren dio una serie de órdenes a Dirdenson, y este las cumplió a rajatabla. Para ser una damita vergonzosa y recatada, Lauren Malone tenía bastantes dotes de liderazgo, pensó Marcus.

Siguiendo las pautas marcadas por ella, Dirdenson se acercó a la puerta

para llamar a sus hombres y les ordenó que se marcharan, lo cual hicieron, para su sorpresa, sin rechistar. Después todos, excepto Marcus —quien iba a velar por la seguridad de los rehenes por orden de la directora de orquesta—, pusieron sus armas sobre el escritorio y se alejaron hasta la ventana.

Entonces, Lauren se dirigió hacia la librería que quedaba detrás del escritorio y tomó una caja de madera. La puso encima de la mesa con cara circunspecta y, tras tomarse unos segundos para coger aire, abrió el pasador que la mantenía cerrada.

Una honda tristeza se reflejó en sus ojos al ver el contenido, y Marcus no pudo evitar sentir un anhelo muy grande por acercarse a ella y abrazarla. Debía ser una gran impresión ver ante sí la prueba de que su padre había sido tan ruin y mezquino como para dejar que ella se jugase la vida mientras tenía dinero suficiente para evitarlo.

En seguida se recompuso y extrajo una pequeña bolsa de terciopelo de la caja. Con un delicado movimiento de sus manos, deshizo el lazo de cordones dorados que la envolvía y volcó el contenido sobre la mesa.

No eran muchas, comprobó Marcus, quien igual que el resto de los presentes se había inclinado para observar las tan codiciadas pepitas. Debían valer una decena de miles de libras como mucho, pero cubrían de sobra cualquier deuda que su suegro pudiera haber acumulado.

—Este es su botín, señor Dirdenson. Usted y su socio pueden cogerlo e irse ahora. Lord Collington los acompañará hasta la puerta —sentenció Lauren.

Podría decirse que su prometida había conseguido reclutar dos nuevos admiradores porque tanto Growden como Dirdenson la miraban absolutamente fascinados, más por su forma de conducir las cosas que por el brillo de aquel puñado de piedras de oro.

Y era que había que decir que Lauren había mantenido la compostura de forma admirable. Cualquier otra chica de alcurnia como ella se habría comportado de forma muy distinta ante una amenaza como la que había vivido. Claro, que según parecía, ella llevaba varios años siendo algo más que

la gobernanta de aquella casa. Era una mujer con redaños y con mucho valor.

Haciendo honor a la palabra prestada, el tal Dirdenson se acercó a la mesa, cogió una a una las pepitas y las introdujo en la bolsa de terciopelo, las guardó en el bolsillo de su abrigo, el cual ni siquiera se había quitado, y también cogió las armas que su compañero y él habían depositado por orden de Lauren sobre la mesa. Con una inclinación de cabeza y un gesto a Growden para que lo siguiese, se despidió.

—Ha sido un placer hacer negocios con usted, señorita —aseguró con una sonrisa poco propia de un versado extorsionador.

No hizo falta que Marcus los acompañase a la calle; tan solo se acercó hasta la puerta de la biblioteca y observó cómo se marchaban sin ningún subterfugio. Siempre podría decirse que había honor entre ladrones...

Cuando volvió a recalar su mirada en Lauren, ella seguía mirando la caja cerrada, buscando, supuso, una forma de enfrentar esta nueva traición de su padre. Sin lugar a dudas, tenía el deber y la obligación de hacer desaparecer a ese hombre de su vida. Solo tenía que decidir cómo se lo explicaba sin que ella se empeñase en protegerlo.

—Padre, Gordon, podéis hacerlos cargo de llevar a Holbrook hasta el carruaje. Me gustaría hablar con mi prometida.

Lauren observó cómo lord Riversey y lord Haverston tomaban a su padre por los brazos y lo sostenían pasándolos por encima de los hombros. El hombre se revolvió, semiinconsciente, y meneó la cabeza en un intento por despejarse, pero la conmoción por el golpe debía ser fuerte, porque apenas estaba ayudando a ser llevado fuera; apenas controlaba la fuerza en sus piernas.

Algo parecido le pasaba a ella. Habían sido tantas emociones que, por mucho que hubiese fingido tener dominada la situación, por dentro temblaba como una hoja.

El hecho de que Marcus «gustase de hablar con su prometida» no

mejoraba en absoluto su estado de nervios, porque lo había dicho en un tono tan serio y trascendental que parecía que iba a recibir una dura reprimenda por su audacia al acudir allí.

Como no veía defensa alguna a su falta de prudencia, permaneció en silencio a la espera del sermón.

Pero no llegó. Lo que hizo Marcus en cuanto se quedaron solos fue llegar hasta ella en dos zancadas y darle un fuerte abrazo.

—Mi amor. Qué susto me has dado.

Qué reconfortante era sentir aquellos fuertes brazos envolviendo su espalda, incluso aunque la presa que mantenían sobre ella fuese un poco demasiado fuerte. Lauren estiró los brazos para abarcar su cintura y devolvió el apretón con el mismo énfasis.

—Lo siento —barbotó con la boca pegada a su pecho—, no creí que pudiese ser peligroso...

Marcus se separó un par de pulgadas y la observó con detenimiento. No estaba enfadado en absoluto. ¡Sorprendente! Esperaba una regañina histórica, pero en la expresión de Marcus solo había una mezcla de preocupación y alivio.

—¿Estas bien de verdad? No te hicieron daño, ¿cierto? —inquirió al tiempo que palpaba con sus dedos los hombros, la frente, las mejillas.

—No me tocaron ni un pelo —dijo Lauren sonriendo con arrobo. Él era tan encantador cuando mostraba aquella loca preocupación por ella.

—Cuando Megan dijo que estabas en peligro, creí que se abría el suelo bajo mis pies.

—¿Megan? —preguntó sin comprender.

—Sí. Ella fue quien llegó a casa y nos avisó. Pensábamos que estabais las dos tranquilamente dormidas y mira dónde andabas metida —sostuvo, ahora sí, con un matiz de reproche en su voz.

—No entiendo cómo lo supo —añadió pensativa—, pero siento muchísimo haberte hecho pasar por ese mal rato. Yo... solo quería...

necesitaba hablar con él.

—Espero que mereciese la pena. Gracias a Dios que esos tipos tenían muy claro lo que querían y la sangre de un marqués, un conde y un vizconde no estaba entre sus prioridades, o esto podría haber acabado muy mal, Lauren.

Parecía que el apercebimiento iba a llegar por fases, así que Lauren se armó de valor y se dispuso a explicarle a Marcus todo lo que había descubierto esa noche, desde los celos absurdos de su padre hasta el escondrijo donde este había ocultado las pepitas. Cuando acabó de relatarlo todo, Marcus tenía la mandíbula apretada y un principio de mirada asesina.

—Maldito saco de estiércol. Lo siento cariño, sé que a pesar de todo te preocupas por él, pero... no he conocido a un hombre más miserable.

—Ni yo... —susurró Lauren cuando una angustia inesperada le sobrevino.

Todo estaba ya claro en su mente, pero era tan injusto. ¿Por qué su padre no podía haberla querido? ¿Por qué había tenido que decir esas cosas tan horribles de ella?

—Ya, mi amor —la consoló Marcus, encerrándola de nuevo en un abrazo—. Shhhh. No llores.

No lo hizo. Lauren respiró hondo y consiguió mantener las lágrimas a raya. Se relajó contra el cuerpo de Marcus y se dijo a sí misma que aquello era lo único que importaba.

De nada serviría lamentarse por lo que pudo haber sido. Quizá todo lo ocurrido estaba destinado a ser, porque solo de ese modo, solo a través de aquellas pruebas del altísimo, ella podía estar ahora abrazando al hombre que había amado durante toda su vida.

«Los caminos del señor son inescrutables», pensó.

—Te amo —le confesó.

Marcus elevó las manos hasta enmarcar su cara y le susurró contra los labios:

—Te amo, pequeña.

El calor y el aroma anisado de su boca invadieron los sentidos de Lauren

cuando Marcus arrastró los dientes por su labio inferior hasta dejar un delicado beso en él. A ese pequeño muerdo le siguió una acometida directa contra su boca que podría haberle doblado las rodillas a la mujer más avezada. ¿Besarían todos los hombres tan bien como este? ¿Serían siempre así de emocionantes los besos o había que estar enamorada para que una mujer sintiese que el corazón se detenía y el alma se fundía?

Lauren se sujetó con fuerza a las solapas de la levita oscura que envolvía el augusto cuerpo de su prometido. Se elevó sobre la punta de los dedos de sus pies y devolvió el beso en la medida en que Marcus le permitía un ápice de control. Acarició con su lengua el interior de la boca masculina, saboreando cada matiz de su esencia, arrastrándola también por sus labios carnosos para tomar la temperatura y el gusto de su sabor.

Marcus se emocionó por la atención prestada y la sostuvo por las nalgas para pegarla más a su cuerpo al tiempo que le arrebatava el control del beso, que se volvió más brusco y apasionado.

Lauren se derretía en aquel torbellino de deseo y anhelo. No podía pensar en nada más que en continuar las caricias y la intimidad que Marcus ya le había mostrado varias veces, pero su gozo se vio frustrado cuando, con un muerdo tenaz y ardiente en su labio inferior que rozó el borde del dolor, Marcus se alejó con la respiración agitada y la expresión turbulenta.

—No podemos hacer esto ahora.

—¿No podemos? —preguntó aún aturrullada, sin entender cuál era el problema.

—Nos esperan fuera, ¿recuerdas? —inquirió a su vez Marcus, con un matiz de burla en su voz.

—Oh, sí. —Sus respectivos padres y lord Riversey estaban esperando en el carruaje. Aunque... los cinco no iban a caber para volver a... ¿dónde iban, por cierto? —. ¿Qué va a pasar con mi padre?

Marcus tuvo la amabilidad de soltarle las nalgas y alejarse unas pulgadas para que ella recobrase el hilo normal de sus pensamientos. Se sentó en el sillón y con un gesto de su mano, la invitó a que se sentara en su regazo. Era

probable que no fuera el mejor remedio para aclararse la mente, pero con todo y con eso, lo hizo.

—A ver cómo te explico esto... —Marcus se puso más serio. Era evidente que no se sentía cómodo comunicándole sus planes, pero, tal y como le había prometido esa mañana, estaba dispuesto a hacerla partícipe de sus pesquisas —. Tu padre tiene un problema con el juego que va más allá de la contención. Eso es un hecho, y lo será siempre. En Londres no dejará de causarte problemas como los que te ha provocado en los últimos meses.

—Quieres llevarlo al campo... —vaticinó Lauren. Era justo lo que había pensado que propondría: alejarlo para siempre de su vida. Por eso había decidido tener aquella última conversación con él.

Marcus hizo una mueca extraña.

—Un poco más lejos, de hecho.

Lauren lo miró expectante hasta que se dio cuenta de que Marcus era más que reacio a soltarlo. Pero, por Dios, ¿qué se le había ocurrido?

—¡Dilo de una vez! —suplicó, intrigada.

—En algunas ocasiones, cuando alguien tiene problemas de juego, o con la justicia, o con alguna deuda de honor, se embarcan hacia las colonias, Lauren. Lo que te propongo, si aceptas, es que embarquemos a tu padre por la fuerza.

Vaya. Eso sí que no lo esperaba. Lauren enmudeció por algunos segundos, mientras su ya exhausta mente asimilaba aquella nueva información.

Su padre en las Américas.

¿Qué iba a hacer allí? Sabía por los periódicos que la vida en las colonias podía ser dura pero próspera. Sin embargo, su padre no tendría cómo ganarse la vida, o cómo mantenerse. Ahora no tenía las pepitas y no contaría allí con nadie que lo ayudase.

Pero la otra opción era que permaneciese en Inglaterra, emponzoñando su vida y buscando de un modo u otro su ingreso en prisión. Al menos en las colonias no existiría un imperio del juego como el que pastaba libremente en

Londres, se dijo.

Marcus aguardaba con paciencia una respuesta por parte de ella, pero no contaba con información suficiente para calmar su inquietud.

—¿Cómo lo haríais?

—Tenemos un contacto que lo embarcaría aquí y otro que lo recibiría en Georgia. Enviaríamos con el capitán del barco el dinero suficiente para su manutención durante un año. A partir de ahí, tendrá que costearse su existencia él mismo.

Le llevó solo unos minutos más de reflexión concluir que era la opción más lógica, aunque para ello tuvo que apartar a un lado todo lo que había aprendido sobre el respeto y el cuidado que les deben los hijos a sus mayores.

—Me parece bastante justo —musitó Lauren con una inevitable sensación de pena. Al fin y al cabo, era toda la familia que le quedaba en Londres.

—Entonces, ¿aceptas que me haga cargo de todo?

—Ojalá no tuviera que ser así —agregó—, pero sí. Confío en ti. Sé que te has preocupado mucho por encontrar una solución y que no permitirías que él recibiese un trato denigrante. Es mucho más de lo que puedo pedir.

—Tú puedes pedírmelo todo.

Lauren sonrió con verdadero agradecimiento. Nunca, ni en el más entusiasta de sus sueños, hubiera podido imaginar que el amor de Marcus fuese tan incondicional y generoso. No debía haber cometido demasiados pecados en su vida si Dios había puesto a este hombre en su camino.

—Voy a decirle a Gordon que proceda a llevarlo al puerto y que manden un carruaje a por nosotros —anunció con un beso leve en la punta de su nariz al tiempo que la levantaba de su regazo—. Espera aquí.

Hizo lo acordado y al cabo de diez minutos volvió con una sonrisa lobuna y expresión pensativa.

—Eso nos da una... media hora de intimidad. ¿Se te ocurre como aprovecharla, mi futura dulce esposa?

Capítulo treinta y tres

Había intentado decirse a sí mismo que era demasiado mayor para sentir pudor o bochorno ante su madre, pero tenía que reconocer que había notado una incómoda sensación en la nuez mientras le explicaba a esta todo lo ocurrido en la última semana. Y es que uno de sus grandes problemas era que odiaba hacerla enojar. A lo que había que añadir que su señora madre era una firme defensora del cumplimiento de las normas de comportamiento que ellos tan alegremente se habían saltado.

Todo había ocurrido con sorprendente normalidad hasta el momento: tras ordenar una ronda de té para todos los presentes, consolar a su futura nuera por la experiencia vivida y a la orden de «ya me estáis contando con pelos y señales todo lo que me habéis estado escondiendo», *lady* Honoria Chadwick se cruzó de brazos y fulminó a sus dos hijos con aquellos ojos brillantes casi amarillos que tenía.

Su posición de pie, respecto a la del resto de la comitiva, que estaba sentada, le daba la facilidad de poder mirarlos por encima del hombro con aquella expresión admonitoria que tantas veces había contemplado desde la misma distancia cuando era pequeño. De nada le servía sacarle una cabeza a la buena mujer. Lo había pillado sentado y eso la hacía sentir poderosa... Así que, para no complicar las cosas y porque, a fin de cuentas, ya no tenía mucho sentido intentar ocultarle nada, hizo un breve resumen de los acontecimientos que los habían llevado hasta esa «ajetreada» noche.

Lady Haverston escuchó flemática toda la explicación que Megan — bendita fuera por ayudarlo— y él mismo fueron desgranando, sin interrumpirlos en ningún momento, pero mostrando distintos grados de indignación, compasión o encono según lo que se le contaba.

En realidad, había que reconocer que su hermana había cargado con casi todo el peso de la confesión, no porque él hubiera evadido su

responsabilidad, sino porque cuando a esa pequeña lianta se le soltaba la lengua, no había manera de pararle los pies. Incluso le había arrebatado el gusto de contar a sus padres —porque Lord Haverston también se hallaba presente, en un complacido silencio— que la pequeña Malone había aceptado casarse con él.

A decir verdad, el grupo era digno de ser observado: su padre, con aquella tranquilidad que lo caracterizaba, estaba sentado con su taza de té en una mano y la más grande de todas las pastas que había conseguido cazar del plato; justo a su lado, la otra tragona de la familia, Megan, quien había conseguido equilibrar de forma magistral la ingesta de pastas con las debidas explicaciones; seguido, en el mismo sofá que ella, estaba Gordon, que después de dejar a Holbrook en manos del tal Lowden, estaba de lo más relajado; y en otro pequeño sofá estaban Lauren y él, con los dedos enredados para darle ánimo a la pobre chiquilla, que estaba escuchando aquel tercer grado con bastante entereza, aunque se había sonrosado de un modo encantador cuando se había relatado la parte en la que habían convivido en pecado.

Así que *lady* Haverston ya sabía toda la historia. Desde la noche en que su hija y Lauren habían sido sorprendidas intentando robar unos pagarés —lo de los atracos a carruajes jamás saldría de ellos cuatro. Qué habían robado, sí; el modo utilizado, nunca jamás—, hasta lo que acababa de tener lugar a algunas manzanas de allí, en Holbrook House.

De todas las conclusiones o respuestas que había podido esperar de su madre, ella fue a escoger la que menos podía haber imaginado.

—Mis hijos no tendrán una boda doble como si no tuviéramos posibilidades para casarlos por separado —sentenció.

Megan no había desperdiciado la oportunidad de exponer sus deseos sobre la celebración que ella había soñado, al parecer toda su vida, con tener el día de su boda. Lo había adornado con un sinfín de motivos convenientes y coherentes, pero a su madre, según parecía, le daban igual.

—Madre, creo... —Marcus estaba a punto de decirle que se estaba

centrando en lo menos importante, pero, por lo visto, aquel pequeño arrebato de ostentación solo había sido el prólogo de lo que vino a continuación:

—¿Es que no podéis hacer las cosas como Dios manda? ¿Para qué queréis el dinero y la posición que vuestro padre se ha esforzado en conseguir si luego vais y solucionáis las cosas como dos tarambanas? —Lady Chadwick se giró hacia su marido—. Y tú no sonrías, que sé perfectamente que has formado parte de esta trama, August. A ver si te crees que no me he dado cuenta de que has estado dándome excusas sobre las ausencias de Marcus esta semana. ¿Cómo se te ocurre ponerte a robar? ¡Muchacha insensata! —Eso iba para Megan, que había pasado a ser objeto de la mirada fulminante de la matriarca—. ¿No podías pedirnos el dinero a nosotros? ¿Crees que no hubiéramos ayudado a Lauren, que es parte de esta familia? Y tú. —Era el turno de Marcus, obviamente—. ¿No había otro sitio donde llevar a la pobre Lauren que a ese antro de perdición que tienes por residencia de soltero? —Al menos Lauren se estaba librando de la regañina, pensó distraído mientras soportaba el chaparrón—. No podías traerla a casa, no. Tenías que actuar a tu libre albedrío y tomar la peor de las decisiones. Por el amor de Dios, ¡en esta familia nadie tiene la cabeza sobre los hombros!

Después de la retahíla, su madre quedó con la respiración agitada, los puños apoyados en las caderas y la mirada llena de disgusto hacia todos ellos. Lo normal hubiera sido que la expresión contrita de Lauren fuera compartida por todos los presentes, pero conocían de sobra el temperamento de *lady* Haverston y sabían que aquello era mucho ruido y pocas nueces.

—Yo lo de las joyas no lo sabía —agregó su padre en un tono despreocupado que le valió una mirada fulminante de su esposa.

—Tienes razón, madre —dijo Marcus, para suavizar el ambiente—, en todo. Pero lo hecho, hecho está. Megan no os dijo nada para proteger el secreto de Lauren; ya sabes que es un poco osada y creyó que tenía un buen plan entre manos. Yo llevé a Lauren a mi casa porque... bueno, supongo que porque quería tenerla para mí a solas, y tú no me hubieras dejado acercarme mucho.

—Sinvergüenza. —El insulto, bien merecido, fue pronunciado por *lady* Haverston sin ningún afán.

—No lo niego, madre. Pero creo que debemos centrarnos en solucionar aquellos flecos que todavía no han sido resueltos.

—Ah, pero ¿hay más?

—Pues... sí. Verás... —Marcus no podía perder de vista que había cierta información que había trascendido en las últimas horas y que podía complicarles la vida—. Mi errática decisión de llevarla a mi casa ha traído algunas nefastas consecuencias que aún no te he contado. Uno de mis lacayos ha aireado la estada de Lauren en Charing Cross y además ha añadido su opinión personal de que debe ser mi nueva amante.

Que Honoria Chadwick cerrase los ojos y se llevase la mano a la cabeza con gesto derrotado no era una buena señal. Se giró, buscó el único sillón que quedaba vacío y se fue hacia él. Se sentó y no dijo una palabra durante lo que parecieron siglos. Nadie se atrevió a hablar en aquel *impasse* que su madre necesitó para recuperarse de la noticia, aunque lord Haverston, quien no era amigo de dramatismos, parecía a punto de tomar la palabra en cualquier momento. No lo hizo, por suerte, y Marcus aprovechó el tiempo regalado para pasar el brazo por el hombro de Lauren y reconfortarla un poco.

Cuando su madre levantó de nuevo la mirada hacia él, Marcus se sintió terriblemente culpable por la censura que leyó en ella, e incrementó el apretón alrededor de Lauren por si también se sentía expuesta a aquellos ojos llenos de reproche. No le gustaba darle disgustos a la mujer, siempre lo evitaba, pero esa historia se les había escapado de las manos hacía varios días y no tenía sentido seguir ocultárselo.

—Sois un completo desastre. Los dos. ¡Los cuatro! Y tú, August, no te creas que no sé qué andabas metido en este follón. Tendrías que haber fingido que te sorprendías, al menos. —Cuando por fin se levantó del sillón, parecía una mujer más dueña de sí misma y con un claro propósito en la mirada—. Está bien. Yo arreglaré este entuerto. Megan, ve a llamar a Brissa.

Obediente, su hermana salió del salón en busca de la criada, mientras su

madre le explicaba al resto cual era el plan que había urdido, con que el que Marcus, por cierto, estuvo más que de acuerdo.

—A Londres le encantan los rumores —explicó la condesa de Haverston—, pero no le importan su procedencia o su veracidad. Sé por experiencia que no hay mejor remedio para curarlos que crear otro mayor. Si quieren un cotilleo, les daremos uno digno de ser contado. Tenemos a nuestro favor el hecho de contar con una de las matronas más chismosa del reino. La señora Harrierd ha estado preguntando por Lauren y mañana a primera hora va a conocer de primera mano la fantástica aventura de nuestra futura vizcondesa.

—¿Qué le vas a contar? —inquirió Marcus un tanto fascinado por las dotes maquiavélicas de su querida madre.

—Ahora lo verás.

En ese momento, entró Megan con Brissa. *Lady* Haverston se acercó hasta ellas con una sonrisa complacida y feliz.

—Querida Brissa —la saludó con familiaridad, algo que no era extraño en la dueña de la casa, pues trataba con deferencia al servicio. Aunque eso no evitaba la cautela en la cara de la criada—. Te presento a mi futura nuera, la honorable señorita Lauren Malone.

En ese instante, todos se levantaron, incluida la propia Lauren, hacia quien se dirigió la muchacha con una leve reverencia.

—Ella será muy pronto la esposa de nuestro Marcus —continuó explicando *lady* Haverston—, y en su nuevo hogar necesitará personal de su entera confianza. Tú has mostrado unas aptitudes que considero fundamentales para los criados de mayor rango que deberán servir en casa de lord y *lady* Collington. —Las palabras «mayor rango» cumplieron el objetivo de iluminar la mirada de la muchacha que, si bien era discreta y humilde, siempre había mostrado una gran ambición.

—*Milady* —pronunció la muchacha con otra pequeña reverencia hacia su nueva señora, aunque Lauren no ostentaba aún el tratamiento de *lady*.

—Aún no hemos tenido tiempo de organizar qué personas formarán parte del nuevo servicio y no sé si mi nuera querrá traer a alguien de su actual

hogar. —En ese punto buscó la confirmación en la mirada de Lauren.

—Sí, su señoría, me gustaría que Hannah Lubrele continuase siendo mi doncella personal —confirmó Lauren con un tímido mohín de agradecimiento.

—En ese caso, lo que estamos buscando es más bien un ama de llaves capaz y leal a nuestra familia, con quien mi hijo y su esposa puedan sentirse seguros en su hogar.

Ya veía por dónde iba la cosa. Esa pobre chica iba a ser la mecha del rumor que su madre pretendía empezar a propagar. Solo podía agradecer que hubiese tenido la deferencia de elegir a una chica que, a pesar de su juventud, era conocida por ser muy eficaz y responsable. Claro que con un mayordomo como Truller, no le iba a quedar otro remedio.

—Oh, por supuesto, mi señora —dijo la criada con la ilusión dibujada en rostro—. Puede contar con toda mi lealtad y devoción. Le prometo que no se arrepentirán si toman esa decisión.

—Pero verás, Brissa. Te seré sincera. Necesito pedirte algo poco... ortodoxo.

—Usted dirá, su señoría —convino la muchacha sin mostrar el más mínimo ápice de incertidumbre, lo cual evidenciaba dos cosas: primero, que confiaba en su familia y segundo, que estaba dispuesta a llegar a donde fuera por conseguir ese puesto como ama de llaves.

—Necesitamos que la... extraordinaria historia que nos ha acontecido en los últimos días llegue de forma casual al conocimiento de una gran amiga de la familia. No me andaré con rodeos, si va usted a ser una de las personas más relevantes del servicio de los Collington, debe estar al tanto de que en los últimos días mi querida nuera ha sufrido un verdadero drama.

Semejante afirmación consiguió llamar la atención de la muchacha que, con una mezcla de sorpresa y solidaridad, se quedó con la vista fija en Lauren, quien consiguió disimular con bastante soltura su sorpresa por la parte de verdad que había en esas palabras. Ella no conocía a *lady* Chadwick en la medida que la conocían el resto de los presentes y quizá pensase que

podía llegar a dejarla en una mala posición. Pero Marcus estaba seguro de que el relato de la condesa superaría con creces a la realidad. Aun así, le tomó la mano para tranquilizarla, solo un leve apretón que ella agradeció con una sonrisa.

—El encargo que quiero hacerle es que mañana tenga la amabilidad de dirigirse a casa de mi querida amiga, la señora Harrierd, a entregarle una cesta de frutas que voy a mandar preparar para ella y ya que está allí...

Era evidente que Lauren no se sentía nada cómoda con la narración que su madre empezó a dictarle a la pobre Brissa que, de forma bastante obvia, aprendía cada palabra para después relatarla, como se le había pedido.

En cierto momento, se giró sobre sí misma y caminó hasta la chimenea con aire distraído, levantó su mano y tomó con la punta de los dedos índice y pulgar el péndulo del reloj de sobremesa que reposaba en la cornisa. Extrañado, Marcus se arrimó a Megan, que se había quedado parada junto a la puerta cuando había entrado.

—¿Qué estará haciendo? —susurró a su hermana.

Megan tardó un par de segundos en comprender que no se estaba refiriendo a los tejemanejes de su madre, sino al extraño gesto de Lauren.

—Lo hace a menudo. Creo que la pone nerviosa el tic tac.

Marcus sintió deseos de reír. ¡Y él que había creído que los relojes de su residencia en Charing Cross sufrían una especie de epidemia o de presencias sobrenaturales! No había parado de encontrarlos todos parados en los últimos días...

De repente, dejó de escuchar la voz de su madre —tampoco le importaba cómo la condesa decidiese resolver el conflicto— y se quedó absorto en la belleza de aquel pequeño duende pelirrojo que había puesto su mundo patas arriba. Allí estaba, mucho más serena por el simple hecho de haber conseguido detener un molesto tic tac que debía haberla estado volviendo loca durante la última media hora. Era hermosa, la condenada. ¿Cómo no podía haberlo visto antes? ¿Cómo era que ella no lograba ser consciente de su propia belleza, de cómo lo subyugaba?

Y su corazón. Por Dios que no podía ser más afortunado por haber encontrado una mujer con semejante nobleza y valor. El conocimiento de haber encontrado a la persona perfecta con la que compartir la existencia proporcionaba un gran bienestar, reflexionó. Alguien de quien sentirse orgulloso y prendado para toda la vida, alguien a quien acompañar y amar para siempre.

Capítulo treinta y cuatro

Nadie había querido perderse la salida de los novios de la iglesia; duques, marqueses y condesas se mezclaban con burgueses, comerciantes y viandantes que, de modo un tanto curioso, parecían dar vueltas a la misma manzana sin ningún motivo. A pesar de que a la ceremonia no entraban más que los muy allegados, la calle parecía aquel día un hervidero de gente.

Y era que la boda del poderoso marqués de Riversey había levantado auténtico furor entre la aristocracia londinense. Era uno de los miembros de la alta sociedad más admirados y respetados, y, hasta hacía unos minutos, el más codiciado soltero del reino. De ahí que hubiera más de una señorita enfurruñada entre los curiosos, que no podía evitar secar su lagrimal de vez en cuando como consecuencia de la oportunidad perdida. Era además un lord muy acaudalado, por lo que a nadie sorprendió que la ceremonia fuera un absoluto despliegue de ostentación y buen gusto.

La novia, sin embargo, destilaba sencillez, aunque a la nueva marquesa de Riversey no le hacía falta ninguna parafernalia para lucir como un auténtico astro. Su rostro resplandeciente de felicidad quedaba enmarcado por el cabello castaño con vetas doradas, en el que lucía un intrincado moño bajo que dejaba algunos tirabuzones en la nuca y en las sienes. El vestido, elaborado en batista y linón, de un tono rosa cerezo, era de un corte imperial muy favorecedor, a la par que recatado. La marquesa había elegido un modelo con *cherruses* de encaje en torno al cuello, que le confería un aire distinguido y elegante.

El marqués, por su parte, lucía a un tiempo rudo y apolíneo. Se había dejado crecer el cabello, negro como ala de cuervo, hasta más allá de los hombros, presentando una estampa tan varonil que más de una fémica tenía que combatirla con el abanico. Vestía un chaqué con redingote gris oscuro, combinado con un chaleco burdeos y una camisa con cuello alto y sin

volantes, anudada con un *ascot*.

Eran, sin duda, una estampa digna de ser contemplada y recordada, y así sería por muchos años, pues nadie podría olvidar aquella ceremonia celebrada en St. Patrick's Church, que fue el broche de oro de la temporada en el 1813.

Aunque, para hacer honor a la verdad, había que decir que muchos de los allí presentes habían acudido al evento para saciar su curiosidad y observar la radiante felicidad del otro par de novios, el que había protagonizado la historia más romántica y tierna de todo el continente.

A la pudiente sociedad de Londres le había fascinado el valeroso amor de lord Collington, quién había llegado a secuestrar a su amada para ponerla a salvo de las crueles artimañas de su padre, el cual había desaparecido del reino antes de que las autoridades lo apresasen por fraude y estafa.

Adoraban a la desvalida señorita Malone, quien había tenido que permanecer oculta en virtud de todos los cánones de la decencia, custodiada por casi una guardia real en un paradero desconocido.

Todos conocían la epopeya de cómo el Ángel de Londres había tenido que rescatar a su amada de las manos de los despiadados acosadores que tenían amedrentada a la familia Malone, llegando incluso a enfrentarse a la muerte para eliminar a los desaprensivos que querían vengar en la joven muchacha las baladronadas de su progenitor.

Según las distintas versiones, lord Collington se había batido en duelo de floretes con una banda de al menos cuatro rufianes; o había propinado, junto al marqués de Riversey, una soberana paliza, al más puro estilo «James Figg», a un grupo de al menos doce hombres; aunque también había quien había escuchado que se produjo aquel día, en Holbrook House, un auténtico tiroteo que tuvo a los vecinos con el alma en vilo, versión está muy extendida gracias al inestimable testimonio de una vecina de los Malone, la señora Rose Birmingham.

Respecto al paradero de la joven, también habían circulado varias hipótesis que abarcaban desde residencias de la familia Chadwick en el extranjero hasta la versión más inaudita: que la propia reina Carlota le había

dado cobijo en la corte durante más de una semana.

Era evidente que Lauren Chadwick se veía abrumada por la atención que estaba recibiendo ese día, pero hacía cuanto podía por concentrarse en grabar en su memoria cada insignificante detalle de aquella jornada de ensueño en la que ataba su vida para siempre a la del hombre que había amado desde que tenía memoria.

Marcus, quien en las dos semanas que había durado el compromiso no había dejado de mimarla, le había tomado la mano en el mismo momento en que ella había llegado al altar de St. Patrick, y aún no se la soltaba. Estaban recibiendo las efusivas felicitaciones de gente que se había agolpado a la salida de la iglesia y a la que ni siquiera conocía, pero que se mostraban encantados con su unión. Todos le preguntaban, en mayor o menor medida, por las proezas de su recién estrenado marido y salvador; ella se limitaba a sonreír y recitar una y otra vez lo afortunada que era y lo feliz que se sentía, evitando entrar en detalles para no acabar desmontando ninguno de los bulos que su suegra había echado a rodar durante las semanas anteriores.

Lady Haverston había sido tan audaz en lo que había contado como en lo que había callado, dejando que cada uno, según sus inclinaciones dramáticas, rellenasen los espacios en blanco con aportaciones personales. Los panfletos y periódicos habían publicado varias versiones, con viñetas tan peregrinas como una en la que un ángel bajado del cielo sembraba el caos en Londres disparando flechas a todos los que rodeaban a una damisela en apuros que la representaba a ella.

Al final, la condesa había condescendido a celebrar el enlace de sus dos vástagos el mismo día, pero la consecución del milagro no había sido fácil. El mismo día que una ambiciosa Brissa se dedicaba a ejecutar las distintas líneas de actuación proyectadas por *lady* Haverston, esta había mantenido un encarnizado enfrentamiento con la benjamina de la familia.

«—Me parece una vulgaridad que quieras celebrar una ceremonia múltiple —había dicho la condesa.

—Madre, hasta los reyes han contraído nupcias junto a sus hermanos y hermanas. ¿Puedes enarbolar el linaje de un rey? No. Desde luego que no llegamos a ese estatus. Si los reyes pueden, nosotros podemos —había rebatido Megan.

—No es justo que me prives de uno de los mayores eventos que pueden acontecerle en la vida a una madre —había retrucado Honoria.

—¿Pero acaso has pensado en que pocas madres pueden experimentar la doble felicidad de ver casados a sus hijos con las personas que aman en un mismo día festivo? Perderás una boda de dos, pero será una emoción incomparable a la que puedan experimentar otras matronas de la sociedad. No creo que nadie hable de otra cosa en lo que queda de temporada —había sentenciado la hija».

La repercusión que podría llegar a alcanzar el enlace de los dos solteros más codiciados de Londres, el éxito que la condesa ya auguraba a su plan «corre, ve y dile», y (¿para qué negarlo?) el deseo de hacer felices a sus hijos, unido a la sospecha de que alguna de las chicas había probado las mieles del matrimonio antes de tiempo, fueron los motivos que habían permitido que la esa jornada estuviera teniendo lugar.

Fue un jueves, 24 de junio; un día que cumplió con lo que se esperaba de un inicio de verano; el sol acompañó a los contrayentes durante el corto camino que recorrieron desde sus casas hasta St. Patrick. Los dos flamantes novios, amigos desde la infancia, esperaron juntos en el altar, bromearon acerca de lo ideal que eran las cristalerías selladas de la iglesia para evitar que las novias escapasen por las ventanas, tragaron los nudos de nerviosismo que de vez en cuando se formaban en sus gargantas y se dieron palmaditas en la espalda para celebrar que habían conseguido comprar fincas bastante lejanas, contra el deseo ferviente de Megan de que estuviesen adosadas.

Ambos observaron en absoluto silencio cuando al fondo del pasillo apareció lord Haverston con dos preciosas novias colgadas de sus brazos.

Marcus sintió una cálida emoción en el pecho ante la dicha de contemplar

no solo a su futura esposa avanzar hacia él, sino también el orgullo de observar el mismo destino para su hermana. Tuvo que reconocer que Megan había acertado con su empeño de una boda doble, pues aquel momento, cuando las dos mujeres a las que más quería avanzaban con los ojos vidriosos hacia el altar, sería uno que lo acompañaría para el resto de su vida, formando uno de sus más hermosos recuerdos.

La ceremonia se llevó a cabo con todo el rigor y la pompa de aquellos grandes sacramentos. Después, solo la familia y amigos más cercanos a los novios acudieron a un rico desayuno que se sirvió en Haverston Manor.

En el comedor de la casa, que había sido desmontado para la ocasión, se instaló una mesa de gran tamaño adornada de guirnaldas de azahar prendidas al mantel. No faltó lo mejor del ajuar de la familia Chadwick y, por supuesto, la mejor vajilla y cristalería. El buffet había sido elaborado minuciosamente por las dos novias; contenía tostadas de pan de centeno, mantequilla, mermelada de tomate y de albaricoque, huevos revueltos y escalfados, *bacon* frito, salchichas hervidas, champiñones y tomates a la plancha, y la especialidad de la cocinera: alubias blancas; todo ello regado con jugo de naranja y té.

Los vinos, el champagne y el jerez fueron el colofón de la velada matutina, donde no faltaron los valeses y rigodones. Como en aquella ocasión el padrino no podía bailar con las dos novias, fueron lord Riversey y lord Collington los encargados de abrir el baile con sus respectivas y flamantes nuevas esposas.

Cuando los cuatro anunciaron su intención de partir hacia las fincas donde pasarían la luna de miel, hubo más que un par de bromas sobre el hecho de que se iban porque habían arrasado con el desayuno y no habían dejado nada para los invitados. Y era que el apetito de aquellos cuatro se desataba en los momentos de alegría.

El momento de la despedida fue agridulce, sin embargo. Lauren no pudo contener las lágrimas cuando Megan la abrazó.

—Te voy a echar mucho de menos.

—Ay, cielo. Y yo también a ti. Pero te prometo que en dos o tres días

habré convencido a Lucas para que me lleve a verte a tu nuevo hogar.

—¿Dos o tres días? —preguntó Lauren sorbiendo con delicadeza por la nariz—. No creo que tu esposo esté muy dispuesto.

—Conozco modos de convencerlo o de amenazarlo. Ya veré cómo me apaño.

Después de dos semanas ocupadas con los preparativos de la boda, la compra del ajuar y los eventos sociales que habían compartido, se sentían casi como si estuvieran cortándoles de nuevo el cordón umbilical, pero a un mismo tiempo, estaban deseando comenzar una nueva vida, conocer sus nuevos hogares y disfrutar de un tiempo a solas con sus esposos, a quienes apenas habían tenido oportunidad de ver en los días pasados.

—Puede que Marcus no te abra la puerta. Dice que no quiere ver a nadie conocido al menos en el plazo de un mes.

—También sé cómo sortear las órdenes de mi hermano.

Ambas rieron ante la seguridad con que Megan creía que podría conseguir su propósito.

—Tal vez podríamos convencerlos para organizar una pequeña fiesta campestre para los cuatro una vez que nos hayamos establecido. ¿No te da un poco de vértigo empezar una nueva vida como marquesa? —pregunto Lauren, quien se sentía un tanto desbordada por todas las emociones vividas ese día.

—Al contrario. No veo el momento de empezar.

Al mediodía, lord y *lady* Riversey subieron a un lujoso *landau* en tonos ocres y beiges con abundantes florituras, tirado por dos potros bayos que había sido un regalo de bodas del marqués a la marquesa —con el que ella se había mondado de la risa—, y que emulaba a aquel otro carruaje donde ella lo había atracado a él una vez.

Lord y *lady* Collington subieron al mismo tiempo a una lujosa berlina de color ébano, tirada por cuatro corceles blancos. Se acurrucaron en uno de los

asientos y se dirigieron a su nuevo hogar, una preciosa finca en el límite del condado de Rochester, a pocas millas de la costa.

Londres los vio partir, sumida en su ajetreo diario. La ciudad donde se habían forjado dos historias sencillas pero milagrosas a un tiempo, permaneció inalterable a su partida, con su devenir incesante donde reinaban cuatro seres poderosos y sobrevivían miles de almas anónimas.

Capítulo treinta y cinco

Anocheceía cuando Lauren se vio sacudida del asiento donde viajaba y en el que se había quedado dormida. Los fuertes brazos de su esposo la retuvieron al cálido abrigo de su cuerpo sin permitir que saliese disparada al suelo a consecuencia del bache que acababan de coger.

Aunque no podía haber un lugar más confortable en el mundo, se obligó a salir del arrullo de sus brazos. Quería ver si estaba dormido también. Se incorporó y se giró hacia él. No lo estaba.

—Gracias.

El pecho se le encogió, como le ocurría siempre, al contemplar el rostro de su bien amado. Apenas lograba creer que se había casado con ese hombre tan fascinante y bello. Su cara lucía un aire somnoliento muy sensual, sus ojos la miraban con una sonrisa bailando en ellos, sus labios parecían a punto de pronunciar una palabra, pero la intensidad de la mirada compartida fue creciendo dentro de ellos y a su boca no llegaron ni la sonrisa ni las palabras.

Lo que hizo fue elevar una mano hasta su cara y rozar con la yema del pulgar la línea de su mandíbula. El toque fue leve, suave, casi imperceptible, y, sin embargo, su cuerpo lo celebró con algarabía.

—¿De verdad estás aquí? —No pudo evitar preguntarlo. Le parecía estar soñando. Por algún motivo, la mente parecía inducir al miedo cuando una persona tenía la ocasión de tocar la felicidad con los dedos, y se hacía consciente de lo que supondría perderla. Lauren tenía miedo, uno que probablemente la acompañaría siempre.

Sin variar su expresión, Marcus solo asintió ante su pregunta y continuó acariciando cada perfil de su rostro: la mejilla, el arco pronunciado de las cejas, las sienes... Miles de estremecimientos pasaron por cada pulgada de piel conforme iba siendo acariciada; la ternura se arraigó en el corazón y despertó otras emociones más profundas, más carnales también.

El corazón le latió con fuerza cuando vio que él se inclinaba y recorría con los labios las zonas marcadas por sus dedos. Las sensaciones se multiplicaron y encendieron un calor en su pecho que era a la vez dulce y hambriento.

—A mí también me cuesta creer que eres real —murmuró al tiempo que dejaba caer un beso tras su oreja. Lauren comenzaba a sentirse sofocada, inquieta, ansiosa—. Me asusta pensar que en cualquier momento algo pueda alejarte de mí.

—Eso no va a pasar —susurró Lauren con la poca lucidez de que era capaz en aquel momento y a pesar de que era ese el mismo temor que la carcomía a ella—. Volvería. Siempre volvería.

Cuando por fin recibió el ansiado beso que Marcus le había estado tacañeando, Lauren no se conformó con dejar que la boca masculina decidiese el ritmo o la intensidad. Alzó las manos hasta sostener la cabeza de él entre ellas y se deleitó cuanto quiso en su sabor. Acarició con la lengua la textura suave de los labios y mordisqueó cada porción de ellos. Se zambulló sin medida en la humedad de aquella unión tan elemental e intentó capturar cada segundo de placer, cada escalofrío de pura felicidad que recorría su cuerpo.

Él se dejó hacer durante algunos minutos, pero llegados al punto en que Lauren empezó a tironearle del pelo como consecuencia de la creciente necesidad, Marcus echó las manos a su cintura y la colocó sobre su regazo.

—Me vuelves loco —gimió contra su boca—. Te deseo a cada momento.

Cualquier control que Lauren hubiera tenido sobre aquel duelo de bocas fue cosa del pasado en cuanto Marcus tomó sus manos y se las llevó a la espalda. La empujó contra su pecho, se hizo dueño del beso y saqueó todas sus reservas de pasión, hasta el punto en que le faltó el aire y casi estuvo a punto de suplicarle para que la desnudase allí mismo y saciase el hambre que había despertado en su interior.

Algo ocurrió con la trayectoria o el ritmo del carruaje, algo que para ella fue imperceptible pero que a Marcus le avisó de que estaban llegando a su destino.

—En un minuto estaremos en casa —farfulló con fastidio y resignación—. Te vas a librar por los pelos.

Eso sería reconfortante si ella quisiera librarse, que no era el caso. Aunque bien pensado, contar con la comodidad de una cama en su noche de bodas era un lujo para nada desdeñable.

Lauren se sentía invadida de tal jovialidad y optimismo que ni siquiera se alteró o se puso nerviosa cuando el vehículo por fin se detuvo y Marcus la ayudó a bajar del carruaje. Había una ristra asombrosa de sirvientes esperándolos en la puerta de la que le pareció la mansión solariega estilo Tudor más hermosa que hubiera visto en su vida.

El olor a mar impregnó sus fosas nasales y la meció en una sensación aún más reconfortante y placentera. Ser recibida por los sirvientes como nueva señora de la casa era un ritual que la emocionaba. Truller y su nueva ama de llaves, Brissa —que ahora era la señora McPeere: un puesto de aquella categoría precisaba de un nombre a la altura— se habían adelantado para organizar a todos los empleados y que se estableciese aquel comité de bienvenida, que ellos dos presidían.

Fue saludando con afabilidad a cada uno de ellos y se alegró al comprobar que todos los que habían servido en el apartamento de Charing Cross, que Marcus había vendido días atrás, estaban allí; todos excepto el conflictivo lacayo que había aireado su vida íntima.

Aquel iba a ser su hogar. Y aquella la gente con la que compartiría su techo. Se giró en derredor y contempló la basta propiedad que Marcus había adquirido durante las semanas anteriores bajo el máximo secreto. Lord Riversey y él se habían dedicado a la gestión inmobiliaria, mientras Megan y ella organizaban la boda y compraban el ajuar. El lugar tenía un encanto muy elegante: estaba rodeado de jardines, según lo poco que se podía ver con la escasa luz que le quedaba a aquel día, y la casa se veía profusamente iluminada en la planta baja.

—Milord, ¿les gustaría que sirviéramos la cena en el salón? —preguntó Truller, con una reverencia.

Marcus se inclinó un poco para preguntarle:

—¿Tienes mucha hambre, querida?

—No, milord. —A decir verdad, Lauren sí estaba un poco nerviosa. Lo suficiente para usar las fórmulas de cortesía con su esposo ante el servicio. Había estudiado etiqueta, sabía cómo debía tratar al cabeza de familia, pero desconocía cuales eran las formas en un matrimonio por amor, pues era una posibilidad que no se planteaba en los manuales.

—Súbanos la cena a la habitación, Truller —concluyó Marcus al tiempo que la empujaba con una mano sobre su cintura para que subiera los escalones de entrada a la casa—. La señora está muy cansada. También dejaremos para mañana la visita a todas las instalaciones. Yo mismo le mostraré a *lady* Collington su nuevo hogar, pero ahora nuestro mayor deseo es retirarnos a descansar.

Dicho esto, y justo cuando subieron el último escalón y pisaron el rellano, su esposo se agachó para coger impulso, pasó un brazo por debajo de sus rodillas, el otro por detrás de su espalda y la cargó en vilo.

Lauren dejó escapar un gritito de sorpresa, a pesar de que esperaba con fervor que Marcus tuviese en mente respetar esa tradición. Los hombres tenían el deber de proteger a sus esposas para el resto de sus vidas, y la misión comenzaba el mismo día de la boda, cuando debían cargarlas para franquear la puerta de su nuevo hogar, donde los malos espíritus podrían estar esperando en el umbral para chafarles su felicidad.

Ella no creía a pies juntillas en la veracidad de esas tradiciones relacionadas con las bodas, pero, por si acaso, las había respetado todas: un terrón de azúcar en el guante para conseguir una dulce unión, una pequeña herradura cosida al bajo de su vestido para atraer la buena suerte al matrimonio; había comido por la mañana cinco almendras y se había pasado toda la ceremonia deseando que una araña se le subiera a la falda. No iba a escatimar esfuerzos para que su enlace con Marcus fuera un absoluto éxito que durase toda la vida. De modo que alzó sus brazos hasta el cuello de su amado y se acurrucó contra él con una sonrisa tan completa que hasta le

tiraban los músculos de las mejillas.

Cuando entraron al recibidor Lauren se sintió maravillada por el ambiente hogareño que se respiraba. La estancia estaba decorada en tonos dorados y naranjas. Las paredes frisadas hasta media altura continuaban hasta el techo con textiles de damasco y grandes apliques diseminados por todo el perímetro, donde no faltaba ni una sola vela. El mobiliario era ligero y refinado, en caoba y nogal oscuro.

—Es hermosa —susurró a su esposo, quien procedió a dejarla en el suelo.

—Pensé que te gustaría. No obstante, puedes hacer los cambios que quieras —dijo Marcus al tiempo que la ayudaba a quitarse el fino abrigo de verano, el cual le tendió al mayordomo. La mirada masculina recayó de inmediato sobre el prominente escote de su vestido de novia verde lima. Había intentado que fuera lo más recatado posible, pero las jóvenes de pecho generoso como ella no podían hacer gran cosa con los excesos del estilo imperial que imperaba en Londres—. Que sea una cena fría, Truller.

—Hubiera gustado mucho de un caldo calentito para cenar —se lamentó Lauren mientras subía las escaleras a la planta superior del brazo de su esposo.

—Se te habría enfriado, preciosa —retrucó Marcus con una sonrisa maliciosa.

Lauren tragó en seco y se abanicó con la mano al notar cómo sus mejillas ardían. La obvia alusión a su noche de bodas ocasionó que un escalofrío de anticipación le recorriera la columna. Estaba cansada, extenuada más bien, no solo por el ajetreado día que había supuesto aquella boda doble que quedaría para los anales de la historia, sino porque su cuerpo había experimentado tantas emociones y tan intensas que realmente le habían restado mucha energía. Aun así, no podía tener más ganas de lo que sabía que le aguardaba tras la puerta de su nuevo dormitorio.

El hogar estaba encendido, tal y como había ordenado. El fuego y un quinqué sobre la mesita de noche de palisandro eran toda la iluminación del dormitorio, toda la que precisaba.

—Vaya... —murmuró Lauren con asombro—. Es una habitación enorme.

Marcus cerró la puerta y se acercó a ella por la espalda. Pasó las manos alrededor de su cintura y las posó sobre su vientre. No por primera vez, cerró los ojos y visualizó en su mente la figura de su esposa felizmente abultada en ese punto, pletórico de la vida de sus hijos.

—Es nuestro dormitorio —explicó.

Olía tan bien... Había pasado casi todo el tiempo que había transcurrido en el viaje disfrutando de aquel aroma a rosas que ella siempre desprendía, mientras la acurrucaba contra él, ansiando el momento en que se despertase y pudiera probar su sabor también. Pero ella había dormido hasta casi la puerta de su nueva casa, y Marcus sentía que pronto enloquecería si no lograba probarla y seducirla como deseaba. Habían sido dos semanas infernales, en las que había añorado la intimidad recién descubierta en su cuerpo. *Lady Haverston* había vigilado como un águila sus encuentros, y apenas había sido capaz de obtener un par de besos subidos de tono en el tiempo que había durado esa tortura que llamaban compromiso.

Había tenido sueños muy tórridos en esas dos semanas, que no dejaban de desfilar ahora por su mente y que pensaba poner en práctica de inmediato. Por eso había pedido una cena fría: *lady Collington* iba a tardar unas horas en salir de la cama.

—¿Nuestro? —preguntó ella con un hilillo de voz—. ¿Compartiremos dormitorio?

—¿Lo dudabas? —Lo habitual en las clases altas era que una pareja durmiera en habitaciones contiguas pero individuales. Claro que también era habitual que se tratase de auténticos desconocidos que preferían no tener que verse las caras—. Tú siempre dormirás a mi vera, incluso cuando te enfades conmigo —bromeó—. En esos casos te obligaré.

Lauren respondió a eso con una carcajada baja y gutural que tuvo un

reflejo inmediato en su entrepierna. Desde su altura, tenía una visión privilegiada del movimiento que aquella risa provocaba en los generosos senos de su esposa, que el pronunciado escote de su vestido de novia se encargaba de mostrar en todo su esplendor. Adoraba esos pechos del mismo modo que un niño adora el dulce, los había añorado, mucho. Dejó que sus manos siguieran el camino ascendente por su vientre hasta colmarse de ellos.

—Marcus... —suspiró ella.

Los apretó con deleite, diciéndose a sí mismo que debía contener sus ganas de pasar directo a la cama. Era su noche de bodas, deseaba que fuera algo que su esposa nunca pudiese olvidar; gentil, delicado y atento. Se tomó su tiempo para excitar a Lauren, primero acariciando las suaves colinas por encima de la tela, después rozando con las yemas de los dedos los pezones, que se habían contraído como dos piedrecitas, y, por último, tirando hacia abajo de la tela del vestido y repitiendo el mismo ritual sobre la piel aterciopelada.

Los gemidos de placer de Lauren eran música para sus oídos; el contoneo de su trasero contra la entrepierna, una deliciosa tortura que no quería detener. Dejó que una de sus manos siguiera vagando por aquellos esplendorosos pechos mientras la otra le bajaba el vestido diligentemente hasta dejarla en ropa interior. La camisola tampoco tardó mucho más en caer al suelo, y entonces pudo continuar el paseo de sus manos por todo el resto de aquel cuerpo sensual y lujurioso que poblaba sus sueños.

La piel era firme, cálida y suave allá por donde la recorría. Ella era deliciosa, ardiente, se dejaba hacer con absoluto abandono y entrega; se moría por poseerla, pero se decía a sí mismo que esta exploración de su cuerpo le producía casi el mismo placer.

—Yo también quiero... verte... tocarte —suplicó.

Marcus puso las manos sobre sus caderas y la ayudó a girarse. Se miraron por unos infinitos segundos, en los que le pareció que se decían en silencio todas las palabras de amor que no les cogían en el pecho.

Lauren le tomó la cara entre las manos y tiró de él hacia abajo; se puso de

puntillas y le dio un beso que era tan dulce como posesivo. Ella tenía el control, lo lamía y mordisqueaba mientras Marcus se esforzaba por dejarla disfrutar. Le tomó las nalgas desnudas en las manos y la acercó hasta que no hubo aire entre sus cuerpos, pero por lo demás no hizo ningún amago por dominar la situación.

Con la respiración cada vez más agitada, ella fue desanudando su corbata, desabrochando su chaleco y después su camisa, sin dejar de robarle besos que le costaba mucho consumir debido a que era muy bajita.

Se compadeció y la tomó en los brazos para llevarla a la cama. La depositó de rodillas sobre el mullido edredón y volvió a su papel sumiso en aquel baile de seducción cuyo ritmo le pertenecía a ella esa noche.

Cuando Lauren al fin tuvo acceso a su piel, Marcus estuvo a punto de claudicar. Las sensaciones que despertaba con sus delicadas manos en su vientre eran demoledoras. Su boca caliente y traviesa empezó a marcar un camino de fuego desde el cuello, donde jamás hubiera imaginado poder sentir tal placer, hasta su pecho, donde ella se tomó su tiempo.

Las caricias combinadas de sus manos, que se esforzaban en desabrocharle los pantalones, y aquella lengua desvergonzada cuando lamió uno de sus pezones estuvieron a punto de provocar que la empujara contra el colchón y se lanzase encima de ella, pero se conformó con meter los dedos entre las suaves guedejas de su cabello y sujetarla contra su pecho. Aquella pequeña dosis de dominación lo alivió, pero se le antojó insuficiente. No estaba acostumbrado a dejar que lo sedujesen, que lo torturasen de esa manera. Quería que ella disfrutase, pero no sabía cuánto más podría soportar.

Desde luego, no esperaba ser capaz de condescender con el hecho de que su esposa dejase vagar las manos más allá de su cintura y se atreviese a tomar su miembro en ellas. Se puso tenso como una vara y gimió.

—Joder —maldijo, incapaz de creer que ella fuera tan audaz, pero ansioso por disfrutar de aquellas nuevas caricias.

—¿Te hago daño? —preguntó, poco convencida.

—No. Sigue —suplicó con la voz ronca y grave—. Por favor, sigue.

Las manos femeninas se las apañaron para bajar un poco el pantalón y continuar su exploración. Sentía que se quemaba con cada caricia, que le faltaba el aire cada vez que ella frotaba allí donde su misma alma parecía estar ardiendo. La sujetó con una de las suyas y le indicó cómo debía hacerlo para proporcionarle más placer.

—Así —le susurró al oído con la voz rota por la lujuria— Dios, cariño. Así.

Era un éxtasis increíble. Su toque era inseguro e inexperto, pero lo compensaba con curiosidad y un deseo desnudo que se reflejaba en su mirada. Marcus le tomó la cara entre las manos y le abrió la boca para la invasión de su lengua. La saboreó a conciencia y la provocó sin piedad; pero aquello solo consiguió que las caricias cobraron más vigor.

Se dijo que tenía que detenerla o no sería capaz de controlarse. Le tomó las manos con delicadeza y se las llevó a la espalda; fue besando sus mejillas con dulzura y después su cuello, esforzándose por aplacar los instintos que bullían a flor de piel. Quería ser delicado y tierno con ella. Era su noche de bodas, era un momento trascendental; tenía que ofrecerle algo más que la lujuria que lo estaba incendiando por dentro.

Hincó una rodilla en el colchón y fue empujándola con su cuerpo hasta tumbarla.

—¿No lo hacía bien? —preguntó ella con un tono apesadumbrado.

Marcus tuvo que contener una carcajada por la inocencia y el fastidio con que lo dijo. Si ella supiera lo bien que lo estaba haciendo... lo cerca que había estado de perder el control...

—Lo hacías demasiado bien, pequeña bruja —le respondió con aire socarrón y un beso tierno en la punta de su nariz, al tiempo que acababa de desprenderse de su pantalones.

Cuando ambos estuvieron tumbados, Marcus se sostuvo con los codos apoyados a ambos lados de sus hombros y se maravilló de lo sensuales que se veían sus labios hinchados por los besos, de lo verde que eran sus ojos cuando estaba excitada, lo hermosa que era cuando estaba inmersa en el

placer.

—Eres preciosa. Yo... —Señor, esta mujer lo hacía sentir tan humilde, tan poca cosa, tan afortunado—. No sabía que se pudiera amar así.

Lauren parpadeó y enfurruñó la nariz en un intento de contener sus emociones. Ella siempre enfurruñaba su naricilla cuando quería evitar las lágrimas.

—Yo siempre te he amado así —murmuró muy bajito.

Como recompensa por esa confesión, Marcus comenzó a prodigar un sendero de besos por su cuello y su clavícula.

—¿Desde cuándo? ¿Cuántos años tenías?

Sus labios llegaron hasta la pendiente que marcaban sus pechos, donde decenas de irresistibles pecas tentaron su razón.

—Tenía... doce, creo —respondió con la respiración otra vez más agitada—. Estaba en tu casa y... —Contuvo todo el aire en el pecho cuando abandonó la zona de pecas y continuó bajando—. Había una prima vuestra, lejana, que no paraba de manosearte.

Marcus recordó a Catrina, la hija de un primo lejano de su madre. Ciertamente, era muy efusiva.

—Me sentí... celosa, supongo. Y supe que el cariño hacia ti era... más.

—Debiste decírmelo entonces —murmuró justo antes de llegar al deseado trofeo; las jugosas cimas de sus pechos.

La respuesta de Lauren se trocó en un gemido que era mitad éxtasis, mitad agonía. Marcus los atendió a ambos por igual y decidió que ya no podía esperar más para estar dentro de ella. Con un movimiento de caderas se colocó entre sus piernas y se impulsó contra el calor de su centro. Se irguió sobre los codos y observó cómo el placer y la necesidad transformaban la expresión de su esposa.

—Marcus... —Era una súplica, y Marcus estaba más que dispuesto a concederla.

Con una mano se guio hasta el portal húmedo de su cuerpo y sintió el calor

envolviendo el extremo de su miembro. Lauren arqueó la espalda y deslizó las piernas hasta rodear por completo sus caderas, ayudándolo a internarse un poco más adentro. Era delicioso, la sensación de adentrarse en su cuerpo tan despacio, el regalo de tenerla entre sus brazos. Le robó de nuevo el aliento de los labios y empezó a mecerse contra ella, primero con movimientos lentos y medidos, incrementando el tempo y la profundidad a medida que la necesidad por alcanzar el clímax iba minando su control.

—Dios, qué bien se siente, Lauren.

Ambos gemían y jadeaban, inmersos en el creciente éxtasis, acariciándose cada vez con menos dulzura, besándose para mitigar la locura que se apoderaba de ellos; hasta que Lauren gritó dentro del beso y le clavó las uñas en los costados mientras se estremecía por el orgasmo. Marcus se quedó todo lo quieto que pudo dentro de ella, quería sentir las contracciones, notar cómo el centro de su placer lo abrazaba, apenas dándole un pequeño vaivén para prolongarle el éxtasis. No necesitó ningún otro estímulo para alcanzar su propio clímax que aquellos rítmicos espasmos dentro de ella. Cerró los ojos con fuerza y se dejó ir, envuelto en el calor de su cuerpo, fascinado por la intensidad con que el placer lo golpeó y sabiendo que nunca tendría suficiente.

Minutos más tarde reflexionaba sobre la verdadera importancia de las cosas. Siempre había sabido que era afortunado por contar con una familia que lo quería, un hogar donde no había conocido las vicisitudes, donde no había padecido el sufrimiento del hambre, la violencia o la enfermedad; pero no había imaginado que la dicha más completa pudiera hallarse en el hecho más sencillo y natural que pueden compartir dos seres humanos. La felicidad consistía en pasar las noches haciendo al amor a la persona que amaba y después poder dormir con ella entre sus brazos. Y él iba a hacerlo todas las noches, durante el resto de su vida. En fin, no todas, al fin y al cabo, había días en que una mujer no podía...

—Cariño, ¿cuándo fue la última vez que estuviste indispuesta?

Lauren se despegó, se elevó sobre un codo y lo miró primero con confusión y después con una vergüenza adorable.

—¡Marcus! ¡Esa pregunta es del todo inadecuada! —farfulló con el rostro sonrojado para acto seguido enterrarlo entre los almohadones.

—Mi amor, entre nosotros no lo es —dijo, tomándola por la barbilla para ver su cara—. Aunque te prometo que seré delicado con estos temas. Por favor, compláceme. ¿Cuándo fue?

Ella hizo un mohín con la nariz como si no estuviera muy convencida de perdonarle el atrevimiento, pero de inmediato se puso a meditar.

—En estas dos semanas me he encontrado bien —dijo pensativa—. Y en tu apartamento no...

De forma gradual, Lauren se fue quedando blanca como la pared y contuvo el aire. Marcus también sintió que el corazón se le paraba cuando ella se llevó las manos a la boca como quien acaba de decir algo que no debía.

—Lauren, por Dios. ¿Qué ocurre?

—Seis semanas... —murmuró con la voz rasposa y la mirada perdida en algún punto de las sábanas. Estaba conmocionada—. No me había dado cuenta...

Casi no se atrevía a ponerlo en palabras, pero no había otra posibilidad. Lauren había estado tan distraída con los preparativos de la boda que no había echado en falta su menstruación, pero la conmoción que mostraba en ese momento su rostro no dejaba lugar a dudas: embarazada.

—Vamos a ser padres. —Fue Marcus quien lo dijo, notando cómo una marea de regocijo nacía en su estómago y se disparaba rápidamente a su boca en forma de sonrisa.

—Madre mía —gimió Lauren, quien ya empezaba a asumir la noticia, pero que todavía estaba en shock.

Un hijo, iban a tener un hijo. Lauren no podía estar más alucinada. Lo miraba como si no fuera capaz de creerlo, como si no hubiese hecho nada

para concebirlo y aquello la hubiera cogido por sorpresa. Se veía encantadora. Marcus estalló en una carcajada y volvió a tomarla entre sus brazos para abrazarla y besarla desde la frente hasta el mismo lugar donde anidaba el fruto de su amor. Cuando elevó la vista hasta su cara, su corazón se llenó de una ternura distinta, un sentimiento desconocido que se despertaba al contemplar el rostro de su amada, pero que era el reflejo de un nuevo amor, una pasión nueva e infinita por su hijo no nato.

—Un hijo, Lauren. Un pequeño tuyo y mío. Con tu naricilla respingona y tus preciosos ojos verdes. Dios mío, cariño, cuánto te amo. Me acabas de hacer el hombre más feliz del mundo.

A Lauren aquella descarnada declaración por fin la hizo salir de estupor. Lo miró con los ojos cuajados de lágrimas y una sonrisa incipiente.

—Yo t-también s-s-soy muy fe-liz —dijo entre pequeños hipidos.

—No llores, tontita. Ven, abrázame fuerte.

Así pasaron el resto de la noche, abrazados, entusiasmados por la nueva vida que habían creado juntos. La cena se quedó olvidada en el pasillo, no necesitaron más alimento que su amor y los largos besos que compartieron. Acariciaron el vientre de Lauren, para hacerle saber a su hijo que lo esperaban con ferviente ilusión. Y se prometieron que nunca olvidarían este momento en que tocaron con los dedos la absoluta felicidad.

Epílogo

Marcus y Lucas observaban a través del gran ventanal de Riverplace que daba al jardín cómo Eric corría de un lado para otro con más atrevimiento que pericia. Se tambaleaba y parecía a punto de caerse a cada segundo, pero conseguía mantener la posición erguida de forma admirable para la velocidad que llegaba a alcanzar. Judith, la niñera, corría detrás de él con la ropa del infante en la mano y, a pesar de tener las piernas más largas, no conseguía alcanzarlo, porque el niño hacía unos requiebros imposibles de asumir para una persona adulta.

Iba casi desnudo, no sabían si porque había huido de la habitación antes de que Judith consiguiera vestirlo o porque se había ido quitando la ropa y desparramándola por ahí. No le gustaba estar vestido, eso era un hecho. Del mismo modo que no le gustaba estar encerrado en una habitación; no aguantaba más de una hora en un mismo sitio y no soportaba que le cerrasen las puertas. Con su lengua de medio trapo, Eric ya sabía hacer entender a sus mayores qué era aquello que lo fastidiaba y qué era lo que lo deleitaba. Y la ropa, sin duda, era uno de sus enemigos mortales, excepto si lo vestía su madre, en cuyo caso el niño no ponía ningún reparo; estaba totalmente encandilado con ella.

Marcus lo comprendía. A pesar de su corta edad —faltaban tres meses para su segundo cumpleaños—, Eric Chadwick ya había comprendido que la luz de aquel hogar era su madre. Ella era la que endulzaba los momentos amargos con una sonrisa y mucha ternura; ella, la que siempre los animaba a hacer cosas juntos, ella la que sabía cada uno de sus deseos y los hacía realidad.

Lauren se había convertido en el centro de su vida de una manera tan devastadora que hasta había abandonado su representación en la cámara de los Lores. Había dejado que fueran otros los que pelearan por los derechos de

los débiles, y, aunque de vez en cuando acudía a alguna que otra sesión para poner su reputación al servicio de las causas que consideraba justas, sabía que su vida estaba en Nymphouse.

Y era que las cuestiones que Marcus antes creía importantes y fundamentales, habían pasado a un segundo plano. Ahora comprendía que la felicidad se componía de tardes paseando por la playa con su esposa, noches leyendo cuentos infantiles frente a la chimenea y mañanas desayunando en la cama y retozando con ella. Su esposa y su hijo habían creado un mundo a su alrededor del que nunca querría salir.

—Ha salido a su tía —escuchó decir a Lucas.

Marcus se esforzó por volver de sus pensamientos y centrarse en lo que su vista le mostraba. Eric no solo le rehuía a su niñera, sino que gorjeaba de risa a su costa. Se lo estaba pasando mejor que bien, y no era la primera vez que esta escena se producía, aunque había esperado que, al estar de visita en casa de sus tíos, Eric fuera un poco más compasivo con la muchacha. No pudo evitar que su sonrisa se ensanchase y su pecho se llenase con orgullo.

—Es tan intrépido como su madre —argumentó convencido.

—Me temo que ha sacado lo peor de las dos —concluyó su cuñado.

—No cambiaría ni uno solo de sus cabellos.

No. No cambiaría nada. Ni uno solo de los días que habían pasado desde que una pequeña hada pelirroja cayó sobre él desde lo alto de una escalera, con una estrella de terciopelo blanco en las manos y el corazón repleto de amor y dulzura.

Lucas Gordon no solo no cambiaría ni uno solo de los cabellos de su sobrino, sino que estaba muy tentado de secuestrarlo y criarlo como suyo.

Al fin y al cabo, bien podría ser hijo de Megan: tenía sus mismos ojos, marrones con todo el arco de colores entre el dorado y el ocre rayando el iris; el pelo era más dorado que castaño y tenía el arco de cupido del labio superior idéntico al de ella. Al de su padre también, pero eso no era relevante

para Lucas.

Adoraba al pequeño diablillo. Además de ser un verdadero querubín, tenía esa audacia y frescura que tanto le gustaba de su esposa. Era inteligente y risueño como ella. Y para colmo, tenía verdadera fijación con él. Siempre que lo veía se lanzaba a sus brazos con entusiasmo: «Tito, tito, tito». Y Lucas lo cogía en volandas y lo lanzaba al aire hasta que su madre empezaba a suplicarle que lo devolviera al suelo.

Dios, lo que daría por un pequeño cachorro como aquel que pudiera llamar suyo.

Llegará, se dijo. Algún día Megan y él conocerían la dicha que ahora solo podían imaginar, pero que ya experimentaban de alguna manera a través de Eric.

No era imperativo. Ni era irrenunciable. Era algo que deseaban con fervor, pero a lo que no estaban dispuestos a supeditar su felicidad. Su padre había estado a punto de echar a perder su matrimonio por el ansia de engendrar un heredero, llegando incluso a forzar a su madre en una noche fatídica que a punto estuvo de arruinar sus vidas para siempre. El día que su madre le confesó el pasado oscuro de su padre, se prometió que la necesidad de un heredero nunca lo cegaría hasta el punto de amargar su vida y la de Megan.

Llevaban más de dos años intentándolo, muy a menudo, pero no acababa de ocurrir y, aunque no podía negar su deseo de concebir un pequeño tan adorable como Eric, lo cierto era que su vida era muy completa tal y como estaba. Solo necesitaba a Megan. Con ella tenía más de lo que cualquier hombre precisaba para ser dichoso.

Lucas notó que el niño dejaba de correr y se paraba en seco. Cesó la risa y la algarabía, al tiempo que el rostro de aquel angelito esbozaba un puchero suplicante.

—Oh, oh... —dijo Marcus.

Necesitó inclinarse un poco sobre el alféizar del ventanal para poder visualizar la augusta figura de *lady* Haverston, parada a pocos metros de la criatura, con los brazos en jarras contra las caderas y un rictus de institutriz

severa en el rostro.

Ni siquiera tuvo que decirle una palabra. El chiquillo dejó caer la barbilla contra el pecho y, con una resignación impropia de un bebe de apenas dos años, se giró y llegó hasta su niñera, que resoplaba como un caballo. Esta lo cogió en brazos y, con una reverencia a la condesa, se lo llevó al interior.

—Tu madre es tremenda —bromeó Lucas.

—Es un titán, amigo mío. Un titán.

Megan abrió los ojos e inhaló el característico perfume de las azaleas que Marly, su doncella desde hacía dos años, insistía en que limpiaban el aura y se empeñaba en repartir por todo Riverplace en la misma proporción que las velas de cera de abeja.

Aquella chiquilla era un torbellino. Era respondona y despistada, pero tenía un humor afilado y brillante que hacía a Megan estallar en carcajadas al menos una vez al día. Su educación había sido cualquier cosa menos pulida, por lo que no encontraba ningún motivo para no hablar con franqueza y de forma llana.

Sus exabruptos eran reprendidos por Williams, el mayordomo, quien tenía prohibido despedirla por ser una fuente de alegrías para la marquesa. De otro modo, el envarado jefe del servicio la hubiera puesto de patitas en la calle la primera vez que la vio con las faldas arremangadas hasta la cintura mientras tendía la ropa de su señora en el gran patio trasero porque «hacía un calor del carajo».

Por suerte, estaban en el momento más frío del año, y Megan no tenía que temer que la fogosa biología de su doncella escandalizase al resto del servicio. El problema con Marly en los últimos días era que la Navidad la entusiasmaba de una manera exorbitante, por lo que se pasaba el día canturreando villancicos a pleno pulmón y aleccionando a todo el que no luciera una radiante sonrisa.

A Megan le costaba empezar los días con buen humor en la última

semana, y las azaleas comenzaban a resultarle insoportables. La ya habitual náusea se revolvió en su estómago obligándola a levantarse de un brinco, solo para comprobar que el aguamanil no estaba por ningún sitio. Un sudor frío le empapó la frente ante la certeza de que tendría que sacar la cabeza por la ventana, pero sintió renacer la esperanza cuando vio la bacía con la que Trifferton, el ayuda de cámara de Lucas, afeitaba a su señor. En aquel casquete depositó la marquesa su indisposición mañanera.

Se incorporó, ya con el cuerpo más recompuesto, y una sonrisa se fue extendiendo por su rostro con la misma vehemencia que sus lágrimas empezaron a caer. Se abrazó el vientre y sollozó en silencio, inundada de una felicidad que nunca antes había conocido. Durante dos largos años había anhelado ese instante en el que ya no tuvo ninguna duda de que el hijo de Lucas formaba parte de su ser. Había vigilado sus periodos mensuales, pero eran tan inconstantes que no habían ayudado a suponer un embarazo. En ese momento estaba faltando por tres semanas, pero no era la primera vez que sufría retrasos. Sin embargo, las náuseas... y el sueño... y ese apetito desatado... –En realidad, eso no era una novedad, pero sumado a todo lo demás...–. ¡Embarazada!

Si no temiese que volviesen las náuseas, se hubiera puesto a saltar como una niña con un exceso de azúcar en el cuerpo. Tan dichosa se sentía que quería salir al pasillo y gritarlo a pleno pulmón. Quería que todos lo supiesen, que los criados, sus padres, su suegra... supiesen la feliz noticia. Pero eso tendría que esperar.

Ahora tenía que pensar en cómo se lo diría a Lucas. Él había estado tan ansioso como ella por un bebé, mas se había cuidado de presionarla. Por el contrario, durante los pasados meses había mostrado una especial veneración por ella cada vez que se confirmaba que no había quedado en cinta, y había bromeado hasta la saciedad con el sacrificio de abstinencia que habían practicado durante su breve compromiso.

«Si yo hubiera sabido esto, te hubiera tenido con las faldas levantadas aquellas dos malditas semanas», solía decir.

Se vistió sola, todo lo rápido que pudo y corrió en su búsqueda. Ya lo había mantenido en secreto demasiado tiempo. Solo lo justo para estar segura, sin duda, pero le habían parecido siglos sin poder decírselo a su esposo. Lo encontró junto a Marcus, asomados a la cristalera del salón de desayunos que daba al jardín.

Por muy concentrado que pudiera estar en un determinado asunto, Lucas Gordon, quinto marqués de Riversey tenía una capacidad asombrosa para detectar la presencia de su esposa incluso cuando aún no podía verla. El aire se movía de una forma diferente a su alrededor, el sonido amortiguado de sus pequeños pies andando por los bruñidos suelos de madera de Riverplace sonaban de una particular forma, o quizás fuese su corazón, que reconocía la cercanía de su dueña.

El caso era que cuando la esplendorosa figura de *lady* Riversey se materializó en la puerta del salón de desayunos, el cerebro de Lucas había fulminado cualquier cavilación sobre niños y niñeras. Su rostro se iluminó con una sonrisa perezosa al verla.

—Buenos días, dormilona —dijo con esa reconfortante sensación que lo invadía cada mañana al despertar junto a ella.

Marcus también se giró y la miró extrañado.

—Ah, pues creía que Lauren había ido a buscarte para desayunar —explicó con extrañeza.

—No la he visto —aseguró ella sin desviar ni por un segundo la vista de su esposo.

—Iré a buscarla —dijo Marcus, saliendo del salón y dejándolos a solas. ¡Bien por su cuñado!

—¿Has dormido bien, cariño? —le preguntó acercándose a ella.

—He dormido como una reina —respondió en el mismo momento en que la suave melodía de un oboe comenzó a interpretar una sonata...

No era que el todopoderoso hubiera decidido intervenir en el encuentro

matutino de los marqueses y embellecerlo con un acompañamiento musical, no. Era que Sebastian Gordon, su hermano, llevaba toda la mañana probando unos arreglos que creía que podían mejorar de forma notable la armonía del sonido de ese instrumento en concreto. Se había empeñado en que una fusión del timbre del oboe con las intensidades de un instrumento de cuerda, resolvería los problemas acústicos del primero. Concienzudo como era, el joven había aprendido a tocarlo en una semana y media, y ahora podía interpretar cualquier pieza que se le pusiera por delante.

Incluso Megan reconoció lo adecuado del aderezo musical con una leve sonrisa unida a una expresión asombrada.

—Me fascina lo que ese muchacho es capaz de aprender en un tiempo tan limitado —declaró con un leve matiz de orgullo en su voz.

—Llega a ser obsesivo. Todo esto viene porque un músico de la aldea le expresó su disgusto porque no conseguía llegar a ciertas notas con su instrumento. Me gustaría ver la cara que pone cuando Sebastian se lo devuelva completamente trastocado.

La risita musical de Megan acompañó a sus palabras y puso de manifiesto un detalle que se le había pasado por alto. Lucas se quedó con la vista clavada en el pronunciado escote del vestido color lavanda de su esposa, que se mecía sensualmente con su risa. El siempre presente deseo recorrió su cuerpo y despertó a la vida cada una de sus terminaciones nerviosas.

Sabía que no era posible que una mujer pudiese incrementar su belleza día tras día y, sin embargo, Lucas se sentía cada vez más hechizado, más sorprendido y más agradecido por los atributos de su bellísima esposa. La vida con Megan era apasionante, llena de deliciosos sobresaltos, de alocadas reformas que empezaban por unas cortinas y acababan por un ala entera de la casa. Había tomado las riendas de Riverplace con tal maestría y modestia, que los criados y arrendatarios la idolatraban.

Lucas se dijo que debería acudir más a la iglesia para agradecer que un día a aquella loca tan hermosa le hubiera dado por asaltar carruajes, porque el final de aquella aventura no podía haber sido más idílico para él. No la

merecía. Siempre sentía que no había hecho nada en la vida para ganar semejante premio.

Animado por la cadenciosa melodía del oboe, Lucas llegó hasta ella, le tomó las manos y se las llevó hasta la espalda, dejándola prisionera entre sus brazos. Se inclinó hasta capturar aquellos labios tan rosados y apetecibles que le robaban el sentido, tentándola de ese modo que a ella tanto le gustaba. Lamió con un lento ardor primero una comisura y después la otra. Arrastró sus dientes por la curva llena de su labio inferior, lo succionó y volvió a besarlo, en una danza que a él mismo le empezaba a crear un nudo de ansiedad en la ingle.

Notó que Megan estaba perdiendo la paciencia también y se separó lo suficiente para ver sus ojos encendidos de pasión. Tomó una de sus manos, la llevó hasta su hombro en posición de vals y enredó sus dedos en la otra hasta colocarla para el baile, con sus cuerpos tan cercanos que ella no podía estar dejando de notar su excitación.

—¿Baila conmigo, señora marquesa? —preguntó con su mejor sonrisa de canalla.

—Es usted un provocador, un alborotador y un estafador, señor marqués —replicó ella con los ojos entrecerrados y cuajados de deseo.

—¡Caray! ¿Eso es un sí? —inquirió con fingida inocencia.

—Puede que tenga que declinar su oferta, milord —adujo, aunque comenzó a balancearse al son de la música—. Podría marearme.

—Creí que había dicho en más de una ocasión que soy un gran bailarín —contesto cada vez más cómodo en el tierno abrazo de su amada.

—Lo es, milord, sin duda. Pero es que en los últimos días ando un poco mareosa...

Lucas frunció el ceño y notó que en realidad su rostro estaba más pálido que de costumbre, aunque sus mejillas lucían arreboladas y lozanas.

—Si su merced no estuviese todo el día cumpliendo los deberes de las doncellas y obcecada en que la casa parezca una feria navideña con árboles y guirnaldas y...

—Sí, también estoy fatigada —interrumpió con una nota divertida y misteriosa—, e incluso más dormilona de lo normal. Creo que ayer eché cinco siestas a lo largo del día.

—Pues tienes mejor cara que nunca. Estás preciosa. Yo diría que cada día que pasa te vuelves más y más tentadora. Mi cuerpo no deja de sufrir las consecuencias de tu devastadora belleza —susurró cada vez más encendido por el rumbo de sus pensamientos y por el tono provocador de su esposa. Inclino sus caderas aún más sobre ella y se acercó a su oído—. Mira lo que me haces en este mismo momento.

Megan dejó escapar un gemido y se solazó en el apretón de su esposo, pero la pérdida de control fue fugaz porque en seguida volvió a erguirse y alejó su rostro de él.

—Qué curioso —adujo con la mirada perdida en el techo como si quisiera desentenderse de las intenciones de Lucas. Tal y como si estuviesen hablando del tiempo, sentados cada uno en un extremo de la sala—, pensé que tendría mal aspecto después de perder mi desayuno durante tres días seguidos. Menos mal que tengo un apetito voraz durante el resto del día...

—¿Perder tu...?

Lucas la miró con absoluta confusión. ¿Ella había perdido su desayuno durante tres días y no le había dicho nada? Y ¿por qué no tenía cara de enferma? Debería tener al menos signos de fatiga si como acababa de asegurar andaba mareada y con sueño, y ciertamente glotona. Megan era una mujer de fuertes apetitos —todos ellos—, pero estaba desatada. En las últimas semanas comía por dos...

El conocimiento lo dejó helado. Se paró en seco y clavó la vista en la sonrisa de oreja a oreja que lucía su esposa. Su corazón empezó a martillar en el pecho, y las manos comenzaron a temblarle mientras los escalofríos iban y venían por sus piernas y brazos.

—Megan... —Su nombre fue casi un graznido pues se le había quedado la garganta seca. No necesitaba preguntarlo, la respuesta estaba allí, en aquella sonrisa tan inmensa como el cielo y en las nacientes lágrimas que brillaban en

sus ojos—. Estás...

—¡¡¡Embarazada!!! —confirmó ella en un grito entusiasmado al tiempo que se tiraba a sus brazos.

Lucas tardó varios segundos más en reaccionar. Se quedó quieto recibiendo el abrazo de su mujer mientras una burbujeante sensación de euforia se adueñaba de él. Un hijo. Megan esperaba un bebé. Estaba embarazada.

La estrujó entre sus brazos para refugiarse de la avalancha de emociones que lo embargaba. ¡Si hasta le temblaban las piernas!

—Mi amor... mi amor... —repitió como en letanía—. Oh, Dios. ¿Estás segura?

—¡¡¡Sí!!! He esperado casi dos semanas para convencerme. —Megan se separó con las mejillas surcadas de lágrimas y recogió con sus delicados dedos las que se estaba escapando también de sus propios ojos—. ¿Imagino que llora de felicidad, marqués?

—Dios mío, no lo puedo creer. ¿Estás segura?

—¡Que sí! —gorjeó ella.

—¿Qué pasa? —interrumpió la voz de Lauren—. Megan, ¿por qué lloras? Ay, madre, ¿qué pasa?

Lucas se quedó mirando a su cuñada sin verla. Aún no podía creerlo. Estaba en *shock*. Después de dos años... Señor, era increíble. Fue Megan quien tomó el control de la situación y se separó de él para enfrentar a Marcus y a Lauren, que esperaban en la puerta con los ojos como platos por la escena que se habían encontrado.

—Chicos, vais a ser tíos.

Había noticias que el cuerpo entendía antes que el cerebro. Lauren salió disparada sin pararse a pensar y estrechó a Megan en sus brazos. Su corazón bullía de emociones, primero por el miedo que había sentido al encontrarlos llorando y después por la inmensa dicha de ver cumplido un sueño tan

importante para las personas que tanto amaba.

Eran su familia, sus hermanos, un grupo de personas con el que nunca había imaginado que podría llegar a sentir aquel nexo de unión tan fuerte y aquella felicidad tan completa. En lugar de ponerse a dar saltitos de alegría, como había imaginado que pasaría el día que por fin Megan quedase embarazada, se unió a las lágrimas de su amiga cuando las emociones también la desbordaron.

Había estado preocupada por ella. La notaba rara en los últimos días, como si tuviera algo en la cabeza que no dejaba de rondarle, distraída, inquieta; esa misma mañana se había levantado dispuesta a descubrir lo que ocurría y había estado interrogando a todos los criados, incluida su doncella, que era quien más tiempo la acompañaba en la intimidad. La atolondrada muchacha no sabía nada, solo le había dicho que la señora empezaba a odiar las azaleas, porque ya llevaba tres días quejándose de lo fuerte que olían. ¡Y tanto que se quejaba! Cuando una mujer está embarazada, los olores fuertes pueden ser un auténtico fastidio.

—Gracias a Dios —murmuró aliviada y dichosa como pocas veces alguien puede sentirse en su vida—. Enhorabuena, cariño.

—Ya era hora, maldita sea —dijo Marcus, carraspeando para disimular el hecho de que lo había emocionado la noticia. Se acercó hasta Gordon y le dio un abrazo de esos tan masculinos que ellos se daban, con golpes en la espalda incluidos—. Bien hecho, cuñado.

—Eh, ¿y yo? —se quejó Megan.

—Tú también lo has hecho muy bien, hermanita —admitió Marcus abrazándola a ella también.

Los abrazos y las lágrimas continuaron durante varios minutos más, aunque los hombres recuperaron la compostura de inmediato y empezaron a planificar el futuro del primo de Eric, porque sería un niño, aseguraron.

—¿Lo celebramos desayunando? —propuso Megan, un poco impaciente.

Gordon y Marcus se echaron a reír como siempre que ella sacaba a relucir su apetito voraz.

—¿Qué pasa? Me siento bastante débil por si no lo sabéis —refunfuñó.

La mente de Lauren se inundó de recuerdos y no pudo evitar reír también a carcajadas por la glotonería de Megan, que estaba más que de sobra justificada. Durante los meses en que Eric había estado en su vientre, Lauren había comido de una forma desmedida. Y la felicidad que había sentido durante todo aquel tiempo, y mucho más desde que su pequeño hombrecito vino al mundo, había sido también desmedida.

La pequeña punzada de pánico en estado puro volvió a agujerear su pecho, pero solo duró un instante. Ya estaba acostumbrada y casi había empezado a apreciarla, porque estaba convencida de que solo quienes conocen la dicha de una vida plena son capaces de experimentar ese terror a perderla. Era una sensación con la que tendría que vivir, Dios mediante, el resto de sus días.

FIN

Agradecimientos

Esta novela quizá nunca hubiese sido una realidad sin el apoyo de muchas personas que, de manera continuada, me han dado ánimos y me han dejado creer que estoy capacitada para esta aventura en la que me he embarcado.

El que siempre sopla para que las velas se desplieguen y que el barco continúe avanzando, a pesar de que su tiempo conmigo se vea drásticamente reducido. Gracias, Adolfo, por mantener la misma ilusión que el primer día y soportarme en este año tan feliz y ajetreado.

Los que son el núcleo de mi vida y los responsables de que sea como soy: mi familia. Si de algo me siento orgullosa y agradecida es de formar parte de todos vosotros.

Nada sería posible si no hubiese detrás un equipo de personas que han creído en esta historia y se han arriesgado a ponerla en un mercado que no es, para decir verdad, un camino de rosas. Gracias a Ediciones B, a Selección B de Books y al portal El Rincón de la Novela Romántica, por permitir que mi pequeña Malone ponga rumbo a las librerías.

Tampoco la experiencia sería la misma sin ese grupo de desconocidos que, de repente, se han convertido en compañeros de fatigas y alegrías. Muchísimas gracias, de corazón, al grupo de autores de Selección BdB, por hacerme sentir que tengo una familia literaria.

Aunque ya venía de un lugar en el que también me sentía arropada y querida. Gracias a las miles de personas que apoyaron esta historia en Wattpad. Sus comentarios y aportaciones también son una parte inestimable de este libro.

Lola, si de algo estoy segura es de que nunca hubiera conocido la dicha de ver publicadas a Megan y a Lauren si tú no hubieras abierto tu corazón a sus historias. Espero que llegues a entender la trascendencia que tienes en nuestras vidas y que seamos capaces de devolverte todo el bien que nos

haces.

A ti, lector, gracias. Deseo de todo corazón no haberte defraudado.

Si te ha gustado

La pequeña Malone

te recomendamos comenzar a leer

Destino imprevisible

de Chris Razo

Selección RNR

Destino Imprevisible

CHRIS RAZO



PRÓLOGO

—Todavía no me creo que estemos aquí. Tú, yo y esta playa maravillosa —le digo.

—Este siempre será nuestro lugar, el lugar donde perdernos, donde no tenemos que escondernos de nadie: nuestro lugar para amarnos siempre.

—Yo te amo en cualquier lugar.

—Yo te amaré siempre.

—¿Lo prometes?

—Déjame pensarlo.

—¡Aarón!

—Te lo prometo, cariño: lo nuestro es para siempre.

—A veces pienso que es un sueño.

—Un sueño del que jamás despertaremos —lo dice y me besa. En este momento siento que toco la felicidad con las manos. Lo amo, y eso no cambiará nunca.

Capítulo 1

CÓMO EMPEZÓ TODO

Me llamo Naiara y tengo veinticinco años. Soy licenciada en Turismo y trabajo en una agencia de viajes de Málaga. Pero mis días aquí están contados. Me han ofrecido un puesto como jefa de recepción en un hotel de Madrid. Y aunque tengo mi vida y mi familia aquí, tengo claro que hay que aprovechar las oportunidades que nos da la vida.

Para mí todo esto no es tan complicado. Mi familia no se va a mover de aquí, mis amigos estarán como siempre lo han hecho; lo verdaderamente

complicado es explicárselo a Lucas. Eso es lo más difícil que voy a tener que hacer en estos días.

Llevo con él desde los diecinueve años, con algún periodo de descanso, pero sin dejarnos de querer durante estos seis años. Vivimos juntos de alquiler desde hace dos. Nos va bastante bien, con los pequeños roces de la convivencia, pero nada que no hayamos podido solucionar.

Mis amigas dudan del amor que le tengo por el simple hecho de querer irme a Madrid. ¿Qué hay de malo en conseguir un trabajo mejor y tener la posibilidad de viajar?

Yo no dudo del amor que le tengo, como tampoco dudo del que él me tiene a mí. Pero también soy realista. Él tiene un trabajo fijo aquí, y no creo que esté dispuesto a seguirme. Tampoco sé si deba de pedírselo. Y con esto no quiero decir que las cosas entre nosotros se vayan a acabar. Simplemente tendremos que vivir con ello. ¿Una relación a distancia? Nunca he creído demasiado en ellas. Pero en este momento, es lo único que nos queda.

—Hola, amor. ¿Cómo ha ido el día?

—Hola. Fascinante. He programado dos viajes, y Javier me ha llamado para que le dé un presupuesto para su viaje a Tailandia. ¿Y tú?

—He tenido un problema con una sesión de fotos. Pero todo bien.

—Tengo que contarte algo, Lucas.

—Dime, amor.

—Creo que no te va a gustar nada; lo cierto es que cuando lo hice no pensaba que me contestarían tan rápido.

—Dime lo que sea. Me estás asustando.

—He encontrado un trabajo en Madrid, de jefa de recepción. Tengo que estar allí en un mes. —Lo suelto y cierro los ojos. No sé si estoy preparada para su respuesta.

—¿Un mes? ¿Y desde cuándo lo sabes?

—Me llamaron hace un par de días. Tengo la entrevista el viernes. Pero me han dicho que tengo muchas posibilidades. No es algo fijo todavía, pero

confío en que las cosas salgan bien.

—¿Y nosotros? ¿Dónde quedo yo en tus planes?

—No quiero dejarte, si es lo que quieres decir. Pero tampoco te puedo pedir que me sigas. Tú tienes tu trabajo aquí. Quizás allí podrías buscar poco a poco, no sé. Podríamos vernos los fines de semana. Podemos organizarnos.

—¡Naiara, por favor! Tú no crees en las relaciones a distancia.

—No sería para siempre. Tampoco puedo darte muchas más opciones.

—¿Y por qué tan lejos? ¿No hay hoteles aquí o más cerca?

—Sí, claro que los hay. Y también sabes lo difícil que es meterse en este mundo. Me gusta trabajar en la agencia, pero tú, al igual que yo, sabes que no es el trabajo de mi vida. No puedo desaprovechar la oportunidad.

—No sé, Naiara. Creía que estábamos bien, y ahora me sales con que te vas a Madrid.

—Mira, piensa lo que quieras. Pero hace mucho tiempo te dije que no dejaría que mis planes cambiaran por nada ni por nadie. Si yo ahora decidiera quedarme por ti y el día de mañana tú y yo no estuviéramos juntos, yo hubiera perdido mi oportunidad, y me arrepentiría siempre. No te digo que lo dejemos. Quizás, llegue allí y no consiga acoplarme o te eche demasiado de menos, pero déjame probar. Es una buena oportunidad. —Se queda pensativo y me mira.

—¿Me quieres?

—Sí, Lucas, te quiero mucho. Estoy enamorada de ti. Si no fuera así, te hubiera dejado hace mucho tiempo.

—¿Sobreviviremos a esto?

—Por supuesto que sí.

Después de todo, la conversación no fue tan mala. Cuando me doy cuenta estoy en Madrid, en el Hotel Vincci de Gran Vía, a punto de entrar a la entrevista que puede cambiar mi vida.

La entrevista sale según lo esperado. La persona encargada de ello me dice que a lo largo del día recibiré una respuesta. Yo he aprovechado para pasar el

fin de semana aquí. Me quedo en casa de mi amiga Marina. Nos conocimos en un viaje de fin de curso hace ya ocho años. Desde entonces, prometimos que todos los años cogeríamos unos días para irnos juntas. Y eso hemos hecho; a pesar de que las dos tenemos pareja, hemos cumplido con esa promesa, y yo espero seguir haciéndolo. Esa misma tarde, un poco antes de las cinco, recibo una llamada. ¡El puesto es mío!

—¡Es mío! ¡Es mío!

—¿El qué, loca? —me dice Marina.

—¡El trabajo! ¡Me han cogido!

—¡Qué bien! ¡Esto hay que celebrarlo!

—Desde luego.

Llamo a Lucas y, aunque su voz no está llena de entusiasmo, sé que se alegra por mí. Me dice que me quiere y que todo saldrá bien. Cuando cuelgo, mi cara denota preocupación.

—¿Pasa algo, Nai?

—En realidad, sí. No sé qué pasará con Lucas. Tengo miedo de que lo nuestro se acabe. Mis amigas dicen que no lo quiero demasiado si soy capaz de irme tan lejos.

—¡No digas tonterías! Lleváis años juntos, nena. Y yo he podido ver lo que te quiere. ¿Sabes qué creo? Que tarde o temprano se vendrá para acá. Hazme caso.

—No sé. ¿Crees que estoy haciendo bien?

—Claro que sí. Es una oportunidad estupenda. No sientas que te estás equivocando, porque no es así.

—No sé...

—Claro que lo sabes. Él no se va a ir de tu lado. Te quiere demasiado. ¡Vamos, ánimo! Por cierto, ¿cuándo empezarás a traer tus cosas?

—¿Mis cosas?

—Claro. ¿Dónde piensas vivir?

—No quiero abusar de ti.

—No es abusar. Me viene bien la compañía. Y tú no estás para estar sola. Además, no conoces a nadie aquí. Tengo que presentarte a mis amistades. Empezaremos esta noche. —Las dos reímos. A pesar de lo poco que nos vemos, puedo decir que es mi mejor amiga. No hay día que no hablemos. Marina ha estado en todos los malos momentos, y ha sido partícipe de los mejores de mi vida.

Esa noche salimos por Madrid, cenamos y tomamos algo con algunos de sus amigos. Solo puedo decir que nos lo pasamos genial. Quizás esta ciudad tenga mucho que ofrecerme.